

CARLOTA MANZANO

UN PARISINO POR

Navidad



CARLOTA MANZANO

UN PARISINO POR *Noche*



Primera edición.

Un parisino por Navidad

Carlota Manzano

©diciembre, 2024.

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



«¿Los milagros existen? ¿Los deseos se cumplen? Solo aquel que confía a ciegas en que la magia camina a nuestro alrededor, constantemente, y que puede aparecer en cualquier situación y circunstancia, tiene las respuestas a esas preguntas. Por muy mal que te sientas, por muy complicadas que sean las cosas en determinados momentos... Confía, no dejes de hacerlo, porque la vida tiene el poder y la habilidad de cambiar en cuestión de segundos».

Aura

Sonriendo, así estaba mientras miraba por la ventanilla los pequeños puntos de luz de la ciudad, faltaba muy poco para que el avión aterrizara. Y con mucha ilusión porque iba a reencontrarme con mi amiga Aroa.

Hacía ya dos meses que no nos veíamos, desde su viaje a España, donde pasó una semana conmigo en mi piso. Aunque no pudiésemos vernos en persona, manteníamos una comunicación constante a través de mensajes y llamadas los días laborables, reservando las videollamadas para los fines de semana. Podía haber alguna modificación, pero en principio esa era nuestra rutina, una en la nunca fallábamos.

Me coloqué bien en el asiento para el aterrizaje, a pesar de que todavía faltaban unos minutos.

—Esto es lo que peor llevo. —Giré la cabeza hacia la mujer que estaba sentada a mi lado.

Tendría unos sesenta años, aunque no me hagáis mucho caso porque nunca daba una con las edades, ni siquiera me aproximaba. Pero algo os habéis hecho a la idea.

—Lo más complicado ya ha pasado. —Intenté tranquilizarla.

—Ay, si lo sé, pero ante el miedo no hay lógica que lo tumbe.

Estaba rígida, agarrando con fuerza los reposabrazos con las manos, con la vista fija hacia delante.

—Tiene razón, ya verá como la impresión dura poco.

—Siempre pienso que puede romperse una rueda por el impacto y por la velocidad a la que van estos pájaros —soltó un suspiro—. En la imagen de mi cabeza sucede eso, el avión se descontrola, se crea un incendio y adiós muy buenas.

Apreté los labios y miré hacia la ventanilla unos segundos para ocultarle mi expresión. Entendía el pánico que no podía controlar y no quería que distinguiera lo que me había provocado su comentario. No me entendáis mal, ese hecho en sí no era el motivo de mi reacción porque lo respetaba y era admirable que, aun así, se atreviera a viajar en avión, pero me había hecho gracia su imaginación y el resultado de ella.

—¿Viaja por las fechas que son o es habitual que lo haga? —le pregunté volviendo a mirarla.

—Tutéame, por favor —asentí sonriendo—. Las dos cosas, pero en esta ocasión es por estas fechas. La próxima le digo a mi hijo que venga a por mí.

—Si lo pasas tan mal sería lo mejor.

—Ya, pero es algo que digo solo en momentos concretos, por los nervios. Cada vez que tengo que viajar termino dentro de un avión por propia elección. No quiero que mi hijo haga un viaje tan largo de ida y vuelta, conduciendo —negó.

—Es normal. En cuanto os encontréis se te olvidará —le sonreí.

—Sí, hace un mes de la última vez. No solo me encontraré con él, tiene una familia preciosa con mi nuera y mis dos nietos. Voy a pasar con ellos el mes de diciembre y los primeros días de enero, regresaré a casa después del día de Reyes —dijo emocionada.

—¿Cuántos años tienen tus nietos? ¿Son pequeños?

Observé de reojo que el agarre de sus manos en los reposabrazos fue soltándose poco a poco. Sonreí.

—Seis y cuatro años, son mi debilidad.

—¿Aquí tienen la misma costumbre que en España el día de Reyes? No tengo ni idea, nunca he venido en esta época.

—Para nada. No es festivo, tampoco se festeja en las calles ni hay regalos, pero lo celebraban con buenas comidas en familia por la epifanía y no puede faltar comer la *Galette des Rois*, es una tradición. Para que te hagas una idea es lo mismo que el roscón de Reyes, variando en la forma que lo hacen. Es una tarta de origen francés que marca el final de las festividades navideñas.

»Generalmente es de hojaldre y está rellena de crema de almendras, pero hay muchas variedades para todos los gustos. Tiene el mismo ritual que conocemos en España, dentro se esconde una figura y quien la encuentra se convierte en el rey o reina del día, con su corona puesta. Para los franceses esa tarta es como un símbolo de unidad familiar y el encuentro con

amigos sentados todos en una mesa, disfrutando.

—Por suerte no voy a estar el día de Reyes porque sin regalos no me quedo. —Reímos.

—En mi familia lo hacemos igual. Llevo la maleta cargada de regalos, lo que no tengo es apenas ropa. —Volvimos a reír—. Mi hijo tiene nuestra tradición arraigada, por eso ese día madrugamos toda la familia para abrir los regalos y después se empieza con la rutina de trabajo y de los colegios, hasta el mediodía que se celebra como te he dicho.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Francia?

—Ocho años, desde que se enamoró de mi nuera. Ella es francesa, como mis nietos.

—Vino a la ciudad del amor a encontrarlo —sonreí.

—Si hija, ya podría haberse ido al pueblo de al lado. —Bufó y solté una carcajada, a la que terminó uniéndose.

—Nunca se sabe dónde va a aparecer. —Me encogí de hombros—. Lo único importante es que cuando se encuentra sea un amor real en el que la felicidad y la unión sean la base.

—No hagas caso a mis quejas, soy muy feliz porque se adoran.

—Pues eso es lo importante, no te queda otra que viajar. —Puso los ojos en blanco.

—Ohhh... Ya está. —Se sorprendió cuando las ruedas del avión chocaron con el asfalto de la pista.

—Sí. —Le hice un guiño.

—Gracias. —Me miró agradecida.

—Ha sido un placer, gracias a ti sé que nunca voy a pasar el día de Reyes aquí. —Volvimos a reír—. El resto de las fiestas sí porque son muy parecidas a lo que conozco.

—Cada uno marca su tradición, por eso no hay problema. Tanto en Navidad como en Nochevieja la esencia se mantiene, lo único que cambia es que no se comen las uvas con cada campanada, pero la celebración y la fiesta con la familia y los amigos es igual. ¿Tú vienes de vacaciones por las fiestas navideñas?

—Sí, estaré varias semanas. He acumulado días de vacaciones porque es la primera vez que vengo a ver a una amiga. Vino a Francia por trabajo a principios de año, por eso no sé por ella cómo se celebra el final de las fiestas. El resto sí, porque conozco cómo lo hacen.

—Disfrútalo, es una experiencia muy bonita. ¿Sabes francés? Yo cuando alguien me para por la calle lo miro con cara de tonta, pero embobada por la pronunciación y lo bien que suena. —

Reímos.

—Sabía muy poco, pero gracias a mi amiga he aprendido bastante y creo que no tendré problema —asintió satisfecha—. Ahora sí que sí —dije cuando el avión frenó—, se acabó el trayecto.

—Me llamo Carmen.

—Yo Aura.

—Encantada, hija. Tienes un nombre precioso.

—Mi madre estaba inspirada cuando lo eligió —nos sonreímos—. Que pases buenas fiestas, Carmen.

—Lo mismo te deseo, Aura. Y gracias otra vez por distraerme.

—No hay de qué, ha sido mutuo y muy bien recibido.

Nos quedamos en silencio viendo cómo las personas de las primeras filas se levantaban para salir. Nuestro turno llegó poco después y una vez fuera de la pasarela, en la terminal del aeropuerto, nos abrazamos como última despedida porque ella tenía que ir a recoger el equipaje. Yo lo llevaba encima, en una maleta de mano y una mochila de viaje colgada a la espalda. Si necesitaba un extra de ropa, Aroa sería mi salvación porque teníamos las mismas tallas.

Caminé dirigiéndome hacia la salida, emocionada y feliz, a paso ligero. En cuanto llegué al final observé a todas las personas que esperaban para encontrarse con los viajeros, hasta que localicé a Aroa. Tiré de la maleta riendo, por el grito que soltó para que la viera.

Nos abrazamos dando saltitos, contentas, mientras varios ojos se posaban en nosotras.

—¿Cómo ha ido, cariño?

—Muy bien, ha sido un vuelo tranquilo.

—Estupendo. —Empezó a andar y la seguí—. Vamos a mi piso para que dejes el equipaje, te lo enseño y salimos a cenar. Si no estás muy cansada podemos pasear por las calles, te va a encantar cómo está todo decorado.

—Me parece bien.

Salimos del aeropuerto y nos montamos en un taxi, sonreí viendo la desenvoltura de Aroa con el idioma. En cuanto nos alejamos del aeropuerto me quedé embobada observando el exterior por la ventanilla.

Eran las siete y media de la tarde y la oscuridad lo envolvía todo, por eso era más

impresionante ver todas las luces decorativas navideñas, los muñecos grandes de Papá Noel brillando y muchas cosas más que me encantaron.

«El mejor momento para disfrutar del encanto que tenía», me dije. Si hubiera llegado antes no lo habría disfrutado tanto como lo hice, hasta que el taxi paró en una calle de París. Intenté pagar el viaje, pero Aroa me quitó al vuelo la cartera y se la guardó en su bolso, impidiéndolo.

—A callar. Shhh... —Reí negando.

Cuando el taxista sacó mi equipaje del maletero la seguí por la calle, admirando la zona. Estábamos en una avenida ancha, con grandes aceras a ambos lados. Me fascinó ver los escaparates de los comercios decorados hasta el más mínimo detalle, mientras una melodía suave sonaba. Ni idea de donde salía, pero nos acompañó durante todo el camino.

—Bienvenida —dijo con una sonrisa, después de abrir la puerta del portal de un edificio con mucho encanto.

La fachada tenía una decoración preciosa, parecía muy antigua, pero estaba en perfecto estado.

—¡Qué pasada! —dije observando en ese instante la zona amplia de la entrada y la escalera ancha, con un impresionante pasamanos de madera.

—Es un edificio con mucha historia y está céntrico. Tuve muchísima suerte para encontrar alojamiento.

—Ya te digo, sobre las tres cosas. Me has hablado muchas veces del lugar, pero ni por asomo me lo imaginaba así. Me dijiste que no pagabas mucho al mes y la impresión que da es que tiene que ser muy caro vivir aquí.

Entramos en el ascensor y hasta el tablero con los botones de cada planta me gustó.

—Porque mi estancia está subvencionada por mi empresa, solo pago una parte del coste, no supera una cuarta parte del total.

—Ah, eso no lo sabía.

—Con la emoción se me pasaría decírtelo al principio. —Rio.

—Es increíble estar en París y encima vivir en un edificio como este...

—Toda la verdad y nada más que la verdad. —Reímos.

Me quitó de la mano el asa de la maleta y me pidió que saliera.

—Ay, que me da —dije alzando la voz.

Escuchando su risa de fondo me acerqué rápido a un muñeco de nieve grande, mucho más que yo. Me superaba por bastante en altura. Estaba en el centro del rellano, pegado a la pared e iluminado por completo.

—¡Me encanta!

—Sabía que te iba a gustar. Cuando lo pusieron pensé en ti, en cuando llegara este momento. Hasta he intentado meterlo en el piso —dijo con una sonrisa pícaro.

—¿Qué dices? —Me sorprendí. Soltó una carcajada.

—Tranquila, como ya ves no pude. No te imaginas lo que pesa. —Bufó.

—¿En serio lo intentaste? Madre mía, que te pueden echar del edificio.

Reí con ganas, no pude hacer otra cosa porque la imaginé sofocada intentando empujarlo, arrastrarlo, o vete a saber cómo había querido moverlo. Recré la escena perfectamente en mi mente, hasta los insultos que estaba segura recibió el pobre muñeco de nieve, diciéndoselos de cara a él por no conseguirlo, como si fuera una persona.

—En esta planta no hay movimiento, con solo decirte que con todo el tiempo que llevo aquí no he visto a nadie... —Levantó las dos cejas varias veces, de forma divertida.

—Ah. —Miré hacia las dos puertas que quedaban apartadas—. Vamos, que no sabes si tienes vecinos cercanos.

—En los buzones pone los nombres, pero quién sabe.

Abrió la puerta de su piso y me quedé igualmente impresionada cuando entré, por las dimensiones que tenía. El techo era muy alto y le daba aún más amplitud.

—Bienvenida a mi humilde morada —habló a mi espalda.

—Sí, sobre todo, humilde —negué—. Eso lo puedes decir de mi piso y del tuyo en España, pero ¿de este lugar?

Capítulo 2



—¿Qué te parece? —me preguntó Aroa, al abrir la cortina del probador.

—Te queda perfecto.

—Me lo llevo.

—Desde que lo has cogido no lo tenía claro. —Reí.

—¿Por qué no miras algo? —Hizo una mueca.

—No he visto nada que me llame la atención.

—¿En serio? Pero si la tienda es enorme y hay de todo. ¿Has ido a la zona de los vestidos? Hay mucha variedad.

—Mientras sigues probándote el resto voy a dar otra vuelta.

—Venga, que no quiero ser la única que salga con bolsas de aquí.

—¿Bolsas? ¿Vas a arrasar? —negué divertida.

—Mmm... Serán poquitas cosas. —Le salió una risilla...

Cuando cerró la cortina volví a recorrer la tienda. Habíamos salido para desayunar en la cafetería que le encantaba a Aroa. En cuanto llegamos no me extrañó que fuese así, y no solo por el lugar, sino porque todo lo que habíamos comido y bebido me había gustado. Al principio, la intención era esa y dar un paseo por toda la zona de los alrededores.

Íbamos muy bien en nuestro propósito, pero al final nos habíamos desviado de él al entrar en esta tienda. Aroa se había emocionado al ver varios de los vestidos que estaban en el escaparate y entramos de cabeza; en mi caso, casi de forma literal, ya que me cogió de la mano y, con varios tirones fuertes, me arrastró hacia dentro. Casi me voy al suelo.

Cogí una percha en la que había colgado un vestido de punto. Me lo pegué al cuerpo y miré a qué altura llegaba.

—No quedan muchas tallas, se ha vendido muy rápido. —Giré la cabeza hacia una de las dependientas.

—Es muy bonito —le sonreí.

—¿No quiere probárselo?

—Si me lo pruebo me lo llevo. —Rio.

—Esa es la finalidad. —Me hizo un guiño divertido—. Sirve tanto para diario como para ir más arreglada, según con lo que se combine.

—Me estoy haciendo ilusiones y no he mirado la talla, he cogido una percha al azar —negué.

—A ver. —Se acercó más y se encargó de buscar la talla que me iba bien, sin preguntarme—. Ha tenido suerte, creo que este es el suyo.

—Vaya por Dios. —Reímos cuando me cambió la percha—. Pues nada, nos vemos en la caja para pagar.

—Encantada. Si necesita algo más no dude en llamarme.

—Gracias —asentí.

Se alejó para atender a otra clienta y yo me dirigí a los probadores. Faltaba por ver cómo me quedaba porque a simple vista era precioso, otra cosa sería cómo se adaptaría a mi cuerpo.

—¿Ya estás? —Mi amiga salía del probador.

—Sí. —Levantó los brazos con el montón de ropa.

—Voy a probármelo.

—Me gusta, este no lo he visto. Venga, aquí te espero para vértelo puesto.

Para mi mala suerte, me quedaba perfecto y sabía que lo iba a comprar. Así fue con el visto bueno de Aroa. Fuimos hacia la caja a pagar, riendo porque le dije que ni se le ocurriera entrar en otra tienda, que era mi primer día en París y ya había caído.

—Estás de vacaciones. —Le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Por eso mismo, no quiero hacer temblar el presupuesto y llegar al límite al último día —negué.

—Te lo regalo. —Intentó quitármelo de las manos.

—Ni hablar. —Le di la espalda y puse el culo en pompa para separarla porque se pegó a mí.

Terminamos riendo todas, las dos dependientas que estaban detrás del mostrador también. Una de ellas era la que me había atendido.

Cuando salimos de la tienda caminamos sin rumbo por las calles, agarradas de los brazos. Bueno, hablo solo por mí, ya que Aroa sabía muy bien en la zona en la que estábamos y hacia dónde nos dirigíamos.

—¿Te gusta lo que has visto hasta ahora? No nos ha dado tiempo a mucho.

—Aroa, llegué ayer a última hora de la tarde —negué divertida—. Claro que me gusta.

—Tendrías que haber venido antes, hace meses.

—No he podido por el trabajo, ya lo sabes —me justifiqué.

—Lo sé, cariño. Por eso desde que estoy aquí he viajado yo a España, todas las veces que lo he podido cuadrar.

—Tus padres me lo agradecerán eternamente. —Reímos—. Los vi unos días antes de venir.

—Me lo dijo mi madre ayer, hablamos por la mañana.

—¿Otra vez? —pregunté en forma de queja.

Volvió tirar de mí hacia otra tienda que estaba a unos metros de distancia, pero en esta ocasión no era de ropa. Era aún peor, una joyería.

—Sí, pero no es para mí. Quiero regalarle a mi madre para el día de Reyes alguna joya y a mi padre un reloj de pulsera. Le pregunté a mi madre qué le hacía falta y me dijo que el que tiene de hace años le falla.

—Les hará mucha ilusión —sonreí—. Y más al tenerte allí con ellos.

—Al final no podré ir. —Hizo una mueca.

—¿Por qué? Me dijiste que te habías organizado el trabajo para tener un fin de semana largo.

—Ya, pero se me han truncado los planes —soltó un suspiro. Nos paramos frente al escaparate.

—Qué fastidio, ya me había hecho a la idea.

—Podré el fin de semana siguiente.

—Ah, perfecto.

—Igualmente los regalos se irán contigo cuando regreses, quiero que los tengan el día de Reyes.

—De acuerdo.

Después de mirar todo lo que había en el escaparate nos decimos a entrar.

La joyería era una pasada. Una zona amplia se abrió ante nosotras al traspasar la puerta que custodiaba un hombre de seguridad, al que le agradecemos la bienvenida que nos dio.

En el centro del espacio destacaba el mostrador que era en forma de círculo; uno enorme en el que había expuestos joyas y relojes. Alrededor de él estaban colocadas las vitrinas.

Después de quince minutos yendo de un lado al otro, sin que a Aroa le gustara nada de lo que vimos, nos dirigimos al mostrador para ver si teníamos más suerte.

—Madre mía que acabo de enamorarme. Yo te mato. —Lloriqué.

—¿A mí? ¡Si no he hecho nada! —Rio—. ¿Qué has visto? Yo ya tengo los ojos locos, en mi vida me había mareado viendo tantas joyas y relojes. —Bufó.

—Este anillo. —Hice una mueca.

—Joder, normal que te hayas enamorado. Es una pasada.

Sin dudar, llamó al dependiente que estaba apartado de nosotras en el interior del círculo. Caminó sonriente hacia nosotras, hasta quedarse enfrente.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlas? —preguntó amablemente en francés.

—Sí, ¿puede sacarlo? A mi amiga le ha gustado. —Le correspondió en el mismo idioma Aroa, señalando el anillo en el cristal.

—Por supuesto, enseguida. —Sacó un llavero del bolsillo.

—No hacía falta. ¿Has visto lo que vale? —murmuré inclinada hacia ella.

—Por verlo de cerca y probártelo no va a pasar nada. —Imitó mi tono de voz.

—Aquí tiene —dijo sonriente el dependiente, ofreciéndomelo después de sacarlo de un minúsculo cojín.

—Gracias —dije en su idioma, devolviéndole la sonrisa.

Al sujetarlo con los dedos me enamoré más del anillo. Era precioso, la mitad de él, la que quedaba encima del dedo, tenía piedrecitas blancas engastadas. Brillaban muchísimo y los laterales que las sujetaban hacían un dibujo muy bonito. La otra parte, la que quedaba debajo del dedo, era lisa y de oro blanco. No supe lo que fue, porque no estaba muy puesta en joyas, y menos del estilo de la que sujetaba, pero tenía algo que me llamó muchísimo la atención.

Lo único que no me cuadraba era el precio, costaba diez mil seiscientos euros, ni más ni menos. «Casi nada», pensé, porque ese detalle echó por tierra mis ilusiones desde el principio.

—¿Son diamantes? —hice una pregunta tonta.

—Sí, con oro blanco —asentí—. Pruébeselo —me animó.

—Da igual, es imposible que lo compre. —Extendí el brazo para que lo cogiera.

—Al menos se llevará la experiencia —dijo mirándome comprensivo.

—Trae aquí.

Aroa me lo quitó y me cogió la mano para colocarlo en mi dedo.

—Mierda, encima me va perfecto. —Lloriquéé, haciéndolos reír a los dos—. No me hace gracia, de aquí salgo con un trauma —negué.

A pesar de todo, levanté la mano dejándola delante de mis ojos durante unos breves minutos, admirando lo precioso que era. Me quedé embobada y Aroa aprovechó para pedirle al dependiente que le sacara una pulsera.

Apoyé la mano en el mostrador, quejándome interiormente de que en todas las posiciones se veía perfecto. Me lo quité rápido y lo dejé encima del mostrador, a la espera de que el dependiente terminara con mi amiga. Se habían apartado unos pasos hacia la izquierda.

—¿Puede volver a ponérselo?

La pregunta me pilló por sorpresa y pegué un pequeño brinco. Por eso y porque la voz que habló sonó demasiado cerca, a mi espalda. Se dirigió a mí en mi idioma, aunque se notó que era francés por el deje en la entonación. Más sorprendida me quedé porque eso significaba que nos había escuchado hablar a Aroa y a mí en algún momento.

—¿Perdón? —Me volví parcialmente hacia la persona que me había dirigido la palabra, asombrada por la totalidad de la situación.

Era un hombre que parecía tener una edad aproximada a la mía. Recordad lo que dije anteriormente sobre mi cálculo, solo es para que os hagáis una idea de que no era muy joven ni muy mayor. Moreno, alto, bien vestido y elegante, pero a la vez con un toque informal, me sonreía como si lo que me había pedido fuese lo más normal del mundo hacia una desconocida.

—Que si puede volver a colocarlo en su dedo —repitió tranquilo.

Automáticamente tapé el anillo, poniendo la mano encima.

—Eso no es lo que le he pedido —dijo con la vista fija en lo que había hecho.

—Ya, pero estamos en una joyería, esto vale muchos miles de euros y yo no soy la propietaria. Como comprenderá y si no lo hace me da igual, no sé si tiene la intención de quitármelo para salir corriendo, ya que el dependiente está entretenido con mi amiga. Lo protegeré como si mi vida estuviera en juego, así que... Muy normal no es lo que me ha pedido, lo que no tengo por qué hacer.

—¿Cómo? —Me miró como si no fuera de este mundo.

«Ahí lo llevas, como si me importara», pensé. Pues no valía dinero el dichoso anillo como para jugármela y quedar como la responsable.

Me dejó sorprendida y callada cuando soltó una fuerte carcajada, vamos, que se dobló de la risa delante de mí. Ni idea del porqué de su reacción, la mía la tenía muy clara y no iba a retroceder. Le di la espalda para ir a lo mío, eso sí, sin hacer visible el anillo. Me sudaba la mano por el valor que tenía y a puntito estuve de gritarle al dependiente que por lo que más quisiera viniera a guardarlo bajo llave, porque el hombre no se apartó de mi espalda.

—¿En serio piensa eso? —insistió en hablarme. Noté la diversión en su voz.

—Más vale prevenir que curar, que a mí la sangre me marea.

—Disculpe, no quería ponerla nerviosa. Piense que no llegaría muy lejos si saliera corriendo con el anillo, como ha dicho. Hay seguridad por toda la joyería.

—Por si acaso no voy a arriesgarme. —Carraspeé.

—Le he hecho esa petición porque trabajo en el departamento de publicidad de una empresa que crea sus propias joyas. Quería ver más de cerca cómo le quedaba porque me ha llamado la atención para la campaña que voy a iniciar en breve.

—¿En serio? —Esa vez la que lo miré como si tuviera antenas en la cabeza fui yo.

—Sí, me ha gustado su mano y la forma de sus dedos. Le ha dado vida al anillo.

—¿Qué dice? —Agrandé los ojos, provocando que volviera a reír.

Capítulo 3



«Pues mira qué bien», me dije viendo cómo no podía parar de reír. Nada, hijo, desahógate y diviértete, al menos te llevas unas buenas risas. Negué varias veces, más incrédula aún por lo que acababa de escuchar. Era surrealista lo que estaba viviendo. ¿Sería posible? ¿Mi mano? Dirigí la vista hacia abajo, intentando descubrir qué narices la hacía diferente de cualquiera otra mano humana. ¡Como si no estuviera cansada de verla!

Pequeñita en concordancia con mi físico, con cinco dedos, eso sí, con unas uñas monísimas porque el día antes de viajar fui a que me hicieran la manicura y destacaba al estar recién hecha.

—Lo digo en serio. —Volvió a dirigirse a mí—. Mire.

Enfoqué la vista en la tarjeta que puso casi delante de mí. En ella aparecía un nombre con el primer apellido, debajo destacaba el cargo de director de márketing y publicidad y, en la siguiente línea, estaba el nombre de una empresa, o eso entendí porque no tenía ni idea. En una esquina había un número de teléfono.

—Esto no me dice nada, no tiene por qué ser real. Si quiero puedo hacer cientos de ellas con mis datos.

—¿No va a creerme? —Se sorprendió.

—Yo...

—Señor Travis, me alegra verlo por aquí —saludó el dependiente al hombre de mi espalda. Era el nombre que había leído en la tarjeta.

—Igualmente, André. —Se dieron un apretón de manos.

—¿Lo conoces? —le pregunté al dependiente, inclinada un poco sobre el mostrador.

—Por supuesto, en esta joyería tenemos el placer de vender joyas creadas por su empresa.

—Ah —asentí despacio—. Pues no me ha mentado —dije más para mí que para el resto.

—¿Qué dices? —me preguntó Aroa, intrigada. Pero ojo, sin mirarme a mí, sus ojos estaban puestos en el tal Travis.

Le di un pequeño codazo porque pareció que se lo comía con la vista.

—En esta joyería hay muchas cosas interesantes, ¿a qué sí? —Rio dirigiéndose a mí.

—Ya ve que como ha dicho no le he mentado, en nada —habló Travis, esta vez a mi lado porque se puso junto al mostrador—. ¿Ahora aceptará dejar libre el anillo y aceptar mi propuesta? —Levantó una ceja, con expresión divertida.

—Uy, ¿qué haces tapándolo? —dijo Aroa, al darse cuenta de lo del anillo.

—Es una larga historia en la que mi vida peligraba. —Bufé y más descolocada la dejé.

No tuve la intención de aclarárselo, lo que quería es que ella terminara para salir de la joyería. Con la tranquilidad de tener al dependiente delante de testigo, moví la mano y el anillo fue visible.

—Mira —me habló mi amiga, desviando mi atención—. Ya tengo las dos cosas, ¿te gustan?

Ni me había fijado de que encima del mostrador había una caja con un reloj de pulsera precioso y una bandeja con una pulsera de oro blanco.

—Son muy bonitas. ¡Me encantan! —La miré sonriendo.

—¡A mí también! —Aplaudió emocionada.

Nos abrazamos y empezamos a dar saltitos. ¿Qué queréis? Cualquier momento era bueno y esta ocasión bien lo merecía porque pensamos en las mismas personas y en la ilusión que les haría: Elena y Daniel, los padres de Aroa.

Cuando nos tranquilizamos y nos separamos, cuatro ojos estaban puestos en nosotras, con expresiones divertidas. El dependiente reaccionó rápido y preparó el reloj y la pulsera para regalo. Lo vimos trabajar, aunque yo también estuve atenta al tal Travis porque no se movió, ni siquiera por las miradas de reojo que le eché.

—Muchas gracias —dijo Aroa cuando el chico le dio la factura, después de pagar.

—A usted, es una gran compra.

—Dímelo a mí, he dejado la tarjeta temblando —comentó mi amiga, para después reír.

—Bueno. —Carraspeó Travis—. ¿Puedo probar suerte otra vez?

—¿En serio? —Giré la cabeza para mirarlo directamente.

—Defecto de profesión, cuando algo me interesa no paro hasta conseguirlo. Y esto merece la pena.

—Madre mía —susurré.

—¿Qué pasa? —preguntó Aroa.

—Esto. —Como explicación cogí el anillo con un movimiento brusco porque ya estaba hasta las narices de él y eso que no era mío. Me lo coloqué en el mismo dedo que la vez anterior.

No conforme con eso, casi le doy con la mano en la cara a Travis, al ponerla delante para que lo viera bien y a mi mano también.

—¿Qué haces? —continuó mi amiga, sorprendida.

—No preguntes más hasta que no hayamos salido de aquí y haya pasado un tiempo —siseé.

Levanté las dos cejas cuando Travis se tomó la confianza de agarrarme la mano. Me quedé con las palabras en la punta de la lengua, con ganas de decirle algo al respecto, pero opté por callarme para terminar cuanto antes con la situación. No sabía ni por qué había aceptado.

Alucinada me quedé cuando vi mi mano ir de un lado al otro, mientras me la colocaba en varias posiciones. «¿Qué mierda hace? ¿Qué pretende?», dos preguntas que me hice a mí misma sin tener ni idea de las respuestas.

—Es perfecto —dijo en tono bajo, como concentrado.

—¿El anillo? Por supuesto, es una pieza increíble —comenté.

—Sí, pero me refería a otra cosa. —Me miró a los ojos—. Por favor, ¿podrías venir a mi empresa?

—¿Cómo? —Eché el cuerpo un poco hacia atrás.

—Mira, voy a dejarte una de mis tarjetas. —Volvió a sacar la que me había enseñado—. Aquí están todos los datos.

—No entiendo nada. ¿Con qué sentido? —Entrecerré los ojos.

—Si me das la oportunidad me gustaría hacerte unas fotografías de las manos, con alguna joya.

—¿Qué? —Iba de sorpresa en sorpresa.

Parpadeé varias veces, sin conseguir reaccionar para poder pronunciar una frase coherente.

—¡Qué fuerte! —Jadeó mi amiga.

—Esto es una locura. —Sacudí la cabeza—. ¿Puedes devolverme la mano para devolverle yo el anillo al dependiente?

—Sí, lo lamento.

Solté un suspiro cuando me liberó. Me quité el anillo con muchísima pena y lo dejé encima del mostrador, sonriéndole al dependiente.

—Gracias por todo —le dije.

—A usted, ha sido un placer —asintió.

Casi me pongo a llorar cuando colocó el anillo en el minúsculo cojín y lo metió dentro de la vitrina que hacía de mostrador. Solté un largo suspiro, despidiéndome mentalmente de la joya.

—¿Entonces? —insistió Travis.

—Por el simple hecho de que ha sido sincero desde el principio, por sorprendente que me pareciera, le digo que lo pensaré.

—Me vale —asintió sonriendo, satisfecho.

—Adiós. —Se despidió de ellos Aroa, yo lo hice levantando una mano.

Empecé a caminar agarrando la de Aroa para tirar de ella porque se quedó atontada mirando a Travis. «Ya veo el final», me dije con la vista enfocada en la puerta.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? ¡Cuéntamelo todo! —habló alzando la voz, en cuanto nos alejamos unos pasos por la acera.

—La cosa más loca que me ha pasado en la vida —negué sin creérmelo todavía—. Necesito tomarme algo porque creo que me ha bajado hasta la tensión.

—Agárrate fuerte. —Me ofreció un brazo y lo hice enseguida—. Vamos a por un café.

—Sí.

Caminamos hasta que nos encontramos con una cafetería. Ocupamos una mesa en la terraza, junto a una estufa alargada que estaba encendida. Acerqué las manos para calentármelas, agradeciendo el cambio de temperatura y el calor que desprendía. Se me habían quedado congeladas, pero a pesar del frío, se estaba estupendamente por la estufa.

—Míralas —le pedí.

Extendí los brazos para poner las manos delante de ella.

—¿Qué tengo que mirar? —Frunció el ceño—. ¡Ohhh! ¡La manicura! Es una pasada, te han quedado superbién.

—¿A que sí? —Las admiré de nuevo, pero me centré en lo importante—. Las uñas no, las manos. —Las moví en el aire.

—¿Qué tengo que encontrar? No entiendo el sentido.

—Pues ya somos dos. —Las recogí y las metí en los bolsillos del abrigo—. ¿Qué ha visto diferente en ellas el hombre de la joyería? —dije pensativa— Son unas manos como otras cualquiera.

Una camarera se acercó y Aroa le pidió dos capuchinos.

—Yo me he quedado alucinada cuando lo he escuchado decir que quiere hacerte fotografías de las manos con joyas. Muertecita me ha dejado ese pedazo de tío.

—Al principio he pensado que quería robar el anillo, por eso lo tapaba. —Puse los ojos en blanco—. Después, al escucharlo... Estoy flipando todavía. —Sacudí la cabeza, analizando la situación que había vivido.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir? Sería un puntazo, lo mismo te quiere de modelo de manos. ¡Yo qué sé! —Levantó las suyas por cómo la miré.

—Qué modelo ni qué leches. ¿Eso existe?

—Supongo. A alguien tienen que utilizar cuando hacen los anuncios, ¿no?

—También es verdad, si es que ya ni pienso con lógica. —Me presioné la frente.

La camarera regresó con los capuchinos y esta vez me adelanté yo a pagar. La noche anterior, para la cena, también me lo impidió.

—No me has respondido.

—¿Qué se supone que tengo que responder? Aroa, he venido de vacaciones a verte —negué echando el azúcar—. Es un sin sentido. —Removí el capuchino con energía.

—Quién sabe, lo mismo es para hacer un anuncio y te vas de París con más dinero del que llegaste ayer —habló emocionada.

—No sé... —dije pensativa.

—No vas a ir, ni a llamarlo. ¿Verdad?

—Ahora mismo mi respuesta ya sabes cual es. —Me encogí de hombros.

—Bueno, puedes pensártelo bien, con calma. —Me hizo un guiño—. No tienes que tomar una decisión precipitada de la que puedas arrepentirte cuando pasen los días. Eso sí, yo no me lo pierdo si aceptas.

—Te diría que gracias por el detalle de acompañarme, pero estoy dudando... ¿Lo harías por mí o por ver otra vez a ese hombre, a Travis?

—¡Cómo puedes poner eso en duda! —Se hizo la ofendida, llevándose las manos al pecho por encima del abrigo—. Lo haría por ti, por supuesto, pero una cosa te digo, de esa empresa no salimos sin verlo. —Se tapó la boca.

La observé seria, hasta que no pude controlarme más y reí, risas a las que se unió.

—Vamos a dejar el tema apartado. —Me llevé la taza a los labios.

—Vale, ¿dónde quieres ir ahora?

—¿Estamos lejos del piso? Hemos dado muchas vueltas y ahora mismo estoy desubicada.

—A unos diez minutos caminando tranquilas.

—Pues yo optaría por ir, para que no nos paseemos con las bolsas por la ciudad, sobre todo tú, por la última compra.

—Buen punto —asintió sonriendo—, así dejo los regalos a cubierto.

—Después me llevas donde quieras, todo va a gustarme. —Me encogí de hombros—. Hay muchos días por delante. Por cierto, ¿al final cuántos tendrás libres? No me lo has dicho.

—Una semana, me da tiempo a enseñarte gran parte de la ciudad para que sepas moverte por ella. Así la siguiente que estés sola mientras trabajo no tienes problema.

—Guay, pensaba que sería menos.

Conversando, nos tomamos los capuchinos viendo pasar a las personas caminando cerca. Al terminar, nos mezclamos con ellas, recorriendo las calles sin prisa; por mi parte, observando con una sonrisa todo lo que íbamos encontrándonos y el ambiente tan variado y animado que había. Y eso que era un día laborable.

Capítulo 4



Nathan

Me incliné sobre el mármol del lavamanos para acariciarme la fina barba que acababa de recortarme. Ladeé la cabeza hacia los lados, comprobando que había quedado uniforme. Hice una última pasada con la máquina de afeitar y lo di por bueno.

Si en algo era perfeccionista era en no dejar pasar el límite, descuidándola. Bueno, en realidad lo era bastante en todo, pero en este caso me estoy refiriendo a la barba. No me gustaba sentirla más larga a lo que acostumbraba a llevarla. Hubo un tiempo en el que no tenía, pero mi rutina era la misma.

Me lavé la cara con agua, para eliminar cualquier rastro de pelo. Al secármela fui a la habitación con la toalla enrollada en la cadera. Eran las siete y media de la mañana, ya me había duchado para empezar el día.

Crucé la habitación y entré en el vestidor. Me paré frente a los trajes y elegí uno de color gris oscuro, junto a una camisa blanca. Saqué de un cajón los calcetines y un bóxer, y me vestí sin prisa. Me acomodé la americana delante del espejo que ocupaba la pared completa de un lateral. Me calcé los zapatos y me guardé la cartera y el móvil en los bolsillos.

Salí de la habitación y recorrí el pasillo hasta la escalera. La casa estaba en completo silencio en la segunda planta, lo que cambiaba en la principal porque Adelyn estaría liada en la cocina. Bajando los últimos escalones se me curvaron un poco los labios, al escucharla tararear.

—Buenos días —dije al entrar en la cocina.

—Buenos días, Nathan. ¿Has descansado bien?

—Sí. —Me crucé de brazos, apoyando la cadera en la isla—. No te apures en terminar, hay tiempo de sobra.

—Tranquilo. Solo falta la tostada, no tardará mucho.

—Voy al balcón. ¿Llevo algo?

—Sí, a ti mismo —sonreí de medio lado cuando me pidió con las manos que la dejara sola.

Como cada vez que se lo proponía, lo dejé estar porque nunca conseguía nada. Adelyn llevaba conmigo muchos años, nuestro encuentro fue por casualidad y uno de los mejores descubrimientos que había hecho. Era como una segunda madre para mí, así me trataba, como un hijo desde el principio. Una mujer muy cercana y cariñosa, a la vez que sabía perfectamente mantener las distancias cuando era necesario. Nos conocíamos lo suficiente como para llevarnos por buen camino.

Trabajaba para mí de lunes a viernes, desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde, hora en la que se iba dejándome la cena preparada. Así era ella, daba igual que le dijera muchas veces que alguna noche en concreto no hacía falta, malgastaba las palabras porque me ignoraba.

Llegué al balcón y me senté en una silla, junto a la mesa. Era muy amplio y largo, recorría todo el piso abarcando la fachada frontal y lateral, con una anchura de casi tres metros. Se podía acceder a él desde cualquier estancia de la planta principal. En la segunda planta solo dos habitaciones tenían pequeños balcones, una de ellas era la mía. Bueno, pequeños en comparación con el principal en el que estaba yo ahora mismo, porque las dimensiones eran muy buenas.

Me encantaba empezar los días viendo de fondo el verde de los frondosos árboles que recorrían mi calle, una de las principales. Como también admirar parte de París desde la altura que me proporcionaba el edificio donde tenía el dúplex. Las dos plantas eran las últimas del edificio, arriba del todo tenía una gran terraza preparada con todo tipo de detalles: sofás, una gran mesa acompañada por sillas cómodas y una zona *chill out* perfecta para desconectar del bullicio de la ciudad, con unas vistas aún más impresionantes.

—Aquí tienes —dijo Adelyn a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

Dejó la bandeja con el desayuno encima de la mesa.

—Gracias. ¿Qué planes tienes para hoy? —Cogí la taza de café y me la llevé a los labios.

Estaba como me gustaba, al natural. Saboreé el aroma intenso en el paladar.

—Ahora me pondré a limpiar la zona principal, antes de salir a comprar varias cosas que faltan. Cuando regrese me dedicaré a la segunda planta.

—Tómate un café conmigo.

No le propuse que desayunara porque lo hacía antes de venir.

—Mañana, quiero aprovechar bien el tiempo.

—No sé por qué te agobias tanto, será por días —negué—. Lo que no hagas hoy para otro.

Podríamos comer en el suelo de todo el dúplex y estaríamos como en una mesa. —Fruncí los labios, sabiendo que para ella lo que acababa de decir era una locura y barbaridad.

—¿Comer en el suelo? —Soltó un pequeño jadeo—. Anda bebe más café que las neuronas no se te han despertado. —Reí—. Siempre hay cosas que hacer. —Movié las manos en el aire, la miré divertido—. Te dejo para que disfrutes de este momento como te gusta.

Asentí y recibí con agrado el beso que me dio en la mejilla, antes de entrar para empezar con las tareas que ella misma se imponía. Cogí la tostada que me había preparado. Tenía una pinta estupenda y mejor estaba. Saqué el móvil del bolsillo y me entretuve unos minutos leyendo varios correos electrónicos. No tuve la intención de hacer nada más, hasta que no llegaba a la empresa no respondía para iniciar el día de trabajo.

Dejé el teléfono encima de la mesa y desayuné con calma, escuchando muy lejano el ritmo que empezaba a despertar en las calles. Si algo me gustaba y agradecía de donde vivía, era la tranquilidad y la paz que se respiraba.

El dúplex está ubicado en el distrito dieciséis, el que se compone por cuatro barrios: *Porte-Dauphine*, *Chaillot*, *Auteuil* y *La Muette*. El último, *La Muette*, es donde vivo. El distrito es conocido como uno de los que alberga los barrios más caros de París, concentra un gran número de bienes inmuebles de excepción, como el entorno del jardín de *Ranelagh*, que atrae por su estilo de vida refinado y tranquilo.

La zona norte del distrito se compone por inmuebles de lujo muy atractivos para las familias acomodadas. Sin embargo, la zona sur también tiene su encanto, especialmente con las zonas comerciales de *Passy* y de *Auteuil*, donde se puede encontrar una clientela familiar que busca lo mejor en calidad y exclusividad.

La zona se distingue por su gran oferta de apartamentos familiares y casas. Destaca el barrio residencial Villa Montmorency que acoge casas particularmente exclusivas reservadas a una minoría selecta y rectora.

El distrito dieciséis nació tras la anexión de tres pueblos a las puertas de la ciudad: *Passy*, *Auteuil* y *Chaillot*, en aquella época poblados por la aristocracia. Hoy día todavía es palpable esa atmósfera de prestigio a través de sus elegantes calles, su suntuosa arquitectura o sus fastuosas casas, denominadas en francés como *hôtels particuliers*.

Por lo que comento no es de extrañar que el distrito acoja a familias burguesas, tanto de París como internacionales, que quieren un estilo de vida tranquilo y agradable, en un entorno seguro e inmejorable.

Igualmente es un distrito turístico. Ello se debe a los numerosos emplazamientos culturales como el *Palais de Chaillot*, el *Trocadéro* o incluso el *Palais de Tokyo*. También acoge instalaciones deportivas conocidas a lo largo de todo el mundo, como el *Parc des Princes* o el *Stade Roland Garros*, donde tiene lugar el homónimo y famosísimo torneo de tenis.

Coloqué la taza y el plato en la bandeja y me levanté llevándola conmigo.

—¿No tienes prisa? —Miré de reojo a Adelyn, conteniendo la diversión.

Con sus preguntas solo buscaba que me apartara de la bandeja que dejé cerca del fregadero, para encargarse ella. Terminé riendo cuando me empujó con la cadera muy sutilmente, al ver que no le respondía.

—Me voy. —Me incliné hacia ella. Esta vez el beso en la mejilla se lo di yo.

—Que vaya bien la mañana. —Me miró sonriente—. ¿Vendrás a comer?

—En principio sí, a no ser que se me complicate el trabajo. Te llamo una hora antes.

—Perfecto.

Le di la espalda y caminé por el piso, hasta que llegué a la zona que hacía de recibidor. Siguiendo la línea de la construcción era amplio, muy espacioso. Haceros una idea con el dato de que el dúplex tenía cuatrocientos noventa y dos metros cuadrados, habitables. En lo de habitable solo entraba la planta principal y la segunda, la terraza iba aparte, y ya os digo que estaba construida sobre todo el techo de la segunda planta, con las mismas medidas a lo largo y ancho de ella.

Abrí el armario donde dejaba el abrigo y lo cogí. Me lo coloqué junto a una fina bufanda y me dispuse a salir. Era diciembre y hacía mucho frío, no es que me molestara, pero nunca estaba de más los extras que añadiera. Descarté bajar en el ascensor y fui hacia las escaleras de caracol. Mis pasos eran silenciosos porque una moqueta de color rojo burdeos la adornaba de principio a fin.

En la planta principal, a pocos metros del portal, accedí al parquin por una puerta estrecha. Montado en el coche, con la melodía suave que sonó al arrancar, salí tomando la dirección de mi empresa. La distancia que me separaba de ella era unos veinticinco minutos en coche, aproximadamente, porque el tráfico tenía mucho que ver.

No me importaba, siempre lo había preferido por mi paz mental. Una cosa era la rutina diaria de trabajo, en la que no tenía ni un minuto de descanso y el ajetreo, tanto dentro de la empresa como en el exterior eran constantes, y otra muy diferente mi vida privada una vez que traspasaba la puerta para irme. Era un lujo vivir donde lo hacía y no lo cambiaba por nada del mundo.

Recorrí las calles de París, tomándome con calma los atascos de todos los vehículos que se movían con destino a los trabajos.

La música se cortó para dar paso a los tonos de una llamada. Miré la pantalla del coche y descolgué. Era Dennis, uno de mis mejores amigos.

—Muy madrugador te veo —hablé el primero.

—Hasta yo estoy sorprendido. —Rio, y mis labios se curvaron.

—¿Te has caído de la cama?

—Pues casi, pero es más correcto decir que me han despertado para sacarme de ella.

—¿Sabes que es viernes? Lo digo porque has anticipado la fiesta.

—A mí me da igual el día de la semana que sea —dijo en tono divertido—. Con lo bien que me lo he pasado con Chantal desde anoche que llamó a la puerta de mi piso, como si es lunes.

—No tienes remedio —negué varias veces.

—¿Qué culpa tengo yo de que la tentación tocara insistentemente a mi puerta? ¿Qué iba a hacer? Pues abrir. —Rio.

—Por supuesto, cómo vas a ser descortés.

—Exacto y casi me da algo al abrir.

—¿Y eso? —Miré por el espejo retrovisor izquierdo a la vez que ponía el intermitente, para cambiar de carril.

—Joder, Nathan, que justo al abrir hizo lo mismo ella con su abrigo. ¡Qué solo llevaba un picardías puesto! ¿Te lo puedes creer?

—El que lo tienes que creer eres tú que lo disfrutaste —sonreí de medio lado—. ¿Vas a ir a trabajar o alargas el fin de semana?

—Tengo una reunión importante —soltó un suspiro.

—Vale, que vaya bien. Te dejo, estoy llegando a la empresa.

—Igualmente. Nos vemos a la noche, ¿no?

—Si no abres la puerta a otra visita inesperada, de nuevo...

—Muy gracioso. Ja, ja, ja... —Solté una carcajada.

Capítulo 5



Llevaba revisando informes más de una hora, concentrado en todos los detalles importantes. Solté el bolígrafo en la mesa y recosté la espalda en la silla.

Eran las doce y media de la mañana. Desde que entré en el despacho no me había tomado un descanso y vi el momento perfecto para hacerlo, a pesar de que quedaba media hora para ir a casa a comer. Ya había llamado a Adelyn para confirmárselo.

Me levanté, pero me quedé a medio camino porque la puerta se abrió de golpe. Travis entró como un huracán cerrando tras de sí. Levanté una ceja hacia él, siguiendo sus pasos porque empezó a caminar delante de mí, de un lado al otro.

—¿Se puede saber qué ocurre? —le pregunté con el ceño fruncido.

Terminé de incorporarme y me quedé de pie frente a él, solo nos separaba la mesa.

—Joder, no vas a creerte lo que me ha pasado hace menos de una hora. —Me crucé de brazos.

—Buenos días o tardes para ti también.

Se frenó de golpe para mirarme directamente.

—Buenas tardes —sonrió de medio lado.

—¿Algún problema en la joyería?

Supuestamente venía de allí, de una de las muchas joyerías con las que trabajábamos. La habíamos seleccionado entre todas, así lo concretamos a última hora de la tarde del día anterior. Tenía que reunirse con el dueño para cuadrar un horario en el que la joyería estuviera cerrada al público, para grabar unas escenas en su interior para la nueva campaña publicitaria de la que se encargaba Travis. Si todo iba según nuestros planes no se retrasaría mucho para poder hacerla antes de las fiestas navideñas que teníamos encima. Era un extra para estas fechas.

Travis era el director de márketing y publicidad de mi empresa, aparte de otro de mis mejores

amigos, como Dennis.

—¿Problema? Todo lo contrario, tengo en mis manos la solución para la nueva campaña, Nathan. Me ha caído del cielo.

—¿Qué tiene que ver la joyería con eso? ¿Te has quitado el bloqueo que te tenía agobiado para la campaña? ¿Cuál, según tú, es la solución que te ha caído del cielo? —Me senté despacio en la silla.

Apoyé un codo en el reposabrazos y me froté la barbilla, esperando a que continuara. Había pasado una semana insoportable, siempre le sucedía cuando no encontraba la inspiración para darle forma a lo que necesitábamos.

—Te vas a caer desplomado cuando te lo diga. —Apoyó las manos en la mesa, inclinado sobre ella.

—Por si no te has dado cuenta acabo de sentarme. —Levanté una ceja.

—¡Es una forma de hablar! —Puso los ojos en blanco.

—Lo he pillado. Tú dirás, continúa —le pedí serio.

—Verás —se sentó en una silla—, como quedamos ayer, después de hacer unas gestiones he ido a la joyería —asentí—. Pues resulta que estaba dando vueltas por ella porque nada más llegar he preguntado por Gérard y el encargado me ha dicho que me atendería lo antes posible, estaba en una reunión por videollamada, y... —Se quedó callado de repente, con la vista ida.

—Travis. —Llamé su atención para que siguiera.

—Sí, como te decía he tenido que esperar y he recorrido la joyería por aburrimiento, hasta que la he visto.

—¿El qué? —Fruncí el ceño.

—La mano que necesitamos. —Levanté las dos cejas—. Joder, te dije que esta campaña quería enfocarla de otra forma, darle un toque totalmente diferente. Por eso he estado bloqueado y agobiado, no daba con la solución —asentí—. Pues resulta que lo he hecho, iba caminando distraído por la joyería y algo ha llamado mi atención.

—Una mano.

—Sí. —Rio, mis labios se curvaron de medio lado—. Es la perfecta para la nueva colección y, ¿sabes lo más gracioso? —Repiqueteó los dedos en la mesa.

—Tú dirás para que pueda reírme.

—Que la dueña de la mano tenía colocado en un dedo uno de los anillos principales que destacarán en la campaña. Es de nuestra colección de joyas, la creó nuestra empresa. ¿Cómo te quedas? —Dio un golpe en la mesa, emocionado al máximo— Ha sido el destino, tío.

—¿Cuál era?

—Espera. —Sacó el móvil y buscó entre los cientos, sino miles de fotografías que tenía en él.

Por suerte las tenía clasificadas por temporadas y no le costó mucho dar con la imagen del anillo al que se estaba refiriendo.

—Este. —Dejó el teléfono en la mesa y lo cogió.

—Una buena pieza.

—Ya te digo, la chica se enamoró al instante del anillo —asintió satisfecho.

—Pues ya lo tienes todo encaminado, me alegro por ti. —Le devolví el móvil.

—Ya quisiera yo —soltó un suspiro y entrecerró los ojos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no va a ser tan fácil. —Lo miré extrañado, sin comprender su duda—. Es que hay un pequeño problema.

—Termina de decir las cosas. —Sacudí la cabeza.

—Primero, la chica se ha pensado que quería robar el anillo. —Agrandé los ojos, anonadado.

—¿Por qué narices ha creído eso?

—Te prometo que le he entrado amablemente. —Levantó las manos.

—Travis, que te conozco desde que íbamos en pañales —negué—. A mí no me tienes que hacer esa aclaración.

—Bueno te pongo al corriente de cómo ha sido —asentí—. No es francesa, su idioma es el español. Cuando la vi con el anillo estuve escuchándola hablar con una amiga. Me he dirigido a ella para que me entendiera sin dificultad porque me lo jugaba todo. Por cierto, tengo ganas de darte un beso por obligarnos a Dennis y a mí a hacer el curso de ese idioma contigo. —Rio.

—Confórmate con un apretón de hombros —comenté divertido.

—¡Como si fuera la primera vez que te planto un beso en la mejilla! —Se hizo el ofendido—. Aunque, para ser sincero, después he tenido que salir corriendo para que no me cazaras. —Se rio.

—Y no te acercabas en días —continué con una media sonrisa, recordando las veces que lo había hecho.

Que conste que no me molestaban las muestras de cariño con mis amigos íntimos: un abrazo, un beso en la mejilla, cosas naturales y sencillas, pero a la vez importantes. Y más entre nosotros tres, Travis, Dennis y yo, que como ya he mencionado de Travis, nos conocíamos desde siempre.

Es cierto que yo no era muy dado a esas muestras de afecto, pero por mi personalidad, no por otra cosa. Los dos sabían lo importantes que eran para mí y el papel que jugaban en mi vida, aunque no fuera de exteriorizarlo mucho. Yo era más de demostrarlo con acciones.

—Sé diferenciar cuando mi vida peligra, tío. —Reímos.

—Continúa que parece que tengo que sacarte las palabras con un sacacorchos.

—Ya me he despistado, por dónde iba... —habló pensativo.

—Me has dicho que la viste y te llamó la atención, que te acercaste a ella y la escuchaste hablar con una amiga, por lo que te diste cuenta de que no es francesa, sino ¿española? Hay muchos lugares en los que se habla ese idioma.

—Ah, sí. Pues no te sabría responder a eso, quizás. —Se encogió de hombros—. El caso es que en el momento en el que me he acercado más, poniéndome a su espalda, le he hablado. Tenía el anillo colocado en el dedo, admirándolo. Ahí lo visualizado, tío. —Se tocó la cabeza—. La imagen era perfecta.

»Ha pensado que quería llevármelo o yo qué sé... Se lo ha quitado rápido y lo ha tapado con la mano, protegiéndolo de mí. —Levanté una ceja—. Como lo oyes. —Rio negando—. Ha estado distante y a la defensiva, a pesar de que le enseñado la tarjeta que utilizo para el trabajo, la que me identificaba. Pues ni por esas.

—¿Cómo qué no? —Fruncí el ceño.

—Que va, por suerte André, el dependiente, se ha acercado y me ha hablado. De esa forma ella le ha preguntado si me conocía y el tema de mi identidad se ha aclarado.

—Bueno te ha costado, pero ya está, ¿no?

—Que no, que se ha cerrado en banda. He esperado pacientemente sin moverme de su lado, mientras celebraba con su amiga que la otra había encontrado dos regalos ideales. Cuando André ha terminado de atenderlas he insistido y le he dicho cuál era mi intención. Le he dado una tarjeta y le he pedido que se lo pensara para venir.

—¿No lo has dejado cerrado? —negó varias veces, con una mueca—. ¿Y ahora qué? Porque lo interpreto por lo que has contado...

—Toca esperar un milagro. —Levanté las dos cejas.

—Solo ella tiene tus datos.

—Sí —soltó un suspiro, recostando la espalda en la silla.

Me levanté de la silla y caminé hacia la cristalera. Pensativo, metí las manos en los bolsillos del pantalón del traje, con la vista enfocada en el exterior.

—¿Estás seguro de que es la única opción? Porque por modelos no será. Lo único que tenemos que hacer es organizar con urgencia un *casting* para que encuentres otras manos...

—Joder, es que tengo la puñetera imagen en la cabeza. Es perfecta —se quejó.

—Pues has ido a dar con una de las pocas personas de a pie que no quiere tener nada que ver con lo que le has propuesto. —Medio giré hacia él.

—No lo entiendo, en el vídeo solo saldrían sus manos y quizás su imagen de cuerpo completo, pero puede ser de espaldas o de perfil.

—¿Le has explicado cómo sería? ¿Las ideas que tienes en mente?

—No me he atrevido, al ver su actitud me he centrado en lo más importante, que aceptara.

Dejé de mirarlo y volví a prestar atención al exterior.

—Yo me encargo a partir de ahora —comenté.

—¿Qué vas a hacer?

—Un último intento si tanto te afecta el tema.

—¿Cómo? Es imposible dar con ella. —Escuché la silla y sus pasos acercándose.

—No te has parado a pensar en un detalle importante. —Lo miré de reojo.

—Pues ahora mismo tampoco porque no tengo ni idea de lo que quieres decir —negó varias veces.

—Travis, has dicho que su amiga ha comprado en la joyería. ¿No?

—Eh, sí.

—Pues ya está, en la factura de venta siempre se añaden los datos personales del comprador, como su número de teléfono. Solo me interesa conseguir lo último, no voy a inmiscuirme en la privacidad de esa chica. Es tan fácil como pedirle a André que me lo facilite. Ella es la única que puede acercarnos a la otra chica.

—¡No había caído en eso!

—Suele pasar, siempre termino siendo la cabeza pensante de los dos. —Lo miré de reojo de nuevo, conteniendo la diversión.

—Hombre en algo debe de notarse que seas el dueño y jefe de la empresa. —Soltó una carcajada—. ¿Y si André te pone problemas? No creo que sea habitual esa petición.

—No lo hará, sabe para qué es nuestro interés y si hace falta marcará él mismo el número y hablaré con esa mujer con el teléfono de la joyería. Posibilidades hay las que queramos, así que deja de preocuparte por eso.

—Si es que te tengo que querer, tío. Eres muy estirado a veces, recto y serio, pero cuando sacas esa capacidad que es nata en ti...

Solté un pequeño gruñido. ¿El motivo? No lo anticipé cuando se lanzó a mí y me dio un beso en la mejilla. Suerte que tuvo que me pilló de sorpresa y esquivó mi mano rápido. Corrió por el despacho doblado de la risa, eso sí, sin pararse por su bien.

Cuando la puerta se cerró y me quedé solo, mis labios se curvaron de medio lado, mientras negaba con la cabeza.

Capítulo 6



Me monté en el coche para dirigirme a la joyería. Al final, el pequeño descanso me lo había tomado yéndome de la empresa, anticipando la salida.

La circulación a estas horas era más fluida, por lo que no tardé en estacionar en un parquin privado. La joyería estaba en la zona más comercial de París, imposible hacerlo en otro lugar. Me guardé el tique en la cartera y bajé del coche.

Al salir a la calle me mezclé con las personas que caminaban por la acera, en ambos sentidos. Se respiraba el ambiente navideño, estaba en todo su esplendor. La mayoría de las personas aprovechaban cualquier instante para hacer sus compras.

Unos minutos después, al llegar a la joyería, me paré frente a la entrada. No lo he comentado, tampoco es que tenga importancia según mi punto de vista, pero no me gustan estas fechas. Sinceramente, desde que mi madre faltó las aborrecí porque me traían demasiados recuerdos junto a ella, de mi niñez y de no tan pequeño.

No las tenía en cuenta, aunque sí que me reunía con mis amigos para comer y cenar en los días clave de las celebraciones. Adelyn estaba incluida, junto a su marido. Para mí eran reuniones en familia, con los míos, no para celebrar ninguna festividad.

Travis y Dennis se esmeraron, poco a poco y con mucha sutileza para que no me negara en rotundo, de esa forma acepté ir a las primeras celebraciones pasados unos años de la muerte de mi madre. Si no hubiera sido por ellos, hoy día ya estaría cerrado en banda y pasaría estas fechas marcadas en el calendario aislado en mi dúplex, sin querer ver a nadie.

La vida continúa, es la frase que me había repetido incansablemente y aún era recurrente en mis pensamientos. La misma frase que me dijo muchas veces mi madre, antes de que su enfermedad la apartara de golpe de mí.

Sacudí la cabeza levemente y empecé a andar, directo a la entrada. Saludé al hombre de seguridad con un apretón de manos, me conocía. Me dirigí al mostrador al localizar a André detrás de él.

—Señor Meyer, me alegra verlo por aquí —me saludó sonriente, ofreciéndome la mano.

—Igualmente, André.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Necesito un favor. —Me apoyé en el mostrador.

—¿De qué se trata?

—Verás, hace unas horas ha estado aquí Travis.

—Sí.

—Imagino que sabes que una gran parte de la próxima campaña publicitaria vamos a realizarla aquí, solo falta concretar los detalles para poder grabarla.

—Todos los trabajadores estamos informados —asintió.

—Sé que no es lo habitual, pero necesito ponerme en contacto con una mujer que ha entrado a la joyería hoy. Te doy más datos, eran dos amigas, al menos eso creo... Travis se ha acercado a la que estaba probándose uno de los anillos de nuestra última colección que saldrá en la campaña, la otra, la has atendido y ha hecho una compra.

—Oh, sí. Una pulsera y un reloj de pulsera. Buenas adquisiciones.

—¿Sería posible obtener el número de teléfono de la que ha comprado? Necesitamos contactar con su amiga para que aparezca en la campaña, la del anillo, pero Travis solo ha conseguido entregarle una tarjeta con su identificación y los datos de la empresa.

—No estaba muy conforme con su presencia. —Carraspeó.

—Me lo ha explicado Travis, como también que ha intentado no intimidarla. Entiendo que, siendo una persona normal, me refiero a que no se dedica al modelaje, tiene que ser un poco chocante que un extraño se acerque para hacer varios comentarios de sus manos, con demasiado interés.

—Al principio no ha creído lo que le decía el señor Travis. Hasta que yo no se lo he confirmado no se ha quedado conforme —dijo sonriente.

—Gracias por haber colaborado.

—No es nada señor Meyer, ha sido un placer.

—Lo entenderé si no puedes facilitarme el número de teléfono, pero si me haces el favor de marcarlo tú, para que continúe siendo privado... Solo necesito tener una conversación, será

suficiente porque no tenemos otra forma de contactar con ella y que nos acerque a su amiga.

—Si es de esa forma lo puedo hacer al instante —asintió conforme—. Un momento, voy a buscar la información en el ordenador.

—Gracias.

Le di la espalda al mostrador y me entretuve observando a todas las personas que iban de una vitrina a otra, buscando las que serían sus nuevas adquisiciones. Esta joyería en concreto, *Mon Amour*, encabezaba el puesto de las más prestigiosas de todo París. Precisamente por ese motivo la habíamos elegido para la campaña publicitaria.

Todas las joyas que salían de mi empresa eran obras nuestras. Nos dedicábamos a crear todo tipo de joyas: anillos, pendientes, collares, pulseras, broches, relojes, y cualquier artículo pequeño que os venga a la mente que sea decorativo como complemento personal. Posterior a la creación lo distribuíamos a las joyerías asociadas con nosotros, las más destacadas.

Como ya sabéis, nos encargábamos de nuestra propia publicidad. Nada en lo referente a nuestro trabajo de muchos años quedaba en manos de terceras personas. La base de todo era adquirir las piedras preciosas, minerales y resto de componentes, y de ahí en adelante había una cadena de trabajo muy minuciosa e importante.

Nuestra marca es una de las más solicitadas, admiradas y consolidadas en el mercado, siempre estábamos innovando para salir de los prototipos comerciales habituales. Sacábamos al mercado grandes piezas, me refiero al valor económico, pero no solo nos basábamos en ellas. También ofrecíamos un abanico amplio de opciones con diseños más asequibles, teniendo en cuenta que hablo de joyas y de lo que ello engloba.

—Señor Meyer. —Llamó mi atención André—. Lo tengo. —Levantó el teléfono inalámbrico—. La mujer a la que le he hecho la factura de compra se llama Aroa.

—Perfecto. Muchas gracias, André.

Pulsó la tecla de llamada y me lo ofreció. Me llevé el teléfono a la oreja, a la espera de que descolgara, mientras escuchaba los tonos sonar. André se alejó para atender a una clienta y volví a darle la espalda al mostrador, fijando la mirada en la puerta principal.

—Hola, ¿quién llama? —respondió una voz de mujer, en francés.

—¿Es usted Aroa?

—Eh... Sí, soy yo.

—La llamo de la joyería en la que ha hecho una compra hace unas horas.

—¿Hay algún problema? He pagado todo lo que me he llevado y la alarma de la puerta no ha

sonado cuando la he cruzado al salir —dijo asombrada.

—En absoluto, todo está en orden referente a eso.

—Ah, ¿entonces? He dejado la tarjeta temblando, si me llaman para gastar más no puedo. No venden precisamente cosas baratas, aunque no sería lógico que se pusieran en contacto conmigo para eso, ¿no? Ay, yo qué sé, esto es muy raro.

»¿Quién es? Dígame el nombre del dependiente que nos ha atendido a mi amiga y a mí. Ohhh... No me diga que he entrado en algún sorteo por comprar en estas fechas y he salido ganadora ¡Ay, que me da! —En la última parte alzó la voz.

Escuché sorprendido y paciente todo lo que dijo de carrerilla, casi sin respirar. Por lo visto tenía la misma imaginación que su amiga, por el detalle de que la otra mujer pensó que Travis quería robar el anillo que se estaba probando.

—Un momento, ¿cómo sé que es verdad que me está llamando de la joyería? ¿Esto es una estafa? ¿Se trata de eso? Óigame, a mí no me engañan así porque sí, ¡eh! —continuó sin dejarme intervenir— Uy, uy, estoy es muyyy raro y curioso. No sé quién es usted, pero no tiene sentido su llamada.

—Si me permite explicarme... —Aproveché un momento en el que se calló para coger aire.

—Eh, bueno si insiste. —Levanté una ceja.

—Gracias. Como le decía, la llamo de la joyería y sí, es verdad, precisamente estoy en ella ahora mismo. Mi llamada va dirigida a su amiga.

—¿Cómo? —Me aparté el teléfono de la oreja, por el grito que soltó.

—Tranquilícese, ahora le explico.

—Pues ya puede ser buena la explicación porque estoy a puntito de colgarle por acosador. —Bufó.

—¿Acosador? —repetí asombrado.

—Hombre, discúlpeme, pero muy normal, lo que se dice normal esto no es.

—Soy el dueño de una firma de joyas, más concretamente de la del anillo que su amiga se ha probado. Esa es una de las muchas que creamos. No tenía otra forma de acercarme a su amiga que contactando con usted a través de la joyería.

—¿Quiere acercarse? ¡Pero bueno!

—Sí, al igual que ha hecho mi director de márketing y publicidad hace unas horas. Nuestra insistencia e implicación son sinceras, dentro del marco de la profesionalidad. Estamos

interesados en que su amiga venga a nuestra empresa para hacer unas pruebas de grabación, en las que las protagonistas serían sus manos.

»Una vez que esté aquí se concretarán todos los detalles, nos regiremos a las condiciones que ella ponga. Lo comento por si no quiere mostrar su cara en el anuncio publicitario. No pasaría nada, todo tiene solución y es negociable.

—¿Esto es en serio? ¿El hombre ese no estaba de broma? —Jadeó—. ¿La tarjeta es de verdad?

—Sí, no y sí. Creo que el dependiente que las ha atendido, André, lo ha verificado.

—¡Oh, Dios mío! Al principio cuando me lo ha explicado mi amiga no he dudado y he visto una oportunidad increíble para ella, pero con el paso del tiempo las dos hemos llegado a la conclusión de que no podía ser.

—Es muy real. Me he tomado la molestia en venir a la joyería para conseguir hablar con usted.

—Madre mía, ¡qué fuerte!

—¿Podría pasarme con ella?

—Eh, ahora mismo no está conmigo. Bueno sí, pero ha entrado al servicio del restaurante.

—¿Todavía tiene la tarjeta que le ha dado Travis en la joyería?

—Claro, no la ha roto. —Levanté una ceja.

—No sabe cómo me alegro. Igualmente, si la extraviara, solo tienen que venir a la joyería y preguntar por mí. Enseguida se pondrían en contacto conmigo. Espero que lo piense mejor, es una gran oportunidad para su amiga, como bien ha dicho usted. Lógicamente, sobra decir que el trabajo le será remunerado.

—¿Sabe por cuánto? Quizás eso sea un aliciente para que acepte.

—Faltaría concretar los detalles, pero sobre unos veinticuatro mil euros para empezar.

—¿Qué? —gritó y jadeó al mismo tiempo— ¿He oído bien? ¿Ha dicho veinticuatro mil euros? —repitió entre susurros— ¿Para empezar? —Volvió a alzar la voz.

—Ha escuchado perfectamente. Y sí, para empezar porque depende de si hacemos un único anuncio o son varios.

—Coño, ¡por unas manos! —Esta frase la pronunció en español.

—Me hará el favor de hacerle llegar mi mensaje.

—¿Favor? Así tenga que llevarla yo misma a rastras a su empresa, le aseguró que allí estaremos.

—Esta tarde sería perfecto —sonreí de medio lado, más que satisfecho con el resultado final.

—¿A alguna hora en concreto?

—Entre las cuatro y las seis, en ese intervalo de tiempo estaremos mi director de publicidad y yo.

—Haré todo lo posible, pero como comprenderá ella tiene la última palabra. Si cuando le comente todo lo que me ha dicho, aun así, se niega, igualmente utilizaré el número de teléfono de la tarjeta para notificarlo.

—Espero que la última parte no suceda. Las estaremos esperando. Que tengan un buen día.

Colgué cuando se despidió. Me giré hacia el mostrador y esperé a que André viniera hacia mí. Cuando lo hizo, sonriente, le devolví el teléfono inalámbrico y se lo agradecí de nuevo.

Me despedí diciéndole que le comentara a Gérard, su jefe y el dueño de la joyería, que en otro momento hablaría con él. Me urgía llegar a casa, me había retrasado más de la cuenta y Adelyn ya debía tener la comida preparada.

Capítulo 7



Aura

—Ya está, había un poco de cola para entrar —le hablé a Aroa, sentándome en la silla.

Hacía unos quince minutos que habíamos entrado al restaurante en el que habíamos ocupado una mesa, y yo había tenido que ir con urgencia al baño.

—Era eso o que te habías colado por el retrete —dijo divertida.

—Muy graciosa —negué sonriendo—. ¿Sabes lo que vas a pedir? ¿Has mirado la carta? —Cogí la que estaba a mi lado.

—No, estaba esperándote.

—¿Has venido alguna vez aquí? —pregunté leyéndola por encima.

Al no obtener respuesta rápida levanté la mirada. La encontré observándome de una forma...

—¿Pasa algo?

—Que va —negó varias veces.

—¿Estás segura? —Levanté las dos cejas.

—Bueno... —Carraspeó—. Me ha pasado una cosilla mientras te esperaba. Ahora te lo explico, pero primero vamos a elegir qué pedir. —Cogió la otra carta.

—¿No puedes hacer dos cosas a la vez? ¿Hablar y decidir?

—En este momento no, es de vital importancia que me centre en los platos porque tengo un hambre... La respuesta a tu pregunta de si conozco este restaurante, es no. Nunca he entrado, a pesar de que paso muchas veces por delante.

Me encogí de hombros e hice lo mismo que ella, centrarme en la carta. De primero nos

decidimos por dos platos: la *ratatouille*, en la descripción ponía que se componía por berenjenas, tomates, pimientos y cebollas hechas al horno con un ligero aliño de aceite, ajo y hierbas aromáticas; y la *bullabesa*, una sopa hecha a base de diversos pescados.

Optamos por pedir solo la sopa con trozos de pescado porque estaba la opción de añadir las piezas enteras con los que se cocinaba. Según Aroa, la segunda opción era la típica, pero como queríamos probar otras cosas tuvimos claro que cuanto más ligero, mejor. En la imagen de la carta había un gran surtido variado de pescados servidos en una bandeja.

Con los primeros elegidos para compartir, estuvimos de acuerdo en que el segundo sería un plato de *coq au vin*. Por lo que me dijo Aroa, es una comida emblemática de la gastronomía francesa y es indispensable probarla alguna vez. Es un guiso de pollo marinado y flambeado, estofado en vino o coñac, esta última opción para las recetas más tradicionales. Realzado con hierbas aromáticas, tocino, champiñones, zanahorias y cebollas. Sin probarlo se me hizo la boca agua.

Un camarero se acercó y nos preguntó qué queríamos beber.

—Dos copas de vino —le respondió Aroa—. ¿Va bien? —Se dirigió a mí.

—Perfecto —afirmé sonriente.

Tomó nota de la comida y pocos minutos después apareció de nuevo con las copas de vino y dos bandejas. En una había una gran variedad de quesos, en la otra, trocitos de foie gras de oca sobre pequeños trozos de pan.

—Madre mía, de aquí salimos rodando. Con todo lo que hemos pedido y ahora esto —dije antes de meterme el primer trozo de queso a la boca—. Joder, qué rico.

—Son dos cosas muy típicas de aquí y están de vicio. —Comió también—. Sí que está rico, leches.

—Pues nada, llegaremos a rastras al piso. —Reí.

—Ahora que has sacado el tema...

—¿Qué tema? —La miré con curiosidad.

—Tiene que ver con la cosilla que te he dicho que me ha pasado mientras estabas en el baño y con lo de ir al piso a descansar —habló sin mirarme—. Antes que nada, vamos a brindar.

—¿Por qué antes que nada?

—Porque quiero saborearlo por si cabe la posibilidad de que el vino termine en otra parte de mi cuerpo que no sea en la boca. —Frunció los labios, conteniéndose para no reír.

—¿Cómo?

—Tú ves comiendo, no dejes de hacerlo. Así estás entretenida —sonrió de forma exagerada.

—Continúa así y no como nada. —Levanté una ceja, pero no perdí la ocasión para coger otra variedad de queso.

Eso sí, lo mastiqué de forma exagerada hacia ella.

—A ver, cómo te digo esto. —Carraspeó.

—Empezando por el principio —dije después de saborear el vino.

—Resulta que estaba aquí, sentada tan tranquila y me han llamado.

—Ajá.

—De la joyería.

—¿Cómo que de la joyería? —Fruncí el ceño.

—Así me he quedado yo, con la misma cara. —Rio—. El caso es que me han llamado, pero no era nadie que pertenece a ella. Al menos directamente.

—Aroa, como no te expliques mejor —negué por las vueltas que le estaba dando al asunto—. ¿Hay algún problema con las compras que has hecho?

—Para nada, es lo primero que he preguntado. —Se encogió de hombros—. No querían hablar conmigo.

—Pero te han llamado, no lo entiendo.

—Porque para localizarte solo podían hacerlo a través de mí. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—¿A mí? —Agrandé los ojos—. Coño, que le he devuelto el anillo al dependiente. —Jadeé—. Si piensan que me he llevado otra cosa, el detector de la alarma no ha sonado.

—Frena que todo eso se lo he dicho yo al hombre con el que he hablado y me ha tranquilizado al instante. No va por ahí.

—¿Qué hombre?

—Acomódate en la silla para no irte hacia ningún lado. El mismísimo dueño de la empresa que ha diseñado anillo que te has probado. ¿Cómo te quedas?

—¿Qué me estás contando? —Agrandé los ojos.

—Quería encontrarte porque su director de publicidad le ha hablado de ti y de lo que ha sucedido en la joyería. —Se frotó las manos.

—No lo estás diciendo en serio —dije desconcertada—. No era ninguna broma —susurré porque después de darle muchas vueltas las dos, llegamos a la conclusión de que no podía ser lo que nos había dado a entender ese hombre.

—Y tanto que es en serio, y no solo eso, me ha pedido que vayamos esta tarde a su empresa, entre las cuatro y las seis. Cuando nos vaya bien, en ese intervalo de tiempo.

—¿Qué le has dicho?

—Que te llevaría a rastras si hacía falta. —Entrecerré los ojos—. Pero también he añadido que la decisión lógicamente es tuya y que, si te negabas a ir, llamaría al teléfono de la tarjeta que te dio el director de publicidad, para notificarlo. —Se removió en la silla—. Escúchame.

—Ya puede ser bueno lo que vayas a decir. —Recosté la espalda en el respaldo, mientras con la mano daba golpecitos con el tenedor en la mesa.

—Y tan bueno, ¿qué te parecen veinticuatro mil euros para que tus manos sean las protagonistas junto a las joyas de un anuncio publicitario de la colección de esa empresa?

—¿Qué? —Jadeé—. ¿Por mis manos?

—Si —asintió repetidamente—. Eso para empezar porque según el dueño ese precio sería para un anuncio, pero quizás te ofrezcan para hacer algún otro. También me ha dicho que los detalles te los comentarán cuando vayas, porque cabe la posibilidad, si aceptas, de que se vea algo más de ti que las manos.

»Pero según lo que tú consideres, podrían incluir alguna otra parte de tu cuerpo. Me ha dado muchas posibilidades y me ha dicho que todo es negociable, lo único que le interesaba a ese hombre es atraerte a su empresa para poder hablar contigo.

—Para empezar... ¡Qué fuerte!

—Ya te digo, por eso mi primer impulso ha sido decirle que te llevaría a rastras. Joder, Aura, es una oportunidad increíble y si lo haces regresarás a España con muchísimo dinero, multiplicando con el que has llegado. No puedes decir que no, al menos tienes que enterarte bien de todo para valorar tus opciones.

—Me he quedado ida —dije pensativa.

—No me extraña. —Rio—. ¿Qué? ¿Nos olvidamos de ir al piso a descansar y cuando terminemos de aquí nos vamos hacia esa empresa? Solo tenemos que montarnos en un taxi y decirle el nombre, será rápido.

—Madre mía. —Levanté las manos y me las quedé observando detenidamente, más de lo que lo había hecho a lo largo de mi vida. Y era mucho decir...— ¿Qué narices tienen?

—Ni idea, pero por lo visto son tu gallina de los huevos de oro. —Me hizo un guiño—. Cuidado que son monísimas, ¿eh? Aparte, la manicura es preciosa.

Nos miramos por unos segundos y soltamos una carcajada, entre alucinadas y felices las dos.

—¿Qué me dices?

—Que hoy no vamos a descansar —sonreí de medio lado.

—¡Sííí...! —dijo alzando la voz, a la vez que golpeaba la mesa— Ay que me da. —Se abanicó con las manos.

Volvimos a reír, yo sin conseguir asimilar que lo que me estaba pasando este día fuera real. Me parecía tan increíble...

El camarero nos trajo los primeros platos y enseguida nos centramos en comer, pero sin poder dejar de comentar mi oportunidad parisina.

La *ratatouille* estaba deliciosa, las verduras estaban cocinadas en su punto perfecto. La *bullabesa* también fue un verdadero deleite para el paladar, disfrutando de la exquisita combinación de sabores de los diferentes pescados que utilizaban para prepararla.

No tuvimos que esperar mucho para el segundo plato, el que acompañamos picoteando los restos que quedaban de queso y de foie gras de oca. El *coq au vin*, el pollo, se deshacía en la boca. Era una explosión de sabores que hacían una mezcla más que perfecta para el paladar. A pesar de lo llenas que nos quedamos, Aroa llamó la atención de un camarero para que nos trajera un poco de pan. Era un delito no mojarlo en la sabrosa salsa que quedó solitaria en el recipiente de barro.

No conformes con eso, porque oye, la ocasión bien lo merecía por el subidón que teníamos las dos, pedimos de postre una *crème brûlée*, lo que es lo mismo a una crema quemada o crema catalana con el azúcar quemado por encima. Fue el remate perfecto junto a un par de *macarons* que pusieron como acompañamiento del postre, en cada plato porque el dulce no lo compartimos, cada una pidió el suyo.

—En cualquier momento me salta el botón del pantalón —dijo seria y terminamos riendo porque yo estaba igual.

—Menos mal que el anuncio no es de cuerpo entero —negó—. Ahora mismo estoy como para posar. —Me tapé la cara.

—Hasta en eso hemos tenido suerte, las manos no engordan por una comida. —Volvimos a

reír.

—Esto está pasando, ¿verdad Aroa?

—Sí, y más que está a punto de pasar. ¿Nos vamos? Son las tres y cuarenta. Entre que buscamos un taxi y el trayecto... Ahora miramos dónde está esa empresa, no tengo ni idea.

—Vale. Ni se te ocurra pagar. —La señalé.

—¿Yo? ¿Con el dineral que vas a tener? Ya no saco más la cartera hasta que me despida de ti en el aeropuerto.

Soltamos una carcajada. Llamé al camarero y pocos minutos después estábamos paseando por la calle, para encontrar un taxi. Por suerte lo tuvimos fácil, así me lo adelantó Aroa. Estábamos en una zona muy céntrica y pasaban constantemente.

Capítulo 8



—Madre mía, Aroa. Que esto es un derroche de lujo —dije asombrada.

Acabábamos de bajarnos del taxi y me estaba refiriendo al edificio de la empresa al que no faltaba mucho para que entráramos.

—¿Qué esperabas? Es de joyas y de todo lo relacionado con lo que se vende en joyerías —habló divertida.

—Joder, ya lo sé, pero nunca había visto nada parecido. Me ha entrado el tembleque.

—Agárrate fuerte, que no se diga. Tú puedes con esto y con todo lo que se te ponga por delante. —Intentó animarme porque las dudas me asaltaron—. Piensa en el dinero que vas a ganar por un trabajo inesperado.

—Tienes razón, a la mierda. Cualquiera se da la vuelta con ese aliciente.

—¡Esa es mi chica! —gritó levantando un puño en alto.

—A poder ser no me dejes sorda, tengo que oír muy bien lo que van a decirme. —Puse los ojos en blanco.

Con ella riendo agarrada de mi brazo, mientras los nervios me pasaban factura, caminé decidida hacia la entrada del edificio. Impresionante no es nada en comparación a cómo era. Toda la fachada brillaba, literalmente, pero con una clase y estilo... Nada más traspasar la puerta principal el interior seguía la misma línea.

Nos quedamos con la boca abierta en más de una ocasión, observando todo lo que nos rodeaba mientras avanzábamos hacia el mostrador que había al fondo del gran vestíbulo.

—Buenas tardes. —Fue Aroa la que habló.

Yo dominaba bastante el idioma, pero en ese instante se me habían olvidado todos los conocimientos que tenía sobre él. Me quedé en blanco y mi amiga salió al rescate con solo ver

cómo estaba.

—Buenas tardes, ¿qué desean? —habló la chica que estaba sentada al otro lado de la recepción. Un poco tirante, todo hay que decirlo.

—Venimos a ver a... Saca la tarjeta —me pidió.

—Sí. —La busqué en el bolso y se la di.

—A Travis, director de márketing y publicidad, y al dueño de la empresa.

—¿Tenían una cita? —preguntó sin muchas ganas de atendernos, mirando la pantalla del ordenador.

Aroa me miró de reojo y le pedí calma con un gesto, porque lo que recibíamos de su comportamiento no era normal, al ignorarnos a propósito.

—Nos están esperando.

—Lo lamento, no consta nada en las agendas de ambos —sonrió de medio lado.

—Es que el dueño me ha llamado personalmente y nos ha pedido que viniéramos entre las cuatro y las seis. Son las cuatro y media.

—¿El dueño personalmente? —Levantó una ceja tomándola como mentirosa— ¿Sabe su nombre?

—¿Cómo?

—¿Qué si sabe el nombre del dueño de esta empresa? Si ha hablado con él como dice, debe conocerlo, ¿no? —Amplió la sonrisa.

Me faltó muy poco para alargar el brazo y borrarla con la mano. Continué conteniéndome, pero el desprecio que recibíamos por su forma de hablar iba en aumento. Daba la sensación de que se sentía en superioridad a nosotras, lo llevaba claro... Fijaros hasta qué punto, para que os hagáis una idea de si era evidente, que no tuve problema en diferenciarlo en un idioma diferente al mío. Eso ya era mucho decir... Y sumándolo a cómo nos observaba.

—Eh...

No me hizo falta mirar la cara de Aroa, con su indecisión supe por anticipado que no estaba al corriente de ese dato.

—La verdad es que no le he preguntado su nombre al hablar con él, nos hemos centrado en otras cosas. Pero él sí sabe el mío.

—Lo lamento, no puedo dejar subir a nadie que no me hayan notificado con anterioridad. Se sorprendería de las personas que intentan acceder al interior del edificio buscando encontrarse con él. Mi trabajo, entre otras cosas, es impedir intrusiones indeseadas.

—¿Me está diciendo que no nos permite pasar? —Se alteró Aroa, entrecerrando los ojos

—Así es. —Levantó una ceja, sin borrar la sonrisa falsa que mostraba.

—Qué narices de intrusas... —Mi amiga no salía del asombro, yo lo iba cociendo a fuego lento.

Me quedé observando a esa mujer. Su expresión hacia Aroa cambió y como no me gustó ni un pelo, sumándolo a todo lo anterior...

Increíblemente me convertí en francesa y parisina por unos minutos porque conseguí hablar y vocalizar que ni yo me lo creí.

—Perdona. —Carraspeé llamando su atención. La tuve al instante y aún más me tocó la moral cómo miró, directamente, lo poco que veía de mí. Apoyé las manos en el mostrador—. Para verificar que estamos diciendo la verdad solo tienes que descolgar el teléfono, para asegurarte. Supongo que sabes la extensión de tu jefe, ¿no? O quizás tu cabeza no llegue a tanto y es mucho pedir...

»Porque imagino que las uñas que muestras orgullosa no se romperán por esa simple acción, ¿me equivoco? Tienes esa opción, la de avisarlo realizando bien tu trabajo o la de que entremos sin importarnos que tú —la señalé—, no nos dejes pasar. Estoy deseando hablar con tu jefe, porque te recuerdo, por si no eres consciente, de que eres una simple trabajadora en esta empresa.

»Todo el interés que ha puesto él para localizarme lo estás tirando por tierra y me estás haciendo perder los nervios. Tu mirada de superioridad y la forma en la que te has dirigido a nosotras desde el principio me la paso por donde no quieres saber. Avisada estás, tú misma con lo que haces en los siguientes minutos. Te advierto que tengo poca paciencia con personas como tú.

—Fuera de aquí. —Se levantó de golpe.

—Con los pies por delante —sonreí de medio lado—. Échame tú si te atreves. —Levanté una ceja, las suyas se entrecerraron y me calenté más cuando recorrió mi cuerpo de nuevo, de los pies a la cabeza, con desprecio.

—Aura... —susurró Aroa.

—Lo sé, no merece la pena. Ni esta, ni la empresa. Vámonos. —Le di la espalda y caminé varios pasos, pero me frené cuando un hombre de seguridad se acercaba rápido hacia nosotras—. Ni se le ocurra tocarnos ni un pelo porque salto encima de usted y la liamos, o quizás es lo que necesitaría hacer para que el puñetero dueño venga y se dé cuenta de qué tipo de personal tiene

trabajando para él —dije lo más serena que pude, con una ceja levantada—. Tengo pies y voy hacia la puerta, ni me mire. Tranquilo que en lo que me queda de vida piso este despreciable edificio.

Mi cabreo era monumental a estas alturas. El hombre no tenía la culpa de nada, solo venía a ver qué sucedía y a hacer su trabajo, pero mira, pagó él la rabia que me había provocado la «cuatro pelos» mal contados. Porque podía tener unas uñas kilométricas que no sé cómo no se sacaba un ojo con ellas, pero que tenía cuatro pelos, los tenía, por mucho que lo disimulara.

Ojo, no soy de criticar ni de menospreciar a nadie, pero me había dolido mucho cómo le había hablado a Aroa y, el desprecio y la prepotencia que había mostrado, aparentando ser alguien importante cuando solo trabajaba de recepcionista. Si nos hubiera atendido cordialmente, como correspondía... Pues eso, cuatro pelos y que nadie me dijera lo contrario porque estaba que mordía a la mínima de cambio.

Caminé ligera hacia la puerta, con unas ganas tremendas de largarme de allí. Aroa me siguió de cerca.

—Aura... ¿Te vas a dar por vencida a la primera de cambio? Joder, que era la oportunidad de tu vida. ¿Cuándo se consigue tanto dinero por un rato de trabajo? Ni en un año si me apuras, depende del sueldo que se tenga...

—No estoy vencida. Sabes que habría saltado por encima de esa con mucho gusto, pero se me han quitado las ganas de golpe. Ni por todo el oro del mundo permito que me falten el respeto, y muchísimo menos a ti. ¿Te queda claro? Ojalá se atragante con su veneno de mirarnos como si fuéramos insignificantes. Me cago en todo... —Alcé la voz y bufé cuando salimos a la calle y nos apartamos un poco del edificio. Estaba muy alterada.

—Cariño, si lo sé. Y no sabes cómo te agradezco que siempre me defiendas y me protejas, pero lo que esa tía pueda decir de nosotras o cómo nos trate me trae sin cuidado. No es nadie para ninguna de las dos y cuanto más lejos mejor. Lo que quiero es que no pierdas la oportunidad, las dos sabemos que te vendría muy bien. Ese dinero sería muy importante para ti —habló con pena.

—El dinero no lo es todo en la vida —le sonreí de la misma forma y sentimiento—. Antes que nada, está nuestra dignidad, principios y valores, Aroa.

—Mierda. —Se frotó la frente.

—Olvidate de lo que ha sucedido hoy, de todo lo referente a esta mierda de empresa. ¿Vale? No quiero oír hablar de ella ni de nada de lo que la rodea. —Hice una pausa mientras empezábamos a andar—. Ahora me estoy arrepintiendo de no haber robado el puñetero anillo —resoplé.

—¿No lo dices en serio? —Frunció los labios, conteniéndose para no reír.

—¿Qué no? Con lo rápido que corro nadie hubiera tenido narices para frenarme ni darme alcance.

A pesar del mal cuerpo que se nos había quedado soltamos una carcajada por el mismo motivo.

—Joder. Te he visualizado, hasta dejando polvo detrás de ti. —Se dobló de la risa.

Sonreí ampliamente porque me gustó mucho verla de esa forma, era lo que necesitaba para tranquilizarme y venirme arriba.

—Por cierto, estoy muy orgullosa de ti. Has bordado el idioma. —Se pegó a mí para agarrarme del brazo.

—Qué puedo decir... La que vale, vale. —Reímos.

—¿Qué hacemos? ¿Quieres ir al piso o vamos al centro a dar una vuelta? —me preguntó.

—Yo opto por descansar en el piso y más tarde salir. Prefiero hacerlo así porque lo disfruto más, todo se ve más bonito de noche con las luces de navidad.

—Hecho, larguémonos de aquí. Que se coman sus «joyas» —dijo con retintín— y que las caguen durante toda la vida.

Estuvimos riendo durante un buen rato, mientras caminábamos por la acera para ir a otra zona en la que pasaran taxis frecuentemente.

Fue un pecado pasar por delante de una crepería y nuestra perdición, porque no dudamos en entrar.

—No hay nada mejor para los disgustos que el dulce.

—Cómo lo sabes —sonreí de medio lado, mirando en la carta las opciones, a cada cual más llamativa y rica.

No nos complicamos, y elegimos las dos una crepe con chocolate y nata.

—Paga tú que me he quedado sin el dinero —le pedí divertida, antes de darle un mordisco.

—Joder, yo que me había hecho ilusiones ya de ahorrar.

Reímos. A pesar de mis palabras fui yo la que los pagué. Lo había dicho en broma, como Aroa lo había recibido.

Nos comimos las crepes antes de encontrar un taxi. Montadas en él, cuando se dirigía a la dirección de su piso, recosté la cabeza en el cabezal. Mi amiga la colocó en mi hombro.

Tragué saliva porque el subidón de alegría me había durado bien poco. Sí, como había dicho mi amiga, me habría venido más que genial ese dinero porque pasaba los meses a lo justo. Muchos de ellos ni llegaba a final de mes, a pesar de los malabares que hacía con el dinero.

No porque tuviera un sueldo bajo, pero sí por las deudas que me dejó mi padre, a las que tendría que hacer frente durante muchos años, mientras él continuaba desaparecido por propia voluntad.

Ni que se atreviera a ponerse delante de mí una vez más... El alma y el corazón dejan de tener el control cuando entra en acción la cordura y el sentido común. Durante muchos años por la pena de que era mi padre, viví un calvario que no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Ni a la «cuatro pelos», imaginaros hasta qué punto me llevó.

Para venir a Francia, a París, había ahorrado a cuentagotas todos los meses que pude, durante muchos, por la ilusión de encontrarme con Aroa y de descubrir esta ciudad que siempre me había llamado la atención. La verdad es que Aroa se empeñó en ayudarme y lo hizo, a pesar de mis protestas y quejas.

No las tuvo en cuenta y me consiguió los billetes de avión y como aquí no tenía que pagar por un alojamiento al quedarme en su piso... En fin, lo poquito que había traído conmigo estaba calculado para disfrutar con ella, lo que conseguí haciendo infinidad de horas extras. De ahí que no hubiese podido venir antes ni con su ayuda, por el trabajo.

Para mí era esencial poder valerme por mí misma: comprar dos crepes cuando nos apeteciera como había hecho hacía unos minutos, invitarla a comer o a cenar... No sé... Cerré los ojos con fuerza, con un nudo en la garganta, mientras me decía interiormente que daba igual, que había sido un sueño fugaz el poder conseguir dinero extra. Sigo siendo la misma, como vine me iré y está bien de esa forma.

Capítulo 9



Nathan

—Ya es tarde —dijo Travis, visiblemente desanimado.

Abrió de golpe la puerta de mi despacho y la cerró de la misma forma. Había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho desde las cuatro de la tarde, supuestamente desde que cabía la posibilidad de que Aroa y su amiga aparecieran por la empresa.

Por lo visto yo no había sido lo suficientemente insistente para que sucediera. Eran las cinco y cincuenta, faltaban diez minutos para irnos. A estas horas quedaban pocos trabajadores en el edificio. Si hubiera recibido una llamada en la que me hubieran pedido que esperásemos porque se iban a presentar con retraso, no habríamos dudado en hacerlo. Pero no había sucedido.

—Lo lamento, lo he intentado.

—Demasiado has hecho, no te sientas mal —negó dejándose caer en la silla, enfrente de mí.

—Nunca es demasiado cuando hay un interés real, Travis.

—Ya... Qué mala suerte, me había hecho ilusiones —soltó un suspiro—. A ver ahora en qué narices pienso para la nueva campaña. —Se frotó la cara, agobiado.

Recosté la espalda en la silla, observándolo pensativo.

—Puedo hacer un último intento llamando otra vez a la chica que ha comprado en la joyería y con la que he hablado esta mañana.

—Sí, claro... Tendrías que ir otra vez hacia allí y solo de pensarlo es una locura. Te llevaría mínimo una hora para acercarte a la zona —negó—. El centro estará a tope y dentro de un rato no te digo nada... Ya sabes cómo se pone por las tardes y más en estas fechas.

—Tengo su número —sonreí de medio lado.

—Pero... —Se le abrieron los ojos al máximo—. ¿No me has dicho que André lo ha marcado para que hablaras con ella?

—Correcto, pero al verlo en la pantalla lo he memorizado.

—¡No fastidies!

—En algunos teléfonos no se queda fijo el número durante la conversación, pero en el de la joyería, sí. —Me encogí de hombros.

—Joder, si es que...

—Déjate de quererme y de actuar en consecuencia porque te salvas de que nos separe una mesa. —Levanté una ceja—. Que estoy viendo tu intención y ya irían dos veces hoy. De la segunda no te libras. —Rio por mi advertencia—. ¿Llamo o no?

—Es que no sé... Más claro que le has dejado las cosas a esa chica, a Aroa... A la vista está que su amiga, la que nos interesa, se ha negado en rotundo a venir. —Hizo una mueca.

—Puede haberles pasado algo. Olvídalo, en la tarjeta está tu número de teléfono —negué rectificando.

—¿Un último intento?

Sonreí negando. Me estiré y cogí el móvil de la mesa. Tecleé el número y me lo llevé a la oreja. Los tonos sonaron y cuando pensaba que se iba a cortar, descolgó.

—¿Hola?

Su voz era muy diferente a la de esta mañana, más pausada y...

—Lamento si te molestó, Aroa —dije dando por hecho que acababa de despertarla.

Opté por dirigirme a ella de forma directa, para no marcar las distancias.

—¿Qué...? ¿Quién? Un momento, vuelve a hablar —me pidió en tono muy bajo.

—¿Me oyes bien?

—Oh, sí, y tanto que te oigo y te voy a colgar ahora mismo. Eres un impresentable —soltó con rabia.

Por lo visto la calma se le pasó de golpe. Fruncí el ceño, descolocado, sin comprender a qué venía su referencia sobre mí.

—¿Perdón? ¿Impresentable? —Travis abrió los ojos al máximo al escucharme y activé el

altavoz para que se enterara de la conversación.

—Eso he dicho, impresentableee... —Alargó bastante la palabra—. En la vida me la han jugado tan gorda. Tienes suerte de que no te pongo cara porque si no... —Bufó.

—No estoy entendiendo nada, que yo sepa el que se ha quedado esperando a que aparezcáis tu amiga y tú, soy yo —hablé serio.

—Ja, ¡qué valor! Pues ya puedes esperar tumbado porque va para largo, qué digo, va para siglos en los que ya no estaremos ninguno de los dos. —Volvió a bufar.

—¿Se puede saber por qué? —Entrecerré los ojos, con una sensación que no me gustó.

—¿Sabes? Te creí, y convencí a mi amiga. La mayor cagada de mi vida porque la he puesto triste por tu culpa. Necesitaba el dinero y no voy a perdonártelo nunca, aunque no te conozca. Deja de marcar mi número porque soy capaz de denunciarte, ¿queda claro? Con tanta riqueza y dinero con el que duermes espero que tengas los oídos bien limpios para entenderme, no como la imbécil que trabaja para ti.

Los ojos de Travis y los míos se encontraron al instante. Me levanté y cogí el móvil, para caminar hacia la cristalera. Mi amigo me siguió de cerca, a pesar de que se enteraba desde la silla.

—¿Qué significa lo de que has convencido a tu amiga? —Quise saber en tensión, sin quitarme de la cabeza unas palabras en concreto que había dicho.

—¿Qué parte no has entendido? Aceptó después de explicarle la conversación que mantuve contigo. Le dije exactamente lo que me pediste y mira qué mierda de resultado hemos obtenido. Me cago en todo, si os queríais reír de dos chicas normales lo habéis conseguido, eso según vosotros, porque de nosotras dos no se ríe ni...

—Puedes parar un poco. —Alcé el tono de voz, para imponerme porque no había forma de que entrara en razón.

—Uyyy... ¡Qué me has gritado! Vete a tomar por...

—Aroa, no sé qué narices me estás diciendo —hablé con voz rotunda, interrumpiéndola para evitar que me colgara en cuanto terminara de hablar. Si lo hacía ya no tendría más opciones—. Sigo en la empresa, al igual que Travis. Ninguno de los dos nos hemos movido de aquí y aún continuamos esperándoos porque como te dije esta mañana, nuestro interés es muy real y profesional. No comprendo a qué viene todo esto, sinceramente.

Se quedó callada, no se escuchó ningún sonido al otro lado de la línea.

—Y si estás en esa empresa, cómo es que tienes mi número de teléfono, ¿eh? ¿Te lo has grabado? —Jadeó.

—Esta mañana André, el dependiente de la joyería, me ha hecho el favor de marcar tu número para que pudiera ponerme en contacto contigo. Lamento si me he sobrepasado, pero lo he memorizado de la pantalla. Te agradecería que me explicaras lo que está pasando, para poder entenderte porque no lo hago.

—¿Por qué me has llamado de nuevo? —habló más tranquila.

—Para hacer un último intento, no habéis aparecido.

Más silencio.

—Sí que hemos ido.

—¿Cómo? ¿En qué momento? Nadie me ha avisado. —Fruncí el ceño.

—Eso díselo a la imbécil que tienes trabajando en la entrada. Creo que tienes un gran problema, se cree la dueña de la empresa o algo parecido. Otra cosa es que tú seas igual que ella y le hayas otorgado el poder de tratar a las personas con indiferencia y menosprecio, porque eso es exactamente lo que hemos recibido —dijo con rabia—. Pero no te preocupes, mi amiga la ha puesto en el sitio que le pertenece y gracias a que se ha contenido para no montar un numerito mayor. Ridícula, eso es lo que es.

—Me estoy enterando ahora mismo —siseé. Yo sí que hice un trabajo de contención para templar los nervios—. Cuéntame lo que ha sucedido y te pido por favor que al detalle.

—¿En serio? —Se sorprendió.

—Bajo mi mando no consiento ese tipo de trato y actitudes, te lo puedo asegurar —hablé cortante—. Aroa, te lo he repetido muchas veces, queremos a tu amiga para la campaña publicitaria. A la vista está que he vuelto a llamarte, a pesar de que nos habéis ignorado.

»Ese ha sido nuestro pensamiento hasta que te he escuchado, y no sabes cómo me alegro de haber marcado tu número porque habría continuado en la ignorancia. Nuestro pensamiento era justificado porque no sabíamos nada y créeme que tomaré las medidas que correspondan y sean necesarias. Te escucho.

—Bueno... —Carraspeó.

—¿Hay algún problema? No te escucho bien —dije porque su voz sonó tan débil.

—Es que mi amiga está durmiendo en la habitación de al lado, por eso estoy intentando no alzar la voz desde principio —soltó un suspiro—. No quiero que se altere.

—Entiendo.

Calmada y correcta, empezó a contarme desde el momento en el que, en el restaurante, le explicó a su amiga la conversación que tuvo conmigo. Extendió la información sin obviar lo más

mínimo. Cuando llegó a la parte del recibimiento que habían tenido en mi empresa me recorrió de todo por el cuerpo. Travis tenía una cara... Alucinado se quedó por el comportamiento de Colette, ese era el nombre de la recepcionista. Yo me reservo mi opinión sobre la situación y su actitud.

—Eso es todo.

—Primero de todo lamento mucho cómo os han tratado en mi empresa, si hubiera sabido cuándo exactamente veníais...

—Esa mujer no ha entrado en razón, ni siquiera nos ha dado una oportunidad. —Su voz sonó resentida, pero a la vez con matices de tristeza.

—La oportunidad os la di yo desde el primer instante, es la única que cuenta. ¿Queda claro?

—Entonces...

—Todo sigue igual, queremos que vengáis.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Ahora hay un problema, uno bien grande —soltó un suspiro.

—¿Cuál?

—Que mi amiga no va a querer pisar más ese edificio, ni siquiera oír el nombre de la empresa. En cuanto vea una joya de vuestra firma es capaz de boicotearla.

—Al principio has hecho un comentario...

—No sé. He dicho muchas cosas, alterada. —Rio en tono en bajo—. Y eso que me he contenido para no despertarla.

—Has comentado que necesita el dinero.

—Ah, sí.

—¿Mucho?

—Es algo íntimo y personal, de ella.

—De acuerdo, lo entiendo —asentí serio—. Déjame pensar en cómo lo haremos de ahora en adelante. ¿De acuerdo? Estaremos en contacto.

—Perfecto. —Con una sola palabra se vio reflejada la ilusión que le provocó.

Nos despedimos y me guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón del traje, sin apartar la vista del exterior.

—Joder, menos mal que has sabido controlar la situación y la has enderezado —dijo Travis, cogiendo una bocanada de aire—. ¿Nathan? —Llamó mi atención por mi silencio.

—¿Qué mierda de autoridad se ha otorgado Colette en mi empresa? —remarqué el posesivo.

—Me he quedado loco al escucharlo. ¿Qué vas a hacer?

—Lo que debo —aseguré con la mandíbula apretada—. Las personas que trabajan para mí, en todo el puñetero edificio y fuera de él, ni por asomo habrían actuado de esa forma, con tan poca clase. No entiendo cómo es posible que haya sucedido, hasta hoy no se había dado el caso. —Sacudí la cabeza—. Para colmo es la primera cara visible de la empresa.

—No te martirices. —Me apretó un hombro—. Las personas se retratan solas, llega un momento en el que no pueden ocultar cómo son en realidad —asentí despacio—. ¿Tienes pensado cómo lo vas a plantear? Me refiero a lo que ha dicho Aroa de que su amiga no quiere vernos ni en pintura.

—Se me ocurrirá algo, en este instante tengo bastante con haber solucionado una gran parte del problema. Teniendo a Aroa de nuestro lado hemos dado un gran paso.

—Ya te digo. —Lo miré de reojo, por la diversión que identifiqué.

—¿Qué? —Terminé preguntándole.

—Joder, que nunca me había pasado, pero me he puesto cachondo al escuchar cómo se encaraba a ti. —Levanté una ceja.

Soltó una carcajada y, a pesar de que sentía que me hervía la sangre, consiguió que soltara un poco de rabia y terminara riendo con él.

Capítulo 10



Aura

—¿Por qué no me has despertado antes? —me quejé saliendo al salón.

—¿Para qué? Necesitabas descansar. —Me senté a su lado, en el sofá.

—Ya, pero he dormido un montón. —Hice una mueca.

—Nos vamos a acostar tarde. Este es el plan, nos duchamos, salimos a cenar, nos hacemos un montón de fotografías con toda la decoración y adornos navideños que nos encontremos que no veas lo mal que salieron anoche. —Rio.

—Es que las luces brillan mucho y no salen bien —negué divertida—. Me he venido arriba con el plan.

—Lo sabía, te vuelves loca con todo lo que sea ver papanoeles y demás. —Hizo una mueca divertida.

—La ilusión por estas fechas no me la va a quitar nada ni nadie. —Bajé la mirada a las manos.

—Claro que no, cariño. —Se acercó para abrazarme.

—Estoy bien —susurré en su hombro.

—Lo sé, y mejor vas a estar. Te lo aseguro —imitó mi tono de voz—. Venga, vamos a activarnos. —Se levantó tirando de mis manos.

—Qué prisas de repente. —Reí mientras me llevaba corriendo por el pasillo.

—¡A la ducha! —Me dio una palmada en el trasero.

Divertida, entré en la habitación y me dirigí al baño privado. Del piso en el que vive Aroa solo comenté que tenía techos altos y que eso le daba aún más amplitud de la que tenía. Pues amplió

la información, era una pasada y un lujo.

Nada más entrar te encontrabas con un salón muy grande que se integraba con la cocina. Estaban unidos, pero con una gran separación entre ambos. Tenía tres habitaciones de matrimonio muy espaciales, con baño privado cada una de ellas, no les faltaba ningún detalle. Las camas eran de dos metros, al menos yo me perdía en la que dormía, aparte de que eran muy cómodas.

En el pasillo había un aseo y el salón daba a un balcón largo y bastante ancho, en el que Aroa había colocado una mesa y varias sillas, para disfrutar cuando llegaba el buen tiempo.

Me duché rápido, tenía el pelo limpio. Elegí para vestirme un pantalón de arreglar abrigado y un jersey de lana, acompañándolos con unos botines con un poco de tacón, pero que eran muy cómodos. Me abrigué bien porque hacía mucho frío y más por las noches, lo normal en el último mes del año.

Después de peinarme y ponerme brillo en los labios, me coloqué el abrigo y un gorro de lana. En cuanto comprobé que llevaba todo lo necesario en el bolso, salí con él directa al salón. Aroa eligió el mismo momento para salir de su habitación y nos sonreímos al haber coincidido.

—Quiero ir a la Torre Eiffel —comenté—. No tiene que ser esta noche, pero me dijiste que está muy bonita iluminada.

—Pues vamos por esa zona.

—Pero los restaurantes serán caros. —Hice una mueca.

—Tú solo tienes que abrir la boca, masticar y tragar. Y te callas —me advirtió.

—Aroa...

—Te callas —remarcó la palabra al decirla.

—Mañana cenamos aquí, puedo prepararte lasaña.

—Joder, no me digas eso que me pongo el pijama enseguida y te obligo a que empieces a prepararla. —Lloriqueó en broma.

—Que te lo crees tú. Ya estoy arreglada y, aunque sea, entro en algún restaurante de comida rápida. —Reímos.

En cuanto abrió la puerta me lancé hacia el muñeco de nieve del rellano, provocando que riera más.

—Oye, ¿cuándo vas a montar los adornos navideños? —le pregunté bajando en el ascensor.

—Pues no tenía intención de hacerlo. —Me miró de reojo, apretando los labios.

—¡No lo estás diciendo en serio! —Jadeé por la impresión—. Yo lo dejé todo colocado antes de venir.

—Conociéndote habrás adornado tu piso hace semanas. —Reímos porque le di la razón al asentir.

—No puedes quitarle la magia a esta época, aunque estés aquí.

—La verdad es que no me he parado a comprar nada. —Se encogió de hombros.

Salimos a la calle y empezamos a caminar por la acera, agarradas de los brazos.

—¿Aquí hay tiendas baratas?

—Algunas, pero no como en las que estás pensando. —Rio.

—Vaya. —Hice una mueca.

—Mañana salimos de compras, ¿qué te parece?

—¿En serio te has animado?

—Es más por ti —me sonrió con cariño, gesto que imité—. La verdad es que no me he molestado por pereza porque una vez que está todo colocado me encanta. Y tienes mucha razón, no hay que perder la magia de la época, por muy lejos que estemos de nuestras casas. Las semanas que estés conmigo las vamos a disfrutar a tope, hasta en el piso. —Me hizo un guiño.

—Voy a obligarte a que te disfraces de Papá Noel —dije riendo.

—Sí, mujer, solo me faltaba eso. —Se unió a mí en las risas.

—Los niños se te acercarían ilusionados. Si es que te veo diciendo en alto el: ho, ho, ho... —Volvimos a reír.

—Mañana te voy a llevar a un sitio que vas a alucinar —asintió varias veces—. Está un poco lejos, pero podemos pasar gran parte del día en él. Comeremos allí, decidido. Así regresamos cansadas por la tarde y la pasamos acurrucadas en el sofá, hasta que te pongas a hacer la lasaña con mi inestimable ayuda de mirarte. —Soltó una carcajada.

Aroa no se llevaba muy bien con la cocina y todo lo referente a ella. Por más que había intentado enseñarle la receta no había forma de que le saliera. Incluso tenía la receta escrita, pero ni por esas.

—¿Qué sitio es?

—Si no te lo he dicho es porque va a ser una sorpresa, anda qué... —Bufó.

Por más que insistí no conseguí que me diera datos sobre el lugar, tuve que resignarme.

—¿Te importaría si le digo a Jolie que se apunte mañana a pasar el día con nosotras? Te he hablado de ella, es una compañera de trabajo. Nos llevamos muy bien y nos hemos hecho amigas. Estos días también tiene vacaciones, como yo.

—¿Qué me va a importar? No seas tonta, no tienes ni que preguntármelo —le sonreí y me gané un beso en la mejilla.

Paramos un taxi y nos montamos en él. Nos llevó a la zona de la Torre Eiffel, después de quince minutos. En cuanto apareció a lo lejos, porque destacaba en medio de la noche, me emocioné al verla tan iluminada y bonita, desde el interior del coche. Pagué el taxi porque sabía que sería la única ocasión que Aroa me dejara sacar la cartera y nos bajamos para caminar por las calles.

—Es impresionante en esta época del año —solté un suspiro, admirándola desde lejos.

—Párate ahí. —Señaló hacia delante—. Voy a hacerte algunas fotografías.

—Después juntas —le pedí mientras andaba ligera.

—Lo que usted mande, señorita. —Reímos por el tonito que utilizó para decir «señorita».

Posé para la cámara, haciendo varias posturas, con la Torre Eiffel detrás de mí. Cuando me enseñó las fotografías me encantaron y emocionaron. Iba a llevarme muchos recuerdos inolvidables de París, pero, sobre todo, el vivirlos junto a ella, mi amiga inseparable.

Aroa se hartó de reír porque cada vez que veía cerca de nosotras algún adorno navideño gigante, iba hacia él corriendo, literalmente. Bueno para qué voy a mentir, gigante o pequeño, el tamaño me daba igual.

Me sorprendió cuando me llevó a un restaurante desde el que se veía perfectamente la Torre, más concretamente a la terraza donde ocupamos una mesa. Había un panel de cristal que separaba de los peatones y dos estufas altas solo para las dos.

La mesa estaba decorada muy bonita, con velas que, junto a las otras mesas igualmente decoradas, creaban un ambiente acogedor y agradable. Al sentir el calor reconfortante de la estufa, decidí quitarme el gorro y guardarlo en mi bolso, dejando que la calidez me envolviera por completo.

—Es una pasada —susurré admirando todo lo que se veía detrás del cristal—. Pero este restaurante tiene que ser muy caro. —La miré haciendo una mueca.

—Aura, puedo permitírmelo. Deja de preocuparte, ¿vale? —Amplíé la mueca—. Sabes que

me pagan muy bien en el trabajo, por eso me vine una temporada.

—Una temporada que iba a ser solo unos meses —negué divertida.

—Ya ves, pero quiero aprovechar el máximo tiempo. Estoy ahorrando mucho y por eso, quiero que te olvides del dichoso dinero porque nada me hace más ilusión que gastarlo contigo, para nosotras.

—Te haré muchas lasañas. —Apreté los labios.

—Oh, leches. Entonces quéjate todo lo que quieras si esa es mi recompensa. —Reímos.

Pedimos una botella de vino y, como al mediodía, nos sirvieron para acompañarlo una tabla de quesos y otra de foie gras con trocitos de pan tostado, pero esta vez de pato. Estaba igualmente delicioso.

Entre las llamas de las velas y el fuego de las chimeneas, me pareció un momento de ensueño viendo la Torre Eiffel de fondo. Cambiaba de colores cada pocos minutos, haciéndola más llamativa si cabe.

—¿Cuándo crees que regresarás a España? —Me centré en ella.

—No lo sé, la verdad —soltó un suspiro—. Me siento cómoda en la empresa, me tratan estupendamente y estoy muy bien considerada. Sabes que cuando me salió la oportunidad de venir aquí llevaba muchos meses sin encontrar nada en España.

—Lo sé. —Le rodeé la mano—. Y no sabes lo que me alegro de esta gran oportunidad que has tenido. Es normal que te traten así, eres un amor de persona, a la vez que divertida. Y lo de bien considerada es lógico porque eres muy profesional.

—Así da gusto, puedes seguir alabándome. —Reímos.

—Todo lo que he dicho es una gran verdad.

—¿Por qué no te quedas un tiempo y pruebas suerte en París? —soltó de golpe.

—¿Qué dices? —Eché el cuerpo hacia atrás, por la impresión.

—Lo que oyes, estoy segura de que puedes encontrar un trabajo muchísimo mejor, Aura. Controlas el idioma, lo hablas y lo entiendes, la perfección llega con el tiempo. No digo que el que tienes esté mal y como me pasa a mí, tu jefe daría lo que fuera para mantenerte junto a él. Pero no sé... Hay momentos en la vida en los que va bien hacer un cambio radical y estaríamos juntas, no tendríamos que separarnos por largas temporadas.

—Aroa, tengo un buen trabajo, aunque no llegue a final de mes. —Bajé la mirada hacia la copa y la cogí para llevármela a los labios.

—No quiero que estés sola allí. —La miré a los ojos.

—Llevo toda mi vida, es lo que conozco.

—Los cambios son buenos, Aura. Y muchas veces, más de lo que podamos pensar, muy necesarios.

—¿A qué viene esto?

—Llevo meses dándole vueltas.

—¿Cuántos? No me habías dicho nada.

—Desde el segundo día que llegué a París. —Levanté las dos cejas, reímos—. Solo quiero que lo pienses detenidamente, por favor.

—Vale —acepté.

—¿Tan fácil? ¿De verdad? —Agrandó los ojos.

—Me has pedido que lo piense, no he aceptado —negué divertida—. Por pensar... —Me encogí de hombros.

—¿Si es que te como la cara entera! —dijo alzando la voz, consiguiendo que las personas que ocupaban las mesas de alrededor nos miraran.

Suerte que estábamos hablando en nuestro idioma nativo, al menos esperaba que el resto fueran franceses de nacimiento.

Terminamos riendo, cómo no.

—Por nosotras y por la vida —dije al levantar la copa hacia ella.

—Así es, cariño. Por nosotras y por la vida, con todos los cambios que pueden darse —habló sonriendo de medio lado, antes de brindar conmigo.

Bebimos un buen sorbo de vino, saboreándolo. Estaba delicioso, era afrutado y entraba solo.

Un peligro, ya os lo adelanto, por cómo llegaríamos al piso.

No fue la única vez que brindamos, Aroa se animó y empezó a querer brindar hasta por las servilletas monísimas de color rojo burdeos. Entre risas, por cada vez que brindábamos, fuimos vaciando la botella sin apenas darnos cuenta. La primera cayó antes de que nos trajeran la comida. Me dejé aconsejar por ella, ni me molesté en mirar la carta sabiendo que no fallaría. Y así fue.

Capítulo 11



—¿Cómo has dormido? —Le pregunté a Aroa, al reunirme con ella en la cocina.

—No me hables muy alto todavía, necesito varios cafés antes —se quejó hablando muy flojito.

—Yo estoy igual. —Me senté en un taburete de la mesa alta y apoyé la cabeza en las manos —. Ya no hay más brindis hasta las navidades que viene.

Reímos y nos lamentamos a la vez. Menudo panorama teníamos, y encima habíamos quedado para pasar el día con su compañera, Jolie. Al menos hasta la tarde, porque tenía claro que iba a ser la primera vez que me pasara horas acomodada en el sofá.

No tenía recuerdos de cómo llegamos al piso, tenía lagunas después de las casi tres botellas de vino que nos bebimos. Por lo visto, Aroa no terminó tan mal como yo, por lo que me dijo consiguió mantenerse en pie hasta que el taxi que buscó nos dejó frente al piso. Una vez en él nos desplomamos las dos en las camas, una suerte haber podido llegar a ellas. Ni idea de cómo lo conseguimos.

—Lo disfrutamos, es lo importante —susurró dejándome una taza de café con leche delante.

—¿Tienes alguna pastilla para el dolor de cabeza? Me va a estallar —solté un suspiro.

—Sí. —Se movió por la cocina hasta llegar a un cajón—. Tómatela con el café, ya verás cómo te repones rápido. Yo voy a hacer lo mismo. —Se sentó enfrente.

—Mucha fe tienes en una pastilla —negué.

—Es lo único que nos queda. —Lloriqueó.

—Dame dos.

—¿Qué dices? —Arrastró la caja hacia ella— Ni hablar, una o nada.

—¿Tan fuertes son?

—Tú hazme caso —dijo mientras sacaba dos, una para cada una—. Para dentro. —Nos las tomamos al mismo tiempo.

—¿Quieres desayunar? —Me levanté.

—Lo haremos con Jolie.

—Ay, es verdad. —Bufé.

—¿La llamo para anularlo?

—No, me sabe mal. De aquí a un rato espero que estemos mejor.

—Sí, ya lo verás —sonrió—. Nos bebemos los cafés y nos damos una ducha, así nos reponemos antes.

—Vale —solté un suspiro, sentándome de nuevo en el taburete.

En silencio, sin tener la intención de hablar más ninguna de las dos, nos tomamos los cafés. Al terminar, fuimos cada una a su habitación. Entré en la bañera y me entretuve más de la cuenta debajo del agua, lo necesité porque no había forma de espabilarme, ni pasada por agua.

Me sequé el cuerpo y el pelo, y fui a la habitación con la toalla enrollada al pecho. No hacía nada de frío, no se notaba ningún contraste de temperatura. La calefacción estaba encendida y, a pesar de las dimensiones del piso y sus techos altos, hacía una temperatura ideal que contrastaba con la del exterior.

Me puse un pantalón pitillo con los mismos botines que la noche anterior porque eran cómodos y arreglaban. Para la parte superior elegí un jersey de lana fina, con una camiseta de pelito debajo. Cogí el abrigo, el bolso y el gorro, y salí hacia el salón.

Aroa todavía no estaba y aproveché para hacer otro café. Me encontraba bastante mejor, no recuperada del todo, pero era cuestión de tiempo. Entre el café de primera hora, la pastilla y la ducha... Cuando tuve la taza medio llena me puse el abrigo y fui hacia la corredera para tomármelo en el balcón.

El día estaba bastante nublado, daban ganas de quedarse encerrada en casa. Me ajusté el abrigo al cuerpo y me senté en una silla. Bebí sorbos pequeños, calentándome y no dejando que se enfriara. Escuché ruido en el salón, pero como había dejado un poco abierta la corredera...

—¿Qué haces aquí? Te van las emociones fuertes. —Salió frotándose las manos.

—No iba a durar mucho —sonreí—. ¿Estás mejor?

—Sí. —Me hizo un guiño—. Como nueva, dispuesta a beber otras dos botellas de vino.

—Claro, en eso estoy pensando yo. —Reí y me alegré de que la cabeza no me doliera—. Hoy del agua no paso, avisada quedas.

—Aguafiestas —dijo divertida.

—Lo que tú digas, pero del agua no me apartas.

—Pues espero que no sea sobre nosotras —dijo mirando hacia el cielo.

—Todo puede ser.

Me levanté y entramos. Dejamos todas las luces apagadas y salimos al rellano. Le lancé un beso al muñeco de nieve, haciendo reír a Aroa y de esa forma, entre risas y divertidas, bajamos en el ascensor.

—¿Dónde has quedado con Jolie?

—En la puerta. Si no ha llegado, falta poco.

—Ah, vale.

En cuanto pusimos los pies en la acera nos encontramos con una chica de nuestra edad, aproximadamente. Y esta vez no me equivocaba en la deducción porque Aroa cuando me habló de ella por teléfono, me dijo que tenía dos años más que nosotras.

Supe que era Jolie por la gran sonrisa que tenía en los labios, mientras nos miraba. Por eso y porque al vernos caminó ligera hacia nosotras.

—¡*Bonjour!* —nos saludó.

Me sorprendió y me agradó que fuera tan cercana, no dudó en abrazarme, antes incluso de que pudiera corresponderle al saludo.

—Encantada, soy Aura.

—Aroa me ha hablado mucho de ti. Yo soy Jolie, gracias por invitarme a pasar el día con vosotras. —Se dirigió a las dos.

—Es un placer, pero vamos a movernos ya —dije haciendo una mueca.

El frío calaba la ropa. Me coloqué el gorro de lana, necesitando tener tapadas todas las partes del cuerpo posibles y empezamos a caminar por la calle. Mientras llegábamos a la zona donde siempre había taxis, Jolie no dejó de hablar y de contarnos cosas. La miré sonriente todo el rato, era muy extrovertida y divertida.

Nos montamos las tres en la parte trasera del taxi y Aroa le dio una dirección al taxista. Eso después de que se pusiera mi bolso sobre las piernas, para que no buscara ninguna información del lugar. Lo que no sabía es que el móvil no estaba dentro de mi bolso, sino en el bolsillo de mi abrigo.

Igualmente, no lo utilicé, preferí que me sorprendiera porque no dudaba de que sería de esa forma. Con lo bien que me conocía y por el misterio que le había puesto desde el principio al sitio en el que quería que pasáramos mínimo hasta después de comer...

—¿Qué tal tu estancia en París? ¿Te está gustando? —me preguntó Jolie.

—Perfecta y mucho, es emocionante ver de cerca todo lo que alguna vez has visto en fotografías o por la televisión. Siempre he tenido ilusión por conocer esta ciudad y aquí estoy.

—Me alegro —asintió—. Yo soy parisina de cuerpo y de corazón, si me hubieras dicho otra cosa te habría rebatido. Te habría hecho cambiar de opinión sin dejar de hablar. —Rio—. Eso se me da muy bien, a lo de hablar me refiero.

—Creo que en el poco tiempo que hace que te conoce se ha dado cuenta. —Rio Aroa y nos unimos a ella.

Jolie no se molestó, todo lo contrario. Vi la complicidad entre las dos y me gustó saber que durante el tiempo que yo no había podido estar con mi amiga, se había sentido arropada por otras personas, como en este caso, por Jolie.

El trayecto duró veinticinco minutos y fue de risa cómo terminamos en la parte trasera para ver quién le pagaba al taxista. Solo nos faltó tirarnos de los pelos para apartarnos en cada intento que hicimos cada una para adelantarnos y darle el dinero al hombre. Él no dejó de observarnos en ningún momento y por su expresión, se lo pasó genial porque se esforzó en no reír ante la escena.

Al final, ganó Jolie, o más bien la dejamos ganar, sabiendo que la invitaríamos durante el día, y, por supuesto, no pagaría el trayecto de vuelta.

—Madre mía —dije casi con un jadeo, cuando me fijé en el edificio que había quedado a nuestras espaldas—. ¿Vamos ahí? —Lo señalé.

—*Yes, oui* o sí, como quieras. —Rio Aroa.

¿El motivo? Me puse a dar saltitos de alegría.

Estábamos frente a un centro comercial enorme, la fachada estaba decorada monísima con adornos navideños. No pasaba desapercibido, destacaba un montón y me dio un subidón porque si por fuera era así...

—¡Qué emocionante! ¡Sí que te gusta! —habló Jolie.

—¿Gustar? No lo sabes bien, estás a punto de comprobarlo. —Se dirigió a ella Aroa—. Mírala, ni nos espera. —Soltó una carcajada a la que me uní unos pasos por delante de las dos.

Me habían entrado las prisas por descubrir qué escondía en su interior.

—Nunca había visto un centro comercial tan grande —comenté mientras subíamos por las escaleras mecánicas.

—En París hay varios así, pero este es el preferido de los parisinos en estas fechas —aclaró Jolie.

—Es evidente porqué. —Me hizo un guiño Aroa.

—Se me ha pasado de golpe el poco malestar que tenía —solté un suspiro.

—¿No te encontrabas bien? —me preguntó Jolie, con gesto preocupado.

—Teniendo en cuenta las tres botellas de vino que bebimos anoche para cenar...

—¡Oh, *mon Dieu*! —exclamó. Aroa y yo reímos por su reacción.

—A la próxima te apuntas, así tocamos a menos —le propuso mi amiga.

—¿Yo? ¿De verdad?

Por unos segundos la miré con interés. Me pareció que su sorpresa era real, como si no se creyera que contáramos en ella.

—Por supuesto, ¿a qué sí? —me preguntó Aroa y asentí.

—Claro, cuenta con ello —confirmé con palabras.

—Muchas gracias —dijo emocionada y más curiosidad me dio.

—Ay que me da —dije casi gritando, en cuanto llegamos a la primera planta—. Esto es una maravilla, un sueño hecho realidad. —Junté las manos, impresionada, viendo todo lo que había por todos lados.

—Tu sueño, especifica —negó divertida Aroa.

La abracé dándole las gracias entre susurros, a lo que le quitó importancia apretándome a ella. Por unos minutos me volví loca y las volví a ellas también. Las hice ir detrás de mí, con los móviles enfocándome para sacarme muchas fotografías.

En un momento en el que Jolie se apartó un poco, para mirar un escaparate, Aroa me aclaró lo que me había llamado la atención.

—Jolie no tiene más amigas que yo —comentó.

—¿No? —negó.

—Hasta hace unos meses estuvo en una relación de muchos años y por lo que me contó, él la aisló de todos sus conocidos. Se echa la culpa por permitirlo, pero imagino que cuando estás metida de lleno en una relación de ese tipo y te involucras tanto que a veces pierdes el norte y no eres capaz de ver lo que vas dejando atrás.

»No sucedió de golpe, fue con el paso del tiempo, progresivamente, pero el resultado fue que cuando se acercó a mí en la empresa, estaba completamente sola. Es una chica fantástica, lo ha pasado muy mal por la ruptura porque encima él la traicionó, pero tiene un poder de recuperación sorprendente y admirable. Solo tienes que verla, nadie diría que hasta hace poco era todo lo opuesto.

—Jo. —Hice una mueca.

—Nos caímos bien al instante. Ya has comprobado lo abierta que es, alegre y simpática. También muy cercana.

—Me alegro de que te encontrara, ha tenido mucha suerte. —Me agarré de su brazo.

—Fue mutuo, de esas cosas que parecen predestinadas a suceder —me sonrió.

—Puede venirse con nosotras siempre que ella quiera y pueda —dije convencida.

—Gracias y no he dudado ni por una milésima de segundo que tu reacción sería esta. —Me dio un beso en la mejilla.

—¡Chicas! —nos llamó Jolie, captando nuestra atención—. ¡Mirad qué bonito! —Nos acercamos a ella, sonrientes.

Aroa se quedó un paso atrás mirando algo en el teléfono, Jolie y yo decimos entrar en la tienda para ver de cerca el vestido que le había gustado.

Capítulo 12



Nathan

Alucinado estaba, no conseguía apartar la mirada de la pantalla del móvil, leyendo una y otra vez el mensaje que acababa de recibir. No puede ser, me dije y me repetí, sin salir del asombro y de la incredulidad. Obviamente por más que lo releí el texto no varió.

Aroa: ¡Hola! Lo tengo, será la situación perfecta y el momento ideal para que mi amiga no pueda resistirse, al menos a un acercamiento para aclarar las cosas. Acabamos de llegar al centro comercial que está al sur de París, ahora te paso la ubicación exacta. Si tu interés sigue siendo el mismo, tienes que venir hacia aquí y vestirme de Papá Noel. Lo siguiente será que mi amiga se siente en tus piernas para que te diga lo que desea. Ja, ja, ja, me muero solo de pensarlo. ¡Ay que me da! Si aceptas será inolvidable y te asegurarás muchos puntos extras porque ama la Navidad y todo lo relacionado con ella. Desde que ha visto el centro comercial está como loca. ¿Qué me dices? ¿Puedes tomarte el día libre para hacer lo que te he propuesto? Te aseguro que no te arrepentirás y después del mal trago que pasamos ayer por la tarde las dos en tu empresa...

—Esto no puede estar pasando —susurré sin poder coordinar.

Me llegó otro mensaje con la ubicación, como me había adelantado. Accedí a él, a pesar de que sabía a qué centro comercial se refería. Igualmente lo comprobé.

—¿Me has dicho algo? —Giré la cabeza hacia Adelyn.

—No.

—¿Qué te pasa? ¿Está todo bien, Nathan? —Vino hacia mí, con la cara cubierta de preocupación.

Imaginaba que me había quedado más blanco que la fachada del edificio, que ya era decir porque la pintaban cada tres meses para que mantuviera la luminosidad. Jamás habría imaginado que nada más coger el móvil de buena mañana, preparado para desayunar, recibiría algo parecido.

¿Yo, vestido de Papá Noel? ¿En serio? Joder, con lo mal que llevaba estas fechas y todo el conjunto de ellas... Por lo visto soy todo lo opuesto a la amiga de Aroa, me dije.

—¿Nathan? —insistió Adelyn.

—Perdona, todo está bien. —Carraspeé.

—No lo parece. Has perdido el color de la cara y da la sensación de que no estás aquí. Mentalmente, claro.

—Es que... —Sacudí la cabeza—. Joder, me han pedido que haga algo que...

—No entiendo.

—Ni yo. —Me froté la cara, agobiado.

—Pero ¿tiene solución? —Busqué su mirada.

—Sí.

—Pues arreglado, un problema menos. —Dio varias palmadas al aire.

«Como si fuera tan fácil», me dije, sin poder pensar con coherencia. A ver, no es complicado, pero otra cosa es que me entrara en la cabeza.

—Te dejo para que desayunes tranquilo, no sabes cómo me gusta que hoy hayas bajado el ritmo de la rutina.

Me dio un beso en la mejilla y entró en el salón, dejándome solo en el balcón. Se había referido a que eran las diez y cuarto de la mañana y todavía estaba en el dúplex. No tenía ninguna prisa, me dormí pensando en que hoy me tomaría el día libre para comprar los detalles que me gustaba darles a mis amigos, a Adelyn y a su marido para estas fechas.

A pesar de que era reacio, como ya ha quedado claro, esos regalos que comento nunca faltaban cada final de año. Porque me apetecía y quería, punto final. Se los daba en alguna de las ocasiones que nos reuníamos todos en familia, para comer o cenar.

Yo también recibía por parte de ellos, aunque no me importaba en absoluto si los únicos regalos eran los míos. Todos lo hacíamos de corazón, marcando el final de otro año más. Esa era la finalidad.

Bebí un buen sorbo de café y centré la vista en la pantalla del teléfono, más concretamente en el texto. Medité detenidamente la respuesta, tenía mucho que ganar: hacer feliz a Travis y conseguir la nueva imagen para su campaña publicitaria. Pero joder, ¿disfrazarme de Papá Noel? ¿No había otras opciones viables? Me pasé la mano por el pelo, pensativo, hasta que no me lo pensé y tecleé el texto de respuesta.

Nathan: *Allí estaré, en cuanto llegue y esté todo organizado vuelvo a escribirte.*

Aroa: *Madre mía, qué pasada de día va a ser. ¿Cómo nos reconoceremos?*

Nathan: *Por lo que me has pedido no creo que tengas problemas en localizarme, seré muy visible.*

Aroa: *Tienes razón, ja, ja, ja... Oye, pero si hay algún otro Papá Noel. A ver si nos vamos a equivocar.*

Nathan: *Cuando me sienta en el trono te envío la ubicación. Manda narices que me tenga que ver en esta situación, espero por vuestro bien que aparezcáis.*

Aroa: *Perfecto, y tranquilo que no me lo perdería por nada del mundo, así tenga que buscarte tienda por tienda del centro comercial. Puede que ahora no, pero me lo vas a agradecer cuando consigas lo que quieres.* —Acompañó a sus palabras con varios emojis riendo y de corazones.

Aroa: *Desconecto que no quiero que me pille. Estaré pendiente del móvil.*

Nathan: *De acuerdo.*

Se me quitaron las ganas hasta de desayunar, pero me obligué a hacerlo porque me daba que iba a ser un día muy, pero que muy largo. Mientras me comía la tostada y le daba sorbos al café, entré en el grupo que tenía con Travis y Dennis. Pulsé el icono de llamada, que no de videollamada y los tonos empezaron a sonar.

—Eh, ¿ya te has aburrido? —dijo Travis, divertido. Fue el primero en descolgar.

—Ojalá fuera eso. —Puse los ojos en blanco—. En media hora voy a por ti a la empresa, hoy te tomas el resto del día libre.

—¿Cómo? Si casi no me ha dado tiempo a hacer nada.

—Pues el lunes continuas, ya ves tú qué problema. Necesito ir a un sitio y los dos venís de cabeza conmigo.

—¿Adónde? Buenos días. —Apareció Dennis.

—¿Lo tienes bien hoy? ¿Puedes escaparte del trabajo? —le pregunté.

—Ningún problema, recuerda que soy mi propio jefe. —Rio.

—Y el de toda tu plantilla, no te fastidia —comentó Travis—. Estoy rodeado de empresarios, qué triste ser un simple trabajador —se lamentó en broma.

—Triste te voy a dar yo a ti —negué curvando un poco los labios.

Era mi mano derecha en la empresa, para todo, aparte del director de máquetin y publicidad, como ya sabéis.

—No has dicho dónde tienes que ir. Bueno, dónde vamos a ir. Espero que lo primero que hagamos cuando nos veamos sea desayunar —habló Dennis.

—Os recojo a los dos, a Travis primero porque mi empresa está más cerca. ¿Tú estás en la tuya?

—Puntual desde las nueve.

—Estupendo, pues iremos a por ti y nos paramos a desayunar. Así os explico dónde tengo que ir y para qué.

—¡Genial! Perfecto —dijeron al mismo tiempo.

Colgué la llamada, terminé de desayunar y me levanté llevando la bandeja a la cocina.

—Adelyn, voy a salir.

—Ya decía yo que era raro que descansaras —negó con una mueca—. Espero que no sea hacia la empresa.

—No, ya me gustaría. —Carraspeé inclinándome para darle un beso en la mejilla—. Deja de preocuparte, tengo que hacer unos recados. He quedado con Travis y Dennis, me acompañarán y pasaremos el día juntos.

—Oh, eso suena muy bien —sonrió de oreja a oreja—. ¿Ese par de gandules tampoco trabajan hoy? —preguntó con humor.

Ni mucho menos pensaba eso de mis amigos, entre todos había mucha complicidad y cariño, traspasando la línea de la amistad a considerarnos parte de nuestras familias. Yo solo los tenía a ellos, a mi gente de confianza, la que me acompañaba en el día a día. Desde que mi madre faltó, exactamente dos días después a uno de los días más tristes de mi vida, mi padre desapareció olvidándose de que tenía un hijo.

La última noticia que supe de él es de hacía unos meses. Estaba por alguna isla caribeña viviendo a lo grande. «Que le aprovechara», ese fue mi pensamiento al saberlo, pero que no se le ocurriera venir a mí cuando ya no le quedara dinero. Dudaba que sucediera, durante toda su vida había tenido muchos negocios. Nuestra familia siempre estuvo muy bien posicionada económicamente, ese precisamente era el dinero que estaba gastando.

Ojo, me parecía bien enfocado en esa dirección, pero ¿cómo es posible que yo dejara de existir de la noche a la mañana? Porque eso fue lo que sucedió, especialmente con la falta que me

hizo al morir mi madre. Hay acciones que simplemente no se pueden perdonar, porque siempre hay maneras de hacer las cosas bien y de la mejor manera posible. Si quería disfrutar de la vida y viajar, estaba en todo su pleno derecho de hacerlo, pero que ni siquiera se molestara en descolgar el teléfono durante el primer año que intenté comunicarme con él... En fin, cada uno en su lugar y todos felices. No lo necesitaba y así seguiría siendo.

—Como te oigan Travis y Dennis no podré hacer nada por ti —le advertí y reímos—. Estaban trabajando hasta que los he llamado.

—Eso son buenos amigos, sí señor —asintió con una bonita sonrisa—. Dales recuerdos y un abrazo a los dos, tengo muchas ganas de verlos en las fiestas.

—De tu parte. —Le hice un guiño—. Hace dos semanas que estuvieron aquí. —Levanté una ceja.

—Pero yo tuve que irme, solo estuve media hora con vosotros. —Hizo un puchero—. Anda vete ya y disfruta mucho.

—Gracias.

Le di la espalda y subí las escaleras para ir a la habitación. En el vestidor me vestí con un pantalón de arreglar y un jersey de lana. Me calcé unas zapatillas deportivas y fui al baño. Me arreglé el pelo rápido, cogí la cartera y el móvil que guardé en los bolsillos y caminé sobre mis pasos para regresar a la primera planta, yendo directo hacia el recibidor.

Adelyn ya no estaba en la cocina, estaría por alguna otra estancia. Abrí el armario y me puse el abrigo junto con la bufanda. Listo para salir, aunque no me sentía del todo preparado para afrontar el día que tenía por delante. Así que salí y bajé las escaleras, directo al parquin.

Sin creermelo lo que iba a hacer porque era incomprensible para mí, conduje por las calles de París, metido en mis pensamientos. Veinticinco minutos después, frente a la entrada del edificio de mi empresa, le envié un mensaje a Travis para que bajara.

Apareció sonriente al cabo de unos minutos.

—Por tu culpa voy a tener que hacer horas extras el lunes, te va a costar caro —sonreí de medio lado, mirándolo de reojo cuando se acomodó en el asiento del copiloto.

—Ni te imaginas lo que voy a hacer, créeme, te vas a quedar tan asombrado que ni te vas a acordar del trabajo ni de las horas —negué—. Aparte de que no soy el único interesado en lo que va a suceder.

—Joder, ¡qué misterio!

—No voy a decirte nada hasta que no estemos los tres juntos, bastante tendré con contarle una vez.

—Pero ¿tengo que preocuparme? ¿Es algo malo? —Frunció el ceño.

—Vosotros no lo veréis así, pero yo... Olvidalo, todo está bien.

—¿Seguro?

Asentí y me puse en movimiento, tomando la dirección de la empresa de Dennis. La suya se dedicaba a crear fragancias y perfumes, su firma era una de las más destacadas y vendidas, no solo en Paría, sino en todo el mundo. Toda persona que escuchara el nombre de su marca reconocía al instante de lo que se trataba.

Capítulo 13



—A ver, ¿a qué sitio tienes que ir? —me preguntó Dennis.

Acababan de dejarnos los desayunos en la mesa de una cafetería a la que solíamos venir algunos fines de semana.

—Para empezar... Primero, necesito conseguir un disfraz de Papá Noel y que alguno de los dos me ayude a hablar con el gerente del centro comercial que está al sur de París.

—¿Cómo? —preguntaron a la vez.

Sus caras de no comprenderme fueron un poema, intenté no reírme porque bastante tenía con lo mío.

—Lo que habéis oído —negué varias veces.

—¿Para qué? —Quiso saber Travis, con el ceño fruncido.

—Estoy deseando saberlo —añadió Dennis, con una ceja levantada.

Preferí enseñarles el mensaje directamente, para ponerlos en contexto. Saqué el móvil y lo coloqué en la mesa después de buscar el texto que había releído muchas veces. Lo deslicé hacia ellos que siguieron todos mis movimientos, atentos y sin entenderme todavía. Faltaba poco para que lo hicieran.

—¡No jodas! —Fue la reacción de Travis.

Levantó la cabeza de golpe y buscó mi mirada, con los ojos abiertos al máximo.

—Te estás quedando con nosotros —comentó Dennis.

—Claro, por eso os he sacado de los trabajos, ¿no? Para gastaros una broma. —Puse los ojos en blanco.

—¿Va en serio? —insistió y asentí.

Una vez confirmado, las carcajadas que soltaron me dejaron sordo, a mí y los ocupantes de varias mesas que teníamos alrededor.

—No me hace ni puñetera gracia —dije serio.

—Mierda, que es cierto —dijo Dennis, dándole un codazo a Travis.

—Por lo visto, sí —habló y frunció los labios, mirándome fijamente.

—Por tu bien, cállate. —Me dirigí a él—. Si estoy en este marrón es por ti.

—Me faltan saber datos. ¿Quién es Aroa? ¿Y cuál es el motivo de lo que te ha pedido? ¿Y por qué narices vas a hacerlo? —habló Dennis, cruzándose de brazos.

—Aroa es la amiga de una mujer de la que queremos conseguir que acceda a ser la protagonista de la nueva campaña publicitaria —le respondí—. Nos interesa mucho su participación en el anuncio, según Travis la idea que tiene en su cabeza es la mejor. —Repiqueeté los dedos en la mesa.

—¿Podéis ponerme más al día? —Pasó la mirada de uno a otro.

Travis se encargó de explicarle el encuentro que tuvo con las dos mujeres, en una de las joyerías con las que trabajábamos. Dennis pasó de la incredulidad al asombro en cuestión de segundos.

—¿Tienes que ser tú precisamente? —me preguntó después de estar al día de todo.

—¿El que me vista de Papá Noel? —asintió— Sí.

—Podemos hacerlo alguno de nosotros. —Carraspeó Travis.

—Nathan, que en cuanto te pongas el disfraz te va a salir un sarpullido por todo el cuerpo —negó sin verlo claro.

Como si yo no estuviera igual que ellos desde que leí el puñetero mensaje, qué digo, estaba muchísimo peor.

—Tengo que hacerlo, no voy a arriesgarme. Nuestra imagen ya está lo bastante dañada como para mentirles y poner a otro en mi lugar.

—¿Qué dices de vuestra reputación? —preguntó extrañado— ¿En qué momento ha sucedido eso?

—La chica que nos interesa para el anuncio aceptó venir a la empresa y formar parte del

proyecto —continué—. Resulta que al llegar las dos amigas fueron recibidas con malos modales y la situación no terminó bien. Se fueron rápido, indignadas y cabreadas, sin que Travis y yo que las esperábamos, supiéramos nada de lo que había sucedido.

»De hecho, me enteré por casualidad porque pocos minutos antes de terminar de trabajar, hice un último intento llamando a Aroa para saber si cabía la posibilidad de que su amiga se lo estuviera pensando, al no aparecer. Es de la única que tengo el número de teléfono, de ahí el mensaje que has leído.

—Qué mierda... ¿Quién les faltó el respeto? —Quiso saber asombrado.

—Colette, la recepcionista —respondió por mí Travis.

—¡No fastidies! —Agrandó los ojos, pareciéndole inconcebible el comportamiento.

Dennis era muy parecido a mí en ese sentido, por no decir idéntico. En su empresa llevaba a raja tabla la educación y el respeto, iban por delante hacia cualquier persona, independientemente del puesto que ocupara. Y mucho más dirigido hacia las personas que accedían al edificio de su empresa.

—Ese es el motivo principal por el que no me he podido negar —comenté.

—Pues teniendo toda la información... No te queda otra que estar rascándote una semana por el dichoso traje de Papá Noel. —Sacudió la cabeza.

—Ya... Aunque espero que no llegue a tanto, con suerte será rápido.

—Claro, espera a que los más pequeños te vean, correrán detrás de ti —dijo Travis, divertido.

—Llegaré, haré lo que tengo que hacer y me iré.

—Aquí cerca hay un centro comercial pequeño, seguro que encontramos el disfraz —habló Dennis.

—¿Eso qué significa? ¿Qué yo me encargo de localizar al gerente del centro comercial al que tenemos que ir? ¿O a algún otro responsable?

—Por supuesto —le respondió a Travis—. Te llevas el marrón más grande porque para algo Nathan se va a sacrificar por ti. No hace falta que mencionemos el motivo por el que ha aceptado. —Levantó una ceja hacia él—. Sí, a él también le interesa, pero te aseguro que ya habría descartado la opción de esa mujer por los problemas que han surgido.

—Lo sé. —Se frotó la frente, mirándome de reojo.

—Quiero hacerlo por ella, también. —Me miraron de golpe—. Necesita el dinero —aclaré.

—¿Esto es como otorgar un deseo navideño? —me preguntó con curiosidad Dennis.

—Ponle el nombre que quieras, el tema es que la chica lo necesita y nosotros a ella. Cincuenta, cincuenta. —Me encogí de hombros.

Los dos sonrieron hacia mí, yo me dediqué a prepararme la tostada que todavía no había tocado. Desayunamos mientras Travis hacía llamadas. Con cada una de ellas subió varios escalones, hasta que consiguió hablar con el responsable del centro comercial, uno de los más grandes de París y el más característico en estas fechas. Por si no fuera poco con cómo me iba a ver, además tendría que soportar un exceso de adornos navideños a mi alrededor. En fin, ver para creer, pero era lo que iba a suceder.

Travis solo tuvo que decir quién era, me refiero al puesto que ocupaba en mi empresa, remarcando el nombre de ella. De esa forma lo atendieron sin problema y le pusieron las cosas muy fáciles, tanto, que cuando colgó nos comunicó que teníamos vía libre e incluso tendría a mi disposición un trono para hacer lo que quería.

No le dio los detalles concretos, para el responsable del centro comercial solo quería involucrarme con las fechas navideñas, de cara a todas las personas que quisieran acercarse a mí. Tenía gracia, a mí. Sacudí la cabeza.

—Pues ya está, solo nos queda encontrar el disfraz. —Se frotó las manos, después de guardarse el teléfono.

—Qué fuerte —dijo Dennis.

—¿El qué? —Quise saber.

—Que no te veo vestido de rojo, con barriga, con barba blanca y con gorro, tío. Es que estoy intentando visualizarte y no hay forma. —Rieron los dos.

—Creo que a partir de hoy voy a aborrecer más estas fechas. —Apreté la mandíbula.

—Eso ni hablar, ¿eh? —me advirtió Travis— Ya verás que cuando la campaña sea un éxito y se refleje en las ventas, se te olvida el mal trago.

—Espero que así sea, porque si no... —Levanté una ceja hacia él.

—Creo que uno de los tres acaba de recibir mucha presión para hacer su trabajo a la perfección, más de lo que hace. —Rio Dennis.

—A mí no me presionéis que mi mente privilegiada se bloqueada y a la mierda la imaginación. —Bufó Travis.

—Vamos a terminar de desayunar, no quiero que se nos haga muy tarde —propuse, antes de darle uno de los últimos bocados a la tostada.

—Hoy os invito a comer. Ya aprovechamos para pasar el resto del día juntos, ¿no? —comentó

Dennis.

—Por mí, bien —confirmó Travis y yo hice lo mismo.

Tardamos menos de diez minutos en dejar los platos y las tazas vacías. Cuando nos fuimos de la cafetería, nos dirigimos caminando hacia el centro comercial que mencionó Dennis, a por el dichoso disfraz de Papá Noel. Después de perder la cuenta de cuántas vueltas dimos, por fin encontramos un traje a mi medida. No fue fácil, al ser alto todos los anteriores que vimos parecía que los llevaba remangados en las piernas, no me rozaban ni los tobillos.

Montados en mi coche, tomé rumbo al centro comercial en el que estaban Aroa y su amiga, uno muy diferente del que nos alejábamos. Tardamos treinta cinco minutos en llegar y lamenté hasta quitar la llave del contacto cuando estacioné en una plaza del parquin.

—¿Preparado para la aventura? —Miré de reojo a Travis, se asomó entre los asientos de delante, al ir en los traseros.

—Por vuestro bien de ahora en adelante y hasta que no haya tirado el disfraz a la basura, habladme lo justo y necesario —les advertí.

Me contuve, hice un gran esfuerzo para no decir nada más cuando se bajaron del coche riendo. Menuda gracia me hacía a mí, suerte que con todos los complementos que iba a llevar, si alguien conocido se cruzaba conmigo, que lo dudaba, porque estábamos bastante lejos del centro y era un día laboral, pero si se daba la inoportuna casualidad, sería imposible que me reconociera.

Antes de bajar del coche le envié un mensaje a Aroa, para avisarla.

Nathan: *Hola, Aroa. Acabo de llegar. Lo he organizado todo con el centro comercial, en cuanto me prepare y esté en el lugar que me pertenece, mi siguiente mensaje será la ubicación para que vayáis directas.*

Aroa: *Estupendo. Ahora no puedo escribir mucho, estaré atenta a recibirlo.*

Cogí una bocanada de aire, me guardé el móvil en el bolsillo del abrigo y me bajé. Sacudí la cabeza al ver a Travis con la bolsa de la sorprendente compra que había hecho, increíblemente. Recorrimos el parquin, hasta que llegamos a un acceso y subimos por las escaleras mecánicas.

Pensé que no habría tanta gente, pero en la primera planta vimos a mucha yendo de un lado para el otro. Las personas iban animadas, cargando las bolsas con sus compras, algunas en grupos, otras en solitario, pero con un mismo fin, seguir consumiendo y disfrutar del momento. Me asombré al ver a bastantes niños con sus padres.

—Mierda, hoy no hay colegios ¿o qué pasa? ¿Todo se ha confabulado en mi contra?

—Quizás es uno de esos días de libre elección —susurró Dennis, observando a todo el que

pasaba por delante nuestro.

—Estupendo —gruñí en tono bajo.

—Anda, vamos a buscar un baño. Olvídate de todo, menos de lo que nos ha traído aquí.

—Qué fácil decirlo desde tu posición —negué adelantame.

Alterado y cabreado, entré en un compartimento individual para cambiarme de ropa, maldiciendo en tono bajo cada vez que me ponía una pieza de ropa o complemento. Mis amigos, por considerarlos de esa forma en este momento, habían comprado una barriga que se sujetaba a la espalda, para que fuera más real la apariencia de Papá Noel.

Sacudí la cabeza mirando hacia mi cuerpo y solté un suspiro largo antes de abrir la puerta.

—El primero que diga algo se la carga —gruñí al encontrarme con ellos. Por suerte no había nadie más en el baño.

—Joder —susurró Travis.

—¿Qué he dicho? —Entrecerré los ojos.

—Te queda clavado, tío —comentó Dennis.

—Ya...

Me puse delante del espejo y solo verme me produjo picores. Intenté no prestar mucha atención a mi cuerpo vestido de rojo y blanco, mientras me colocaba el cinturón y me ponía la barba blanca. Me la acomodé para que el bigote quedara en su lugar. Lo siguiente fue ponerme el gorro y por último los guantes blancos.

Increíble, pero cierto, la imagen que se reflejó de mí en el espejo.

—Madre mía. —Jadeó Travis.

Puse los ojos en blanco, dándolos por imposible, cuando soltaron una carcajada y se doblaron de la risa.

—Acabemos con esto de una vez por todas —gruñí caminando hacia la puerta.

Metí la ropa en la bolsa vacía y se la di a Dennis.

—Nathan, de verdad, eres la viva imagen de Papá Noel. Es una pasada la recreación.

—Pues mira que bien. —Me moví la barba, incómodo con la sensación y con todo.

Capítulo 14



Aura

—¿Qué te parece esto? —Lo cogí de la estantería y se lo enseñé a Aroa.

Hacía un tiempo que estábamos llenando un carro con todo tipo de decoración navideña. El árbol ya lo había comprado en otra tienda y nos habían hecho el favor de guardárnoslo para cuando nos fuéramos, para no ir cargando con él por el centro comercial.

—Es muy bonito —asintió conforme.

Sonreí de oreja a oreja, más feliz que ella. Rio por mi reacción, negando con la cabeza.

—Yo creo que ya hay suficiente —dije mirando el carro de mano casi lleno.

—Vas a tener faena para colocarlo todo en el piso, ¿eh? Mientras yo me tomo algo calentito en el sofá y veo cómo lo haces —habló divertida.

—No te lo crees ni tú. —Le saqué la lengua y reímos las dos.

—Ya sabes que no, me encantará hacerlo juntas. No tenía ganas, pero tu ilusión es contagiosa. —Me dio un beso en la mejilla.

—¿Dónde está Jolie? Hace un rato que no la veo. —Miré a nuestro alrededor.

—Allí. —Señaló hacia la izquierda.

—Ohhh... Me encanta.

—Por eso mismo no quería que la vieras. —Rio.

Se había puesto por encima de la ropa un disfraz de elfa y estaba mirándose en un espejo de cuerpo entero.

—Vamos a probarnos uno. —La agarré de la mano y tiré de ella, mientras arrastraba el carro

con nosotras.

—Ni hablar, me niego. —Rio.

—Vaaa... Solo para hacer una fotografía. —Hice un puchero.

—No me mires así. —Puso los ojos en blanco y sonreí sabiendo que me había salido con la mía.

—Te queda monísimo, Jolie —le dije al llegar a su lado.

—¡Sí! Lo veo perfecto. —Se alisó el vestido, sonriente.

Divertidas, Aroa y yo la imitamos y terminamos las tres disfrazadas de elfas. Hasta con los pantalones debajo del vestido y sin los pantis típicos que complementaban el disfraz, nos vimos divinas. Posamos para las fotografías, riendo, haciendo muecas divertidas, en todo tipo de posiciones dejando plasmado en imágenes el momento y lo bien que lo pasamos.

Estaba disfrutando mucho junto a ellas, Jolie me había ganado por completo y nos tratábamos con mucha confianza. Era muy fácil hacerlo hacia ella, era tan cercana que daba pie a que me dejara llevar, como si la conociera de muchos años de amistad.

Salimos de la tienda cargadas de bolsas con adornos navideños. Con ellas a cuestas, hasta que nos fuéramos, caminamos por la zona donde había cafeterías y creperías.

—Os invito a un chocolate caliente —les propuse—. O lo que os apetezca, yo necesito algo caliente. —Me ajusté el gorro, tapándome bien las orejas.

—Me apetece —respondió rápido Jolie.

—Después —dijo Aroa, después de guardar el teléfono en el bolso—. Primero vamos a un sitio que os va a encantar. —Nos hizo un guiño.

—¿Dónde? Hemos recorrido el centro comercial varias veces —comenté intrigada.

—Ahora lo verás. —Me hizo un guiño.

La seguimos en silencio, mezclándonos con todas las personas. Había mucho ambiente, a pesar de que era viernes y un día laborable. Quizás por ese mismo motivo, seguramente cualquier otro día de la semana que no fuera el final de ella estaría más vacío.

Desde el principio me llamó la atención ver a bastantes niños, pero Jolie nos lo aclaró a Aroa y a mí. Se enteró por otra compañera de trabajo que comentó que hoy su hijo no tenía colegio, por lo visto era un día en los que muchos colegios parisinos habían cogido de libre elección marcándolo como fiesta.

—¿No vas a darnos ninguna pista? —Probé suerte.

—Estamos llegando —respondió Aroa, adelantada unos pasos de nosotras.

Continuamos siguiéndola, más intrigadas si cabe por tanto misterio. Lo comprendí en cuanto se paró y nos pusimos a su lado. Los ojos me brillaron al ver a unos metros de distancia a un Papá Noel sentado en un trono adecuado para su representación. Tenía un gran saco a los pies y había formada una pequeña cola de tres personas con niños, para hablar con él.

—Aquí lo tenéis. Ho, ho, ho —dijo y rio.

—Vamos las tres. —Las agarré a las dos de las manos y tiré de ellas.

—Yo hace muchos años que no lo hago —comentó Jolie, ruborizada por la vergüenza.

—Pues hoy será un gran día —aseguré convencida.

Nos pusimos en la cola, a esperar pacientemente a que llegara nuestro turno. Me encantó ver las caritas de los niños, eran la viva imagen de la ilusión, impacientes por su gran momento. No podía borrar la sonrisa de la expresión, agarrada de cada brazo a los de Jolie y Aroa.

Poco a poco avanzamos y como si me convirtiera en una niña pequeña, los nervios me recorrieron al ser las siguientes en acercarnos al hombre vestido de Papá Noel. Lo había visto conversar con los más pequeños y darles caramelos como despedida.

—Tú primera —me pidió Aroa.

—No hace falta. —Me giré hacia ellas.

—Tendremos nuestro momento, pero a ti te hace especial ilusión —añadió Jolie.

—Gracias —dije emocionada, dejando la bolsa que sujetaba en el suelo.

Al girarme y quedarme frente al Papá Noel, justo en ese instante, me encontré con su mirada fija en mí, mientras un hombre por detrás del trono estaba inclinado hacia él y le decía algo al oído. El hombre de barba blanca asintió despacio, sin apartar la vista de mí.

Di los pasos necesarios hasta que me quedé frente a él.

—Hola —dije animada, en su idioma, ampliando mi saludo moviendo la mano en el aire.

Desde que me relacionaba con la gente estaba haciendo un máster acelerado de francés, mi soltura era evidente. Cada vez me sentía más segura al expresarme, aunque a veces me comiera algunas palabras, pero igualmente era entendible para la persona con la que me comunicaba.

—Hola, bienvenida. —Me correspondió al saludo.

Tenía un timbre de voz que me llamó mucho la atención.

—Adelante, acércate —me pidió dando una palmada en una pierna.

—¿Yo también me siento? —Quise asegurarme.

Los pequeños, vale, pero yo era adulta y no sabía sí...

—Por supuesto, si no te hace sentir incómoda.

—Para nada. —Me ilusioné y lo notó.

Acorté la distancia y me acomodé en su pierna. En ese instante, a mi nariz llegó el aroma que desprendía. Giré la cabeza hacia él, encontrándome con sus ojos de cerca. Por unos segundos ninguno de los dos habló, hasta que carraspeó.

—¿Tu nombre?

—Aura.

—Muy bonito —dijo en tono bajo.

—Gracias, el suyo no se lo pregunto. Sé cuál es. —Reí, provocando que sus labios se curvaran un poco.

Al menos eso me pareció porque con el bigote y la barba no quedaban muy visibles.

—¿Has sido buena este año? —continuó con su papel y me encantó que no lo variara hacia una persona adulta.

—Mmm... Yo diría que sí. —Me encogí de hombros—. Al menos no tengo quejas.

—¿Qué deseas para estas navidades?

—La verdad... —Miré hacia Aroa y Jolie, estaban entretenidas hablando, aunque Aroa de vez en cuando nos miraba de reojo.

—¿Sí?

—No pido mucho, mantenerme como estoy. Con salud para poder afrontar todo lo que se me ponga por delante —susurré—. No quiero ningún regalo en especial. Que conste que me encantan porque en mi país, soy española —asintió, observándome serio—, es tradición el día seis de enero, el día de Reyes, regalarlos. Pero este año estaré sola allí. —Bajé la mirada hacia las manos—. Bueno, los padres de mi amiga seguramente me inviten a comer, pero no sé... Igualmente yo les tendré un detallito para ese día, me pasaré a verlos si no se da lo anterior.

»He ahorrado un poquito para hacerles unos regalitos, al igual que a Aroa, mi amiga. A

ella se lo daré antes de regresar a España, haciéndola prometer que no lo abrirá hasta que llegue el día. Ahora tengo que sumar a Jolie. —La señalé disimuladamente, siguió la dirección de mi dedo—. Son ellas dos. A Jolie la he conocido hoy, es compañera de trabajo de Aroa, pero presiento de que va a ser una buena amiga, aunque nos separen kilómetros de distancia —solté un suspiro.

—¿Las dos trabajan en París?

—Sí —sonreí con un poco de tristeza—. Aroa vino a esta ciudad a principios de año precisamente por trabajo, desde entonces está en París. En España no tuvo la suerte de encontrarlo y no pudo dejar pasar la oportunidad, aparte de que era muy buena, con un magnífico salario —asintió.

—¿No tienes a nadie más en tu país? —negué varias veces— Centrémonos en ti, algo debes querer, sin contar lo que has dicho hasta ahora. —Me agarró una mano, noté el tacto del guante y el calor que transmitía.

Bajé la mirada hacia ese gesto y cuando la levanté, encontrándome con la suya de nuevo, le sonreí agradecida.

—No sé, la verdad es que por la situación que he contado, no me he parado a pensar en ello. Otros años por esta época ya tendría hecha una pequeña carta para los Reyes Magos. Lo siento, es competencia directa tuya. —Reí, esta vez sí que vi la curva en sus labios, perfectamente. Hasta la barba se movió.

—Lo pasaré por alto. —Carraspeó y más me reí.

—Pues eso, que años atrás por estas fechas Aroa y yo apuntábamos varias cositas y entre ellas decidíamos lo que regalarnos a cada una. Ella siempre terminaba comprándomelo todo, a pesar de que no trabajó durante un año y medio —negué—. Yo me adaptaba a lo que podía. —Me moví sobre su pierna.

—¿No tienes un trabajo que te mantenga? —Frunció ligeramente el ceño.

—Eh, sí, claro. Otra cosa es que sea suficiente. Tengo algunos problemas económicos que no eran míos, pero que igualmente he tenido que afrontar, por obligación. Estuve a punto de perder mi piso —susurré—. Pero no quiero hablar de eso —negué.

—Está bien. Pues por ahora llevamos salud, dinero... ¿Alguna cosa más?

—Sería más que suficiente —sonreí de oreja a oreja.

—Estupendo, Aura, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para concederte esos deseos. Sobre la salud no tengo mucho poder, pero referente al resto...

—Gracias.

Me gustó el tacto que tuvo para dirigirse a mí y, sobre todo, que me dijera esas palabras que los dos sabíamos que no serían posibles. Como si fuera el verdadero Papá Noel que todos idealizamos.

—¿Algún capricho confesable o no?

—A no ser que te muevas en trineo y recorras los cielos con él y tus renos, no. —Reí.

—Inténtalo —me animó.

—El otro día entré con Aroa en una joyería, ella tenía que comprarles a sus padres los regalos. Pues vi un anillo que me enamoró desde el primer instante. Era precioso, diferente y cautivador, pero como he dicho es imposible porque el valor que tenía... —Bufé.

—Entiendo. ¿Mucho?

—Una locura, diez mil seiscientos euros. —Sacudí la cabeza—. Al menos para mí y mi situación —dije bajando el tono de voz.

Capítulo 15



Nathan

Me costó. Desde que me senté en la silla, butaca, trono o como queráis llamar donde estaba, me costó adaptarme los primeros minutos. Para mi sorpresa solo fue por ese breve espacio de tiempo. Debo decir que en cuanto el primer niño se sentó en mi pierna todo cambió.

La inocencia que exteriorizaban, sus caras de felicidad e ilusión... Todo ayudó a que me relajara y pusiera mi mejor cara para que se llevaran un recuerdo precioso del momento. La inocencia hay que cuidarla, es un gran tesoro que vamos perdiendo conforme los años pasan y nos hacemos adultos. Si los adultos contemplásemos la vida desde los ojos y los corazones de los más pequeños, el mundo sería una maravilla.

Travis y Dennis estaban cerca de mí, pero lejos. Desde que me senté en mi puesto se quedaron apartados hacia un lateral, pasando desapercibidos. Normal, toda la atención la capté yo, me gustara o no, así fue. Atendí uno por uno a los niños que enseguida hicieron una cola frente a mí, junto a sus padres o madres.

No me hizo falta que Dennis se acercara por mi espalda y me confirmara que Aroa y su amiga eran las siguientes, después despedir al último niño. Las acompañaba otra chica, pero algo en mi interior lo supo, anticipándome a que Travis reconociera a las dos de la joyería. Obviamente, envió a Dennis para avisarme porque ninguna de ellas lo había visto anteriormente.

Lo primero que hice antes de acomodarme en el lugar, fue enviarle la ubicación a Aroa, para que supiera hacia donde tenía que dirigirse

Tres mujeres hablaban entre sí. No aparté la vista de ella, mientras escuchaba las palabras de Dennis: «la chica de las manos, para el anuncio, es la de en medio, la de pelo claro. Su amiga Aroa es la de la izquierda».

Después de esa aclaración mis ojos solo se centraron en la chica del pelo claro. Era unos pocos centímetros más baja que su amiga Aroa, de constitución fina, lo que más destacaba en ella era su expresión de felicidad y la sonrisa que mostraba en todo momento en sus labios. Pues sí, estaba claro que le iba a encantar lo que iba a suceder y todo el ambiente que la rodeaba.

Cuando se puso delante de mí, no pude evitar sonreír al notar los mismos nervios que había visto en los pequeños que se habían sentado en mi regazo. Ella, con su mirada curiosa y un aire de timidez, no fue menos. Por alguna razón que aún no logro entender, le ofrecí que también se acomodara en mi pierna. Que aceptara y lo hiciera, después de que me preguntara y de confirmarle que era lo que quería si no se sentía incómoda, fue...

Pues no tengo ni idea, pero noté una sensación rara, como cálida, en cuanto su trasero se apoyó en mi pierna, sin perder la sonrisa en ningún momento. Empecé a hablar, haciéndole la misma ronda de preguntas que a los más pequeños. Tampoco es que tuviera mucho más repertorio, por lo que opté por seguir la misma línea con ella. Pareció que le gustó y se emocionó.

En más de un momento había sonreído escuchándola hablar. Al principio muy sutilmente, después más abiertamente. La realidad es que me sentí a gusto, demasiado, por su cercanía y su forma de hablarme libremente de sus cosas. Solo hubo una cosa con la que no quiso extenderse, después de darme unas pinceladas con las que me hice una idea aproximada de su situación. Por supuesto la respeté, entendiendo que ese tema era demasiado complicado para ella y que no quería estropear el momento que la hacía sonreír y estar feliz.

Me parecía curiosa la ilusión que mostraba. Encontrar algo parecido en los adultos era dar con una aguja en un pajar y, por lo visto, yo la tenía sentada en mi pierna, mientras me respondía a la pregunta que le había hecho sobre el capricho confesable o no. Ahí salió el tema del anillo, mi anillo, de mi colección.

—Una locura, diez mil seiscientos euros. —Sacudió la cabeza, respondiendo a mi pregunta del valor que tenía el anillo—. Al menos para mí y mi situación —dijo con un tono de voz muy bajo.

—Pues sí que vale caro, sí. —Carraspeé—. Pero tú sabes que yo puedo conseguirlo todo.

Buscó mi mirada y sonrió, para después reír divertida porque no tenía ni idea de a quién tenía realmente al lado, más concretamente pegado a ella. Bueno, nos separaba una gran barriga, pero a todo hay que buscarle el lado positivo porque gracias al bulto tenía la mía muy caliente y protegida.

—Por supuesto, no he querido ofenderlo señor Papá Noel —continuó con la diversión.

—Así me gusta, nunca se debe perder la magia de estas fechas. —Tenía gracia que yo lo dijera, pero estaba metido de lleno en el papel.

—Pues espero que se acuerde al sobrevolar el cielo de mi piso, en España, de hacer una parada para sorprenderme —dijo apretando los labios.

—¿No pasarás en París las Navidades? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Solo he venido un par de semanas para estar con Aroa —respondió, a la vez que negaba con la cabeza.

—Un par de semanas... —susurré.

—Así es. Después tengo que regresar al trabajo. Durante todo el año he hecho muchas horas extras para poder ahorrar para venir —dijo sonriente.

—Entiendo —asentí despacio, serio y pensativo—. ¿No cabe la posibilidad de que alargues el tiempo?

—No es posible. ¿Por qué?

—Te voy a confesar una cosa que no puede saber nadie. —Me incliné hacia ella. Hizo lo mismo, para escucharme muy de cerca.

Mierda, me dije sin saber darle forma a lo que me sucedió. La proximidad, porque nuestras caras se quedaron a pocos centímetros, provocó una reacción en mi cuerpo que me trastocó y descolocó. Suerte de que con la barriga y la parte alta del traje quedó oculto.

—¿Sí? —preguntó en un susurro.

Parpadeé varias veces, hasta que conseguí enfocar los ojos en los suyos. Por unos breves segundos me pareció distinguir en ellos el mismo desconcierto que yo sentía.

—Mi obligación, con la que disfruto, es hacer feliz a las personas. A ti te hace feliz el anillo que me has comentado, pero yo no soy muy bueno surcando los cielos. Cabe una gran posibilidad de que cuando estés en España, me equivoque de casa. —Carraspeé, intentando controlar mi cuerpo.

—¿No dispone de un GPS aéreo o algo parecido? ¿Con todos los años que lleva haciéndolo? —preguntó conteniéndose para no reír.

—No —negué—. Todo está aquí. —Me toqué la cabeza y por último el corazón.

—Oh... —Me regaló una sonrisa preciosa—. Seguro que sus elfos le dicen bien mi dirección —dijo con una risilla.

—Siempre me gusta tener un as debajo de la manga —comenté pensando en su amiga Aroa.

—Debería irme ya. —Miró hacia la cola.

La había estado controlando porque nuestro momento se estaba alargando más de la cuenta. No tenía de lo que preocuparse, las únicas que continuaban esperando eran sus dos amigas, no se había añadido nadie más. Lo que agradecí porque sería perfecto para irme en cuanto ella lo hiciera.

—Ha sido un placer, Aura. Nunca pierdas la felicidad que reflejas por estas fechas, no permitas que la dureza de la vida la deteriore e incluso la aniquile —le pedí.

—Gracias —susurró visiblemente emocionada.

Curvé los labios cuando se ajustó el gorro de lana. Se lo bajó tanto que sus ojos por poco desaparecen, tapándoselos.

—Hace mucho frío. —Rio, justificándose.

—Sí, aunque yo con la grasa que tengo —me toqué la barriga— y gracias al calor de las personas, lo estoy llevando bien.

—Papá Noel está acostumbrado a la nieve. —Volvió a reír.

—Y también a una gran chimenea. —Le hice un guiño.

—Que vaya muy bien su trabajo. —Me ofreció una mano.

Se la agarré, cubriéndosela con el guante blanco. Sentí a través del contacto un pequeño escalofrío en ella, lo que no supe si fue por el contraste de temperatura porque mi mano estaba caliente. Los guantes eran enguatados y abrigados.

—Gracias, llevo preparándome todo el año para este mes —asentí sonriendo—. Una última cosa. —Hice presión en su mano, antes de que tuviera la intención de levantarse de mi pierna y alejarse.

—¿Sí?

—¿Qué te parecería si te dijera que tu suerte está a punto de cambiar? —Frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo?

—Solo confía en la magia de la Navidad —sonreí de medio lado—. Te aconsejo que continúes dando vueltas por el centro comercial, la suerte espera en cualquier esquina o escaparate, puede tener muchas formas y alturas, pero en el momento que menos esperes darás con ella.

—Vale —dijo sonriente—. Ahora obligaré a mis amigas a dar otro paseo, o varios. —Se tapó la boca con la mano que tenía libre.

La otra continuaba sujetándosela y hasta ese instante en el que lo menciono, no me di cuenta de que varios de mis dedos se movían muy despacio, casi imperceptiblemente, acariciándole la parte baja de la muñeca.

—Si se quejan tengo la excusa de tu petición. —Me hizo un guiño.

—Por supuesto —asentí.

—Gracias, Papá Noel.

—A ti, Aura.

Solté el agarre que nos mantenía unidos y metí la mano dentro del saco. Saqué un puñado de caramelos y ese simple gesto, unos caramelos cualesquiera que dejé en sus manos unidas, provocó que sus ojos se iluminaran más y su expresión fuera de completa felicidad.

De esa forma se levantó con una última despedida y fue hacia sus amigas. Rio al unirse a ellas, no pude apartar la vista del reencuentro. Por ese motivo vi acercarse a la tercera chica, supuestamente Jolie por los datos que tenía. Pensé que solo tendría que actuar hacia Aura, pero bueno, continué con mi papel.

Una Jolie sonriente, me explicó de carrerilla lo que le gustaría para estas fechas. En varias ocasiones intenté no reír, ni siquiera me dejó hablar, no supe si debido a su emoción o porque era su personalidad. Carismática era, y extrovertida también. No se necesitaba mucho tiempo para llegar a esa conclusión.

Y llegó el turno de Aroa, quien caminó hacia mí con una gran sonrisa que decía mucho entre los dos.

—¿Cómo va de Papá Noel? —preguntó en tono bajo, sentada en mi pierna. Ella vino directa.

—Pues sorprendentemente no tan mal como pensé. —Carraspeé, haciéndola reír.

—Ha sido lo más, gracias por hacerla feliz —me sonrió de esa forma, agradecida.

—Un placer, Aroa. Escúchame, le he pedido a Aura que se quede más tiempo en el centro comercial. Eres la última, no se ha añadido ningún niño más a la cola. En cuanto deje de veros saldré de aquí y volveré a ser yo. Te compartiré mi ubicación en tiempo real, para que nos encontréis.

—Entendido. ¿A quiénes? ¿No estás solo? Va a ser difícil que te reconozca con todo lo que llevas encima, es la primera vez que nos vemos.

—He venido con dos amigos, Travis y Dennis. Sabrás que somos nosotros cuando reconozcas a Travis, de la joyería.

—Ah, vale. Perfecto —asintió conforme—. Pensaba que le habías adelantado algo a Aura...

—No he querido enturbiar su momento especial —sonrió de oreja a oreja.

—Eso es muy bonito.

Asentí sin saber qué más añadir. Nos despedimos y la vi reunirse con sus amigas. Aura me miró por última vez, al menos eso se pensaba, y levantó una mano a modo de despedida silenciosa. Imité su gesto y ni corto ni perezoso, pronuncié en alto el «ho, ho, ho», característico de mi personaje.

Provoqué que las tres rieran, de esa forma se fueron divertidas y se perdieron de mi vista al girar en la esquina de una tienda. Me levanté rápido, aprovechando que no había nadie. Caminé ligero hacia mis amigos, los que encontré muertos de la risa.

—Contadme el chiste. —Me crucé de brazos, pasando la mirada de uno a otro.

—Tú, tío —dijo Dennis, sin poder parar de reír.

—No veas, para darte picores el traje y todo lo demás, lo has bordado y te has metido en el papel. Ni el mismísimo Papá Noel lo habría hecho mejor.

—No podía recibir a los niños de malas formas. Os recuerdo que una vez, hace muchísimo tiempo, nosotros éramos iguales y teníamos la misma ilusión —ambos asintieron, sonrientes—. Vamos al baño porque ahora sí que me pica todo. —Sacudí los hombros, con la repentina necesidad de quitarme el disfraz de una vez por todas y volver a ser yo.

—Papá Noel. —Escuché una voz de niño y me giré—. ¿Ya te vas? —Hizo un puchero.

«Mierda», me dije. Me agaché para quedar a su misma altura.

—Sí, pero ¿sabes para qué? —negó triste— Tengo que continuar trabajando en las ilusiones de todos los niños y los adultos, para no olvidarme de nada. El día especial cada vez está más próximo. —Se le agrandaron los ojos.

»Toma. —Saqué un puñado de caramelos del bolsillo del traje y los coloqué en sus manitas—. Carlos —agrandó aún más los ojos, al llamarlo por su nombre sin que me lo hubiera dicho—, sigue portándote bien, todo tiene su recompensa, pero portarse bien tiene un valor incalculable.

—Sí —asintió varias veces, con energía.

—Igual que sé tu nombre, sé todo lo que quieres y deseas. Confía en mí. —Le hice un guiño.

Su expresión fue de felicidad absoluta y después de decirme: «Adiós Papá Noel, te estaré esperando en casa», salió corriendo hacia su madre que estaba separada unos pasos de nosotros. Gracias a ella había sabido el nombre de su hijo, leí sus labios cuando la miré por unos segundos. Me miró agradecida antes de darles la espalda y caminamos ligeros, directos hacia el baño.

Capítulo 16



Aura

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó Jolie.

Estábamos sentadas en una pequeña terraza de una crepería. Habíamos pedido una crepe dulce para compartir y tres tazas de chocolates. Nos la habíamos encontrado al poco de dejar atrás al Papá Noel.

—Yo me estoy llenando —comenté.

—Come que aún es pronto, mínimo queda una hora —dijo Aroa—. En la segunda planta hay varios restaurantes, a mí me da igual. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo lleváis el malestar de la mañana?

—Ya no queda nada —respondí con un guiño.

—Yo estoy igual, pero en ti es normal por el subidón que tienes desde que hemos llegado —comentó Aroa, dirigiéndose a mí.

—Está siendo un buen día. —Me calenté las manos agarrando la taza.

—Sí, lo estamos disfrutando. —Aplaudió Jolie y sonreímos al verla.

—Cuando terminemos damos otra vuelta —propuso Aroa.

—Nos sabemos las tiendas de memoria —negué divertida.

—Pero no lo que hay en el interior de cada una. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—La compradora compulsiva eres tú. —Fruncí los labios.

—¿Perdona? Porque me has obligado, no te digo. —Bufó.

—¿Yo? —Me señalé.

—Oh, Aroa, mira qué bonito, esto quedaría perfecto colgado en el árbol. Oh, mira esto otro para el mueble y aquello para el rincón, y así puedo continuar. He comprado hasta para decorar el balcón. —Rio.

—El problema es tuyo que me haces caso. —Me uní a ella en las risas—. ¿Tú tienes costumbre de decorar tu vivienda, Jolie?

—Sí, pongo varias velas y una figura de Papá Noel.

—¿Solo eso?

—Para Aura no es nada —dijo divertida Aroa.

—Eh, bueno, sí. —Se sonrojó.

—No es verdad. —Le di un golpecito en el brazo a Aroa—. Si te gusta está muy bien, Jolie —le sonreí.

—Gracias, el Papá Noel tiene música. —Rio.

Diez minutos después, nos acabamos la crepe y los chocolates y nos levantamos para seguir recorriendo el centro comercial.

—Vamos a una parte que no hemos visto —propuso Aroa, tomando la delantera.

—¿Estás segura? ¿Con las vueltas que hemos dado? —le pregunté.

—Este lugar es muy grande —comentó Jolie.

—Sí, me duelen los pies. —Arrugué la nariz, haciéndolas reír.

—Cómete un caramelo de Papá Noel, ya verás cómo se te quitan todos los males —me pidió Aroa.

—Vale. —Reímos, por la efusividad con la que respondí.

Les di uno a cada una y por poco no me atraganto con el mío, cuando delante de nosotras, a bastantes metros de distancia, reconocí a un hombre. Era el que se acercó a mí en la joyería donde entramos para que Aroa comprara los regalos que tenía pensados para sus padres, el mismo que me agobió con su presencia y sus palabras sobre mis manos. El culpable del mal momento que pasamos en la empresa de su jefe, porque por él se inició todo.

—Dime que me estoy equivocando y la vista me está fallado —le hablé a Aroa que estaba distraída.

—¿Cómo?

—Mira hacia delante —susurré.

Lo hizo y como estuve atenta a su reacción, no vi ningún cambio en su expresión.

—Ves perfectamente, es el hombre de la joyería. ¿Travis se llama? Todavía tienes la tarjeta.

—Sí —murmuré—. ¿Qué hace aquí?

—Pues imagino que lo mismo que nosotras. —Se encogió de hombros.

—Ya... —Hice una mueca.

No iba solo, lo acompañaban dos hombres más. Caminaban con pasos seguros, sin prisa mientras conversaban. Sus presencias llamaban la atención, de ahí que varias miradas los siguieran. Los tres eran altos, iban bien vestidos y derrochaban clase. Y también atractivos que todo hay que especificarlo.

—Espero que no se acuerde de nosotras —murmuré—. Vamos hacia otra dirección. —Me paré, Jolie y Aroa lo hicieron unos pasos por delante de mí.

—¿Qué pasa? —Se interesó Jolie.

—Aura, ¿qué más da que nos reconozca? Solo faltaría que tuviéramos que escondernos sin haber actuado mal. No sucede nada, Jolie, solo que hemos visto a alguien conocido, en cierta forma, y Aura no está muy conforme con eso.

—Lo que no entiendo es por qué tú estás tan tranquila. —Entrecerré los ojos—. Por su culpa terminamos en esa empresa.

—No cariño, terminamos en la empresa porque era una oportunidad única e irrepetible para ti. Quizás él no tenga nada que ver con el trato que recibimos.

—¿En serio? Ni siquiera constábamos como visita. —Me crucé de brazos.

—¿Por qué estamos discutiendo por esto? —Me imitó.

—Yo no estoy discutiendo, estoy hablando, que es muy diferente. —Bufé.

—Te has alterado al verlo y no vale la pena. Quizás tenemos una visión de ese hombre equivocada. Y no constábamos como visita porque en ningún momento notificamos que iríamos, solo cabía la posibilidad de que apareciéramos en el intervalo de horas que me dijo su jefe, cuando me llamó. Lo decidimos en el restaurante y fuimos sin avisar. —Se encogió de hombros.

—Bueno, esa parte es correcta —susurré, provocando que sus labios se curvaran de medio

lado.

—Pero ¡qué ven mis ojos! —Cerré los míos, maldiciendo al escuchar demasiado cerca la voz del hombre del que estábamos hablando—. Si son la chica de las manos perfectas y su amiga. — Los abrí de golpe.

—Unas como otras cualquiera. —Bufé porque había terminado hasta lo innombrable de la tontería de las manos.

—¡Qué casualidad! —continuó él, como si nada.

Me fijé bien en los tres. Travis y el de su izquierda sonreían, el de la derecha estaba serio, observándonos en silencio. Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo y por unos segundos sus ojos... Sacudí la cabeza apartando la sensación de que me sonaban. ¡Cómo si fuera posible!

—No sabes cómo lamento que no te decidieras a aparecer por la empresa, después de que mi jefe llamara a tu amiga —siguió hablando Travis, mirando de reojo a Aroa—. Me quedé esperando porque daba por hecho de que al menos te lo pensarías, por nuestra insistencia.

—No me hagas hablar —siseé negando.

—Hola. —Se acercó a ellos Aroa, dirigiéndose a Travis—. Yo soy Aroa, no tuve la oportunidad de decírtelo en la joyería. —Se presentó a él tan normal. Interiormente volví a maldecir.

—Encantado. —Aceptó la mano que le ofreció ella—. Es un verdadero placer —le sonrió—. Ellos son Dennis y Nathan, mis amigos. —Los señaló a la vez que los nombraba.

Jolie se acercó a ellos animada para presentarse. Yo empecé a impacientarme cuando iniciaron una conversación de la que desconecté.

—¿Hay algún problema? —Me sobresalté al escuchar la voz muy cerca de mi espalda.

—¿Eh? —Fue lo poco que dije, al mismo tiempo que me giraba hacia uno de los tres hombres.

Era el que Travis había presentado como Nathan. Lo observé con detenimiento, sus ojos eran los que me habían llamado la atención y volvió a sucederme lo mismo al tenerlo delante. Y no solo eso, el olor que desprendía...

—Da la sensación de que no estás muy conforme con nuestra presencia —continuó, sacándome de mis pensamientos.

—Eres bueno deduciendo las cosas —asentí.

—¿Y puede saberse cuál es el motivo? ¿Nos conocemos personalmente? —Al hacer la última pregunta sus labios se curvaron un poco.

—Una mala experiencia y no, es la primera vez que nos vemos.

—¿Con Travis? —asentí.

—Y con su jefe, aunque no llegáramos a verlo. Se puso en contacto con mi amiga por teléfono, supuestamente también estaba muy interesado en lo mismo que Travis, en mis dichosas manos para un anuncio. Una tontería bien grande porque todo salió mal —dije con una mueca.

Por unos segundos puso la atención en mis manos. Cuando levantó la cabeza, me encontré de nuevo con su mirada.

—Yo soy el jefe de Travis, Nathan. —Adelantó un brazo para ofrecerme una mano.

Mis ojos se agrandaron al saber con quién estaba hablando, como si nada. Moví la mano con movimientos muy lentos y volví a tener una sensación extraña cuando me la rodeó con la suya, al aceptar su gesto.

—Me interesa saber qué exactamente salió mal.

—Como si no lo supieras siendo quién eres. —Intenté separarme de él, pero me sorprendió cuando hizo fuerza en el agarre y lo impidió.

—No tengo ni idea, aunque con algún pequeño matiz que espero poder aclarar algún día. —Carraspeó.

—¿A qué te refieres?

—Me gustaría que me respondieras primero a mi duda.

—Tienes trabajando para ti a una mujer engreída, presuntuosa, altiva, prepotente. Que, además, trata muy mal a la gente. —Levanté la barbilla.

—¿Todo eso?

Pareció asombrado, pero a la vez divertido.

—Sí, y podría seguir. —Me encogí de hombros—. Ella es la mala experiencia para mi amiga Aroa y para mí. Y que dé gracias que salimos como entramos porque a puntito estuve de estallar y liarla.

—¿Qué mujer?

—La recepcionista. Como le pediste en la llamada que le hiciste a Aroa, fuimos a tu empresa,

pero no llegamos a pasar de la recepción. —Desvié la mirada.

—¿Por cómo os trató?

—Sí, no fue agradable soportar desde el inicio que nos mirara y se dirigiera a nosotras como si no fuéramos suficiente para estar allí y preguntar por ti —susurré—. Ni siquiera intentó aclarar nuestra presencia y eso que Aroa le insistió de que había hablado con su jefe, contigo —negué recordando aquel momento, calentándome de nuevo.

—Lamento mucho lo sucedido, esa actitud no se corresponde con la política de mi empresa, ni con ninguna de las personas que dirijo. Del lunes no pasa, tomaré medidas.

—¿De verdad? —dije con un pequeño jadeo.

—Por supuesto —asintió serio—. No es justo que nos pongas a Travis y a mí en el mismo saco. Aunque yo no había tenido la oportunidad de interactuar contigo, me consta, porque lo conozco de toda la vida, que Travis te trató con respeto en todo momento.

—Sí. —Me sonrojé—. Se puso pesadito con mis manos, pero sí. —Sus labios se curvaron de nuevo.

—Cuando se le mete algo innovador y con potencial en la cabeza suele suceder, no para hasta conseguirlo. Me gustaría proponerte algo.

—¿A mí?

—¿A quién si no? —Levantó una ceja— El lunes, id a mi empresa de nuevo. Me encargaré personalmente de esperaros en la entrada principal.

—Pero...

—Continuamos queriendo que aparezcas en el anuncio, Aura.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Me sorprendí.

—Lo ha mencionado Aroa, cuando nos dabas la espalda.

—Ah.

—¿Qué me dices? Creo que es una gran oportunidad y muy bien remunerada.

—Sí —susurré bajando la mirada a nuestras manos.

Todavía continuaban unidas, no había hecho el intento de apartarse. Seguía cubriendo la mía, calentándomela.

—¿No me has soltado porque te la quieres llevar directamente?

—¿Cómo?

—Mi mano, como estáis tan interesados en las dos...

Soltó una carcajada y provoqué lo que buscaba, que me soltara, aunque para mi consternación no me gustó que lo hiciera. Guardé las dos en los bolsillos del abrigo, rápido.

—¿Entonces? —insistió.

—Vale —acepté sonriendo.

—Perfecto —asintió de la misma forma.

—¿Qué? ¿Hay manos o no hay manos? —preguntó Travis, apareciendo a nuestro lado.

—Las hay —le confirmó Nathan, su jefe.

Puse los ojos en blanco porque menuda experiencia estaba teniendo con esa parte de mi cuerpo. Mi reacción provocó que Travis soltara una carcajada mientras que en los labios de Nathan apareció una gran sonrisa.

—¿Qué os parece si os invitamos a comer con nosotros? —habló el tercer amigo, Dennis.

Miré sorprendida a Aroa, sonreía hacia mí. No tuve problema en diferenciar en su expresión lo satisfecha que estaba con el encuentro que habíamos tenido y el desenlace de él.

—Perdona —intervino Travis—. Rectifica, que desayunando has dicho que nos invitabas tú, ¿eh? —le habló con humor a su amigo.

—Tienes buena memoria para lo que quieres. —Rio Dennis.

Jolie estaba encantada con la idea, solo había que verla. Aroa no dijo nada, esperaba a que hablara yo.

Capítulo 17



—Todavía no sé cómo hemos aceptado para comer con ellos —dije en tono bajo.

Los tres, Nathan, Travis y Dennis iban unos pasos por delante de nosotras, cargados cada uno con las bolsas de las compras de Aroa. Habían tenido la amabilidad de llevarlas, o, mejor dicho, nos las quitaron de las manos.

—Porque nos han caído bien, admítelo.

—No tengo nada que admitir porque no lo he negado. —Puse los ojos en blanco.

—Tómatelo como una comida de trabajo, vas a trabajar para Nathan y Travis —sonrió de medio lado.

—Lo voy a hacer, ¿verdad Aroa? Al final se va a convertir en realidad —dije emocionada, sin creérmelo todavía.

Se paró de repente y nosotras con ella.

—¡Sííí...!

Solté una carcajada cuando se lanzó a mí para abrazarme y empezó a saltar con mi misma emoción. No iba a dejarla sola, por lo tanto, me uní a ella en los gritos y los saltos. No fui la única porque Jolie se apuntó a un abrazo grupal con todo incluido. Riendo, así terminamos las tres.

Cuando nos separamos teníamos la atención de los tres hombres puesta en nosotras. Sonreían observándonos, parados a pocos metros por delante.

—Lo siento, me habéis contagiado —dijo Jolie y la miramos, estaba sonrojada.

—Me ha encantado. —Me agarré de su brazo, provocando con mis palabras que apareciera una bonita sonrisa en sus labios.

—Gracias. —Me hizo gracia la timidez que mostró, pero entendía que a veces podía sentirse fuera de lugar o pensar que sobrepasaba algunos límites por la unión que teníamos Aroa y yo.

—Nada de gracias. Con nosotras actúa de forma natural, como eres —le pedí.

Aroa se agarró de mi otro brazo satisfecha y volvimos a caminar, siguiendo a los tres que continuaron avanzando, dándonos nuestro espacio. Subimos por las escaleras mecánicas a la segunda planta, donde había una gran variedad de restaurantes. Desde comida rápida a los que tenían menús.

—¿Alguna preferencia? —Quiso saber Nathan, cuando nos paramos junto a ellos.

—Yo me adapto a todo, me da igual —respondí encogiéndome ligeramente de hombros.

Jolie y Aroa contestaron algo parecido y de esa forma los dejamos elegir a ellos.

—Otra posibilidad es irnos de aquí y acercarnos más al centro de París. Así después el recorrido no es tan largo —comentó Dennis.

—A mí me convence más esa opción, pero lo que digáis la mayoría estará bien —añadió Travis.

—Pensándolo bien no estaría mal comer más próximas a casa —dije mirando a las chicas que asintieron.

—Pues ale, hemos subido para nada —habló divertido Dennis—. Vamos a bajar a por los coches.

—Nosotras hemos venido en taxi —le rectificó Aroa.

—Una pena porque todos no cabemos en el de Nathan —añadió Travis.

—Igualmente con las bolsas y el árbol de Navidad que tenemos que recoger... Sería demasiado —aclaré.

—¿Habéis comprado un árbol? —Se interesó Dennis.

—Sí —respondimos animadas, las tres al mismo tiempo—. Tenemos que ir a recogerlo a la tienda porque no íbamos a cargar con él por todo el centro comercial —les informé.

—Pues vamos a por él, ahora reservamos un taxi —intervino Nathan.

Igual que subimos, bajamos por las escaleras mecánicas. Esta vez fuimos nosotras delante de ellos, guiándolos hasta la tienda. Se quedaron en la puerta cuando entramos. Justo en el momento en el que la dependienta nos dejó la gran caja a nuestros pies y se lo agradecemos, apareció Nathan y la cogió. Cargó con ella saliendo de la tienda.

—El taxi estará a punto de llegar, me han dicho que había algunos cerca de esta zona — comentó Travis.

—Perfecto, muchas gracias —le contestó Aroa, sonriendo.

Bajamos las últimas escaleras mecánicas que nos llevaron al exterior, directamente a la acera. Tuvimos que esperar muy poco para ver acercarse al taxi. El hombre se bajó para cargar la caja del árbol en el maletero, mientras Nathan, Travis y Dennis colocaban las bolsas dentro. El taxista nos pidió que nos montáramos, antes de que Nathan hablara con él. Le indicó la dirección a la que tenía que llevarnos.

Nos despedimos de los tres hasta dentro de un rato y ocupamos los asientos traseros del vehículo. Giradas hacia los chicos los vimos caminar de vuelta al centro comercial, para ir hacia el coche de Nathan. Nos colocamos bien, sentándonos rectas, cuando empezamos a movernos.

—Estoy emocionada —susurró Jolie, al cabo de unos minutos.

—¿Por ir a comer con ellos? —pregunté y asintió varias veces.

—Uy, uy, que noto algo de ¿interés? —habló divertida Aroa.

—Nooo... Es porque son muy simpáticos y agradables —dijo ruborizada.

—No le digas nada que he visto como le hacías ojitos a Travis. —Reí dirigiéndome a Aroa.

—¿Yo? ¿Qué dices? —Se hizo la sorprendida, a pesar de que sonreía de medio lado.

—Espero que el motivo de tu emoción no sea por Travis, por lo que acabo de decir —giré la cabeza hacia Jolie.

—No. —Se ruborizó más.

—Las opciones son menos ahora. ¿Por cuál de los otros dos? —Tanteó Aroa.

—Tranquila, que no es por Nathan —dijo mirándome a los ojos.

—¿Tranquila por qué? —Los agrandé, mientras Aroa reía—. Como si me importara que fuese así... —Fijé la vista hacia delante.

—Pues me ha parecido que...

—Déjala, no va a admitirlo hasta que se dé de frente con ello —comentó Aroa, interrumpiéndola.

—No tengo nada que admitir y no voy a darme con nada. —La miré de reojo.

—Ajá. —Fue su siguiente comentario, breve y muy esclarecedor para las dos que nos conocíamos muy bien.

—Bueno, pues ya lo sabéis y, por suerte, no coincido con vosotras. Me ha gustado Dennis —confesó abiertamente Jolie—. Es muy atractivo y simpático, pero solo eso. —Giró la cabeza hacia la ventanilla.

Por cómo se desinfló al decir lo último...

—No debes tener miedo al sentir de nuevo, Jolie. Por poco y reciente que sea, me refiero a hoy —dije en tono bajo.

Ella me había contado su historia con detalles, la misma que Aroa me había anticipado por encima. Lo hizo mientras disfrutábamos de los chocolates y la crepe, después de vivir la experiencia con Papá Noel y antes de encontrarnos por sorpresa con los chicos.

—No creo que vuelva a tener una pareja, ni mucho menos a enamorarme —susurró triste—. Después de mi mala experiencia y de lo que me costó recomponerme... No lo veo, ni siquiera a largo plazo.

—Tiempo al tiempo, cariño. —Se dirigió a ella Aroa—. Un hombre de verdad, de los pies a la cabeza, que te trate como te mereces, te respete y te admire, es capaz de conseguir lo impensable. Confía, eres preciosa y joven, tienes mucho por vivir y descubrir. Te mereces ser feliz y sé que llegará el día en el que lo seas, estoy convencida de ello.

—Gracias. —Nos miró con los ojos brillantes por las lágrimas.

Recosté la cabeza en su hombro, intentando darle apoyo y que fuera consciente de que no estaba sola. Me puse triste también, no lo pude evitar.

Las personas arrastramos tantas cosas negativas, tantas experiencias y emociones que duelen en el alma... Con el paso del tiempo, cuando encuentras una calma relativa, te piensas que las has superado, pero bastan unos segundos para darte cuenta de que no es cierto. Un solo recuerdo de alguna situación y todo se desmorona de nuevo, dejando claro que el dolor es muy difícil sanarlo, por mucho que lo quieras esconder.

Pocas personas tienen la grandísima suerte de librarse, porque la mayoría, en mayor o menor medida, llevamos a nuestras espaldas historias que nos pesan y que en algún momento de nuestras vidas nos trastocaron, hasta el punto de cambiarnos, por mínimo que fuese.

Aroa hizo lo mismo, se apoyó en mi hombro. De esa forma, en contacto las tres, hicimos el trayecto escuchando la suave música que salía de los altavoces del vehículo. Ninguna de las tres volvió a hablar, cada una metida en sus pensamientos, intentando calmar nuestro interior.

Media hora después el taxista paró en una avenida. Me adelanté para pagar y nos bajamos.

—Madre mía, cómo voy a terminar del árbol... —Bufó Aroa, pero hablando divertida.

—No te quejes tanto, no pesa. —Cogí la caja, mientras ellas agarraban las bolsas que el hombre les dio, antes de volver a montarse en el taxi y alejarse de nosotras para continuar con su trabajo.

—¿Qué no pesa? ¡Era el más grande! —Rio al verme caminar con la caja a cuestas.

—Exagerada. —Me uní a ella en las risas.

—¿Te ayudamos? —me preguntó Jolie, cuando la dejé apoyada en la acera.

—Tranquila, voy bien, pero no sé por dónde aparecerán los chicos —dije mirando hacia los lados de la gran acera en la que estábamos.

—Nathan solo ha dicho esta dirección, pero no veo ningún restaurante cerca —comentó Aroa—. ¿Se habrá equivocado?

—¿Os imagináis que no vienen? —Agrandó los ojos Jolie.

—Pues si no aparecen no voy a ponerme a llorar —negué—. Buscamos por nuestra cuenta un lugar para comer y se acabó. —Me encogí de hombros.

—Eso no va a suceder —dijo convencida Aroa—. Y menos con el interés que tienen en tus manos. —Apretó los labios, conteniendo la diversión.

—No me toques la moral. —Puse los ojos en blanco.

Al final rieron las dos y me uní a ellas. ¿Qué iba a hacer?

Jolie lo hizo al contagiarse, sin entender muy bien de lo que hablábamos. En ningún momento nos había preguntado, a pesar de nuestros comentarios, por lo que aproveché para explicarle lo que nos sucedió en la joyería y todo lo que desencadenó.

Se quedó igual de asombrada que nosotras, pero me felicitó con un abrazo. Se emocionó por la gran casualidad del día de hoy, la que había favorecido a que todo se aclarara entre las dos partes interesadas.

—Por ahí vienen —dijo Aroa, mirando hacia la izquierda.

Nos giramos hacia esa dirección, viéndolos caminar los tres en línea.

—Quizás habría sido mejor idea que fuerais primero a vuestra casa, a dejar todas las compras —comentó Nathan.

—No pasa nada, Aura le ha cogido un cariño especial a abrazar la caja del árbol —comentó

con humor Aroa.

Le saqué la lengua, provocando que riera.

Los chicos volvieron a quitarnos toda la carga. Empezamos a caminar por la acera, pero no fuimos muy lejos. Para nuestra sorpresa entramos a un portal que nos dio acceso a un restaurante. Estaba como camuflado porque desde la calle, si no lo conocías, era imposible saber qué se ocultaba en el interior. En la fachada no había letrero ni nada parecido que llamara la atención. Precisamente eso estaba comentando Jolie en este momento.

—Este lugar en concreto no necesita publicidad ni destacar, ahora comprobaréis el porqué. Hemos tenido suerte al llamar para reservar. Siempre está lleno, la gente lo conoce del boca a boca y la experiencia realmente merece la pena —explicó Dennis.

Nos abrió la puerta para que entráramos las primeras y efectivamente, de primeras, vimos todas las mesas ocupadas y a varias personas esperando junto a la barra.

Me llamó mucho la atención la decoración; era muy bonita, refinada y elegante. No quise ni pensar lo que iba a costar comer, a cuánto ascendería la cuenta.

Capítulo 18



Nathan

—Si unos días atrás me llegan a decir lo que iba a suceder hoy, me habría estado riendo durante bastante tiempo —comentó Dennis, sentado en el asiento del copiloto.

—Pues no le veo la gracia —negué sin apartar la vista de la carretera.

—Tú porque no le encuentras el punto gracioso, pero lo tiene y mucho. No me habría creído que aceptaras disfrazarte de Papá Noel, precisamente tú. Y no solo eso, te has metido en el papel que daba gusto y para colmo te quedaba genial.

»Has ofrecido caramelos, escuchado atento todo lo que los niños y las chicas te han contado, poniendo tu mejor cara y, para rematarlo, has cargado con la caja de un árbol de Navidad, cuando no quieres ni oír hablar de ellos.

—Una vez en acción tampoco ha sido para tanto. —Carraspeé.

Puse los ojos en blanco cuando los dos soltaron una carcajada fuerte. Los ignoré, directamente, y me concentré en la conducción. No hacía falta que les dijera que yo tampoco me lo habría creído si me lo hubieran anticipado, lo sabían de sobra.

Por cierto, el disfraz se lo habíamos dado a un hombre al salir del baño, la bolsa completa le dejó Dennis en las manos, con todos los complementos. Aceptó encantado cuando le preguntó Travis, por lo visto tenía dos hijos pequeños y le iba a sacar mucho partido.

Circulé por las calles de París pensativo, recreando en mi memoria el encuentro con Aura. El segundo, porque el primero caracterizado de Papá Noel no contaba. No me reconoció, pero era algo que terminaría diciéndole. Aunque, la verdad, iba a esperar a que realizara el anuncio, por el bien de ambas partes.

Me sentía contento por haber conseguido dirigir la situación y llevarla por donde quería. Al hablar con ella en el trono, teniéndola sentada en mi pierna, me quedó aún más claro la necesidad que tenía por el dinero. Nada me hacía más feliz que ayudarla a conseguirlo y encima salíamos ganando nosotros. Travis rebosaba felicidad por ese motivo, había conseguido a su modelo para

las ideas que quería dejar plasmadas en el anuncio publicitario.

Dos semanas, me dije pensando en el tiempo que estaría Aura en París.

—El lunes tenemos que organizarlo todo rápido —comenté, mirando a Travis por el retrovisor interior—. Dejar cerrado lo máximo sobre el anuncio.

—¿Y eso? Sé que hay prisa porque se nos echa el tiempo encima por las fiestas, pero no entiendo tanta urgencia.

—¿Te recuerdo que Aura es española y está de vacaciones aquí? —Levanté una ceja.

—Mierda.

—Eso mismo.

—¿Cuánto tiempo estará? ¿Lo sabéis? —preguntó Dennis.

—Dos semanas, se lo ha dicho a Papá Noel —dije y vi de reojo sus sonrisas de medio lado.

Sacudí la cabeza y volví a ignorarlos.

—Podemos hacerlo, si nos damos prisa lo conseguiremos —comentó pensativo Travis y asentí.

—Si puedes reorganizar tus ideas durante el fin de semana eso que adelantas —le propuse.

—Tranquilo, mañana sábado me pongo a ello —confirmó.

—¿Qué más te ha dicho Aura? —Se interesó Dennis.

—No os voy a hablar de ello.

—¿Por qué? —Se sorprendió Travis.

—Porque ha hablado en confianza con Papá Noel, o sea conmigo metido en el papel durante unos minutos. Ha sacado varios temas, pero personales y no me pertenece a mí decirlos.

—Tranquilo, lo entendemos. He hecho la pregunta por hacerla —habló Dennis.

—Solo hay dos cosas que puedo hacer por ella y así será.

—¿Cuáles?

—Una, ya la he hecho; la otra, está por ver cuándo sucederá... Solo voy a darle lo que necesita y quiere por Navidad.

—Joder, macho, no dejas de sorprenderme. —Rio Travis.

—Nuestro amigo siempre es muy solidario —dijo Dennis, con una gran sonrisa.

—Eso ya lo sé y mejor persona, pero es que lo he vuelto a ver vestido de rojo y colándose por algún hueco de la casa de Aura. —Volvió a reír y esta vez contagió a Dennis.

Yo lo único que hice fue sonreír, al imaginarme en esa situación.

—Son buenas chicas las tres —comentó al cabo de unos minutos Travis.

—Sí —confirmé, Dennis asintió.

—¿Qué vas a hacer el lunes referente a Colette? —Quiso saber Dennis.

—Actuar en consecuencia por sus actos y actitudes. —Apreté el volante con las manos—. Podría haberlo hecho ya, pero he querido dejar pasar un poco el tiempo y el fin de semana me vendrá genial. Necesitaba reposar la rabia que me entró al saber lo sucedido.

—Has hecho bien, lo mejor es atajar el problema lo más frío posible. —Estuvo conforme.

—Yo aún alucino cuando lo pienso. —Sacudió la cabeza Travis—. En todos los años que lleva en la empresa, que sepamos, jamás había sucedido.

—Tú lo has dicho, que sepamos —siseé porque con solo pensar en que en alguna otra ocasión se había podido repetir su comportamiento fuera de lugar... Me calentaba de mala manera.

—No te alteres —me pidió Dennis—. Da igual cuando os hayáis dado cuenta, lo importante es que lo habéis hecho y puedes ponerle solución.

—Sí. —Cogí una bocanada de aire—. ¿Algo urgente? —Lo miré de reojo.

Sacó su móvil, al recibir una llamada.

—Sí y no. —Su tono de voz divertido...

—¿Chantal? —le pregunté.

—Correcto.

—¿Por qué no descuelgas? —preguntó con curiosidad Travis, asomándose entre los asientos.

—Porque me va a proponer vernos dentro de un rato y la carne es débil —respondió riendo—. Quiero estar con vosotros y las chicas sin tener que estar pendiente del tiempo que nos lleve comer. —Se encogió de hombros.

—Es un poco raro, ¿eh? Yo solo lo remarco —añadió Travis—. ¿A ti no te lo parece? —me preguntó.

—Él sabrá sus motivos, yo creo que lo tengo claro —dije sonriendo de medio lado.

—Decís tonterías —comentó Dennis—. Si no descuelgo es por lo que os he dicho.

—Y digo yo... ¿No tendrá nada que ver por cómo has mirado a Jolie cada vez que ella estaba distraída? —pregunté y carraspeé.

—¿Qué dices? Se ve una chica fantástica, es preciosa, simpática y risueña, pero de ahí a lo que acabas de preguntar... —habló sorprendido.

No insistí más en el tema, lo que no hizo Travis porque una vez sacado a relucir no paró gran parte del trayecto en querer que Dennis nos confesara sus oscuros secretos. Reímos, yo fue lo único que hice escuchándolos a los dos, entre quejas, bromas y amenazas, las últimas por parte de Dennis.

Preferí mantenerme al margen porque viendo la actitud que tomó Dennis, sabía que no conseguiría otra cosa que agobiarlo. Por su reacción supe que ni él mismo había sido consciente de cada vez que había buscado con la mirada a Jolie.

Aminoré la velocidad y giré para acceder a un parquin privado, en la zona en la que estábamos, en la del restaurante, era imposible estacionar en otro lugar que no fueran párquines. Ocupé una plaza y nos bajamos del coche, dispuestos a darles encuentro a las tres amigas. Había sido toda una sorpresa el acercamiento que habíamos tenido, una muy bien recibida.

No tardamos mucho en localizarlas, con todas las bolsas y la caja del árbol de Navidad cerca de ellas. Conforme nos acercábamos, no dejé de mirar fijamente a Aura. Esa mujer tenía algo especial, no sabía el qué, pero estaba dispuesto a descubrirlo antes de que se fuera de París.

Me agradó comunicarme con ella en francés, desde el inicio. Habría sido un pequeño contratiempo que no supiera el idioma, más por ella porque yo dominaba el suyo.

Al llegar junto a ellas nos hicimos cargo de toda la carga que llevaban y tomamos la dirección del restaurante. En sus expresiones se reflejó la sorpresa al acceder a un portal que a simple vista parecía de un edificio como otro cualquiera de los alrededores.

Para nada, desde él se accedía a uno de los restaurantes de más prestigio de París. Ese detalle, obviamente, Dennis lo pasó por alto, mientras le explicaba sobre el lugar. De la sorpresa pasaron a la admiración en cuanto traspasamos la última puerta que abrió Dennis.

Uno de los camareros se acercó rápido a nosotros, para atendernos. Por suerte no tuvimos problema en que se organizaran para hacernos un hueco para comer. No era cierto que no estaban completos cuando Dennis llamó, simplemente al decir su nombre y el mío, nos aseguraron que no tendríamos ningún problema en cuanto llegáramos.

Una ventaja ser quiénes éramos, se abrían muchas puertas para nosotros, sin necesidad de hacer ningún esfuerzo. El camarero nos pidió las bolsas y la caja. Nos dijo que las iba a guardar para que estuviéramos cómodos y cuando nos fuéramos nos las traería. Así lo hicimos, desprendiéndonos de todo.

Otro camarero nos llevó al fondo del salón, junto a una cristalera. Intenté no reír ni mostrar nada en la expresión cuando Aura, que se sentó casi enfrente de mí, pulsó el botón de la figura de un Papá Noel en un trineo que estaba en el centro de mesa. Lo puso en movimiento y automáticamente apareció en sus labios una bonita sonrisa.

La vi por primera vez sin el gorro de lana. Se lo quitó para guardarlo en el bolso. Me obligué a apartar la vista y me centré en la conversación que habían iniciado Aroa y Dennis que se sentaban enfrente.

El camarero que nos había recibido se acercó a tomarnos nota de la bebida. Pedimos una botella de vino para empezar, y otra de agua por si hacía falta. Cuando llegó el turno de mirar las cartas para elegir los platos, las caras de las tres chicas dejaron ver la incredulidad por el coste de cada uno de ellos. La que más destacó fue la de Aura e incluso podía apostar, y no me equivocaba, a que se sintió incómoda por ese motivo.

Tuve la necesidad de eliminar su malestar...

—¿Nos dejáis pedir a nosotros para sorprenderos? —Me dirigí a las tres.

—Buena idea —intervino Dennis—. Si hay alguna cosa que no os guste decírnoslo para tenerlo en cuenta.

Dijeron que no tenían problema, que todo les gustaba. Cuando el camarero regresó y nos sirvió en las copas el vino, junto a varios entrantes que colocó individualmente en nuestros platos, le pedí la variedad de comida.

—El habernos conocido y el estar compartiendo este momento se merece un brindis —dijo Aroa, cogiendo su copa.

Todos la imitamos y esperamos a que continuara.

—Por una Navidad diferente, una llena de nuevas ilusiones y esperanzas. Porque a todos los que estamos reunidos en esta mesa se nos cumpla hasta el más mínimo de nuestros deseos.

Chocamos las copas y justo después de beber, Aroa le dio un beso en la mejilla a Aura, la que lo recibió con una bonita sonrisa. Los ojos de Aura se encontraron con los míos, los que llevaban observándola desde que su amiga española empezó a hablar. Me sonrió tímida y volví a levantar la copa hacia ella, una última vez antes de vaciar el contenido en mi garganta.

Travis se encargó de rellenar las de todos, antes de empezar a comer los entrantes. Las caras

de las chicas nos dejaron claro que les gustó el primer bocado de cada uno de ellos.

Capítulo 19



Aura

Con villancicos de fondo que sonaban en mi teléfono, iba de un lado al otro del salón de Aroa. Era una tradición para nosotras, el mismo ritual de cada Navidad que habíamos pasado juntas. Tanto en mi piso como en el suyo porque cuando terminábamos en uno nos dedicábamos al otro.

Eran las siete de la tarde, hacía un rato que habíamos empezado con la decoración. El árbol ya estaba montado, pero faltaba colocarle todo lo que había en las dos bolsas que estaban sin tocar. Era grande y destacaba del resto, pero, aun así, no se veía excesivo por la altura de los techos y el espacio amplio que había.

Después de la comida con Nathan, Travis y Dennis, nos despedimos de ellos para irnos a descansar. El día había sido intenso en muchos sentidos. Montadas en un taxi acompañamos a Jolie a su piso. Nos despedimos de ella quedando para vernos el fin de semana, lo que le provocó mucha alegría.

En cuanto entramos en el piso de Aroa nos pusimos cómodas y nos tumbamos en el sofá, tapadas con dos mantas. El cansancio nos venció tras un día de caminar sin parar por el centro comercial; incluso comprar puede resultar agotador. Después de comer, con los estómagos llenos, fue lo que el cuerpo nos pidió.

Hasta que me desperté y activé a mi amiga, para empezar con toda la decoración navideña.

—Tómame un momento para disfrutar de tu café caliente —me pidió dejando dos tazas sobre la mesa baja que había frente al sofá. Luego se sentó en él.

—Voy —dije mientras le buscaba un buen sitio al muñeco de nieve que llevaba en las manos.

—La siesta te ha dado cuerda, ¿eh? —habló divertida.

—Sí. —Reí sentándome a su lado, con la taza en las manos.

Bebí un poco, mientras miraba lo bonito que estaba quedando todo.

—Lo siguiente es decorar el árbol.

—Y lo último, ¿no? —preguntó y asintió— ¿Estás nerviosa?

—¿Por qué? —Giré la cabeza hacia ella.

—Joder, no todos los días se sabe que dentro de poco tendrás en tu cuenta bancaria veinticuatro mil euros, eso si no se amplía —dijo emocionada.

—Aún no me lo creo —solté un suspiro, fijando la vista en el café—. Me parece tan irreal todo.

—Pues ya puedes empezar a hacerte a la idea porque va a suceder. Ahora sí que sí, nada puede fastidiarlo.

—Cuando nos hemos encontrado en el centro comercial con Nathan y sus amigos, después de estar hablando un poco, apartados de vosotros, me ha dicho que el lunes tomará las medidas oportunas hacia la recepcionista.

—Me alegro un montón, es lo mínimo que se merece —asintió satisfecha.

—He hecho muchos números mentalmente, para saber dónde gastar el dinero.

—Ya sé que, aunque nos parezca mucho, no cubrirás todas las deudas que te dejó tu padre. —Me frotó la espalda.

—Pero puedo quitarme un par de ellas —le sonreí.

—Claro —asintió mirándome con cariño—. Este año mi regalo de Reyes será diferente y no quiero que te niegues a recibirlo.

—¿A qué te refieres?

—No te enfades, ¿vale? Sabes que cobro muy bien desde que estoy aquí y que no gasto apenas en el alquiler del piso, por lo que te conté de la empresa.

—¿Qué tienes pensado?

—He estado ahorrando, Aura.

—No —negué anticipándome a lo que iba a decir, la conocía muy bien y lo había intuido desde el principio.

—Te he dicho que no me niegues. —Levantó una ceja.

—No vas a darme dinero, Aroa. Lo que tienes es tuyo, para lo que quieras o necesites, que

para algo trabajas sin descanso.

—Escúchame, yo no lo necesito. He tenido la gran suerte de que llegue el día en que puedo decirlo y quiero ayudarte. Sumando lo mío, que tampoco será tanto, más lo que te pague Nathan, podrás quitarte un buen pico de las deudas y algunas liquidarlas.

—No me hagas eso —dije haciendo una mueca.

—Quiero que puedas pasar los meses tranquila, sin agobiarte por ir tan justa o por no llegar. Hay muchos finales de mes que solo puedes comer poquita cosa y lo esencial, Aura. Necesito que tu situación mejore.

—Lo hará. El dinero que voy a ganar me ha caído del cielo y con él iré más relajada, no necesito que tú lo amplíes.

—Pero quiero o, más bien, necesito hacerlo.

—Sabes que me gusta valerme por mí misma —susurré acariciando el borde de la taza.

—Y es algo que te honra y dice mucho de ti, pero la carga que llevas soportando durante tanto tiempo te va consumiendo poco a poco. Te matas a trabajar, solo descansas las horas que cierra el restaurante y en cuanto abre estás la primera allí. ¿Cuánto tiempo más vas a aguantar haciendo tu horario y un montón de horas extras?

—Aroa soy joven. —Sacudí la cabeza, sonriendo un poco—. Descanso bien, no necesito más horas para hacerlo. —Me encogí de hombros.

—Me voy a callar sobre ese tema porque las dos sabemos que no es verdad. —Hizo una mueca.

—Dentro de poco voy a tener veinticuatro mil euros. Hasta hace unos días era impensable. Estoy feliz y contenta por ello, por lo que representa para mí. Todo estará bien. Ya lo he calculado y creo que podré liquidar dos deudas enteras y una pequeña parte de otra. Eso me dará más libertad durante los meses, todo suma.

—Eres muy pesada y cabezota. —Bufó.

—Habla la que mañana estará diciéndome lo mismo, insistiendo. —Reí.

—Cómo lo sabes —sonrió pícara.

—Anda, vamos a decorar el árbol y después cenamos *pizza* en el sofá.

—Hecho. —Se levantó de un salto.

—¿Te ha motivado lo del árbol o lo de la cena? —pregunté divertida, sabiendo la respuesta.

—Siempre la comida. —Me dio una palmada en el trasero, antes de ir hacia el árbol.

Agradecí que dejara de hablar del tema del dinero, del suyo me refiero. No iba a permitir que me regalara el que estaba pensando porque sabía que no sería poco. Tiempo al tiempo, porque estaba segura de que me lo daría por mucho que le dijera que no, aunque en este momento parecía que lo había aceptado.

Ya se lo devolvería a sus padres para que se lo hicieran llegar. La seguí y juntas, sonriendo, decoramos el árbol. Quedó precioso y corrí a apagar las luces del salón para que fuese lo único iluminado.

—Me encanta. —Aplaudí.

—No lo dudaba. —Rio.

—Voy a meter las *pizzas* en el horno y se acabó por hoy.

—Sí, estoy cansada —soltó un suspiro—. La siesta me ha sentado bien, pero necesito más.

—Al comienzo de la película te vas a quedar dormida.

Habíamos hablado de verla mientras cenábamos en el sofá.

—Ya te digo. Si me sucede cualquier día normal, hoy no llegaré ni a ver la introducción. —Reímos.

Fuimos a la cocina, pero estuvimos poco rato porque fue rápido. Nos acurrucamos de nuevo en el sofá. Aroa encendió el televisor y buscó una película para ver. Nos costó un poco elegir, pero al final encontramos una que nos dio la sensación de que merecía la pena. Iba a verla sola, así que, ganó más mi decisión que la de ella.

Cuando las *pizzas* estuvieron hechas, las llevamos al sofá y las colocamos en la mesa baja, preparadas ya para empezar a comer.

—Ha sido guay hoy, ¿verdad?

—Sí —sonreí—. Me he llevado muchas sorpresas.

—Y todas buenas. Los días así tendrían que repetirse más a menudo —soltó un suspiro.

—¿Te gusta Travis? —Me lancé.

—Me conoces bien, no necesitas que te lo diga —dijo antes de darle un mordisco al triángulo que colocó en su plato—. Antes, cuando ha salido el tema, me he hecho la tonta.

—Lo sé —sonreí de oreja a oreja—. El lunes vas a venir conmigo a la empresa, ¿no?

—Por supuesto, estoy deseando verte en acción y saber cómo nace desde el principio un anuncio —dijo animada.

—Yo lo decía porque verás a Travis otra vez. —Reí.

—Eso es un punto extra a favor. —Me hizo un guiño—. ¿Qué me dices de Nathan? Porque igual que tú sabes cómo soy, sucede lo mismo a la inversa. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—Es un buen hombre, nada que ver con la imagen que me había creado de él —susurré después de tragar.

—Está claro que hay que conocer a las personas personalmente para crearse una opinión de ellas —dijo pensativa.

—Pues sí. Siempre lo he sabido, pero me sentó tan mal el comportamiento de su recepcionista hacia nosotras que pensé...

—Te lo ha desmontado con pocas palabras. —Me hizo un guiño.

—Sí —le sonreí.

—¿Te has dado cuenta de cómo te ha mirado en más de una ocasión?

—No empieces con tus deducciones —negué riendo.

—Una leche deducciones, que lo he visto con estos dos. —Se señaló los ojos.

—Es imposible, Aroa —murmuré.

—También lo era que vinieras a París con el dinero justo y que te fueras con la cuenta bancaria calentita.

—Pero eso es diferente. —Le di otro mordisco a la *pizza*.

—Yo no veo la diferencia y como estamos en Navidad...

—¿Qué tiene que ver eso?

—Tú siempre dices que estas fechas son mágicas y que pueden suceder cosas increíbles —me sonrió.

—Ya, pero hasta cierto límite. —Sacudí la cabeza.

—Quién sabe, lo mismo el Papá Noel de hoy te ha dado suerte. —Se inclinó para darme un beso en la mejilla.

Esas fueron las últimas palabras de una conversación que no nos llevaba a ningún lado. Aroa puso la película y empezamos a verla mientras terminábamos de cenar. Fue el tiempo que se mantuvo despierta porque una vez que nos acomodamos en el sofá y nos tapamos con las mantas, se quedó dormida al cabo de pocos minutos.

Vi la película, en cierta forma porque mi cabeza se llenó de pensamientos e ideas tontas que no tenían sentido. En más de una ocasión me quedé con la vista fija en el árbol iluminado. Él y la luz de la pantalla del televisor era lo único que nos iluminaba.

Desde que Aroa me dijo que dejara España atrás y me quedara con ella en París, le había dado muchas vueltas. La echaba muchísimo de menos, en nuestro país solo la tenía ella, hasta que se fue. También a mis compañeros del restaurante, pero no podía compararlo. Le sumaba los padres de Aroa que me trataban como otra hija, aunque ello no quitaba que me sintiera muy sola.

Estaba hecha un lío, no sabía qué opción era la mejor porque también me daba pena dejar mi trabajo en el restaurante. Era la encargada de uno y tenía muy buena relación con mi jefe Darío. Hasta se me pasó por la cabeza, por un instante, la opción de vender el piso de España para liquidar todas las deudas que me dejó mi padre, con la ayuda de lo que iba a cobrar en breve. Me sobraría un poquito para empezar desde cero.

Lo desconocido da vértigo y miedo, nunca me he puesto barreras, siempre terminaba lanzándome al vacío, pero en esta ocasión había mucho en juego, por muchas ganas que tuviera y por mucha ilusión que me hiciera el poder estar con Aroa. Y también con Jolie, a otro nivel, porque si me quedaba en París estaba segura de que las tres nos haríamos inseparables.

«Tonterías que piensa una», me dije. Soñar es gratis, pero a veces duele hacerlo porque eres más consciente de la realidad.

Aparté todos los pensamientos y me centré en la película. Aroa no fue la única que se durmió, el cansancio me pasó factura y a la mitad no pude mantenerme despierta. Los ojos se me fueron cerrando poco a poco y cuando me di cuenta, programé el temporizador para que el televisor se apagara solo.

Capítulo 20



Nathan

Una semana nueva comenzaba. Era lunes, más concretamente las nueve y media de la mañana. Hacía una hora que había llegado a la empresa y en este instante estaba parado frente a la cristalera de mi despacho, observando el exterior, pensativo.

Al entrar en el edificio no me había cruzado con Colette, lo hice minutos antes del inicio de su jornada de trabajo. No quería calentarme antes de tiempo, aunque desde que supe la realidad de a quién tenía trabajando para mí, no había conseguido calmarme. Me jodía lo que no os podéis imaginar y empecé a darle vueltas a todo.

Al cabo de unos minutos varios golpes sonaron en la puerta y di paso, sin variar la postura.

—Eh, ¿un café? —me preguntó Travis.

Era la segunda vez que venía, pero hasta ahora no me había apetecido moverme del despacho. Miré la hora en el reloj de muñeca, quedaba poco para que fueran las diez.

—Ahora, sí. —Me giré y caminé hacia él.

—Nos da tiempo antes de que lleguen Aura y Aroa —dijo y asentí.

Salimos del despacho y del edificio, optamos por ir a una cafetería de la calle. Al pasar cerca de la recepción Colette nos saludó, pero ambos la ignoramos. Ese detalle debería haberla puesto en alerta para lo que no tardaría en suceder, pero claro, qué se iba a imaginar ella. Estaba muy tranquila pensando que sus actitudes y comportamientos no habían llegado a nuestros oídos, sobre todo a los míos.

No supe qué cara se le quedó al no molestarnos ni en mirarla. Continuamos caminando hacia la entrada principal y una vez en la calle, nos dirigimos hacia la cafetería que estaba en la misma calle, hacia la derecha. Ocupamos una mesa y pedimos dos cafés con leche.

—¿Estás nervioso por lo de Colette? Eres la viva imagen de la seriedad —habló Travis.

—¿Yo por ese motivo? —Levanté una ceja.

—Ya sé que no te tiembla el pulso para hacer lo justo, pero...

—Me ha fastidiado pasar por la recepción y saber que está ocupando su puesto.

—Por poco tiempo.

—Eso te lo aseguro.

Nos quedamos en silencio y le agradecemos al camarero que nos trajera los cafés.

—¿Cuándo lo vas a hacer?

—Pronto —dije antes de llevarme la taza a los labios.

—Cuanto antes mejor, sí. Me sabe mal que Aroa y Aura tengan que verla después de cómo las trató —negó mientras le echaba un poco de azúcar al café—. Pensaba que lo evitarías.

—Precisamente es lo que quiero —buscó mi mirada—, que Colette las vea bien junto a nosotros.

—Entiendo —sonrió de medio lado—. Le vas a dar donde más le duele, como anticipo. ¿No? —asentí.

—Estoy deseando que llegue el momento para dejar de verla. —Apreté la mandíbula.

—Paciencia, no te alteres más.

—¿Cómo fue ayer?

—Bien, tranquilo. Me pasé casi todo el día en el sofá, pero sin dejar de utilizar esta. —Se tocó la cabeza.

—¿Lo tienes todo organizado? Hace un rato he hablado con Gérard, el dueño de la joyería.

—Sí. Estoy al cien por cien para cuando digas el día que empezamos a grabar. ¿Qué te ha dicho?

—Mañana martes será el día, Gérard me lo ha confirmado. Cierran al mediodía, volverán a abrir sobre las seis de la tarde. Tenemos tiempo de sobra, aunque me ha comentado que si nos demoramos un poco no pasa nada, cuentan con esa posibilidad.

—Estupendo. —Se frotó las manos—. Estoy deseando ponerme a ello.

—Prepáralo todo para estar mañana puntuales en la joyería.

—Durante el día de hoy lo dejaré todo cerrado con los chicos —asintió, refiriéndose al equipo de grabación, maquillaje y peluquería—. ¿Cómo pasaste tú el domingo?

—En casa descansando.

—Entre el viernes en el centro comercial y el sábado que fuimos a comer a tu casa y lo alargamos hasta la noche... Al menos yo terminé agotado, ya no soy lo que era. —Rio y yo sonreí.

—Estás desentrenado.

—Ya te digo, demasiado de golpe para el cuerpo. —Sacudió la cabeza.

—Así vas calentando motores para las celebraciones de estas fechas —sonreí de medio lado.

—Eso no me preocupa, cuando esté en tu casa o en la de Dennis no saldré hasta el día siguiente. Siempre nos quedamos a pasar la noche en la que toque.

No retrasamos mucho el salir de la cafetería. Nos bebimos los cafés rápido y nos dirigimos hacia el edificio de la empresa. En la puerta, pero apartados un poco hacia un lateral sin que se nos viera desde dentro, miré la hora en el reloj de pulsera. Quedaban pocos minutos para que Aura y Aroa llegaran.

El fin de semana me había dado para mucho, pensando en Aura y lo que me provocaba. Desde que nos despedimos de las tres, antes de que se montaran en el taxi y después de salir del restaurante, no había podido quitármela de la cabeza. Para mí era toda una novedad y sorpresa, por eso había hecho más hincapié en analizarme, aunque su recuerdo me había facilitado la tarea porque fue constante el sábado y el domingo.

La realidad es que había llegado a una conclusión y estaba deseando que aparecieran, más una que otra, la verdad, ya me entendéis. Metí las manos en los bolsillos del abrigo, escuchando la voz de Travis de fondo. Empezó a explicarme todas las ideas para el anuncio, las que no tardaría en llevar a cabo, tanto en la joyería como en la zona habilitada del edificio de la empresa, destinada a los temas de publicidad y grabaciones.

Un taxi paró en la acera. Se quedó un poco más abajo que nosotros.

—Ya están aquí —avisé a Travis.

—Es buena señal que vengan sonriendo, ¿no?

—Sí. —Curvé los labios, observándolas caminar hacia el edificio.

Nos vieron y nos movimos.

—Buenos días —nos saludó Aura.

—Buenos días. —Le devolvimos el saludo Travis y yo. Aroa hizo lo propio también.

—¿Preparadas? —pregunté centrándome en Aura.

—¿Para entrar? —asentí— Por supuesto, lo estoy deseando. —Levantó la barbilla al hablar e intenté no mostrar la diversión que me provocó, al saber el significado de sus palabras y su gesto—. Para lo de las manos no tanto. —Rio nerviosa.

—Eso es lo de menos. Ahora iremos a mi despacho para hablar de todos los detalles y de las dudas que puedas tener.

—Vale —susurró en tono bajo.

—Adelante. —Les ofrecí que traspasaran las primeras la entrada.

Lo hicieron decididas, Travis y yo nos pusimos junto a cada una de ellas, formando una línea de cuatro. De esa forma, avanzamos hacia el mostrador de recepción.

Colette no nos vio hasta que nos tuvo encima, por lo que diferencié estaba muy entretenida con una llamada telefónica que nada tenía que ver con su trabajo porque era a través de su móvil.

Cuando levantó la mirada hacia las personas que se habían parado al otro lado del mostrador, sus ojos se agrandaron al máximo.

—Ya veo que sabes quienes son. —Me dirigí a ella, apoyando un brazo.

—Eh, sí, las reconozco —me respondió en tono muy bajo.

—Me alegro porque a partir de hoy vas a tener muy claro lo que no vas a volver a hacer, al menos en mi empresa. —Repiqueeté los dedos en la madera.

—¿Cómo?

—Hace unos días pasaste por alto todo el protocolo que rige este trabajo, independientemente del puesto que se ocupe. —Mi voz sonó cortante y fría. Su garganta se movió al tragar saliva—. Te espero en mi despacho. —Di una palmada en el mostrador y me separé.

—Enseguida voy.

—No, ya —exigí con el mismo tono—. A poder ser, llega antes que yo, espero verte en la puerta cuando suba.

—Claro. —Se levantó despacio.

Me moví para dejar de verla, aunque me quedaban unos minutos para hacerlo definitivamente. Sería muy breve porque no iba a darle muchas opciones, las justas y necesarias.

Caminé hacia los ascensores, seguido por Travis, Aura y Aroa. Cuando me paré a unos metros antes de llegar, me giré quedándome de cara a los tres. Colette pasó ligera por nuestro lado, sin pronunciarse. La seguí con la vista.

—Travis, encárgate de enseñarles a Aura y a Aroa la empresa mientras termino con esto —le pedí.

—Por supuesto —asintió—. Empezaré por mi sección.

—Cuando haya terminado le enviaré a Travis un mensaje, para que te acompañe a mi despacho. —Me dirigí a Aura.

—Vale, y gracias por lo que has hecho. —Señaló hacia la recepción.

—Eso solo ha sido el comienzo, no hay nada que agradecer. Es lo justo y muy necesario.

Con una última sonrisa de parte de las dos, les di la espalda y elegí subir por las escaleras hacia la planta donde tenía el despacho, mientras ellos se quedaban esperando el ascensor. Mi intención era calmarme, templar los nervios por cada escalón que pisaba. Si algo caracterizaba mi personalidad, es que siempre, sin variaciones, actuaba sereno hacia la gente.

Otra cosa es como estuviera interiormente. No tuve ninguna prisa, subí muy despacio, sabiendo que Colette se pondría más nerviosa con la espera. Al acceder a la planta recorrí todas las zonas, yendo directo a mi despacho. Colette me esperaba como le había pedido, visiblemente inquieta, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro y frotándose las manos.

Al llegar junto a ella no dije nada. Abrí y entré el primero, dejando a un lado los modales que no se merecía porque ella carecía de ellos.

—Nathan, yo... No sé qué te han contado, quiero darte mi versión —dijo en cuanto cerró la puerta tras ella.

—Me han contado la verdad, no dudo ni un segundo de que sea así. —Me paré entre la silla y la mesa—. Dime Colette, ¿desde cuándo te tomas tantas libertades en mi empresa? —Hice énfasis en el posesivo.

—Yo solo realicé mi trabajo. Llegaron diciendo que venían a verte y en la agenda no constaba ninguna cita —negó.

—Y elegiste la presencia de ellas para no realizar tu trabajo. Una simple llamada a mi despacho, una, Colette, y habrías sabido que me urgía reunirme con las dos mujeres.

—No tenía ni idea yo...

—Es lo que suele pasar cuando se pone por delante la altivez y prepotencia, que no te deja pensar con claridad. —Me senté despacio en la silla—. Lo que has dicho, que comprobaste que

no había ninguna cita programada, no exime lo mal que las trataste desde el inicio. ¿O me lo vas a negar? Lo tengo fácil para callarte de golpe, echando mano a las grabaciones de la cámara de seguridad que tienes a tu espalda, en tu puesto de trabajo. —Me froté la barbilla.

—No sé cómo se tomaron mi actitud y forma de dirigirme a ellas, fue de lo más normal. —Levantó la cabeza, orgullosa.

—No voy a perder más el tiempo ni te lo voy a hacer perder a ti. Sube a la planta de personal. El despido inmediato está preparado a falta de tu firma.

—¿Cómo? —Jadeó—. ¡No puedes echarme! —Levanté una ceja.

—Lo hice desde el mismo momento en el que me enteré de la verdad. —Repiqueaté los dedos en la mesa—. Diferente es que hasta hoy no te lo he notificado. Espero que por tu bien aceptes, creo que después de todo me he portado bien porque vas a recibir una indemnización que no te pertenece.

—Nathan, puedo hablar con ellas y...

—No se trata de eso, Colette —la interrumpí—. Reconocer los errores y rectificar es de sabios y muy respetable, lo aceptaría si viera en ti un arrepentimiento verdadero, aunque sería difícil, ya que es evidente que tu forma de actuar es parte de tu esencia. No supe verlo ni anticiparlo.

»Para que tu rectificación sea creíble, tendrías que hacerlo de corazón y con un sentimiento sincero de arrepentimiento y malestar. Ninguna de las dos cosas va a suceder, así que te pido que salgas de aquí, ve a firmar y recoge todas tus cosas. Otra persona de la empresa se encargará de la recepción temporalmente, hasta que encuentre a alguien fijo para el puesto.

—No es justo.

—Tampoco lo fue que las menospreciaras mirándolas con una superioridad que no tienes, ni mucho menos que quisieras pasar por encima de ellas, de malas formas. —Entrecerré los ojos.

Apretó los labios y los puños, pero no volvió a hablar. Me dio la espalda y cerró la puerta de un portazo. Dejé salir el aire despacio, conteniéndome para no ir detrás de ella y dejarle aún más clara mi opinión y postura.

No valía la pena, ya estaba fuera de mi empresa y de mi vida. Saqué el móvil del bolsillo y entré en la aplicación de mensajes para avisar a Travis.

Nathan: *Se acabó, cuando puedas acompaña a Aura a mi despacho.*

Recosté la espalda en la silla, esperando leer su respuesta.

Travis: *En unos minutos la tienes ahí. ¿Y Aroa?*

Nathan: *¿Estás perdiendo facultades? Pensaba que no tendrías problemas para entretenerla.*

Es imposible que ya les hayas enseñado toda la empresa.

Travis: *Muy gracioso, estoy doblado de la risa ahora mismo —sonreí de medio lado al leerlo —. De acuerdo, nos repartimos a las amigas. Cuando terminéis avísame.*

Nathan: *Cuenta con ello.*

Capítulo 21



Aura

—¿Se puede? —pregunté asomando la cabeza por la puerta.

No tardé en ver a Nathan, giró la silla que lo había ocultado hacia mí.

—Adelante. —Se levantó despacio.

—Vaya —dije asombrada, haciendo un recorrido visual por el despacho, fijándome en todos los detalles.

—¿Te gusta?

—Lo raro es que no me gustase, es increíble —le sonreí.

—Toma asiento. —Señaló una de las sillas que estaban enfrente de su mesa—. ¿Cómo ha ido el *tour*? —Se interesó ocupando su silla, después de que yo hiciera lo mismo en la que me indicó.

—Muy bien. El edificio es enorme y no me ha dado tiempo a verlo todo, pero es precioso, la elegancia destaca en cada detalle.

—Gracias.

—Nos hemos cruzado con la recepcionista, estaba pálida —susurré.

—Es un tema que ya no tiene que preocuparte y, sinceramente, no quiero ocupar ni un segundo más de mi tiempo en ella. —Apoyó los brazos en la mesa—. Le he dejado las cosas claras y ha recibido la reacción a su acción, se acabó.

—Ahora me siento mal —dije con una mueca.

—¿Por qué?

—Es que en estas fechas no es bonito ni agradable perder un trabajo —suspiré. Sus labios se curvaron.

—Se ha ido con una buenísima indemnización, Aura. Si no quiere no tendrá que trabajar en meses. Créeme, no le correspondía.

—Ah.

—Dentro de todo lo que ha pasado soy humano y consciente de las cosas. No iba a echarla sin nada.

—Vale. —Me sonrojé.

—¿Ya te sientes más a gusto?

—Sí, pero un poco nerviosa.

—No tienes por qué.

—Es que no sé si voy a saber hacer lo del anuncio. —Me removí en la silla—. Me provoca inquietud que me equivoque o que no consiga relajarme ante una cámara profesional. Saber que se va a emitir...

—Ese es el propósito final. Tendrás a tu lado, siguiéndote de cerca y guiándote, a uno de los mejores profesionales. Travis se encargará de todo.

—Ya, me lo ha dicho cuando nos ha llevado a la zona donde se grabará una parte del anuncio. Me la ha enseñado para que fuera familiarizándome —asintió—. ¿Solo saldrán mis manos?

—Si es lo que quieres, sí; aunque si te animas puedes aparecer de cuerpo entero. Hay varias opciones, tanto de espalda, de perfil o de cara a la cámara. Los ángulos se pueden variar, incluso en algunas escenas difuminar. El entendido en eso es Travis, yo bastante tengo con todo lo demás.

—Lo imagino.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Como me...

—¿Qué? —pregunté porque se quedó callado de golpe.

Durante unos segundos largos no habló. Me dio la sensación de que se detuvo a reordenar en su cabeza lo que quería decirme. Utilicé ese breve espacio de tiempo para admirar lo bien que le

sentaba el traje que llevaba puesto, e incluso el estar sentado al frente del despacho.

Nathan era un hombre increíblemente atractivo, por lo que las suposiciones de Aroa, de cómo me miraba, no tenían sentido ni cabida. No porque yo no lo mereciera, no me estoy infravalorando, lo he dicho refiriéndome a que seguramente tenía pareja. Era casi imposible que un hombre como él estuviera libre.

Centré la vista en el movimiento de sus labios, cuando los movió de nuevo para hablar.

—Iba a decir que como me urge tener el anuncio finalizado lo antes posible, mañana empezaras a trabajar con Travis.

—¿Tan pronto? —Me sorprendí, había pensado que tendría más días para hacerme a la idea de todo lo que había visto hoy.

—Tenemos que lanzar la campaña publicitaria en estas fiestas, antes de que avancen más. Es un extra.

—Ah, entiendo —asentí.

—Mañana irás con Travis a la joyería en la que os conocisteis. Supongo que te ha dicho que en ella se rodará la primera parte —asentí—. Cierra al mediodía y tendréis tiempo de sobra hasta que abra por la tarde. Es lo que corre más prisa porque es complicado cuadrarnos con los horarios y más este mes. El resto se grabará en este edificio, en la zona a la que te ha llevado Travis.

—¿Y qué tendré que hacer? —Froté las manos en el pantalón.

—Relajarte, disfrutar y ser tú misma, poco más —sonrió.

—Parece fácil —reí nerviosa—, otra cosa es que lo consiga.

—Tendrás ayuda, ya lo verás.

—Vale —solté un suspiro.

—¿Estás dispuesta a dejarte ver en la pantalla o solo nos centramos en las manos? Tengo que saberlo ya para dejar redactado el contrato, en él se detallará todo.

—Jo, es que así en frío...

—Si te digo que incremento la cifra si nos das plena libertad, ¿aceptarías?

—¿Cómo?

—Te pagaré dieciséis mil euros más de la cantidad inicial. Será un total redondo de cuarenta

mil euros. —Jadeé, quedándome sin respiración.

—¿Por decidir si salir de cuerpo entero? —pregunté cuando me recompuse, con los ojos abiertos al máximo.

—Exacto.

—No hace falta, Nathan —negué varias veces—. Puedo hacerlo sin que me pagues más.

—De eso ni hablar. —Recostó la espalda en la silla—. Vas a realizar un trabajo y se te remunerará por él como corresponde.

—Es mucho dinero.

—Lo normal para un trabajo de ese estilo.

—Yo... Acepto. No sé a qué me voy a exponer, la verdad, pero... ¿Si me arrepiento el contrato se puede modificar?

—No hay problema en hacer todas las modificaciones que sean necesarias, siempre y cuando ambas partes estemos de acuerdo.

—Gracias, Nathan, no sabes lo afortunada que me siento —susurré nerviosa, por cómo me observaba, pero con unas ganas tremendas de llorar por lo que representaba ese incremento para mí.

Sus ojos, esos ojos... No pude apartar los míos, transmitían tanta intensidad. Era como si la fuerza de un imán me atrajera hacia él. Mi deseo por Nathan aumentó porque no voy a mentir, me atraía y mucho. Como para no hacerlo, era un hombre con el que soñaría cualquier mujer.

Volví a sentir una sensación extraña al perderme en su mirada. Parpadeé varias veces rápido, para seguir con la vista sus movimientos. Se levantó y rodeó la mesa, hasta quedarse a mi lado, con el trasero apoyado en el filo.

—¿Cuánto tiempo estarás en París, Aura? —Su voz sonó un poco más profunda de lo normal.

—Dos semanas, son las que tengo de vacaciones —susurré.

—No estarás para las fechas señaladas —negué.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que no dará tiempo a terminar el anuncio?

—Mi curiosidad no tiene nada que ver con el trabajo.

—Ah.

—Quería saberlo para actuar con más calma o para precipitarme...

—¿Qué quieres decir? —pregunté descolocada.

—No voy a mentirte ni a pasarlo por alto. Lo que quiero decir es que me interesas.

—Eso ha quedado claro desde el principio. —Levanté las manos.

—En este caso, mi interés tiene un sentido diferente al que has dado a entender.

—¿Cuál? —Tragué saliva, notando los nervios recorrerme de los pies a la cabeza.

—No creo en las casualidades, Aura. Soy de la creencia de que todo lo que sucede forma parte de nuestro camino y en el mío, apareciste tú de una forma un tanto especial, pero no por ello menos importante. Todo lo que se nos pone por delante es por un motivo.

—Nathan...

—Quiero proponerte algo.

—¿Más cosas? —Volví a jadear. Sonrió y asintió despacio.

—Me gustaría que pasaras junto a mí los días que estés en París. Con esto no te estoy pidiendo que te apartes de Aroa, pero sí que nos veamos, quedemos... Contágame la felicidad que tienes por estas fechas.

—No lo estás diciendo en serio —susurré asombrada.

—Totalmente, porque con ello conseguiré lo que quiero.

—¿El qué?

—A ti.

Pensé que los ojos se me saldrían y botarían hacia fuera, por cómo se me abrieron los párpados.

—Esto es una broma y si es así no tiene ninguna gracia. —Me incorporé despacio de la silla, con las piernas temblorosas.

—¿En algún momento has detectado que lo sea? —Levantó una ceja.

—Ahora mismo no estoy en condiciones de detectar ni de pensar en nada. —Bufé varias veces.

—Porque también lo deseas.

—Pensé... Quiero decir...

—¿Qué?

—¿Estás soltero? No es normal. A ver si vas a ser uno de esos hombres ricos que toman prestado todo lo que se les antoja y por otro lado tienen a una mujer esperando en su casa.

—¿Cómo? —Reaccionó con sorpresa, hasta que soltó una carcajada.

—Yo qué sé, es que esto no es... Desde que llegué a París me han pasado muchas cosas y yo...

—Simplemente soy un hombre, como otro cualquiera, independientemente del dinero y la posición que tenga, que se está sincerando hacia la mujer que desea. ¿Tan raro te resulta?

Contuve la respiración cuando me agarró de la muñeca y tiró de ella. Me acercó a él, me quedé entre sus piernas. Las abrió para dejarme espacio.

—Voy a trabajar para ti —murmuré.

—Lo cual no interfiere en esta conversación. Igualmente, los días de grabación no superarán los tres días.

Cerré los ojos por unos instantes, al notar cómo acariciaba mi cintura. Era de donde me sujetaba.

—Dime que no desees lo mismo que yo y te pediré perdón por mi actitud.

—Si lo hiciera te estaría mintiendo.

Sus labios se curvaron de medio lado. Coloqué las manos en su camisa, cuando tiró de mi cuerpo para pegarme más a él.

—Yo no sé si me he vuelto loca, todo lo que me está pasando desde que estoy en esta ciudad es lo más surrealista que he tenido que vivir y afrontar.

—Bienvenida a la locura que envuelve París. —Me encontré con sus ojos.

—¿Cuál es? —murmuré.

—La del amor. —Imitó mi tono de voz. El suyo sonó más ronco, destacando.

No pude decir nada más, entre que me quedé alelada y que se inclinó sobre mí... Mis labios actuaron por su cuenta cuando los suyos los buscaron. Solté un pequeño gemido por la impresión de sentir la suavidad con la que me besó.

No podía creérmelo, en mi cabeza no cabía lo que estaba sucediendo. Me parecía tan increíble y desconcertante que Nathan se hubiera fijado en mí de la forma que había expresado. Pero sí, estaba pasando, volví a tener los pies en el suelo porque por unos segundos floté por la situación.

En cuanto profundizó el beso y me dejó sin aliento, por la intensidad con la que su boca cubrió mis labios y por cómo su lengua jugaba rozándose desesperada con la mía, salí de la ensoñación porque era muy real. Mi cuerpo reaccionó excitado y el bulto que se calvó en mi pelvis me dejó más claro aún que la dureza de su miembro era por mí.

Si me había costado asumir que quisieran mis manos para un anuncio, después lo del dinero, sumándole que Nathan había aumentado considerablemente la cifra hacía unos minutos... Anda que esto que estaba pasando no me iba a costar.

Disfruté de su contacto, de sus besos, caricias y roces, no me privé de nada, mientras lo agarraba de la nuca y lo mantenía unido a mí. Me calentó de una forma con todo el conjunto... Añadiéndole que sus manos se posaron en mis nalgas y me las apretó, provocando que su erección se clavara más en mí.

El aroma que se metió en mi nariz... Me pareció reconocerlo.

No pude pensar en ello porque perdí la cabeza. Me habría dejado llevar por completo sin importarme que fuera del despacho había muchas personas trabajando, pero la cordura llegó de golpe, al igual que el sonrojo de mis mejillas.

La puerta se abrió después de varios golpes. Travis no esperó a que Nathan le contestara, al no imaginar lo que estaba sucediendo. Su interrupción junto a Aroa cortó el momento de pasión o el inicio de él. Cerré los ojos, avergonzada al máximo. No por mi amiga precisamente. Me dio miedo y apuro que Travis se creara una imagen de mí que no era cierta, como una oportunista, o qué sabía yo...

Capítulo 22



Nathan

No hay nada más satisfactorio que poder sincerarte y, para rematarlo, obtener lo que quieres y deseas. Me había lanzado, durante el fin de semana había pensado lo suficiente como para saber que no quería desaprovechar ni un instante en el que pudiera estar junto a Aura. Eso si ella aceptaba, porque en la soledad de mi casa no lo tuve nada claro.

El resultado más satisfactorio no podía haber sido, aunque no con el final que me habría gustado. Mi erección se marcaba en el pantalón del traje, el impulso de echar a Travis y a Aroa del despacho fue fuerte por la necesidad que sentía... Me fijé en las mejillas de un rojo intenso de Aura y sonreí de medio lado.

Ni se dio cuenta, miraba fijamente mi camisa. Le acaricié la cintura, para traerla de vuelta y que reaccionara poco a poco. Mientras lo hacía levanté la vista hacia los intrusos porque en este instante lo eran. La expresión de Aroa era de sorpresa total, la de Travis... Su sonrisa de medio lado y el guiño que me hizo provocó que la curva de mis labios se tensara más, ampliándose.

Se mostró satisfecho y conforme, aunque tampoco es que me importara que reaccionara de otra forma. Era mi vida, lo que quería, punto final.

Nunca sucedería que se lo tomara de otra forma diferente a como estaba mostrando y menos conociendo a Aura. Lo poco que lo hacía era suficiente para que tomara esa actitud.

—No pasa nada —le susurré a Aura.

Levantó despacio la cabeza hacia mí, encontrándose con mi mirada. La guie porque por ella misma no pudo en este instante. Giré su cuerpo dejándola frente a su amiga y a Travis, sin apartarla de mi cuerpo. Primero porque mi excitación era evidente y gracias a ella quedaba oculta, segundo porque no quise perder su contacto y dejé su trasero pegado a mi erección, por encima del pantalón.

—Perdón, no queríamos molestar. —Travis fue el primero en cortar el silencio—. Hemos dado por hecho que habríais terminado o que estaríais a punto de hacerlo. Lamento el error. Todo

está bien, Aura —se dirigió por último solo a ella.

Se dio cuenta de lo que reflejaba su cara y quiso tranquilizarla. Por parte de él no iba a tener ningún problema, como tampoco la miraría de una forma diferente. Era algo que yo no permitiría ni a Travis se le ocurriría, pero precisamente eso era lo que pensaba Aura en este momento. No me hizo falta preguntarle para saber que su vergüenza estaba motivada en gran parte por la imagen que acababa de darle a él.

Volví a mover los dedos en su cintura, queriendo que se relajara. Asentí hacia Travis, satisfecho, después centré la atención en Aroa. Todavía no había conseguido reaccionar por la impresión inesperada que se había llevado. Si lo que creía sobre ellas era correcto... No me equivoqué al escuchar sus siguientes palabras, en absoluto.

—Bueno. —Carraspeó aclarándose la voz—. Con el buen día que hace podríamos salir del edificio a tomar un café, ¿no? Aunque sea rápido.

Aura sonrió agradecida hacia los dos. Su amiga dio varios pasos hacia el centro y se paró enfrente de nosotros.

—Cariño, como ha dicho Travis, todo está bien. —Le agarró una mano—. Que soy yo, a mí no tienes ni que decirme nada. —Le hizo un guiño—. Bueno sí, que quiero todos los detalles, me muero de la curiosidad. —Rio con ganas.

Sus palabras y su risa fueron como un bálsamo para Aura, se unió a ella. Giró la cabeza hacia mí cuando su amiga tiró de ella, alejándola. Le hice un guiño y les pedí que nos esperaran en la entrada del edificio. Cuando la puerta se cerró y nos quedamos solos Travis y yo, me incorporé de la mesa y la rodeé para coger la cartera del cajón.

—¿No vas a decir nada? —le pregunté mirándolo directamente, mientras me colocaba el abrigo.

—Que ha sido inesperado porque no nos has comentado nada a Dennis y a mí, pero muy bien recibido —sonrió de medio lado—. Me alegro de que hayas reaccionado si es lo que querías hacer. Yo también quiero saber todos los detalles, Aura es una gran mujer.

—Confórmate con lo que has visto. —Sacudí la cabeza, provocando que riera.

—Qué aguafiestas, voy a tenerme que unir a las chicas para enterarme de todo —dijo con humor.

—Suerte con eso. —Caminé hacia él.

—Solo te voy a recordar una cosa que sabes de sobra —habló en tono bajo, cuando salimos del despacho.

—¿El qué?

—Aura se irá en unas semanas.

—Soy consciente Travis, por eso no he querido esperar. No tengo intención de desaprovechar el tiempo que esté en París, después del gran descubrimiento que ha sido.

—¿Y después? No quiero que lo pases mal.

—Hay veces que no se puede remediar, amigo —confirmé serio—. Pero la experiencia lo merece, créeme. Es mi decisión.

—No lo dudo, pero me jode.

—Deja de preocuparte, sé lo que hago.

—De acuerdo. —Cogió una bocanada de aire—. ¿Cómo se ha dado? A ver, no quiero que me cuentes los detalles como te he dicho en broma, pero al principio, cuando he abierto la puerta y hemos entrado... He visto cómo os separabais y me he quedado paralizado. Joder si me hubieras avisado...

—No he caído —me justifiqué—. La verdad es que todo ha fluido con naturalidad. Me he dejado llevar y el resultado es el que has visto. —Me encogí de hombros, entrando en el ascensor.

—Aura se habrá quedado igual que Aroa y yo, ¿no? —Quiso saber divertido.

—Más o menos —sonreí de medio lado.

—Me encanta. —Giré la cabeza hacia él, cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta principal.

—¿El qué?

—La felicidad que refleja tu cara, tío —asintió despacio, reafirmando sus palabras—. Y más en este mes que por norma general se te hace cuesta arriba. —Me apretó un hombro.

—Pues si te digo lo que le he pedido a Aura, te caes desplomado al suelo —solté antes de salir del ascensor.

—¿El qué? No me dejes así. —Caminó ligero a mi lado.

—Que me contagie su felicidad por estas fechas. —Lo miré de reojo.

—¡No! ¿En serio? —Después de la sorpresa inicial, soltó una fuerte carcajada—. Joder, vamos a terminar rápido que estoy deseando llamar a Dennis para ponerlo al día —dijo con la voz entrecortada, sin poder parar de reír.

Negué divertido. Me paré a la altura de la recepción. Giselle, una de mis empleadas, había ocupado el puesto provisionalmente, tal y como le comenté a primera hora del día, en cuanto llegué. La saludamos con un gesto y nos lo devolvió con una sonrisa.

—¿Todo bien? —Quise asegurarme.

—Sí, Nathan. Todo en orden. —Señaló hacia la pantalla del ordenador.

—Cualquier duda o problema házmelo saber —le pedí.

—Tranquilo —asintió.

Nos despedimos de ella, con mucha tranquilidad por mi parte porque esta vez sí que estaba seguro, al cien por cien, de a quién dejaba al mando de la recepción. Giselle llevaba trabajando para mí desde el inicio, ya eran muchos años juntos y nos conocíamos de sobra profesionalmente.

Caminamos hacia la entrada y al traspasarla, localizamos a Aura y a Aroa. Sonreí de medio lado al verlas, estaban abrazándose.

—¿Vamos? —Llamé la atención de las dos, no se dieron cuenta de que nos habíamos acercado.

—Sí —respondieron coordinadas.

—¿Hoy tengo que hacer algo de trabajo? —Quiso saber Aura.

—No, te doy el resto del día libre —le contestó Travis—. Mañana por la mañana trabajaremos en lo que necesito una vez llegamos a la joyería al mediodía, tenemos tiempo de sobra. Te lo explicaré al detalle.

—Me estoy poniendo más nerviosa. —Hizo una mueca.

—Solo tienes que dejarte llevar, yo te dirigiré. —Le hizo un guiño.

—¿Yo puedo estar presente? —intervino Aroa— Nunca he visto algo parecido.

—No hay problema, mientras estés todo el tiempo junto a mí —comentó Travis.

—¿Eso es un problema? —preguntó ella, con una sonrisa de medio lado.

—Para mí te aseguro que no, espero que para ti sea de la misma forma. —Le hizo un guiño con mucha intención, una que Aroa pilló sin problema—. Aura, voy a comentarte las ideas que tengo para mañana, así las vas visualizando y te será más fácil hacerlas.

Se puso a su lado y se adelantaron unos pasos de Aroa y de mí. Caminamos tranquilos, sin

prisa, viéndolos por delante.

—Gracias, Nathan. —Giré la cabeza hacia ella.

—¿Por qué?

—Aura me lo ha contado todo, incluso lo del dinero extra que vas a pagarle. Lo has incrementado mucho —me sonrió y pude ver la emoción reflejada en sus ojos.

—Se lo va a ganar trabajando.

—¿Y por qué me da a mí que no es precisamente el trabajo lo que te ha motivado para aumentar la cantidad a cuarenta mil euros?

—Porque estás en lo cierto, lo he hecho porque lo necesita.

—Joder, que voy a llorar. —Hizo un puchero—. No te imaginas lo que significa para ella, no te haces una idea. —Frunció los labios, visiblemente emocionada—. Te voy a estar siempre agradecida por la ayuda que le estás ofreciendo. Por suerte no se ha dado cuenta del motivo real, porque si no...

—Ha intentado negarse, pero le he dejado claro que es la cifra que corresponde por el trabajo que va a realizar.

—Pero no es verdad.

—No, pero esa información se queda entre tú y yo. —La miré de reojo, provocando que la pequeña sonrisa de sus labios se convirtiera en una grande.

—Gracias de nuevo, no voy a cansarme de decírtelo. Por hacerla feliz, incluyendo el paso que has dado en tu despacho. Me he quedado muertecita cuando os he visto, pero porque lo que menos esperaba al entrar en tu despacho era encontraros pegados, besándoos.

»Por unos segundos se me han fundido los plomos. —Rio en tono bajo. La observé divertido—. Está feliz y no hay nada que me guste más, que disfrute, que verla de esa forma. —Apretó los labios—. Se lo merece.

Dirigí la vista hacia la espalda de Aura, con la necesidad de saber los problemas que tenía, pero, sobre todo, de ponerles solución. Esperaba que en el poco tiempo que iba a estar en París, me diera tiempo a averiguar lo que le sucedía. Era poco y sabía que era muy reservada con su intimidad...

—¿Sabes? Hace poco le pedí que le diera un cambio a su vida.

—¿En qué sentido? —Fruncí el ceño.

—En el sentido de que dejase atrás España y se viniera una temporada a París conmigo, para

probar suerte laboralmente. Ahora tengo más esperanzas contigo, por lo que ha pasado entre vosotros dos. No es que no le haya dado valor a mi petición ni que no sea suficiente para ella, pero has aportado un extra para que piense de verdad en esa posibilidad.

»Sé que le va a dar muchas vueltas, más de las que lo ha hecho hasta hoy. La conozco más que a mí misma, a pesar de que se calle. Ojalá que entre los dos consigamos que se quede, aunque no sé qué intenciones tienes hacia ella... Puede que tú no le des tanto significado a lo que he visto hace unos minutos —terminó susurrando.

—Ya somos dos con la misma esperanza. —Mi voz sonó un poco más ronca de lo normal—. Te aseguro que mis intenciones son sinceras y reales, Aroa. Nunca doy un paso en falso y, hacia Aura, eso nunca va a suceder.

Se paró de repente y me sorprendió con un abrazo. Travis y Aura no se dieron cuenta, continuaron caminando delante de nosotros, conversando. Le rodeé la cintura con un brazo, aceptando la muestra de afecto.

—Gracias, gracias —susurró con la voz tomada.

Capítulo 23



Aura

Dando vueltas en el salón, así estaba y llevaba unos largos minutos. Eran las siete de la mañana, no había podido dormir apenas. Los nervios por cómo sería el día de hoy no me habían dejado descansar.

Ya me había duchado, me había alisado el pelo, más de lo que lo tenía, a pesar de que Travis me dijo que dispondría de una peluquera y maquilladora exclusivamente para mí, en pocas horas.

—¿Qué haces? —Aroa me sobresaltó al aparecer a oscuras por el pasillo.

—No he podido dormir mucho. —Hice una mueca.

—Ya veo y te has propuesto sacarle brillo al suelo —negó divertida.

—¿Un café?

—Vale, voy al baño un momento.

Yo fui hacia la cafetera para preparar dos. Los llevé hasta la mesa baja de enfrente del sofá y me senté, tapándome las piernas con una manta.

—La noche que más necesitas descansar y es la peor. Menos mal que la maquilladora es profesional y te cubrirá las ojeras.

—¿Tengo muchas? —Me las palpé, con una mueca.

—No, era broma. —Rio dejándose caer a mi lado.

Se llevó un buen golpe con el cojín que le lancé. Lo único que provoqué que riera más.

—Tienes la piel tersa y reluciente como la de un bebé —habló divertida.

Me dio mi taza y cogió la suya, antes de acurrucarse debajo de la manta conmigo.

—Estoy muy nerviosa.

—Pues tranquilízate, Travis te dijo que estaría en todo momento contigo y que, sobre todo, no te agobiaras a la primera de cambio si una toma no salía bien. Supongo que es lo normal, grabar hasta que él se quede conforme.

—Espero que no sea muy exigente —sonreí de forma exagerada.

—En el trabajo ni idea, pero teniendo el puesto que ocupa en una empresa importante...

—Ya.

—En su vida personal espero que lo sea, exigente me refiero —sonrió de medio lado.

—Ayer te lo pasaste muy bien con él. —Me llevé la taza a los labios, observándola.

—La verdad es que sí, tonteó conmigo.

—Y tú encantada.

—Te diré. —Reímos—. Aunque la que mejor se lo pasó fuiste tú. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—Todo está pasando tan rápido, Aroa —susurré—. Lo de las manos en la joyería, después la insistencia de Nathan, el dinero que voy a cobrar que aún no me lo creo, y después...

—Y después y por último lugar, el plato fuerte y principal, ¿no?

—Sí —murmuré.

—¿De qué tienes miedo?

—De enamorarme de Nathan, es muy fácil hacerlo. —Acaricié el borde de la taza.

—¿Qué te lo impide? —Busqué sus ojos, con una ceja levantada—. Cariño —se giró sentada, quedándose frente a mí—, es un hombre increíble, cualquier mujer en su sano juicio caería bajo su embrujo. Lo tiene todo: guapo, atractivo, elegante, con carácter serio cuando toca y cercano cuando acortas la distancia con él, aparte de la posición y el dinero que tiene. Sé que esto último carece de importancia para ti, ojo, para mí también, pero lo añado porque es su realidad.

—Me iré en dos semanas.

—Porque quieres.

—Sabes que no puedo hacer otra cosa, Darío cuenta con que me incorpore y no puedo fallarle.

—Pero puedes ir, hablar con él y regresar. ¿Te crees que no se alegrará por ti? Te adora, Aura, y te lo pondrá muy fácil.

—Aquí no tengo trabajo, ¿de qué viviría?

—Para empezar, que domines el idioma es un punto muy a favor. Has cogido mucha soltura, no te frenas, aunque a veces mezcles palabras. Con un poco más de tiempo pasarías totalmente por parisina. Para continuar, si vendes tu piso conseguirías liquidar todas las deudas.

»Te quedarías a cero y sin haber tocado el dinero que vas a ganar por el anuncio publicitario. Vivirías aquí conmigo, o en otro lugar si tengo que trasladarme a otra vivienda algún día. Gastarías lo justo porque no querrás que me haga cargo de todos los gastos. ¿Te parece poco? Es más fácil de lo que piensas y del miedo que te provoca.

—No sé...

—¿Tu padre tiene algo que ver con tu indecisión? —preguntó en tono bajo por ser un tema muy delicado para mí.

—No quiero hablar de él, pero no. Ya no tiene ninguna influencia en mi vida, dejó de existir para mí hace bastante.

—Lo sé, cariño, y no sabes qué paz mental me produjo. Entonces ¿qué te ata a España? Aquí estaríamos juntas y podrías disfrutar con Nathan. Quién sabe a lo que os llevará lo que se inició ayer, quizás él es el detonante que necesitas para dar el paso definitivo.

—Por ti también lo haría, serías la primera en la lista si me decidiera. —Le dejó claro.

Me sonrió con cariño antes de terminarse el café, esperó a que yo hiciera lo mismo para dejar las dos tazas en la mesa baja. Volvió a acurrucarse debajo de la manta y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿No te has preguntado si nuestro destino está aquí y que por eso en España hemos vivido muchas penas y sufrido otros tantos disgustos? —preguntó entre susurros.

—Sí —murmuré—, hace poco —asintió—. ¿No echas de menos a tus padres?

—Ya sabes que sí, pero que mi camino se haya alejado de España no implica que me aparte de ellos. Los quiero de la misma forma, los adoro, pero ellos son los primeros en animarme para que continúe viviendo mi vida, Aura.

—Son unos muy buenos padres.

—Sí. Lo siento, cariño.

—No lo hagas, hace mucho tiempo que dejó de dolerme no haber vivido algo parecido a lo que es una familia de verdad —solté un pequeño suspiro.

—Mis padres te quieren como si fueras una hija para ellos —susurró.

—Lo sé, y yo a ellos.

—Me está entrando sueño —dijo antes de bostezar.

—A mí también. Toda la noche en vela y ahora se me cierran los ojos —me quejé.

—Todavía hay tiempo, hasta la nueve y media no tenemos que estar en la empresa. Yo me duché anoche, solo me faltará vestirme y arreglarme.

—A mí también.

—Pues venga, vamos a poner una alarma y nos echamos en el sofá. —Se levantó sin muchas ganas para coger el móvil.

Cuando regresó lo dejó en la mesa baja con varias alarmas puestas, y nos tumbamos cada una sobre un brazo del sofá y los cojines que hacían la postura más cómoda. Tapadas con la manta, que era lo suficientemente grande para las dos, el silencio nos rodeó y poco a poco fuimos quedándonos dormidas.



—Creo que ya está —comentó Travis, cerrando la carpeta en la que tenía muchas anotaciones —. ¿Tienes alguna duda sobre las secuencias?

—Ahora mismo no, me las sé de memoria —respondí—. Pero de la teoría a la práctica... —sonrió de medio lado.

—Lo va a hacer perfecto, ¿a qué sí? —intervino Aroa.

—Por supuesto, y ya te lo he comentado, pero lo vuelvo a hacer. Si no te sale a la primera es normal, evita agobiarte porque te costará más.

—¿Qué tipo de joyas voy a llevar?

—Las principales son los anillos, encabezan la nueva colección, pero aparte de ellos también llevarás pulseras y el broche final será tu imagen colocándote un collar.

—¡Quiero verlo ya! —Aplaudió Aroa, emocionada.

—Pues yo quiero que termine ya. —Reímos los tres.

—Es la hora de ir hacia la joyería —comentó Travis.

—Madre mía en la que me he metido —hablé nerviosa.

—Todavía queda, pero te retocarán el pelo y el maquillaje.

—Vas a estar increíble con el vestido que ha elegido Travis. Las imágenes que nos ha enseñado son increíbles, me va a dar algo. —Lloriqueó en broma.

—No me estás ayudando mucho, ¿eh? —Reí.

Salimos del edificio de la empresa y, a cada paso que di, no pude evitar mirar a mi alrededor, como había hecho anteriormente. Desde que llegué con Aroa, sobre las nueve y media, al único que habíamos visto era a Travis. Nathan no había aparecido, no sabía si era porque no estaba en la empresa o porque tenía mucho trabajo y no había podido reunirse con nosotras.

Estaba segura de que si hubiera podido lo habría hecho, ya que sabía de sobra los nervios que yo tendría hoy. Desde que nos despedimos el día anterior, cuando salimos de la cafetería, no lo había vuelto a ver, ni mucho menos había hablado de nuevo con él.

Las palabras que me dijo en su despacho, el acercamiento de tuvo hacia mí y el beso que me dio, junto a todas sus muestras de afecto, quedaron en el aire creándome mucha incertidumbre. Había tenido la ilusión de que lo vería, pero no había sido así. No me atreví a preguntarle a Travis por él, preferí desde el principio ignorar su ausencia para no ponerme más nerviosa de lo que estaba.

Nos montamos los tres en el coche de Travis y tomó la dirección de la joyería. Según nos dijo, el equipo de trabajo ya llevaba un tiempo en ella preparándolo todo.

Al llegar a la joyería a la primera persona que nos encontramos fue al dueño, Gérard, como se presentó amablemente a Aroa y a mí. Conocí al resto del equipo de Travis, tengo que decir que todos fueron muy amables y cercanos, consiguiendo que soltara un poco la tensión que sentía.

—Aquí tienes —dijo Travis, dándome un vestido protegido dentro de una funda.

—Madre mía, vas a parecer una princesa. —Jadeó Aroa.

En silencio, porque me costaba formular frases largas y evitaba hablar, caminé hacia dónde me indicó Travis. Fuimos al baño para cambiarme, el que en este instante estaba reservado solo para mí.

—¿Por qué no estás saltando de alegría? —me preguntó Aroa, abriendo la cremallera de la funda.

—Todavía no me ha dado por hacerlo, estoy intentando controlar los nervios. —Bufé, en soledad con ella no me costaba expresarme.

—No será porque no has visto a Nathan —comentó mirándome de reojo.

—No.

—¿Segura?

—Deja el tema y ayúdame —le pedí cuando me quedé en ropa interior.

Colaboró para colocarme el vestido y cuando lo tuve puesto, con la cremallera subida, soltamos un suspiro al mismo tiempo, mirando mi imagen en el espejo.

—Te queda perfecto. Estás preciosa. —Me dio un beso en la mejilla.

—Gracias. —Bajé la mirada hacia la tela—. Es de ensueño.

—Disfrútalo, cariño. Brillas más que el vestido.

—Eso es mucho decir, ¿eh?

—Pues imagínate, y yo sin las gafas de sol. —Soltamos una carcajada.

Al escuchar varios golpes en la puerta nos giramos hacia ella.

—Adelante —dije.

Dos chicas sonrientes, las que nos había presentado Travis como la maquilladora y la peluquera, entraron llevando con ellas maletines y una silla. Me pidieron que me sentara en ella y se pusieron a trabajar en mí, mientras a Aroa la superaba la emoción. La chica que me maquilló lo hizo tan bien, que a simple vista no parecía que me había maquillado, lo que más destacó fue el color de labios y las pestañas. La peluquera dejó mi pelo completamente liso hasta la mitad, donde se formaban ondas que realzaban mi melena.

—Me encanta, gracias. —Me dirigí a ellas, cuando terminaron.

—Nos alegramos, y no me extraña. Estás preciosa, Aura —me alabó la peluquera.

—Estaremos cerca de ti para ir retocándote —comentó la peluquera.

—¿Será necesario?

—Según las horas que pasen.

—Madre mía, horas —repetí asombrada.

—Tranquila, pasarán tan rápido que cuando te des cuenta Travis estará diciendo que se terminó por hoy. —Me hizo un guiño.

Salimos las cuatro del baño y caminamos por la joyería, Aroa y yo directas hacia Travis.

Subida a unos tacones altos, me sentí inestable cuando las piernas empezaron a temblarme. ¿El motivo? Nathan estaba hablando con Travis.

«Está aquí, ha venido...», me dije.

Cuando se giró y me vio... No sé cómo expresar lo que vi reflejado en su mirada y en su expresión, mientras sus ojos seguían todos mis movimientos.

—No te vayas a caer —susurró Aroa.

—Pues falta muy poco, me tiembla todo —murmuré.

Capítulo 24



Nathan

—Nathan, es un placer verte de nuevo. —Se cruzó en mi camino Gérard, el dueño de la joyería.

—El placer es mío. —Acepté el apretón de manos.

—Travis ya está liado, yendo de un lado para el otro.

—Lo imagino —asentí.

—Cualquier cosa que necesitéis házmelo saber. Lo dejo en tus manos. —Me ofreció un maletín.

El interior contenía todas las joyas que Aura iría poniéndose.

—Por supuesto, gracias.

Se alejó de mí e hice un recorrido visual por toda la joyería. Localicé a mi amigo al fondo, hacia un lateral, y caminé hacia él. Estaba hablando con el cámara, dándole instrucciones de cómo quería los enfoques.

—No permitas que te mande mucho que se lo cree. —Me hice notar para los dos.

—Tranquilo, soy yo el que dejo que se lo crea. —Curvé los labios ante las palabras de Jérémie —. Os dejo solos, voy a controlar la iluminación.

—Has tardado mucho. —Me apretó un hombro Travis.

—Por el tráfico más que por otra cosa. —Me encogí ligeramente de hombros.

—Hoy está horrible, me he demorado más de quince minutos en comparación con lo que suelo tardar. ¿Lo has dejado todo cerrado y concretado?

—Sí, ya tenemos el lugar y la fecha para la celebración de final de año de la empresa —asentí satisfecho.

—Estupendo.

—¿Cómo ha ido la mañana?

—¿Lo preguntas por mí o por Aura? —sonrió con picardía.

—Por Aura, por supuesto. Si me dices que tú estás nervioso después de tantos años tenemos un grave problema. —Rio.

—Ha ido bien. La he intentado calmar, aunque tú habrías tenido más éxito. Son normales sus nervios, es la primera vez para ella y de forma inesperada.

—Lo sé. ¿Dónde está?

—En el baño. Ya estará vestida, Manon y Marion hace un rato que han entrado para prepararla —mencionó a la peluquera y a la maquilladora.

—Perfecto. Ven a elegir las primeras joyas con las que quieres empezar.

Me dirigí hacia el mostrador, con él al lado. Depositando el maletín sobre la superficie, procedí a desbloquearlo.

—¿Tienes alguna predilección? —me preguntó mientras observaba todas las piezas.

—Esta. —Lo cogí y lo puse sobre el mostrador.

—Muy listo —sonrió de medio lado—. O no, si pretendes que a mi modelo le dé algo antes de empezar.

—Este anillo tiene que ser el primero, el resto es a tu elección —hablé convencido, recordando la historia del anillo y las palabras que le dijo Aura a Papá Noel, o sea, a mí.

—Vas a flipar.

—¿Qué? —Lo miré extrañado.

—¿Estás preparado para que se te caiga la baba?

Con su pregunta supe a lo que se refería. Travis miraba sobre mi hombro, por lo que me giré despacio. Me encontré con la imagen más perfecta que había visto en mi vida. Apreté la mandíbula, observando fijamente a Aura mientras avanzaba hacia nosotros junto a Aroa.

Estaba preciosa, radiante, cautivadora... Todo mi cuerpo reaccionó ante su visión. El vestido

que llevaba le dejaba los hombros al aire. La tela de la parte alta de pedrería se iniciaba un poco más abajo de ellos, recorriendo sus brazos y formando un escote pronunciado, pero dentro de la sutileza. Cubría sus pechos y continuaba entallando su cintura, hasta que se abría en sus caderas, haciendo una forma a la falda larga de gasa que llamaba mucho la atención.

En la parte trasera tenía una pequeña cola que arrastraba a cada paso que daba, acercándose a nosotros. Tenía el pelo claro suelto, con ondas desde la mitad hacia las puntas. Su imagen fue una delicia para mis sentidos.

—Hola —susurró cuando llegó junto a nosotros.

—Hola. —Le correspondí al saludo—. Estás preciosa.

—Gracias. —Se sonrojó.

Por unos instantes ninguno de los dos apartamos la mirada del otro, ni siquiera atendimos a Travis cuando se dirigió a nosotros. El color del vestido realzaba su color de pelo y de piel, haciéndolos destacar. La agarré de la muñeca y la acerqué a mí.

No tuve la intención de traspasar ninguna línea de lo profesional porque no quería que Aura se sintiera incómoda al estar rodeada de personas que trabajaban para mí, pero sí necesité sentirla de la única forma que podía en este instante.

Giré la cabeza hacia el mostrador y cogí el anillo. Lo coloqué delante de sus ojos, los que se agrandaron al reconocerlo.

—Comenzarás con este —le indiqué, mientras levantaba su mirada hacia la mía—. ¿Te gusta?

—Sí —susurró—. Es perfecto —asentí con una media sonrisa.

Tomé su mano entre las mías y, despacio, lo deslicé en el dedo donde debía llevarlo. Una vez estuvo encajado, le acaricié la mano disimuladamente.

—Pues sí que es perfecto, es de tu medida —dije con la voz ronca.

—Me encanta —sonrió mirándose cómo le quedaba.

—Gracias a él te encontramos —intervino Travis, observándonos divertido.

Aura le dedicó una preciosa sonrisa.

—Vamos a empezar —le pidió a Aura que se acercara.

Ante sus palabras y cuando una persona del equipo ocultó el maletín dentro del mostrador, Aroa y yo nos separamos para dejarlos trabajar.

—Hola, ¿eh? —Carraspeó.

—Lo siento. Hola.

—Nada hombre, si es normal. Mi amiga está que se sale y tú solo tienes ojos para ella —dijo riendo en tono bajo.

—Pues la verdad es que sí, a todo —sonreí de medio lado.

—No sabes cómo me gusta escuchar eso.

La joyería se quedó en absoluto silencio, con cada miembro del equipo de Travis en su lugar. Durante media hora apoyados en una pared, observamos cómo se desarrollaban las escenas. Mi cara mostraba una sonrisa constante al ver que no se le daba nada mal a Aura.

Solo tuvo que repetir una parte, el resto, no falló en ninguna escena. Los nervios que había notado en ella al verla desaparecieron por completo. Intenté no reír cuando Travis le pidió que corriera hacia la salida de la joyería, ella se santiguó antes de lanzarse a hacerlo.

—Ay, ¡qué se me va a matar! —Jadeó Aroa, con las manos en las mejillas.

—Le va a salir bien —dije convencido y así fue, aunque tuvo que correr varias veces para que Jérémie captara varios ángulos.

—Joder, cómo me pone verlo mandar. —Bufó.

La miré de reojo, frunciendo los labios, intentando no reír. Aroa ni siquiera fue consciente de que lo dijo en voz alta y yo no hice nada para que se diera cuenta. Se había referido a Travis.

Al cabo de dos horas, el trabajo en la joyería finalizó. El que quedaba pendiente sería en la zona habilitada de la empresa. Nos reunimos con todo el equipo, los que vitoreaban por lo bien que había salido. Sonreí viendo a Aura emocionada, riendo y hablando con todos ellos.

—Enhorabuena, chicos. Un gran trabajo. —Los felicité.

Me lo agradecieron antes de que se movieran para recoger todo el material. Mientras Aura hablaba con Travis, me puse a su espalda y le retiré el pelo hacia un lado. Mi gesto provocó que el vello se le erizara. Giró la cabeza hacia mí, al mismo tiempo que yo agarraba el cierre del collar. Lo desabroché acariciándole la piel, antes de apartar las manos de ella.

Le hice un guiño con el que se ruborizó y rodeé el mostrador para entrar dentro de él. Cogí el maletín y guardé el collar, era la única pieza que faltaba por colocar. Lo cerré y les pedí que me esperaran. Me dirigí al despacho de Gérard para devolverle un maletín que contenía un grandísimo valor en su interior.



—¿Lo has disfrutado?

Conducía con ella al lado, ya que Aroa se había ido hacia la empresa en el coche de Travis.

—Mucho —sonreí al detectar la ilusión en su tono de voz—. No pensé que sería de esa forma.

—Para que te des cuenta de que es más lo que crea la cabeza que lo que es en realidad.

—Sí, aunque todos me han facilitado mucho las cosas.

—Primer día superado y con éxito. —La miré de reojo.

—Gracias —susurró.

—El trabajo lo has hecho tú, Aura. Yo solo he sido espectador y lo he disfrutado.

—Pensé que no aparecerías.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Es que como no te he visto en toda la mañana en la empresa creía que...

—Travis no te lo ha dicho.

—No le he preguntado.

—Lo lamento, no he estado en la empresa. He estado ocupado haciendo unas gestiones para reservar un local que sea lo suficientemente grande para lo que necesito, además de concretar el menú y la diversión... En fin, organizar la cena que ofrezco a mis trabajadores cada final de año, en cierta forma para cerrarlo, aunque continuemos trabajando.

—Ah, pues ya puede ser amplio el local porque con lo grande que es el edificio de la empresa...

—Sí. —Sacudí la cabeza, sonriendo—. Es un evento al que no falta nadie y será a final de esta semana. Por eso me urgía dejarlo todo cerrado, conlleva mucho trabajo. Quiero que vengas, que me acompañes.

—¿Yo?

—¿Hay alguien más en el coche y no me he enterado? —Levanté una ceja, mirándola por unos segundos.

—No. —Rio.

—Y no solo tú. La invitación es ampliable a tus amigas, Aroa y Jolie.

—¿En serio? Oh, les hará muchísima ilusión.

—Pues perfecto, entonces —asentí satisfecho.

—Has dicho que es de noche...

—No tienes que preocuparte por la ropa, ninguna de las tres tenéis que hacerlo —le aclaré.

—¿Por qué? ¿Es costumbre ir de uniforme? —Solté una carcajada.

—Para nada, he dicho que no tenéis que preocuparos porque me he encargado yo. Espero que no te moleste. —La miré de reojo para asegurarme.

—Nathan... ¿No habrás comprado...?

—Ya está hecho. Quería hacerlo, no le des vueltas.

—No sé qué decir... —susurró.

—Que irás. Es lo que deseo, siempre y cuando te apetezca y no te veas forzada.

—Sí, me encantará acompañarte —aceptó. Dejé salir el aire muy despacio.

—Gracias.

—Soy yo la que te las tiene que dar —negó divertida—. Ya verás cuando se lo diga a Aroa.

—Me hago una idea. En mi despacho la pones al tanto, allí tengo los tres vestidos. Los han llevado a primera hora. Por cierto, también tengo el contrato pendiente de tu firma.

—Vale.

Los últimos kilómetros los hicimos en silencio. En cuanto estacioné y saqué la llave del contacto, giré el cuerpo hacia ella. La pillé de sorpresa cuando la agarré de la nuca y la acerqué a mí.

—Estaba deseando hacer esto —susurré sobre sus labios.

La besé con todo el deseo que había acumulado desde el día anterior. No fue un beso suave y tranquilo, en absoluto. Como con el primero, nos dejamos llevar por la necesidad y la desesperación.

Al separarnos, nuestros ojos se encontraron a corta distancia. Le di un beso rápido y me aparté despacio.

—Vamos, tienes que estar cansada. —Carraspeé para aclararme la voz.

—Un poco.

Asentí y abrí la puerta. Me coloqué el abrigo fuera y me lo ajusté al cuerpo, cerrándolo, para ocultar la evidencia de que había sucedido algo entre nosotros. A mí poco me importaba, por no decir que no lo hacía. De hecho, estaba deseando que llegara el viernes, más concretamente la cena que había organizado, para presentarme con Aura ante todos.

A final de semana su trabajo ya habría finalizado, por lo tanto, tenía vía libre para actuar como realmente deseaba hacia ella.

Capítulo 25



Aura

—Aún no puedo creerme el detallazo de Nathan —comentó Aroa.

—Yo menos. —Se incluyó Jolie.

—Así llevo desde que lo conocí —negué, mientras las miraba con diversión.

Para que os hagáis una idea, estábamos en el piso de Aroa. Jolie había venido a comer después de salir del trabajo, al no tener que regresar. Eran las seis y media de la tarde del viernes y las tres teníamos la vista fija en la cama, más concretamente en los vestidos de fiesta que reposaban encima. Los acabábamos de sacar de las fundas. Ellas no podían apartar los ojos de ellos, los míos iban de las prendas de ropa a sus caras de asombro.

—Son una pasada, estoy enamorada por completo del mío. —Aplaudió Jolie.

—Vamos a estar divinas con ellos puestos. —Lloriqueó Aroa.

—¿Empezamos a prepararnos ya? Queda una hora para que venga el coche.

Nathan así lo había planeado, un chófer privado, de su confianza, pasaría a recogernos para llevarnos a la casa de Dennis. Era la que quedaba más cerca del edificio donde se iba a realizar la celebración. Faltaba poco para que llegara la gran noche.

En la casa de Dennis estarían Nathan y Travis para ir los seis juntos, pero por separado. Hacía una hora que Nathan me había llamado desde el trabajo. Me preguntó cómo iba y me informó de quién vendría a por nosotras, porque a él no le daba tiempo a recogernos por el piso de Aroa. Le surgió una reunión de última hora que lo iba a hacer correr hasta el último momento.

—¡Sííí...! —respondieron las dos al mismo tiempo.

Riendo, nos desvestimos allí mismo, en mi habitación y nos ayudamos a cerrar las cremalleras de la espalda. Cuando le dije a Jolie, a principio de semana, que Nathan la había invitado a la

fiesta de su empresa, no os imagináis cómo se emocionó porque contara con ella. Quedamos en que en cuanto saliera del trabajo vendría para pasar más tiempo juntas.

Llegó a las dos del mediodía cargando con una mochila. Las tres nos habíamos duchado después de comer y en este instante estábamos casi preparadas, a falta de maquillarnos y subirnos en los zapatos de tacón.

—Estáis impresionantes. —Aplaudí.

—Pues anda que tú. —Se unió a mí Aroa.

No se nos ocurrió otra cosa que hacernos fotografías por todo el piso, no nos dejamos ningún rincón para posar delante de la cámara. Por fin, ya solo tenía que hacerlo de forma privada, me refiero a lo de la cámara. Ayer jueves fue el último día de grabación del anuncio y, según Travis, cuando me avisara para enseñarme cómo había quedado, iba a alucinar.

Estaba muy nerviosa por descubrir el resultado porque él no había querido enseñarme ni un poquito del proceso, para que el impacto fuera mayor. Por lo que me había comentado Nathan, al inicio de la siguiente semana sería el lanzamiento. Mis manos, mi cuerpo y mi cara saldrían en todas las televisiones y no solo eso, también llegaría a la prensa que siempre se hacía eco de los anuncios publicitarios de la empresa de Nathan, por la repercusión que tenían y porque siempre destacaban en estas fechas.

Casi me da algo cuando Nathan soltó que el anuncio sería internacional, saliendo del territorio francés para llegar a todas las partes del mundo. Desde el principio lo di por hecho porque su firma de joyas era una de las más reconocidas y aclamadas a nivel mundial, pero una cosa es saberlo, y otra muy diferente pararte a pensar realmente en ello.

Como digo, mi trabajo había finalizado, por lo que el dinero hacía días que estaba en mi cuenta, al recibir el ingreso anticipadamente. Desde que se incrementó me pasaba las horas entrando en la aplicación del banco y me quedaba como una tonta admirando la gran cantidad de la que disponía.

Aroa se reía de mí, diciéndome: «¿otra vez está mirándolo?» Y continuaría haciéndolo porque faltaba una semana y pocos días para que la cifra cayera en picado, en cuanto regresara a España y me reuniera con mi gestor. Con su ayuda y consejos iba a liquidar rápido todas las deudas que pudiera y adelantaría otro tanto del resto, con el saldo que me quedara disponible. Me sentía alterada por ese hecho, iba a ser un descanso tan grande para mí... Tanto física como emocionalmente.

En varias ocasiones se me saltaban las lágrimas sin darme cuenta, pero en el buen sentido. Si hubiera sabido lo que me esperaba en París cuando me monté en el avión en el aeropuerto de mi ciudad...

Ocho días y pocas horas, ese tiempo era el que me quedaba para estar en la ciudad del amor y

para regresar a España. Tenía un tsunami de sentimientos muy grande en mi interior porque estaba deseando volver para hacer lo que he comentado de las deudas, pero en el lado opuesto estaba la sensación de tristeza y nostalgia que me provocaba el alejarme de Aroa y de todos los que había conocido en la ciudad, con Nathan encabezando el primer puesto por lo que sentía por él. Como le dije a Aroa, era muy fácil enamorarse de él y yo había caído sin remedio, quizás incluso antes de su acercamiento.

Durante la semana que había transcurrido se había volcado en mí. Habíamos pasado mucho tiempo juntos. Todos los momentos que habíamos podido los habíamos compartido disfrutando de nuestra compañía, de las caricias furtivas, de los roces intencionados y de cualquier otro gesto hacia el otro, cada vez que nos apetecía.

Todavía no habíamos dado el paso definitivo de intimar, y a los nervios y a la emoción de esta noche, tenía que sumarle que pasaría la noche en la vivienda de Nathan. Me lo había pedido, era consciente de que durante los días que llevábamos juntos había hecho un trabajo de contención bastante grande, por lo que no había dudado en aceptar porque lo deseaba.

Cuando digo que no habíamos intimado, en el significado de la palabra no estaban incluidas las caricias y los tocamientos, calentando los momentos. Nathan era un experto en acelerarme cuando menos me lo esperaba, una de esas ocasiones se dio en una comida con nuestros amigos hacía unos días. Su mano se perdió por debajo de la mesa y de la falda del vestido de punto grueso que me compré junto a Aroa, al poco de llegar a París.

Os podéis imaginar cómo me quedé cuando supe cuál era su intención, cuando su mano se deslizó por la ropa y se coló por debajo de ella, acariciándome la pierna cubierta por la media. Y ya cuando llegó a mi zona íntima y jugó con esa parte de mi cuerpo que no tardó en excitar...

Recordando ese momento...

—Nathan... —susurré, mirándolo de reojo.

—Estás preciosa —murmuró inclinado en mi oreja—. Abre las piernas y continúa prestando atención a la conversación —me pidió.

—Que me va a dar algo. —A pesar de mis palabras no pude evitar abrir las piernas para darle libre acceso.

—Es lo que pretendo —susurró sobre mi mejilla, antes de darme un beso rápido.

Se sentó recto e intervino en la conversación, como si no estuviera sucediendo nada. Yo me quise esconder debajo de la mesa, literalmente. Ninguno supo lo que estaba pasando, pero yo noté todos los ojos puestos en mí, como si lo supieran. Por el calor que me entró cogí la copa de vino y bebí un buen sorbo. Ni por esas conseguí aplacar la sensación, la empeoré porque al inclinarme hacia delante los dedos de Nathan se movieron con más intensidad, ejerciendo más presión.

Cuando me coloqué bien en la silla, con la espalda recta contra el respaldo, lo miré de reojo por unos segundos. Reía por un comentario que acababa de hacer Dennis, ni idea de cual fue porque no estaba para prestar atención a otra cosa que no fuera lo que me estaba provocando.

Con necesidad y excitada al máximo, abrí un poco más las piernas. Sus labios se curvaron al ser consciente, y profundizó más las caricias y aumentó la fuerza sobre mi clítoris. Con los labios entreabiertos volví a beber, lo que repetí hasta que vacié la copa, notando la garganta seca. Nada me saciaba porque solo quería y necesitaba una cosa y obviamente no podía pasar en este instante.

No pude evitar soltar un pequeño jadeo, el que minimicé y disimulé de cara a los demás mientras me limpiaba los labios con la servilleta de tela, sin saber qué más hacer para pasar desapercibida.

—¿Cómo va? —me preguntó inclinado de nuevo sobre mí, al cabo de unos minutos.

—¿Tú qué crees? —Bufé, acelerada.

—Mmm... No te imaginas lo que estoy deseando tocarlo directamente, sin ninguna barrera.

—Nathan, estoy al límite y como no pueda controlarme...

—Tiene que ser una exquisitez recorrerlo con la lengua, acariciarlo con ella despacio, degustando tu sabor mientras recojo tus fluidos.

—Por Dios... —Me removí en la silla.

—Eso es, me encanta verte así.

—¿Cómo se me ve? —Giré rápido la cabeza hacia él, con los ojos abiertos al máximo. Me mordí el labio inferior porque me apresó el clítoris entre los dedos.

—Excitada y cachonda —respondió levantando una ceja—. Pero tranquila, los demás no se están dando cuenta.

—Madre mía... —Cerré los ojos unos segundos, al sentir la electricidad recorrerme.

—Está tan caliente... —gruñó sobre mi mejilla— Debes estar igual de mojada.

—Sí —susurré como pude.

Al separarse sonreía de medio lado. Me hizo un guiño y continuó con la conversación que había en la mesa. No pude controlarme y le agarré con fuerza la mano escondida por debajo de falda del vestido. Necesitaba agarrarme a algo.

Perdí la noción del tiempo, mientras disfrutaba con lo que me hacía, esforzándome por

controlar el orgasmo que se quedó a las puertas. Sí, Nathan apartó la mano y, como si nada, apoyó los codos en la mesa mientras respondía la pregunta de Travis. El pequeño movimiento que hizo me calentó más de lo que me había dejado, cruzó las manos dejándolas cerca de sus labios y olió disimuladamente los dedos que hasta hacía unos segundos me habían tocado.

En el presente, en el piso de Aroa...

—¿Eh? —Me giré hacia mi amiga.

—¿En qué piensas? ¿Te has ido? —Quiso saber mientras se maquillaba.

Estábamos en el baño las tres, frente al espejo. El neceser del maquillaje iba de una a otra, cogiendo lo que necesitábamos.

—En que me falta preparar una pequeña mochila para llevarme. Tengo que meter el pijama y ropa para mañana. —Carraspeé excitada porque el recuerdo que os he contado me alteró de nuevo.

—Mmm... No creo que necesites el pijama esta noche —me sonrió pícara a través del espejo.

—Yo tampoco. —Rio Jolie.

—Está claro cómo vas a entrar en calor. —Levantó las dos cejas.

—No me pongáis más nerviosa. —Bufé cuando terminé de pintarme los labios.

Las dos rieron cuando salí acelerada del baño, dejándolas dentro.

—¡Ni que fuera la primera vez que vas a tener relaciones! —gritó Aroa.

—Y dale —me quejé sacando un pijama limpio del armario.

Más risas se escucharon, pero las ignoré durante todo el tiempo, hasta que se calmaron.

Capítulo 26



—Madre mía, ¡qué edificio! —exclamó Aroa.

Estábamos en el interior del coche que había venido a recogernos, el conductor acababa de parar junto a la acera porque habíamos llegado donde vivía Dennis. Con anterioridad me había referido a una casa, pero no me lo tengáis en cuenta porque muchas veces lo mezclaba. En España, cuando hacía alusión a mi piso, muchas veces decía: «me voy para casa».

Pues eso, que en realidad Dennis vivía en un piso y la reacción de Aroa era comprensible porque el edificio al que teníamos que acceder era una preciosidad. La fachada se diferenciaba del resto, era antigua, pero se mantenía perfectamente cuidada. Y el portal... Todo el conjunto llamaba muchísimo la atención.

Sabíamos que Dennis se igualaba a Nathan, me refiero a que nos había contado que también tenía una empresa propia. Era el dueño de ella y no de una cualquiera, ya que cuando nos dio los detalles, nos emocionamos porque a las tres: a Jolie, a Aroa y a mí, nos encantaban varios de los perfumes de su marca. Tanta fue nuestra emoción al saberlo, que la siguiente vez que nos vimos vino cargado con bolsas para nosotras.

Casi nos da algo cuando vimos el contenido, estaba lleno de perfumes, algunos conocidos y otros nuevos que nos encantaron. Entre risas recibió nuestro agradecimiento, el que nos dijo que no hacía falta.

No conocía cómo era donde vivía Nathan, me quedaban horas para saberlo, pero estaba segura de que no habría mucha diferencia a lo que veíamos. El poder adquisitivo de los dos era una locura, mejor no pensarlo porque me entraba de todo.

Travis no se quedaba atrás. Como nos comentó entre bromas, era el único asalariado de sus amigos, pero muy bien remunerado. Cuando les dio algunos matices a sus palabras nos quedamos locas por la cantidad que redondeó.

Estaba claro que Nathan, por ser su amigo y una pieza vital en su empresa, lo cuidaba y mimaba con todo. Ojo, lo tenía más que merecido, era un referente en el mundo de la publicidad.

Nos bajamos del coche después de despedirnos del conductor. Me ajusté el abrigo y la bufanda al cuerpo, al sentir un escalofrío por el cambio de temperatura. Echaba de menos el gorro de lana, pero con lo bien que me había quedado el pelo, no entraba en mis planes alborotármelo. Me colgué la mochila al hombro y seguí a las chicas cuando empezaron a caminar hacia el portal.

La zona se apreciaba muy tranquila. Para la hora que era, las ocho de la tarde, apenas se veía gente por la calle. Nos dirigimos al ascensor, donde Aroa presionó el botón del último piso. Nathan me había dado todos los detalles para llegar directas y sin problema.

—Qué pasada —dijo Jolie, cuando estuvimos en el rellano.

Rellano por llamarlo de esa forma porque nunca había visto uno parecido. Caminamos hacia la única puerta que había y llamé.

—Bienvenidas. —Nos recibió un sonriente Dennis—. Adelante. —Se apartó para que pasáramos.

Cuando cerró se lo agradecemos con un beso en la mejilla. Nos pidió los abrigos y los bolsos, y los guardó en un armario.

—Nathan y Travis todavía no han llegado —comentó adentrándose en el piso—, pero no tardarán —añadió.

—Llegarán acelerados de tanto correr —dijo pensativa Aroa.

—Sí, pero se relajarán al instante en cuanto lleguen. O no... —rectificó mirándonos atentamente—. Estáis preciosas las tres, deslumbráis —nos alabó sonriente.

Me hizo gracia detectar que su mirada se detuvo más tiempo en Jolie, pero supo disimularlo. Nos hizo una visita guiada enseñándonos el piso, era espectacular, tanto la decoración como los amplios espacios. Como sucedía en el de Aroa, los techos eran muy altos.

—Poneros cómodas. ¿Qué os apetece beber? —Nos ofreció sentarnos en el sofá.

—¿Hay tiempo? —preguntó Jolie.

—Sí. Travis me ha enviado un mensaje avisándome de que salía, pero de donde vive hasta aquí, hay mínimo media hora —le respondió mirándola de una forma especial.

Aroa me dio un pequeño codazo en el costado y fruncí los labios conteniendo la diversión.

—Pues si puede ser un refresco... —habló demasiado tímida Jolie.

—Por supuesto, ¿vosotras también?

Asentimos y lo seguimos con la vista mientras se alejaba hacia la cocina.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Aroa sin poderse resistir.

—¿A mí? —Se extrañó, Jolie—. Nada.

—Nada dice. —Se giró hacia mí.

—Lo he oído —negué sonriendo.

—¿Me he comportado inadecuadamente en algún momento? —La duda se reflejó en su expresión.

—No, Jolie. ¿Cómo puedes pensar eso? Eres estupenda. La pregunta de Aroa es porque estás muy callada desde que hemos salido del ascensor y como te conocemos... Más ella que yo.

—Es que estoy nerviosa —sonrió tímida, frotando las manos en la falda del vestido.

La miré con cariño, se la veía tan vulnerable en este instante.

—No tienes por qué —le habló Aroa, agarrándola de una mano—. Sé que todo esto impresiona y Dennis para ti más, ya nos entendemos. —Consiguió que se ruborizara, pero terminó asintiendo—. Los nervios son normales, pero intenta relajarte para ser tú.

Nos quedamos en silencio cuando escuchamos a Dennis acercarse. Llegó con una bandeja en la que traía tres vasos junto a las latas de refrescos. Nos ofreció uno a cada una después de verter el líquido y con todos los sitios que había para sentarse, porque los había: varias butacas, sillones anchos que se veían muy cómodos, más trozo de sofá a mi derecha... Pues eligió sentarse en el brazo del sofá, justo al lado de Jolie, bien pegado a ella.

Aroa y yo nos miramos satisfechas, deseando que lo que intuíamos se hiciera realidad y lo fuera. Dennis podía curar en muchísimos sentidos a Jolie y estaba claro que la atracción inicial existía entre ellos. solo había que verlos, ni siquiera fijarse porque destacaba en actitudes y gestos.

Treinta cinco minutos después, apareció Travis. Nos saludamos y también recibimos halagos por parte de él e incluso un silbido de admiración en cuanto nos vio.

—He llamado a Nathan cuando estaba llegando.

—¿Va muy retrasado? —Me interesé.

—Faltan pocos minutos para que llegue —dijo con un guiño.

Y así fue, el timbre sonó por última vez y todos dirigimos la mirada hacia la puerta principal. Un Nathan impresionante entró saludando con un abrazo a Dennis. Tragué saliva. «Es tan

atractivo», me dije. Llevaba puesto un traje que le quedaba perfecto, ajustado a cada parte del cuerpo que debía. Era la elegancia personificada y cuando miró hacia donde estábamos y me encontró... Me derretí directamente, por lo que me transmitieron sus ojos.

Caminó hacia nosotras y vino directo a saludarnos, obviando las quejas de Travis que lo siguió de cerca queriendo su abrazo de saludo. Con las risas de los tres amigos se paró frente a nosotras. Me ofreció una mano para que me levantara y lo hice. Se paró a apreciar mi imagen y cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse...

«Madre mía, qué noche me espera», me dije.

—Estás preciosa —susurró sobre mis labios, antes de besarme.

—Gracias, tú estás impresionante —dije ruborizada por ser el centro de atención de nuestros amigos.

—Sí, ¿eh? —sonrió de medio lado y asentí confirmándoselo.

Me dio otro beso rápido y saludó a Aroa y a Jolie, alabándolas. El último turno de saludo le tocó a Travis.

—¿A qué hora empieza la cena? —Quise saber.

Entre unas cosas y otras, ya era bastante tarde.

—Los del catering tendrán entretenidos a todos. Hasta que yo no aparezca no dará comienzo —me respondió Nathan—. Saben el motivo de mi retraso, he llamado al director de personal de la empresa para que se lo notificara a todos.

Después de intercambiar varios comentarios y de colocarnos los abrigos, salimos del piso de Dennis y bajamos en el ascensor. Travis, Nathan, Aroa y yo salimos a la calle, Dennis retuvo con él a una sonrojada Jolie, comentándonos que nos veríamos dentro de un rato. Ante el asombro de ella la agarró de una mano y la llevó con él, imaginé que a buscar su coche en el parquin.

—La noche promete, ¿verdad? —me susurró Aroa.

—Ya te digo —hablé con una sonrisa de oreja a oreja, con la vista fija en el portal.

—A ver si no me da algo en el trayecto. —Rio en tono bajo.

—¿Qué dices? —La miré extrañada.

—Joder, que voy a estar no sé cuánto tiempo encerrada en un coche con Travis, solos los dos. —Levantó las dos cejas—. ¿Tú sabes lo que puede salir de ahí? —Apretó los labios.

—Recuerda que no puedes despeinarte tan pronto, ni mucho menos llegar con el vestido

arrugado y mal colocado —dije seria.

Al cabo de unos segundos soltamos una carcajada. Nos acercamos a los chicos que se habían quedado unos pasos separados, conversando, y al llegar, Nathan pasó un brazo por encima de mis hombros, acercándose a él. Agradecí el calor de su cuerpo.

—Vamos ya, hace mucho frío —le habló a Travis.

Su amigo asintió y le pidió con un gesto caballeroso a Aroa que pasara delante de él, para llevarla a su coche. Lo mismo hizo Nathan conmigo, aunque no tuvimos que andar mucho. Me abrió la puerta y entré. Cuando se sentó frente al volante giró el cuerpo hacia mí y me agarró de la nuca, uniendo nuestros labios.

—Ahora sí que es perfecto —susurró calentándose con su aliento.

Cuando se apartó un poco, le acaricié los labios con los dedos, antes de recibir un último beso que consiguió que nuestras temperaturas se elevaran.

Nos llevó veinte minutos recorrer la distancia hasta el lugar de la celebración. Por lo que me contó Nathan, se trataba de un antiguo palacio que hoy día lo destinaban a eventos importantes y a celebraciones con una gran asistencia. No me extrañaba, porque tenía que albergar en un mismo espacio a muchísimas personas como eran las que trabajaban para Nathan.

Me entraron los nervios de golpe cuando aminoró la velocidad, recorriendo un camino asfaltado. Ninguna de las personas que había conocido en su empresa, algunas de pasada y otras al haber trabajado con ellas durante las grabaciones para el anuncio, exceptuando a Travis, sabían lo que teníamos él y yo. Me creó inquietud que nos vieran llegar juntos.

La edificación que apareció frente a nosotros me dejó sin palabras, por la grandeza que se apreciaba y por el despliegue de lujo que destacaba.

—¿Preparada? —Lo miré.

—Sí —susurré con una gran sonrisa, tragándome todos los nervios para disfrutar al máximo junto a él de la experiencia.

Capítulo 27



Nathan

Busqué con la mirada a Aura, pero no la encontré, al igual que a sus amigas. Podían estar por cualquier parte, con lo grande que era el espacio...

Centré la atención en el director comercial de mi empresa, al nombrarme. Hacía unos veinte minutos que habíamos llegado y ya estaba rodeado. Entramos en el gran salón junto a nuestros amigos, nos esperaron en la entrada principal porque la diferencia de llegada fue poca.

Entre saludar a todos los que fuimos encontrándonos al adentrarnos en el salón, más los que se acercaron para hacerlo ellos, fuimos avanzando muy despacio, dando pasos cortos. Poco a poco, nos vimos rodeados por el conjunto que formaba la plantilla de la empresa. Los que conocían a Aura se alegraron de verla en la celebración, hacia el resto hice las presentaciones oportunas.

El ambiente, como era lógico en un tipo de evento como este, era de alegría. Las risas destacaban sobre las voces altas. Me despedí del director comercial y me acerqué a mis amigos que me esperaban en la barra.

—En cuanto vengan las chicas diré que ocupen las mesas, con todos los que somos llevará un tiempo —les comenté con las manos en los bolsillos.

—Ya era hora porque entre saludos por aquí y por allá, mi estómago cada vez ruge más —dijo divertido Dennis.

—Sabes de sobra cómo va esto —sonreí negando.

—Hace un rato que no las veo —comentó Travis, refiriéndose a las chicas mientras las buscaba por el salón.

—Tranquilo, que Aroa no se ha escapado. —Rio Dennis, por la mirada que le echó.

—Ni lo va a hacer, a ver con quién te piensas que estás hablando —sonrió con picardía.

Empezaron a picarse uno al otro, yo me apoyé en la barra y pedí una copa. Iba para largo y era lo más divertido que podían hacer, por el momento. Me divertieron con sus palabras y gestos, y terminamos los tres riendo en más de una ocasión.

Al cabo de cinco minutos los ojos se me fueron a una espectacular mujer. Caminaba hacia nosotros decidida, con una sonrisa preciosa y con un vestido de escándalo que se amoldaba a su figura subida a unos zapatos de tacón. La recorrí de los pies a la cabeza, varias veces, recreándome en su imagen.

—¿Ya te han dejado libre? —me preguntó Aura, al ponerse a mi lado.

Le rodeé los hombros con el brazo y la atraje hacia mí.

—¿Me quieres solo para ti? —le susurré al oído.

—No estaría nada mal. —Se mordisqueó el labio inferior.

—Te aseguro que me tendrás. —Le acaricié los labios con un dedo, separándoselos—. Estoy deseándolo.

Alcé la voz para pedirle a todos que tomaran asiento en la mesa y lugar que les correspondía. Ya debían saberlo todos, con el tiempo que hacía que habían llegado. Los nombres de cada uno de mis trabajadores estaban claramente visibles en las mesas, escritos en las tarjetas colocadas junto a las copas.

Entre aplausos, vítores y sonrisas lo hicieron. Caminé junto Aura, sin separarme de la unión que teníamos y la llevé a la zona donde estaban nuestras sillas. Las de nuestros amigos estaban seguidas de las nuestras.

Los camareros empezaron a llenar las copas de vino, mientras otros hacían el mismo recorrido sirviendo la primera tanda de comida. Cuando todos los platos estuvieron llenos y los camareros abandonaron la zona, me levanté de la silla, captando las miradas de todos.

—Como cada año con mi discurso doy comienzo a la cena —comenté con la copa en la mano—. Prometo que seré breve y no volveré a tomar la palabra el resto de la noche. —Se escucharon risas—. Gracias a todos un año más, por estar junto a mí y por acompañarme día a día, con esfuerzo, constancia y dedicación. Sabéis que no soy un amante de las fechas que están próximas, pero no quiero dejar pasar la oportunidad de desearos que las disfrutéis al máximo, con la mejor compañía.

»De un tiempo a esta parte, vengo escuchando a menudo que durante este último mes del año la magia se esconde en cada pequeña cosa, que la ilusión florece con intensidad, que hasta el más mínimo detalle se ve distinto y de diferente color... Nunca lo había visto de esa forma, los que me conocéis lo sabéis de sobra.

»El tema es conseguir verlo a través de otros ojos que son capaces de apreciar lo que a uno se le escapa, y de sentirlo junto a otro corazón que es capaz de latir con fuerza, sonreír y vivir

con intensidad ante cualquier adversidad. Hoy puedo asegurar que para mí ha sido así. Sorprendentemente mi visión ha variado, pero no creáis que tanto como para volverme loco. — Más risas.

»Dejando las bromas a un lado, por primera vez en muchísimo tiempo veo estas fechas más cálidas y atrayentes. Cuando encuentras un aliciente nuevo por el que luchar, cuando das con la persona correcta que es capaz de mejorar tu mundo de una forma impensable... Todo cobra un nuevo sentido y le da la forma correcta a todo lo que te rodea.

»Gracias a la familia de corazón que me acompaña hoy, gracias a todos y cada uno de vosotros por formar parte de mi vida, y gracias a la persona a la que he hecho mención porque ha conseguido algo increíble. Salud. —Levanté la copa y todos me acompañaron.

Después de beber llegaron los aplausos, seguidos por el comienzo de la cena. Antes de sentarme de nuevo Dennis y Travis me abrazaron. Aroa y Jolie me sonreían emocionadas y Aura... Sus ojos brillaban más de la cuenta, por las lágrimas contenidas.

Cuando ocupé la silla la atraje hacia mí y la besé dándole más íntimamente las gracias por los cambios que había provocado en mí. Escuchamos de fondo más aplausos y silbidos, pero no consiguieron cortar nuestro momento, ni que nuestros labios se separaran.

Comenzamos a cenar con una conversación animada. La velada fue más que perfecta y con la única compañía que necesitaba, los que quería y eran importantes para mí, de una forma u otra.



—¿Cansada? —le susurré al oído, mientras la ayudaba a quitarse el abrigo.

—Un poco. —Levantó la cabeza hacia mí.

Guardé su abrigo en el armario del recibidor y me quité el mío para hacer lo mismo. Las bufandas y el bolso los acompañaron. Me agaché para recoger la mochila que había soltado en el suelo y la agarré de la mano.

—Es muy bonito, Nathan. —Hizo una primera apreciación del dúplex, de lo poco que vio.

—Me alegro de que te guste, mañana te lo enseñaré o lo descubrirás por ti misma. ¿Quieres tomar algo? ¿Agua? ¿O vamos directamente a la habitación?

—Solo me apetece descansar. —Hizo una mueca—. No puedo con mi cuerpo, me cuesta mantener los ojos abiertos.

La guie hasta las escaleras y las subimos en silencio. Se había dormido durante el trayecto y continuaba adormecida por el cansancio de lo tarde que era, no conseguía espabilarse. Hacía rato que el reloj había marcado las cuatro de la madrugada, la cena y la posterior celebración se habían alargado. Nos habíamos sentido tan a gusto todos los presentes que nos quedamos hasta el

último momento.

La llevé a mi habitación y al entrar hizo un par de comentarios más, diciendo lo mucho que le gustaba. Coloqué su mochila encima de la cama y le pedí que se pusiera cómoda, mientras yo iba al baño. La dejé sola y cuando abrí, me apoyé en el marco de la puerta, sonriendo.

Aura estaba tumbada a lo ancho de la cama, de lado y encima del nórdico. Antes de caer rendida le había dado tiempo a cambiar el vestido por un pijama. Caminé silencioso hasta ella, retiré el nórdico y la cogí en brazos. La coloqué sobre la almohada, en la postura correcta y rodeé la cama para ir hacia el vestidor.

Me desvestí colocándome la ropa que utilizaba para dormir y lo dejé todo a oscuras. Encendí la pequeña luz tenue del cabecero y me tumbé a su lado, mirándola de frente. Tenía un sueño profundo. A pesar de las ganas que tenía de despertarla, lo que conseguiría si me lo proponía, preferí dejarla descansar porque lo necesitaba.

Teníamos tiempo de sobra porque al día siguiente iba a proponerle que no se fuera en todo el fin de semana, y esperaba que aceptara. El tiempo juntos cada vez se acortaba más y me pregunté, en el silencio qué había, cómo narices iba a afrontar su ausencia cuando se había convertido en tiempo récord en algo vital para mí.

Le retiré varios mechones de pelo de la cara, era un privilegio poder verla de esta forma. Su expresión estaba tan relajada, su respiración pausada me calmaba siendo un bálsamo para mis oídos. Sonreí cuando se abrazó a la almohada y la movió para acomodarla a su cabeza.

Me incliné hacia ella y le di un beso en la frente, uno que alargué disfrutando del calor de su piel y su olor. Cuando me separé apagué la luz y con la cabeza apoyada en la almohada, cerré los ojos deseando que un nuevo día llegara para disfrutarlo junto a ella, en todos los sentidos.

Capítulo 28



Aura

Me desperecé en la cama, antes de taparme la cara con el brazo. Me molestó la claridad que había. Poco a poco enfoqué la vista y miré hacia la corredera. La luz del sol se colaba por ella y me pregunté qué hora sería. Ni idea, pero temprano no era.

Me incorporé despacio en la cama, quedándome sentada. Estaba sola en la habitación, no se escuchaba ningún ruido. Miré al lado porque el último recuerdo que tenía de Nathan era entrando en el baño, antes de quitarme la ropa para ponerme el pijama. Poco más hice, el agotamiento y el sueño pudieron conmigo.

Solté despacio un suspiro porque me tranquilizó ver la ropa de cama movida a mi lado, era señal de que Nathan había dormido conmigo, aunque no había sido consciente.

Llevé la vista hacia la puerta de la habitación. Estaba abierta, pero tampoco se escuchaba ningún ruido. Nathan me había hablado de Adelyn, la mujer que trabajaba para él de lunes a viernes, al ser sábado no la conocería. Era más que una trabajadora, Nathan me había dejado claro que la consideraba como una madre y el marido de ella entraba también en el lote.

Oí un sonido y fijé los ojos en la puerta de enfrente, la que estaba cerrada. No tardó en abrirse y tragué saliva al ver a Nathan. Apoyó el hombro en el marco de la puerta, sonriéndome de medio lado.

—Te hacía dormida todavía, he aprovechado para ducharme.

Habló tan normal, como si lo fuera... Joder que estaba completamente desnudo frente a mí y sí, mostrándose tan natural. Mi cuerpo se activó al instante, mientras recorría con la mirada el suyo, sin dejarme ninguna parte por observar. Me mordí el labio inferior cuando llegué a su miembro.

—¿Te molesta?

—¿Eh? —Busqué su mirada.

—¿Si te molesta verme así?

—¿Molestarme? —Agrandé los ojos, por lo que había interpretado por mi expresión—. Es el mejor regalo que puedes darme nada más despertar. —Le dejé claro.

—¿Estás segura? ¿Solo esto? —preguntó y sonrió de medio lado.

—Se puede mejorar muchísimo —dije en tono bajo.

Aparté el nórdico liberándome de él y me puse de rodillas en la cama. No me lo pensé y me saqué la parte de arriba del pijama, quedándome desnuda de cintura para arriba. Sus ojos bajaron a mis pechos, mientras que su mandíbula se tensaba.

—¿Te molesta a ti? —Le devolví la pregunta, mientras acariciaba la cinturilla del pantalón.

—Para nada, es insuficiente. —Su voz sonó más profunda y ronca de lo habitual.

—Estoy de acuerdo. —Gateé por la cama, bajo su atenta mirada.

Al llegar al borde me paré, no llegué a poner los pies en el suelo.

—¿Es excitación o frío? —Hizo referencia a mis pezones.

Los tenía erectos, las puntas sobresalían en su dirección. Me encantó ver cómo su miembro despertaba y cobraba vida. Se puso duro y tensó ante mis ojos, y disfruté admirándolo. Nathan vestido era para perder el sentido, pero desnudo... Tenía un cuerpo perfecto. Los músculos de sus brazos se marcaban al tenerlos cruzados y en tensión por la situación.

Me mordí el labio inferior a la vez que me tapé los pechos con las manos. Me los cubrí acariciándomelos, con la necesidad latente recorriéndome todo el cuerpo. Tiré de los pezones y jugué con ellos, teniendo toda su atención. Me excité más al ver a su erección dar varias sacudidas.

Durante unos minutos estuve haciendo lo mismo, hasta que dejó de ser suficiente. Me senté en la cama y me moví hasta que me deshice de toda la ropa. Me quedé desnuda, en igualdad de condiciones.

—No te imaginas lo que he esperado este momento, Aura —gruñó, mirándome con una intensidad...

—Lo hago porque yo también lo he deseado. Y con más motivo porque en más de una ocasión me has llevado al límite y yo no he podido ni rozarte.

—¿En la soledad de tu habitación le ponías remedio? ¿Te tocabas pensando en mí? ¿Llegabas al orgasmo con mi recuerdo? Dime, ¿has arrastrado la humedad que me pertenecía de tu sexo?

—Sí a todo. Si te pertenece acércate a él.

Se impulsó del marco y caminó muy despacio hacia mí. Dejé salir el aire de golpe. Se rodeó el miembro con la mano e hizo presión sobre él. De esa forma continuó acortando la distancia, añadiéndole el balanceo de su mano, muy lento y hasta el final del recorrido.

—¿Te gusta lo que ves? —habló con un pequeño gruñido.

—Demasiado —susurré.

Me eché hacia atrás y recosté la espalda. Se quedó con las piernas tocando el final de la cama y abrí las piernas para él.

—Brilla —gruñó de nuevo, al ver la humedad que me había provocado.

Jadeé a la vez que curvé la espalda, cuando su mano hizo contacto con mi sexo. Se inclinó sobre mí y lo recorrió de arriba abajo, una y otra vez, resbalando por mis fluidos.

—Eres una delicia, Aura —murmuró.

—Las delicias se comen, ¿no? —Me removí inquieta sobre el nórdico, cuando coló un dedo en mi interior, tanteándome.

—Créeme que sí, hasta que ya no queda nada.

Se incorporó llevándose los dedos a la boca y de su garganta salió una especie de gemido al degustarme. Excitada al máximo, lo que había comprobado, me desesperé y tomé la decisión de incorporarme. De rodillas de nuevo en la cama, me acerqué a él.

Coloqué las manos en su pecho para acariciárselo, a la vez que mis labios lo besaban y mi lengua lo lamía. Seguí un camino descendiente hasta que llegué a la punta de su miembro. Gruñó sujetándome del pelo. Lo recogió en su mano y me levantó la cabeza un poco, para verme bien.

Recogí las gotas de excitación despacio, recreándome en dejar el glande limpio de ellas.

—Aura... —gruñó— Mierda. —Se tensó cuando lo hice desaparecer en la boca—. Joder, sí... —Jadeó moviéndome la cabeza con ayuda del pelo.

Me acerqué más a él, provocando que tuviera más profundidad. Lo agarré de las nalgas para acompañar el balanceo de su pelvis porque no tardó en ir al encuentro de mi boca. Embistió variando la intensidad, mientras de mi garganta salían jadeos y gemidos que quedaban amortiguados por su erección.

Con un gruñido fuerte me apartó y me levantó por los brazos. Agarrándome de la nuca me acercó a él, buscando mis labios. Se los ofrecí encantada y necesitada, muy necesitada a estas alturas. Mientras me besaba con desesperación me aferré a sus hombros, al sentir su mano entre

mis piernas.

Jugó con mi zona íntima, llenándome, acariciándome, presionando los puntos clave de placer... Gemí en su boca, loca de deseo.

Cuando nos separamos, casi sin respiración, rodeó la cama. Fue hacia la mesita de noche y abrió el primer cajón, del que sacó varios envoltorios de preservativos. Los lanzó sobre la almohada y se subió a la cama. Se tumbó y me pidió con un gesto que me subiera encima de él.

—Ahí no —dijo con voz ronca por el placer.

No lo entendí al principio, me había colocado sobre su cadera, con cada pierna a un lado. Hasta que no me pidió con un dedo que subiera y se señaló la boca, no comprendí que me estaba pidiendo que llevara hasta ahí mi sexo. Me mordí el labio inferior, mientras lo hacía.

Trepé por su cuerpo y el primer gemido salió de mi garganta, profundo y fuerte, en cuanto su lengua me lamió el clitoris. Me agarré con fuerza al cabecero y creí morir cuando me agarró de la cadera e hizo fuerza hacia abajo, hacia su boca. No pude evitar balancearme con ansiedad, por el placer de su lamidas, succiones e intrusiones en mi cavidad. Grité desesperada, aferrándome con todas mis fuerzas al cabecero, necesitando el apoyo que me proporcionaba para poderme mover sobre su boca.

Me corrí sin que se apartara, con gemidos de puro placer. La espera y recompensa habían merecido la pena, absolutamente. Con su ayuda me deslicé hacia abajo, uniendo nuestros labios. Los tenía mojados de mí, lo que me excitó más si cabe al recordar lo que acaba de conseguir.

—Efectivamente una delicia —susurró agarrándome la cara con las manos—, de la que nunca voy a tener suficiente. —Me lamió los labios.

—Nathan... —Tragué saliva.

—No digas nada. —Apretó la mandíbula.

No lo habíamos hablado, en ningún momento entre nosotros había salido el tema, pero ambos éramos muy conscientes de los pocos días que me quedaban en París.

Lo besé para que su expresión se relajara y, de un movimiento rápido, invirtió las posiciones, quedándose él encima de mí, aunque en una postura diferente. Me hizo agarrarme de nuevo al cabecero y tiró de mi cadera para facilitar...

Contuve la respiración cuando me separó las nalgas y recorrió mi sexo con la mano. Comprobó de nuevo lo excitada que estaba y cerré los ojos cuando escuché el sonido de cómo rasgaba el envoltorio del preservativo. A los pocos segundos se impulsó hacia mí y entró en mi interior de un movimiento fuerte y certero, hasta el fondo.

—Joder... —siseó manteniéndose quieto, llenándome.

—No pares —le pedí desesperada, echando el cuerpo hacia atrás.

—No voy a parar hasta que terminemos —gruñó—, pero esto es demasiado bueno.

—¡Nathan! —grité su nombre.

Sus dedos me frotaron con energía mi punto inflamado de placer y por poco lloro del gusto cuando al mismo tiempo, empezó a entrar y salir de mi interior con la misma fuerza, una que fue incrementando. Me agarré con todas mis fuerzas al cabecero, recibiendo sus embistes que me dejaban sin respiración. El ritmo fue tan frenético, tanto de su miembro como de sus dedos, que volví a correrme.

Gruñó aumentando aún más la velocidad. Mi cuerpo pedía a gritos que terminara, que me dejara llevar de nuevo, pero mi cabeza me pedía todo lo contrario, que se alargara el momento para continuar disfrutando del placer que sentía.

—Ahhh... —grité poniéndome en tensión, cuando consiguió que un nuevo orgasmo me recorriera.

Su cadera continuó yendo a mi encuentro, sin descanso, con una intensidad que me dejó desmadejada sobre la almohada. Escondí la cara en ella, justo en el momento en el que él se dejó llevar. Poco a poco fue disminuyendo la velocidad, hasta que dejó de balancearse y salió de mi interior. Me sentí vacía de repente.

Sonreí cuando me besó la espalda y miré por encima del hombro cómo iba hacia el baño. Regresó sin la protección, con su erección todavía dura, pero libre. Se tumbó en la cama, me acercó a él y nos tapó con el nórdico. De esa forma nos quedamos abrazados, saciados y satisfechos, en la gloria.

—Descansa un poco más, no tenemos prisa —susurró besándome la cabeza.

—Sí —solté un suspiro.

—Aura...

—Mmm...

—Quédate conmigo todo el fin de semana —me pidió en tono bajo.

Abrí los ojos despacio.

—Me encanta la idea —susurré.

Por lo que interpreté a él también le encantó mi respuesta porque me apretó a su cuerpo.

Capítulo 29



Nathan

Riendo, así estaba, y corriendo también, huyendo de Aura. Acababa de mancharle la cara de nata, después de recoger una buena cantidad con los dedos, de la crepe que nos habíamos comprado.

Iba doblado de la risa, aunque es un decir, porque no podía pararme para que fuera real, pero para que os hagáis una idea de cómo me encontraba... Y para rematarlo por una zona muy concurrida de París. No pude calmarme, escuchando las quejas y pequeños gritos de ella.

Hasta que me paré de repente porque, si no lo hacía, nunca iba a alcanzarme. Me giré de golpe y esperé a que se acercara, todavía corriendo. Cuando llegó a mí, la cogí al vuelo de la cintura y empecé a dar vueltas. Al principio continuó con las quejas, pero llegó un momento en el que le entró la risa floja y se dejó ganar.

—Te has pasado —dijo cuando me quedé quieto, manteniéndola en mis brazos.

—¿Por mancharte? —Quise saber, divertido.

—Nooo, por desperdiciar la nata. —Solté una carcajada.

—Eso tiene fácil solución —dije aflojando la fuerza.

Bajó deslizándose por mi cuerpo, mientras le retiraba de la comisura de los labios, con la lengua, los restos de nata que todavía continuaba teniendo.

—¿Mejor así? —susurré.

—Sí. —Imitó mi tono de voz.

La agarré de la mano y tiré de ella. Continuamos nuestro paseo por la avenida de los Campos Elíseos, mientras seguíamos disfrutando de la crepe, que ella no había soltado en ningún momento. La afluencia de personas era considerable, dado que era sábado y las once de la

mañana.

—¿Adónde vamos?

—Al Arco del Triunfo.

—Oh, quiero fotos allí.

—No lo dudaba —comenté divertido—. Las tendrás y desde la zona más alta de él, su mirador.

—¿Se puede acceder?

—Sí, si estás dispuesta a pagar una pequeña cantidad para subir doscientos ochenta y cuatro escalones. Te adelanto que merece la pena, ofrece unas vistas espectaculares.

Mi dedicó una preciosa sonrisa como respuesta.

Le expliqué que para llegar hasta él teníamos que hacerlo por un paso subterráneo, ya que estaba situado en la plaza Charles de Gaulle, antiguamente conocida como la plaza de la Estrella, o lo que es lo mismo en francés, *place de l'Étoile*.

—El arco es un emblema para la ciudad, junto a la Torre Eiffel. Aparte de uno de los mejores miradores de París. La plaza está rodeada de tráfico, de ahí lo del paso subterráneo. En ella convergen doce de las avenidas más transitadas de la ciudad, algunos la consideran la rotonda más peligrosa del mundo.

—¿Cuál es su historia?

—Te hago un resumen rápido, porque podría tirarme horas hablando sobre el tema y tú terminarías aburrida. —Reímos—. A inicios del siglo XIX, Napoleón encargó al arquitecto Jean-François Chalgrin crear un arco triunfal al estilo de los del Imperio romano, para honrar a su *Grande Armée* y conmemorar la victoria de la batalla de Austerlitz en el año 1805. La estructura inicial del proyecto fue creada en madera, y, por aquel entonces, coronada con una cuadriga de escayola que acabó destruida.

—¿En serio?

—Sí. La primera piedra fue colocada el 15 de agosto de 1806, día del aniversario del nacimiento de su majestad Napoleón el Grande. El monumento fue terminado en 1836, tres décadas después. En palabras de Víctor Hugo, aquella arcada homenaje era «un montón de piedras sobre un montón de gloria». Siguiendo el espíritu de grandeza de aquella época, el Arco del Triunfo fue edificado con cincuenta metros de alto, cuarenta y cinco de ancho y veintidós de grosor, siendo el mayor de su tipo jamás construido.

—Me encanta —dijo cuando llegamos frente a él.

—Ven. —Tiré de su mano para ir al mirador.

Subir las escaleras no suponía tanto como escuchar el número de escalones que había. Una vez arriba, viendo una panorámica perfecta de la avenida de los Campos Elíseos y de la ciudad de París, se te olvidaba todo lo demás. Durante unos minutos, en silencio, observamos desde todos los ángulos las imágenes que ofrecía.

Por la altura, el cambio de temperatura era considerable, por lo que me puse a su espalda y la rodeé con los brazos. De esa forma nos movimos por el mirador, en el que durante varios minutos estuvimos solos.

Sobra decir que le hice muchas fotografías, desde el mirador y a los pies del monumento, como también nos hicimos selfis para tener recuerdos de cada momento.

Al siguiente lugar al que decidí llevarla fue a la Torre Eiffel. Del Arco del Triunfo a ella solo había una media hora caminando, dando un paseo. También estaba la posibilidad de ir en transporte público, pero no vi la necesidad de esa opción. Hacía un día perfecto, Aura estaba animada y emocionada. No le pregunté porque sabía que también prefería perderse por las calles parisinas, mezclándose con la gente.

—Oh, Nathan —dijo conforme nos acercábamos a ella—. Madre mía, ¿esa cola es para subir? —Se asombró por lo larga que era.

—Correcto, te puedes hacer una idea de una cifra aproximada de las personas que han subido a última hora del día. Quién viene a París no puede dejar pasar la oportunidad de ver la Torre Eiffel, ya sea desde fuera o por dentro. Atrae a muchísimos turistas, como también a los parisinos.

—Quiero una foto contigo, con la torre de fondo.

—Espera. —Miré alrededor.

Localicé a una pareja cerca de donde estábamos y les pedí el favor de que nos sacaran varias fotografías. Cuando regresé junto a Aura posamos en varias posturas, pero para mí, la que más destacó y la que más me gustó, fue en la que nos retrataron cuando la rodeaba con los brazos y ella tenía los suyos apoyados en mi pecho, mientras nuestras narices se tocaban y permanecíamos con los ojos cerrados. Todo ello con la Torre Eiffel al fondo. Salió natural y es que precisamente en ese instante pensábamos que ya habían dejado de hacernos fotos.

Le agradecemos a la pareja que nos las hicieran y evitamos la cola que seguía aumentando para subir a la Torre Eiffel. En otra ocasión sería, los dos estuvimos seguros de ello. Nos dirigimos hacia los jardines del Trocadero, un conjunto de espacios verdes, estanques y fuentes decoradas con esculturas. Los jardines bajaban del palacio de Chaillot.

Para cambiar de zona nos montamos en un taxi que nos dejó en el barrio de Montmartre, justo

en la zona que le pedí al taxista. A Aura le fascinó el aire bohemio que hoy día todavía conservaba, de la época en la que vivieron en él pintores como Picasso o Van Gogh, entre otros. Era un espacio abierto en el que disfrutar de las vistas, por sus bonitas calles y edificios.

Llegamos a la *Place du Tertre*, famosa por los retratistas y los pintores que exponen y pintan sus obras al aire libre. La zona era una de las atracciones turísticas de París. Fue la cuna del impresionismo. La plaza está rodeada de cafeterías donde ofrecen unos de los mejores cafés de la ciudad. Las crepes nunca faltaban para complementar.

Es inevitable escuchar Montmartre y no relacionarlo con el *Moulin Rouge*.

Nos sentamos en la terraza de una de las cafeterías, para continuar admirando la plaza y el movimiento que había en ella.

Transcurridos cuarenta minutos salimos de la zona montados en otro taxi, rumbo al barrio de Le Marais, situado en el corazón de la ciudad.

—Estás a punto de conocer el viejo París y de pasear por sus calles de adoquines, llenas de tiendas vintage, patios escondidos, galerías de arte, *boutiques* de moda, elegantes mansiones, restaurantes de diseño y rincones para hacer un picnic como la maravillosa *Place des Vosges*. Es la más antigua de la ciudad y donde se encuentra la antigua casa de Víctor Hugo y el encantador patio del hotel de Sully.

—Suena muy bien —dijo emocionada.

—Prepárate para disfrutar de una amplia variedad de platos exquisitos que son considerados los más deliciosos de París, te lo aseguro. En el barrio de Le Marais se encuentran algunos de los restaurantes más destacados de la ciudad.

Así fue, después de recorrer las calles y disfrutar de un agradable paseo, nos deleitamos con una comida exquisita, un momento que decidimos alargar para descansar un poco. Sin embargo, aún nos quedaba por ver una zona a la que quería llevarla sin falta, pero para eso necesitaba que el atardecer se nos echara encima.

Sobre las cuatro y media de la tarde volvimos a montarnos en un taxi y le di la dirección al taxista. Por cierto, no lo he comentado, pero para lo que estábamos haciendo, descubrir París a pie para llegar a los máximos lugares posibles, era inviable la opción de venir en mi propio vehículo. Nada mejor como el transporte público o los taxis para moverse por zonas tan concurridas.

El día finalizó como quería y había planeado, abrazado a ella mientras dábamos un paseo a orillas del río Sena, varios metros por debajo de la carretera. Desde la catedral de Notre-Dame, de la que solo pudimos ver el exterior, a cada lado del río había aceras anchas que lo bordeaban hasta llegar a la Torre Eiffel. Estaba considerado uno de los paseos más románticos del mundo y el aporte extra del atardecer, con la luz de las farolas iluminando el camino, lo hacían aún más

especial.

La verdad es que acabamos agotados. Vivimos un día intenso, pero mereció la pena por todos los descubrimientos que hizo Aura, mientras yo disfrutaba de ella y me contagiaba su ilusión. Llegamos al dúplex con un montón de fotografías en los dos móviles, por todas las zonas que pasamos y estuvimos, nos retratamos.

Aura también tenía un buen reportaje fotográfico, con todo tipo de decoración navideña. Del asombro del inicio pasé a las risas, cuando después de varias veces continuó pidiéndome que le sacara fotografías hasta con el más mínimo motivo navideño.

Llegamos al dúplex agotados, es cierto, pero no tanto como para resistir la tentación de enredarnos bajo del nórdico. Nada mejor para terminarnos de agotar que una buena sesión de placer y sexo.

Ni siquiera nos molestamos en levantarnos de la cama al terminar, para preparar algo de cena. Con lo que había comido durante el día tuvimos bastante. Preferimos continuar abrazados, desnudos, hasta que el sueño nos venció a los dos.

Capítulo 30



Aura

—¡Te están llamando! —gritó Aroa desde su habitación.

—¡Voy! —Igualé su tono de voz para que me escuchara.

Dejé a medias el café y caminé ligera hacia la habitación. Al entrar, fui hacia la mesita de noche, donde lo había dejado cargando la noche anterior. Cuando lo cogí la llamada ya se había cortado, pero sonreí al ver el nombre de María.

Era mi vecina, vivíamos puerta con puerta desde siempre. Me senté en la cama y marqué su número.

—Hola, María —dije contenta por hablar con ella.

—Hola, hija. ¿Cómo van las vacaciones?

—Estupendamente, cuando te cuente todo lo que estoy viviendo no te lo vas a creer —sonreí.

—Oh, cómo me alegro. Necesitabas un buen respiro.

—Sí. ¿Cómo te va a ti?

—Pues como siempre, cada día con un dolor nuevo. —Reímos.

—Y veo que la exageración tampoco la has perdido —negué.

—¿Cuándo regresas? Me lo dijiste, pero se me ha olvidado la fecha exacta.

—Pasado mañana, el domingo —respondí bajando el tono de voz—. ¿Te acuerdas de que me dijiste que no nos veríamos hasta después de las fiestas? Mañana va tu hijo a recogerte para que pases las navidades con él y su familia. Hasta después de Reyes no regresas.

—Ay, tienes razón. Ahora que lo has dicho... ¡Qué cabeza!

—Gracias por llamar, lo iba a hacer yo cuando llegara.

—Lo sé, hija. Te llamaba para decirte una cosa.

—Dime.

—Verás...

—¿Qué sucede? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Es que no he querido molestarte. Sé la ilusión que te hacía estar con Aroa después de tanto tiempo, y más en esa ciudad.

—María, tú no me molestas nunca —negué—. ¿Te pasa algo?

—No, no, yo estoy bien. Como te he dicho, como siempre.

—¿Entonces?

—Es que ha pasado algo en tu piso.

Al escuchar sus palabras me recorrió un escalofrío. Me levanté despacio de la cama y miré hacia la puerta de la habitación. Estaba abierta y caminé hacia ella para cerrarla. Aroa estaba entretenida en la ducha, aún tardaría un rato en salir. Todavía se escuchaba el sonido del agua.

—Hija, ¿sigues ahí?

—Sí —susurré, apoyando en la madera la mano con la que no sujetaba el teléfono—. Cuéntamelo.

—Lamento tener que decírtelo, pero como mañana me voy...

—No te preocupes. —Hice una pausa—. ¿Se trata de mi padre?

—Sí, hija. —Cerré los ojos con fuerza—. Hace unos días estaba en el sofá viendo el programa de la tarde que me gusta, ya sabes que me entretiene. Pues de repente escuché unos ruidos muy fuertes y me asusté. Qué iba a pensar que ese hombre estaría golpeando tu puerta, hasta que se fue pensé que iba a tirarla abajo. —Noté la preocupación en su voz—. De los nervios no sé cuánto tiempo pasó, mientras gritaba que quería entrar. —Apreté la mandíbula.

—No es su casa —siseé.

—Lo sé, hija.

—¿La golpeó y se fue?

—Sí —soltó un suspiro—. Se me quedó un mal cuerpo... Era evidente que estaba muy borracho.

—En su línea.

—Eso no es todo.

—¿Qué más? —Me separé de la puerta y caminé hacia la ventana.

—Esto que te voy a decir no sé qué significa, pero al cabo de dos días de lo de tu padre, cuando llegué al rellano me encontré frente a tu puerta a dos hombres. —Fruncí el ceño de nuevo.

—¿Quiénes eran?

—No lo sé. Quisieron saber si conocía a la persona que ocupaba el piso y les pregunté para qué querían saberlo. No me respondieron y terminé diciendo que te conocía muy bien. Te prometo que no les di más datos.

—Está bien. No pasa nada, María. ¿Y qué paso?

—Me dieron una carta para ti.

—¿Una carta?

—Sí, cuando me la dieron me dijeron que te interesaba leerla con urgencia.

—¿Puedes hacerme el favor de abrirla y enviarme una fotografía? —le pedí nerviosa.

—¡Claro y sin favor! Qué cosas tienes. Espera.

Empecé a moverme por la habitación, sin tener ni idea de a qué venía lo de la dichosa carta y la presencia de esos dos hombres en la puerta de mi piso. Los nervios se apoderaron de mí, hasta que volví a escuchar la voz de María.

—La tengo.

—Perfecto, pues si no te importa te cuelgo para mirar bien de lo que se trata cuando me envíes la foto.

—Vale, hija. Siento ser portadora de malas noticias. Me habría gustado esperar para no enturbiar tus días de descanso y felicidad, pero...

—No te preocupes por mí, y has hecho lo correcto. Más tarde te llamo, ¿vale?

—Aquí estaré. En cuanto cuelgue, te mando la foto por mensaje. Bueno, en realidad serán

varias.

—Perfecto.

Nos despedimos rápido y esperé impaciente a recibir la información. No conseguí quitarme de encima la mala sensación y supe por qué cuando accedí a la primera imagen.

Agrandé los ojos, asombrada, al leer que me iban a embargar el piso. Tragué saliva y hasta me dio un pequeño mareo por la impresión. ¿Cómo podía ser? Tenía muchas deudas de mi padre, pero jamás había dejado de pagar la cantidad fijada para que esto no sucediera. Por poco o mucho que fuera, siempre había cumplido con mi obligación.

Llegué a la cama y me senté, me temblaban las piernas. Leí detenidamente las tres partes de la notificación, aunque siendo sincera, dos de ellas eran artículos de leyes y me perdí entre tantas palabras técnicas. La más importante y esclarecedora era la principal, donde quedaba constancia que en quince días tendría que salir de mi piso, para siempre.

No podía ser...

María: *Hija, lo siento. Quería que me lo contaras tú misma y no ser entrometida, pero al hacer las fotos...*

Con dedos temblorosos tecleé la respuesta, para dejarla tranquila.

Aura: *María, sabes que no me importa que veas mis cosas. No tengo nada que ocultar y menos a ti, te quiero mucho. No entiendo a qué se debe esta carta, me he quedado loca... Voy a llamar a mi gestor para ponerlo al tanto y para que pueda informarse. No te preocupes, ¿vale? Todo estará bien.*

Tragué saliva con dificultad y cerré los ojos con fuerza. Durante unos minutos me mantuve sin poder reaccionar ni moverme, hasta que me activé. Dejé el teléfono sobre la mesita de noche y me dirigí al armario. Saqué la maleta pequeña y la mochila de viaje, las puse sobre la cama y empecé a hacer varios viajes para guardar todas mis pertenencias.

Estaba tan nerviosa que no podía pensar con claridad, me atormentó la idea de quedarme sin un techo donde vivir. No llegaba a comprender cómo había sucedido, ya que había trabajado muy duro, incansablemente, para que no pasara lo que me había explotado en las manos. No, esto no podía ser real, debía ser un error.

Me frené, respiré varias veces profundo y cogí el móvil para llamar a mi gestor.

—Vaya, pero si es mi parisina favorita —respondió al segundo tono.

—Hola, David.

—Hola, Aura. ¿Suced algo? —Se extrañó al no responderle con humor.

—Sí, demasiadas cosas —susurré.

—¿De qué se trata? El otro día estabas feliz y no me extraña, por lo que me contaste. Estabas deseando regresar para saldar pagos. ¿Te ha pasado algo malo en París?

—No, aquí todo sigue igual. Lo malo me ha sucedido en España.

—¿Cómo?

Le expliqué la conversación que había tenido con María, mi vecina. Me pidió que le enviara las imágenes y lo hice al instante.

—Tiene que ser un fallo burocrático, te aseguro que lo tengo todo al día y en regla —habló serio.

—No dudo de ti, te conozco de muchos años. Pero no entiendo lo que está pasando. —Fruncí los labios, intentando retener el llanto.

—Escúchame, intenta tranquilizarte. No puedes hacer nada. Tenemos la suerte de que es viernes y podré saber por dónde va el tema, si hubiera sido fin de semana habría sido peor... Regresas el domingo, ¿no?

—No, voy a adelantarlo. Estoy haciendo las maletas.

—No sabes cómo me jode, Aura.

—No pasa nada, no me quedaba mucho tiempo aquí —susurré frotando la mano en el nórdico.

—Está bien, te informaré en cuanto consiga averiguar qué está sucediendo. Ten paciencia porque sabes que los trámites llevan su tiempo.

—Ya... —Hice una mueca.

—Estoy seguro de que es un error, Aura. Además, en cuanto estés aquí vamos a ponernos a liquidar deudas con el dinero que has ganado. Tranquila, ¿vale?

—Entendido. Estaré esperando noticias tuyas.

—Ten por seguro que en cuanto pueda me pondré en contacto contigo.

—Voy a terminar de hacer las maletas, tengo que cambiar la fecha del vuelo —murmuré.

—Pues hazlo y disfruta del tiempo que te queda en París con Aroa.

—Sí —sonreí triste.

Dejé caer la mano lentamente cuando colgamos. Me quedé con la vista fija en la pantalla, ya no pude controlar que la humedad que se me había acumulado en los ojos resbalara por mis mejillas. Me encontraba muy mal, se me había descompuesto el cuerpo. El piso era lo único que tenía, con deudas, pero en cierta forma era de mi propiedad.

Me retiré las lágrimas de la cara, con rabia. «¿Tanto sufrimiento no ha valido para nada?», me pregunté una y otra vez.

—Eh, ya estoy. ¿Vamos a desayun...? —Cerré los ojos con fuerza al escuchar a Aroa—. ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo? —Entró y caminó hacia mí.

No me giré, continué dándole la espalda hasta que se sentó a mi lado, en la cama.

—Aura, ¿qué pasa? ¿Por qué estás así y haciendo las maletas? Es viernes y hasta el domingo por la mañana no es el vuelo. —Me frotó la espalda.

—Me ha llamado María y acabo de colgarle a David —susurré con la vista fija en la pared de enfrente.

No hacía falta que le aclarara quiénes eran, lo sabía de sobra.

—¿Por qué? Por Dios, dime algo.

—María me ha dicho que hace unos días mi padre casi tira abajo la puerta de mi piso.

—¿Ha aparecido? —Jadeó—. ¿Cómo se le ocurre ir a tu casa? ¡Qué poca vergüenza!

—No tiene ninguna, Aroa —negué despacio.

—Ya, pero hacía muchísimo tiempo que no sabías de él. ¿Por qué ahora? —Me encogí de hombros.

—Si hubiera estado detrás de la puerta lo sabría, porque lo habría echado a empujones. —Fruncí los labios.

—Bueno, ¿hizo algo más?

—Que María viera o sepa no.

—¿Entonces? Tú no te pondrías así solo por su presencia. Una lástima que estés aquí porque lo habrías mandado a la mierda —dijo con rabia.

—Es que... Eso no es todo, solo el principio de la conversación con María.

Cogí el móvil y abrí la primera imagen, antes de dárselo. Lo cogió mirándome sin entender, hasta que bajó la vista y empezó a leer. Tuvo mi misma reacción, agrandó los ojos y entreabrió

los labios, sin creerse lo que estaba leyendo. Soltó un jadeo por la impresión.

Le conté cómo había llegado la carta a las manos de María, por la presencia de dos hombres frente a la puerta de mi piso.

—Aura...

—David me ha dicho que no me preocupe —giré la cabeza hacia ella—, que tiene que ser un error burocrático. —Tragué saliva.

—Claro que sí, cariño —me sonrió triste—. No llores, todo se va a solucionar. Ahora tienes mucho dinero y si nos ponemos en lo peor, que esta carta sea verdad, puedes hacer frente a muchos pagos para paralizar el embargo.

—Pero es que...

—¿Qué?

—Que me da miedo saber la realidad porque para que un embargo se haga efectivo requiere de muchos meses de impagos, Aroa. No es tan rápido e inesperado, y yo lo llevo todo para delante, jamás he dejado un mes sin pagar una deuda, antes me he quedado sin comer.

—Lo sé. —Me abrazó—¿Y qué piensas? —preguntó entre susurros.

—Que mi padre ha acumulado más deudas de las que no estoy informada y al no estarlo no he cubierto los pagos —murmuré.

—Pero eso sería fallo de la administración, ¿no?

—¿Y quién puede ir en contra de ellos? —Hipé.

—Mierda, siempre se salen con la suya y si se corrige el problema será con el paso del tiempo —habló enfadada. Asentí.

—No quiero perder el piso, es lo único que tengo. —Me tapé la cara, en este instante llorando sin control.

Me apretó a ella y me acompañó en las lágrimas y en la pena. Nos desahogamos, hasta que Aroa se levantó decidida.

—Venga, vamos a coger la situación por donde debemos. Por los huevos, retorciéndolos.

Asentí agradecida y la seguí con la vista cuando fue al armario y sacó parte de mi ropa.

—Ahora buscamos un vuelo para hoy, ya verás como tenemos suerte y podemos cambiarlo.

Me levanté y la abracé con fuerza. Dejó de colocar la ropa en la maleta y me correspondió de la misma forma.

—Todo va a ir bien, ¿me oyes? —susurró en mi oído— Recuerda lo que siempre dices, que este mes es mágico.

Capítulo 31



Escuchando música por los auriculares tenía la mirada ida en la ventanilla del avión. Tampoco es que tuviera algún punto donde fijarla, solo se veía el azul del cielo.

Aroa me consiguió un cambio de vuelo y corrimos como nunca para llegar a tiempo al aeropuerto. Por suerte, no tenía que facturar y una vez en la terminal, volví a correr hasta que llegué al punto en el que se embarcaba. Pude descansar unos diez minutos antes de que abrieran el acceso al avión.

Durante el trayecto, intenté ponerme en contacto con Nathan, me dolía como no os podéis imaginar el haberme apartado de él antes de tiempo. La imposibilidad de compartir con él lo que me estaba pasando me reconcomía por dentro. No respondió a mi llamada, algo que ya había anticipado cuando marqué su número.

La tarde anterior, me avisó que tendría el día muy liado debido a varias reuniones importantes. Sentí un nudo en la garganta, ya que me entristecía tener que separarme de las personas que quería. Aroa me había pedido que me fuera con sus padres, para no estar sola.

Antes de despedirnos cerca del control de seguridad, sus palabras exactas fueron estas...

—Cuando llegues y descanses un poco, ve a la casa de mis padres. Ahora los llamaré para ponerlos al tanto, estarán deseando verte y encantados de que te quedes con ellos. No quiero que estés sola en el piso.

—Voy a ir, tengo que darles tus regalos —le sonreí con cariño—. Pero no voy a irme del piso, Aroa. Necesito estar en él, me calmaré más. Estoy bien, me he relajado un poco. David tiene razón, no vale de nada que me altere antes de tiempo.

—¿No te ha dicho si hay alguna novedad? —negué.

—Entre que descuelgan sus llamadas y lo atienden, y lo que tardan en hacer los trámites... Va para largo, al menos espero saber algún dato a final del día.

—Seguro que sí, a David no le gana nadie por pesado —sonrió.

—Por eso es el mejor —asintió.

—Avísame cuando el avión aterrice y cuando estés en el piso, ¿vale?

—Lo haré. —La abracé—. No he podido hablar con Nathan —susurré apenas sobre su hombro— y no he querido enviarle un mensaje porque es un tema complicado. —Hice una mueca cuando nos separamos.

—No te preocupes por eso, intentaré ponerme en contacto con él. ¿Quieres que le dé toda la información?

—Lo que tú veas —sonreí triste, sin muchas fuerzas de hacerlo yo—. Tengo que entrar. —Señalé hacia el control.

—Que vaya bien el vuelo. —Me abrazó de nuevo.

Me aferré a ella, pero no tanto como necesitaba porque iba muy justa de tiempo. Nuestra última despedida fue desde la distancia, levantando una mano.

De vuelta al avión...

Sonreí con tristeza cuando distinguí los pequeños puntos de la ciudad. Nos estábamos aproximando, faltaba poco para que tocáramos la pista. Me senté recta y cerré los ojos, nerviosa por llegar al piso. Sabía que me lo encontraría como lo dejé, pero hasta que no entrara, no conseguiría aflojar la ansiedad que me recorría.

Quince minutos después, se abrieron las puertas del avión y los pasajeros fueron saliendo. Cuando llegó mi turno, caminé ligera, cargando todo mi equipaje para ir directa a la zona de los taxis. En menos de veinte minutos estaba frente a mi edificio. Solté un suspiro y me encaminé hacia él. Sin embargo, la sensación de estar en casa no me produjo la misma calidez de siempre, por la incertidumbre que me invadía.

Miré el móvil mientras subía en el ascensor. No tenía ninguna llamada ni mensaje de Nathan. Aproveché para enviarle el segundo mensaje a Aroa, el primero fue al aterrizar.

Aura: *Ya he llegado, estoy en el ascensor. Hablamos más tarde, te quiero.*

Aroa: *Vale, cariño. Me alegro. Descansa todo lo que puedas y coge fuerzas. He intentado hablar con Nathan y con Travis, pero no he tenido suerte.*

Aura: *Tranquila, en algún momento hablaré con él. Voy a salir al rellano, hasta luego.*

Aroa: *Hasta luego, te quiero.*

Me guardé el móvil en el bolsillo del abrigo y salí del ascensor tirando de la maleta. Al llevar la llave en la mano abrí directamente, comprobando que la puerta estaba bien, a pesar de los

golpes de mi padre.

Lo primero que hice fue revisar toda la vivienda, quedándome tranquila porque estaba en orden, tal como la había dejado. Abrí la maleta y la mochila que había dejado sobre la cama y empecé a sacar toda la ropa. La mayoría de las prendas estaban limpias, menos un par de ellas que llevé a la lavadora. A continuación, encendí la calefacción para que el piso cogiera una temperatura agradable y, sin perder tiempo, me dirigí directamente hacia la puerta de María.

Toqué con los nudillos en la madera y sonreí al escuchar movimiento dentro.

—Aura... —Me recibió con una gran sonrisa.

—Al final he llegado a tiempo para despedirme y desearte felices fiestas, antes de que te vayas con tu hijo mañana —dije abrazándola.

—Y no sabes cómo me alegro. Felices fiestas para ti también, cariño. Ya verás cómo lo son. —Me acarició la cara.

—Sí —asentí—. No te molesto. Acabo de llegar y quería avisarte.

—¿Tienes prisa?

—No tengo nada que hacer. —Me encogí de hombros—. Hasta el lunes no empiezo a trabajar, así que...

—Quédate a comer, es la una y media.

—Vale —acepté encantada—. Esta tarde iré a comprar, dejé lo justo para que no se me echara a perder.

—Tienes tiempo y sino pides una *pizza* de esas que traen en pocos minutos. —La miré divertida.

—Te has aficionado, ¿eh?

—Un poco, cuando no tengo ganas de moverme llamo al número que me diste. —Reímos—. Las lentejas ya están a punto, pero si te apetece otra cosa...

—No, me encantan.

—Perfecto. Ponte cómoda en el sofá, ahora vengo. Tienes que explicarme cómo es París, qué has visto y cómo está Aroa —habló animada.

Me dio un beso en la mejilla y se perdió en la cocina. Dejé salir el aire despacio y fui al sofá, como me había pedido.

—Toma cariño. —Me dio un vaso con refresco, sentándose a mi lado.

—Gracias.

—Ya he parado el fuego, a ver si nos vamos a emocionar hablando y al final tenemos que pedir una *pizza*. —Reímos—. ¿Cómo ha sido la experiencia?

—Inolvidable, María.

—¿Y por qué detecto tristeza?

—Porque he dejado mucho atrás, demasiado —susurré.

—Ya verás qué rápido pasa el tiempo, Aroa viajará cuando menos te lo esperes.

—No me he referido solo a ella. —Me encogí de hombros.

—Uy, uy... ¡Es verdad eso que dicen! —exclamó asombrada.

—¿El qué? —Apreté los labios.

—Que París es la ciudad del amor. Ohhh... —Se tapó la boca—. La carita que tienes no puede ser por otra cosa —negó varias veces.

—Has dado en la diana, como siempre. —Le hice un guiño.

—¡Aura! —exclamó emocionada— ¿Y cómo lo vais a hacer estando separados? ¿O ha sido una aventura de las que tenéis los jóvenes?

—Para mí no es algo pasajero. —Fijé la mirada en el vaso, acariciando el borde—. Me he enamorado de Nathan, un hombre increíble y pensaba que inaccesible. Pero la vida no deja de sorprender.

—Esas sorpresas son muy bien recibidas y alegran el alma, cariño. No hay nada inaccesible cuando se quiere de verdad.

—Sí, hasta que te tienes que ir y alejarte, sin haber podido tener una conversación.

—¿No sabe que te has ido de París? —Agrandó los ojos. Negué.

—Con lo que me ha pasado no he tenido tiempo. Lo he llamado, pero hoy tenía un día muy liado en el trabajo. Estoy esperando a que me devuelva la llamada.

—¿Y cómo os habéis entendido? —preguntó con curiosidad.

—¿Eh?

—Por el idioma.

—Ah. —Reí—. Gracias a Aroa y al tiempo que lleva en París, he aprendido bastante de francés. La verdad es que me he sorprendido a mí misma. —Me encogí de hombros.

—Qué maravilla porque si ya es difícil a veces entenderse en el mismo idioma, no quiero ni pensar lo que tiene que ser sin comprender lo que te están diciendo. —Puso los ojos en blanco y terminamos riendo—. Vamos a comer, que estarás deseando echarte un rato para descansar.

—La verdad es que sí, los nervios me han dejado muy flojita.

—¿No sabes nada nuevo? —negué— Bueno, pues ahora lo importante es llenar los estómagos y que duermas. —Se levantó e hice lo mismo.

Fuimos a la cocina y la ayudé a servir las lentejas y a poner la mesa. Comimos mientras me explicaba cómo le habían ido los días que hacía que no nos veíamos, su rutina.

Nos despedimos hasta la noche, volveríamos a vernos por última vez porque su hijo llegaría para recogerla temprano al día siguiente. De nuevo en mi piso, fui hacia la habitación. Me quité la ropa, me coloqué un pijama para estar cómoda, y me tumbé en la cama, debajo del nórdico. Solté un suspiro comprobando una vez más que no tenía nada nuevo en el móvil.

«Ya queda menos», me dije. Tanto para saber de Nathan, como también para que David aportara un poco de luz a la preocupación que tenía.

A pesar de lo agotada que me encontraba y de mantenerme con los ojos cerrados rodeada de silencio, me costó mucho dormirme.

Quería que el día de hoy terminara, que se convirtiera en un mal sueño del que despertaría como si nada hubiera sucedido. Ojalá fuese tan fácil, la realidad pegaba fuerte e inesperadamente.

Tragué saliva y apreté los párpados, me sentía tan sola...



—Aura, cariño —dijo Elena, la madre de Aroa, nada más abrir la puerta de su casa.

—Hola. —Le correspondí con la misma emoción, abrazándola.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy bien, tranquilo.

—Daniel, ha venido Aura —gritó mientras nos sentábamos en el sofá—. Este hombre cada vez está más sordo, menuda vez nos espera. —Bufó y reímos.

—Mujer, que te he escuchado y al timbre también —sonreí hacia el padre de mi mejor amiga. Daniel apareció por el pasillo, risueño—. Hola, cariño. —Nos abrazamos—. ¿Cómo estás? —se preocupó.

—¿Aroa ha hablado con vosotros? —Los miré a los dos. Asintieron—. Pues no muy bien. —Sacudí la cabeza.

—Qué injusticia, si pudiéramos ponerle solución... —habló con pesar Elena, agarrándose una mano.

—No os preocupéis, bastante hacéis por mí y habéis hecho. Gracias. —Los miré con todo el amor que sentía por ellos.

—No se te ocurra abrirle la puerta si vuelve a aparecer. Si lo tuviera delante le daría en la cabeza con lo primero que pillara —dijo mosqueada, refiriéndose a mi padre.

—Sé cómo tengo que actuar. Por favor, no quiero que estéis preocupados por mí —insistí.

—Es imposible, Aura. —Miré a Daniel—. Eres como una segunda hija para nosotros.

Fruncí los labios conteniendo la emoción.

—Lo sé —sonreí como pude—. Todo va a salir bien, esto se va a quedar en una anécdota desagradable. David ya está informado y trabajando en ello, estoy esperando que me diga cómo está el asunto.

—Claro que sí. Además, el dinerito tan bueno que tienes ahora te abrirá muchas puertas y te favorecerá. Confía —asentí hacia las palabras de ánimo de Elena.

—Por cierto —dije cogiendo el bolso, lo había colocado a mi lado—. Esto es para vosotros, de parte de Aroa. —Les di los regalos—. Perooo... —Los retiré impidiendo que los cogieran—. No podéis abrirlos hasta el día de Reyes. —Levanté una ceja.

—Menuda cosa le dices. —Soltó una carcajada Daniel, refiriéndose a su mujer.

—¿Ni un poquito? —preguntó ella.

—No —negué divertida.

—Hay algo que no sabes. —Fijé la atención en él.

—¿El qué?

—Este año le será más fácil resistirse a abrirlo porque en unos días estaremos en París. Vamos a darle una sorpresa a Aroa.

—¡Oh! No tenía ni idea —susurré.

—Esa era la finalidad, sorprenderos a las dos. Queremos que regreses junto a nosotros. No tienes que encargarte de nada, solo de venir.

—Yo... Os lo agradezco de corazón, pero el lunes empiezo a trabajar. —Tragué saliva—. Y no sé cómo se dará el tema del embargo. —Bajé la mirada a las manos.

—Cariño, no queremos que te quedes sola en estas fiestas. —Me abrazó Elena.

—No pasa nada —intenté tranquilizarla con una sonrisa, pero no me salió muy bien que digamos.

Sentí una pena aún más profunda porque eran las únicas personas que tenía cerca y que podían sacarme de las emociones negativas, y más en estas fechas. Me había mentalizado que celebraríamos juntos Nochebuena y algún festivo más.

—¿No puedes hablar con tu jefe? Quizás si se lo planteas te sorprenda —me pidió.

—Serían demasiados días —negué—. Vosotros id y disfrutar, me encanta la noticia. Aroa se va a volver loca de contenta cuando lo sepa.

—Aguantaremos la sorpresa hasta el último momento —comentó Daniel, serio.

Sabía que no les gustaba nada dejarme sola y que habían tenido la esperanza de que aceptara irme con ellos, o al menos, que intentara que en el trabajo me dieran más días libres... Pero era necesario que la familia unida estuviera junta, como cada año por estas fechas.

—Nos iremos en unos días, si tenemos que retrasarlo no hay problema. Todavía hay tiempo —continuó—. Lo digo por si te animas y cambias de opinión. Una vez que te reúnas con David y liquides lo máximo posible, poco más podrás hacer aquí. Piénsalo bien, nos haría muy felices estar los cuatro juntos.

—Lo pensaré —acepté para que su expresión seria desapareciera, no porque tuviera que pensarlo realmente.

Claro que me encantaría, pero era muy consciente de que no podía faltar en el restaurante. Y menos en estas fechas que siempre estaba completo. Darío, mi jefe, necesitaba tener a todo el personal posible disponible.

Y también porque no podía perder el trabajo, después de todo...

Capítulo 32



Nathan

—Por fin —dijo Travis, sentándose de golpe en el sofá.

Yo lo hice en la silla. Acabábamos de entrar en mi despacho, después de la última reunión que se nos había hecho interminable. Desde que llegamos por la mañana a trabajar solo habíamos parado unos minutos para comer algo rápido, en la cafetería del edificio. Ni cafés entre medio ni nada.

Estaba siendo un día intenso, ya eran las siete de la tarde del viernes y todavía me quedaba revisar una documentación con detenimiento, firmarla y entregarla al departamento correspondiente.

—Nos vamos para casa, ¿no? —me preguntó al verme sacar una carpeta del cajón del escritorio.

—A mí me queda aún —comenté distraído, empezando a leer.

—¿En serio? Joder, date un respiro. ¿Eso no puede esperar?

—Tenemos el fin de semana encima.

—Pues por eso mismo, ¿tan urgente es?

—Quiero dejarlo listo antes de irme, Travis. Aura se va el domingo y necesito centrarme solo en ella.

—Mierda... ¿Cómo lo llevas?

—Te haces una idea. —Apoyé la cabeza en la silla.

—¿No puedes hacer nada para retenerla aquí?

—¿Atarla y no dejarla salir del dúplex? Porque otra cosa...

—Esas opciones están muy bien y suenan muy satisfactorias. —Rio.

—El tiempo ha pasado demasiado deprisa —negué frotándome la frente.

Tenía un ligero dolor de cabeza de estar tantas horas encerrado, escuchando a unos y a otros, e interviniendo yo. Saqué el móvil de otro cajón y lo desbloqueé. Lo guardé y me aparté de él a primera hora de la mañana, para no tener ninguna interrupción.

—¿Qué pasa?

La pregunta de Travis se debió a que fruncí el ceño. Tenía varias llamadas perdidas de Aura, y las de Aroa las duplicaban.

—No lo sé —respondí pensativo—. Aura y Aroa me han llamado, bastantes veces.

Quitó el modo silencio y entré en la aplicación, dispuesto a devolver las llamadas. La primera a Aura, pero no llegué a pulsar el botón, el teléfono fijo sonó. Era Giselle desde la recepción, todavía ocupaba provisionalmente el puesto. Tenía pensado para la siguiente semana iniciar un proceso de selección, sin falta.

—¿Sí?

—Nathan, hay una mujer que pregunta por ti.

—¿Quién?

—Se llama Aroa.

—Hazla subir —le pedí más extrañado.

—Ahora mismo.

Colgué y me levanté despacio, quedándome de cara a la puerta.

—¿Quién viene? —Se interesó Travis.

—Aroa.

—¿Y eso?

—No falta mucho para salir de dudas. —Metí las manos en los bolsillos del traje—. Es raro que esté aquí y sola.

—¿Cómo lo sabes?

—Si viniera acompañada Giselle me lo habría dicho.

A pesar de que Aroa estuvo en la cena que celebré para los empleados, era casi imposible que Giselle se acordara de ella. Aquella noche fueron cientos de personas las que asistieron.

—Adelante. —Le di paso después de que golpeará la puerta.

—Nathan. —Caminó directa hacia mí—. Oh, hola a los dos. —Se dirigió a Travis también, cuando se dio cuenta de su presencia.

—Hola. —Le correspondimos—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Tengo que hablar contigo, es importante. —Se tocó las manos.

Bajé la mirada hacia ellas, detectando lo nerviosa que estaba porque no podía dejar de moverlas.

—Claro, siéntate —le pedí e hice lo mismo—. ¿Qué te inquieta? —Quise saber apoyando los brazos en la mesa.

—Aura. —Fruncí el ceño, sin comprender...

—¿Puedes ser más específica? Lamento no haberos atendido a ninguna de las dos, cuando he entrado en el despacho hace unos minutos he visto las llamadas perdidas de ambas. Tengo que preocuparme por ese motivo y por el «importante» que has dicho. ¿Dónde está Aura? ¿Por qué no ha venido contigo?

—Júzgalo por ti mismo —susurró—. Aura se ha ido esta mañana para España, ha regresado. El vuelo ha salido a las once de la mañana.

—¿Cómo? —intervino Travis, asombrado.

Se levantó rápido del sofá y se acercó a ella, ocupando la silla de al lado. Yo no pude ni articular una palabra ante la noticia, necesité unos minutos para reordenar mis pensamientos y aclararme, porque sus palabras me parecieron una broma de mal gusto. Antes de hablar y de arrepentirme intenté templar los nervios.

—¿Por qué? ¿Qué narices ha sucedido? —conseguí preguntar, con la mandíbula apretada.

—No quería irse —susurró nerviosa—, pero ha tenido un problema. En realidad, varios. No sé cómo ayudarla, pero necesito hacerlo, Nathan. Estoy muy preocupada. —Se le cubrieron los ojos de lágrimas.

—Tranquilízate para que pueda entenderte. Explícame todos los detalles y créeme que vamos a ayudarla.

—Gracias. —Dejó salir el aire despacio.

Travis acercó su silla a la de ella y le frotó la espalda, mientras la observaba con gesto serio y preocupado.

—Al principio, cuando me pediste que la convenciera para que hiciera el anuncio, te comenté muy por encima o insinué que le vendría muy bien el dinero que le ibas a pagar —asentí—. ¿Vosotros habéis hablado de algo referente a su vida? Entre nosotras no ha salido ese tema y no sé qué información sabes.

—Directamente por ella no sé nada. Lo único, lo que me contó cuando me disfracé de Papá Noel. En aquel momento me explicó despreocupada vuestra historia, el motivo por el que tú vives y trabajas aquí. Me dijo que no tiene a nadie más en España, aparte de a tus padres.

—Sí —asintió.

—Por otro lado, me dijo que tenía problemas de dinero. Sé que trabaja, pero también sé que no es suficiente lo que cobra. No me habló mucho sobre ello. Si no recuerdo mal, sus palabras fueron: «tengo algunos problemas económicos que no eran míos, pero que igualmente he tenido que afrontar, por obligación. Estuve a punto de perder mi piso...»

—Buena memoria —sonrió triste—. Pues está volviendo a suceder lo que tanto se ha esforzado por evitar. —Apretó los labios.

—¿A qué te refieres?

—Le han embargado el piso.

—Joder —soltó Travis—. ¿Y no lo sabía o intuía algo?

—No, se ha enterado esta mañana. De una forma rara e inesperada, pero por suerte así ha sido.

—Cuéntamelo todo —le pedí con voz fría y cortante.

—La vida de Aura durante muchísimos años ha sido un calvario —empezó a explicar, afectada—. Su madre falleció cuando ella tenía seis años, se crio con su padre. Ojalá hubiera desaparecido él en vez de ella. —Sacudió la cabeza—. Su padre le ha complicado mucho la vida, de todas las formas que ha podido. Solo sabe estar borracho y no poco.

»Nunca la ha cuidado, ni siquiera cuando no se valía por ella misma, de pequeñita. Lo único que hacía era llegar borracho a la casa sin poder mantenerse en pie, gritarle e incluso pegarle en algunas ocasiones. Aura aprendió a enfrentarlo cuando tuvo la edad suficiente e incluso a envalentonarse para devolverle todo lo que recibía.

»Yo la conocí cuando tenía ocho años y gracias a que mis padres la acogieron como una hija más, ya que nuestra unión fue muy fuerte al poco de conocernos, ha tenido una vida relativamente estable y tranquila. Pero ello no quita todo lo que ha tenido que sufrir y continúa

haciéndolo. —Sacudió la cabeza.

»Aura es una trabajadora nata, se mata a hacer todas las horas que puede para pagar la gran cantidad de deudas que su padre ha ido acumulando, porque ella constaba en todo lo de él, por desgracia. Por eso estuvo a punto de perder el piso que se compró con mucho sacrificio, pero consiguió con muchísimo esfuerzo ir pagándolo todo. Es capaz de quedarse sin comer para cubrir los gastos. —Se frotó la frente.

»Esta mañana temprano, al poco de levantarnos, ha recibido una llamada de su vecina María. Le ha dicho que hace unos días su padre, el que estaba desaparecido, golpeó la puerta de Aura pensándose que estaba dentro, exigiendo que le abriera. No es su piso y, aunque Aura hubiera estado dentro, él no habría conseguido poner un pie en el interior. María no solo le ha dicho eso, también que al poco de lo de su padre se encontró a dos hombres llamando a la misma puerta, a la de Aura.

»Le dieron una carta y en la llamada de esta mañana Aura le ha pedido que la abriera, preocupada por la situación e imagino que intuyendo que todo se iba a descontrolar. Era el embargo, la avisaban de que tenía pocos días para abandonar la vivienda. Según me ha dicho ella para que sea efectivo tan rápido tiene que haber una morosidad de meses, por lo que ha interpretado que su padre ha vuelto a jugársela, sin ella saberlo.

»Por eso se ha ido, la he ayudado a hacer el equipaje y le he modificado el día que regresaba, al encontrar un vuelo para pocas horas después. Yo... No sé. Me da mucha pena porque ni con todo el dinero que ha conseguido aquí va a poder salir de la que tiene encima. Es muy insuficiente en comparación a lo que la atormenta día y noche.

»Aura tiene un gestor muy bueno, con los años se han hecho amigos. Lo ha llamado para informarlo de todo porque él es el que le lleva la gestión de las deudas. David, que así se llama, se ha quedado como nosotras, sin entender lo que sucedía porque no tenía constancia de nada. Está intentando averiguar cuál es el problema y si tenemos que preocuparnos. Cabe una pequeña posibilidad de que sea un error burocrático.

Me eché hacia atrás en la silla, recostando la espalda. En tensión y con un cabreo monumental.

—Las llamadas que te ha hecho era para contártelo y para darte la explicación del motivo por el que se iba corriendo. Estaba angustiada por no poder hablar contigo, por eso le he dicho que intentaría encontrarte yo. Como no atendías las llamadas, he decidido venir hasta aquí para probar suerte, sin saber si estarías por lo tarde que es.

—Relájate un poco —le pidió Travis al verla temblar—. Voy a por agua.

—Gracias —le sonrió.

Salió del despacho dejándonos solos. Me levanté despacio y caminé hacia la cristalera, frente a la cual más veces de las que recuerdo me habían surgido ideas increíbles que habían dado sus frutos.

—¿Ha llegado bien? ¿Has hablado con ella? —le pregunté de espaldas, con las manos en los bolsillos del traje.

—Sí a las dos cosas. Me ha avisado por mensaje nada más aterrizar y al llegar al piso. También sé por mis padres que ha ido a verlos y les ha dado los regalos que les compré en la joyería, para el día de Reyes. Me han llamado viniendo hacia aquí, cuando Aura se ha ido de la casa —asentí pensativo.

—¿Cómo la han visto?

—Mal —respondió en tono bajo. Apreté la mandíbula, poniéndome más en tensión—. Como siempre hace, ha intentado aparentar que tiene la situación controlada, le ha querido quitar importancia... Pero mis padres la conocen tan bien como a mí, no los puede engañar, aunque lo intente. Nathan, sé que hace muy poco que os conocéis y que tenéis una relación... Al menos yo lo veo así, me refiero a que doy por hecho que sois una pareja.

—Lo ves perfectamente, es lo que somos —le aclaré con voz ronca—. En ningún momento hemos hecho alusión a darle nombre a estar juntos, pero no hace falta, los hechos hablan por sí solos. El tiempo que haga importa una mierda cuando lo que surge lo hace con fuerza y de corazón, Aroa.

—No sabes lo tranquila que me dejas —soltó un suspiro.

Escuché la puerta abrirse. Vi el reflejo de Travis en el cristal.

—Toma, te sentará bien. —Le ofreció un vaso de agua.

—Gracias.

—Necesito los datos del gestor de Aura. ¿Los tienes? —dije girándome hacia ellos.

—¿Para qué?

—Para ponerle solución a sus problemas de una vez por todas. —Mi voz sonó rotunda y seria—. ¿Puedes facilitármelos?

—Claro, tengo su teléfono grabado en el móvil.

—Dámelo —le pedí caminando hacia la mesa.

Cogí mi teléfono y anoté el número, grabándolo.

—¿Qué vas a hacer? —Quiso saber inquieta.

—Cuando lo sepa lo sabrás, por ahora tengo mucho en lo que pensar para actuar de la mejor forma. Quédate tranquila, Aura no está sola. Nunca lo ha estado porque siempre te ha tenido a ti y a tus padres, pero ahora aún menos, porque yo entro en el lote.

—Gracias. —Se retiró varias lágrimas de las mejillas.

—¿Tienes algo que hacer o vas para el piso? —le preguntó Travis.

—Al piso, no tengo ánimos para nada y quiero encerrarme en él —murmuró ella.

—No creo que sea lo preferible en tu estado. —Volvió a frotarle la espalda—. ¿Qué te parece si damos un paseo para que te calmes, cenamos algo rápido y después, cuando estés un poco más tranquila, te llevo al piso?

—Yo... —habló tímida.

—Creo que es lo mejor que he escuchado hoy, te vendrá bien —la interrumpí para animarla a aceptar.

Mejor que con Travis no iba a estar, porque él se encargaría de ella perfectamente. Por el interés que tenía en Aroa y porque era una buenísima persona que haría lo imposible por borrarle la tristeza de la expresión, aunque fuera por unos instantes.

Capítulo 33



Aura

Me llevé la taza de café a los labios, calentándome las manos. Estaba sentada en la terraza de una cafetería, hacía pocos minutos que había llegado.

Había bastante movimiento delante de mí. Al ser sábado, las personas iban de un lado al otro cargadas con compras, tanto de comida como de regalos para estas fechas.

Había perdido la ilusión por completo, no me apetecía nada lo relacionado con la Navidad, ni con las posteriores celebraciones. Por primera vez en mi vida quise hacer un salto en el tiempo y aparecer el siete de enero, para continuar con la rutina, sin adornos ni el espíritu navideño.

Dejé salir el aire despacio, desanimada al máximo. Me había aferrado a la idea de pasar algunos días con Elena y Daniel, los padres de Aroa. Esa posibilidad se había esfumado de golpe. Tenía sentimientos encontrados; por una parte, me hacía muchísima ilusión el reencuentro de ellos con Aroa, y más en este mes. Por otra, me sentía realmente triste al no poder ser partícipe y compartir la emoción de los días que estuvieran juntos.

«Sola, completamente sola», me repetí, dejando la taza en el plato y con unas tremendas ganas de llorar. En todos mis años jamás me había sucedido, por muy mal que fuese mi situación. Me abracé para entrar en calor y no por el frío externo, precisamente, fue por el interno que me provocaba la tristeza.

—Aura.

Al escuchar mi nombre levanté la mirada y sonreí. David, mi gestor y amigo, se acercaba caminando con una mano levantada. Habíamos quedado. Nada más despertarme había recibido un mensaje de él pidiéndome que nos viéramos. No me había adelantado si tenía alguna información sobre el embargo, solo quería que viniera a la cafetería en la que estaba, una a la que a veces solíamos venir los dos.

Sorprendentemente, había pasado muy buena noche, contraponiendo a cómo me encontraba. Había descansado muchas horas; el día anterior estaba tan agotada mentalmente que me quedé

dormida a las ocho de la tarde y no desperté hasta las nueve de la mañana.

Al abrir los ojos y mirar el móvil, me extrañó ver que no tenía ninguna llamada perdida ni un mensaje de Nathan. No lograba entenderlo, ya que la noche del jueves nos habíamos despedido con él diciéndome que el viernes íbamos a salir a cenar para dar inicio al fin de semana. Para colmo, me pidió que no nos separáramos hasta el sábado por la noche, porque el vuelo de regreso a España, el que había cambiado precipitadamente, salía muy temprano el domingo.

Estaba desconcertada y con más pena por ese motivo. De Aroa sí que vi un mensaje, me lo envió a las diez de la noche. Me preguntaba cómo estaba y me deseaba que descansara. Todavía no le había contestado, quería hablar primero con David. Más tarde la llamaría.

Nathan debía saber que me había ido de París, aunque Aroa no lo había mencionado en el mensaje, era lógico que lo supiera porque... Ni idea si había ido al piso a buscarme al salir del trabajo el viernes, aunque no tuviera nada de él en el móvil.

Me torturaba la idea de que estuviera enfadado por irme sin hablar con él. Quizás... Quizás me había hecho demasiadas ilusiones con lo nuestro. Puede que él le pusiera punto final al no encontrarme, sabiendo que mi vida estaba en España. No quería pensar en eso porque me dolía mucho, aunque era una gran realidad con la que tendría que vivir. Me refiero a que tenía mi vida hecha aquí, aunque estaba patas arriba.

Me tragué todas las emociones para centrarme en David. Me levanté con una pequeña sonrisa, para abrazarlo. Como si supiera que lo necesitaba más que cualquier otra cosa no se apartó de mí durante unos minutos, alargando el abrazo de saludo.

—¿Cómo está mi chica favorita? —me preguntó cuando ocupamos las sillas.

—Para el arrastre, por lo demás bien. —Me encogí de hombros.

Me observó serio y preocupado. Un camarero vino y le pidió un café con leche.

—Lo lamento mucho, Aura. Nunca te has merecido lo que te pasa.

—No está en nuestro poder elegir, así que... —Sacudí la cabeza—. ¿Sabes algo de lo del embargo? ¿Conseguiste alguna información ayer? —Quise saber inquieta.

—Sí. —Dejó salir el aire despacio. Mala señal, se me erizó el vello—. Quería hablarlo en persona.

—¿Tan malo es? —Tragué saliva.

—Sí y no. Me dijiste que dispones de cuarenta mil euros, ¿verdad? —asentí varias veces— Vale, pues cuando terminemos de aquí voy directo al despacho para ponerme con los números. Prefiero hacerlo hoy sábado que estaré tranquilo. No vas a perder el piso, así tenga que hacer malabares, ¿me oyes?

—David... —susurré con el gesto contraído por la emoción.

—Shhh... escúchame. Por las deudas que los dos tenemos controladas podemos estar tranquilos. Aunque no puedas liquidar alguna o adelantar el dinero, seguirán su curso como hasta ahora, sin que impliquen un mal mayor que tener que pagarlas mes a mes. El problema grave es el motivo del embargo.

»Hay una deuda más de tu padre, de hace siete años. —Apreté los puños en las piernas—. La verdad es que no entiendo cómo no ha saltado hasta ahora, pero es lo que ha sucedido sin permitirnos tener margen para hacernos a la idea. La burocracia falla constantemente y cuando nos toca de cerca... —negó.

»Es de un mes antes de que nosotros nos conociéramos, de que vinieras a mi despacho para que te ayudara. En cuanto me puse a trabajar en tus cuentas te desvinculé de tu padre completamente, para que no salieras más perjudicada si reincidía en crear más deudas. Una mierda porque llegamos tarde un mes, pero bueno...

—¿A cuánto asciende? —pregunté entre susurros, temiendo la respuesta.

—No te asustes, supera los doscientos mil euros. —Cerré los ojos con fuerza.

—Joder. —Me tapé la cara, notando un pequeño mareo.

—Aura, vamos a salir de esta, como llevamos haciéndolo hasta ahora. ¿De acuerdo? Ya he empezado a moverlo todo para paralizar el embargo, mi propuesta es destinar los cuarenta mil euros en esta nueva deuda, para dejar claro que la vas a afrontar sin problemas.

—Vale —murmuré—. Lo dejo en tus manos. Me da igual en cuál se gaste, tengo que pagarlas todas —negué.

—Pues lo dejaré todo listo para que vengas a primera hora el lunes, para hacer el traspaso de dinero.

—De acuerdo. ¿Sobre qué hora será? Empiezo a trabajar.

—Mierda, se me había olvidado. Madrugaremos los dos, ven al despacho a las siete.

—Perfecto —asentí.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Apoyó los brazos en la mesa.

—Ir a comprar al supermercado porque no tengo más remedio y encerrarme en casa —sonreí.

—Si te apetece podemos ir a comer una vez termine de cuadrarlo todo.

—Te lo agradezco, pero si ahora no tengo ánimos para el mediodía estaré peor.

—Tienes que venirte arriba, no me gusta verte así. No eres tú.

—Lo haré, pero también tengo que permitirme flaquear de vez en cuando —susurré.

—Por supuesto, siempre y cuando no dure mucho.

—Lo intentaré, pero no estamos en las mejores fechas.

—Lo que me jode aún más, porque precisamente en estos días tu alegría se desborda.

—Es un año diferente, en muchos sentidos —aseguré antes de beber un poco de café.

Se había quedado frío, normal con la temperatura que hacía y lo que estaba tardando en tomármelo.

Estuvimos media hora más juntos y nos despedimos con un abrazo, tomando cada uno una dirección diferente. Caminé dando un paseo hasta el piso, sin prisa. Tenía el coche en el parquin y lo necesitaba para cargar la compra. No me iba a volver loca comprando, como siempre miraría hasta el último euro que gastase, pero necesitaba varias cosas que podían salvarme durante días.

Entré en el portal y accedí desde él al parquin. Sonreí con nostalgia al ver mi coche. Me monté disfrutando de la sensación y salí a la calle, incorporándome a la circulación. Diez minutos después estacioné en el aparcamiento del supermercado y me bajé dispuesta a terminar cuanto antes.



Notaba la pesadez en los ojos, pero no por tener sueño, sino por haber estado llorando hasta hacía poco. Solté un suspiro bajando la mirada a la pantalla iluminada del móvil. Lo tenía a mi lado, en el sofá. Aroa me estaba llamando y descolgué sin ganas, pero con mucha necesidad de escucharla porque me reconfortaba.

—Hola —respondí.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —Ella no estaba mucho mejor que yo, para mí era fácil diferenciarlo.

—Tranquila.

—¿Seguro?

—Más o menos, hablar con David esta mañana me ha venido bien.

Ya estaba informada de la conversación que había mantenido con él, la había llamado cuando llegué al piso con la compra.

—Me alegro, y el lunes cuando pagues una pequeña parte de la nueva deuda te sentirás mucho mejor, ya lo verás.

—Me da mucha rabia.

—Es comprensible, Aura.

—Me refiero a que quería dejarme un poco de dinero, para no gastarlo todo por si me salía algún imprevisto. Al final, todo lo que cobré por el anuncio va destinado a lo mismo —susurré—. Para una vez que me pasa algo bueno...

—El sentimiento es más que rabia, te lo aseguro. La impotencia es tan grande... Es muy injusto que tengas que estar pagando cosas que no te pertenecen —habló enfadada.

—No te pongas así.

—Es que me jode mucho, Aura. Si tuviera a tu padre delante...

—No tendremos esa suerte, ni siquiera yo en que aparezca de nuevo por aquí porque se iba a enterar... —siseé— Aroa...

—¿Sí?

—¿Sabes algo de Nathan? No me has hablado de él desde que estoy aquí y no sé qué pensar.

—No cariño. Ayer por la noche fui a cenar con Travis y hoy he estado con Jolie.

—¿Fuisteis a cenar? —me emocioné por ella.

—Sí, el muy descarado me lo propuso y me invitó. ¿Te lo puedes creer? —habló con picardía y con humor, después de quedarse en silencio soltó una carcajada. Sonreí al oírla.

—Pues me encanta que tuviera el descaro de hacerlo. ¿Cómo fue?

—Una mierda. —Bufó.

—¿Por qué? ¿No estuviste cómoda? ¿No te gustó? —pregunté sorprendida.

—Nooo... Una mierda porque fue perfecto. —Lloriqueó y negué divertida.

Me encantaba porque siempre conseguía que me relajara junto a ella, la tuviera al lado o a través del teléfono.

—Ah, ya decía yo. Me has asustado.

—Creo que me he enamorado, o, al menos, estoy a las puertas del enamoramiento.

Me hizo gracia cómo lo dijo, el tono que utilizó, como si fuera algo malo y lo peor que podía pasarle.

—Travis es un hombre increíble, no tengas miedo.

—Lo intento porque no quiero privarme de nada, pero da vértigo.

—Ya... Entonces no sabes si Nathan fue a buscarme al piso ayer por la noche, ni hoy.

—No, lo siento. Puedo preguntarle a Travis, me ha invitado a cenar otra vez. Queda media hora para que llegue.

—Mmm... Esto es serio, suena genial.

—No hagas que tenga que ir corriendo al baño. —Lloriqueó y por primera vez en muchas horas, reí—. Me encanta, cómo echaba de menos ese sonido.

—Gracias —susurré sonriendo—. No le digas nada a Travis, si Nathan no se ha puesto en contacto conmigo es porque no ha querido.

—Aura, no le des esas vueltas, seguro que hay una explicación. —Intentó animarme, preocupada.

—No pasa nada, quizás es lo mejor, que me olvide de él.

—Las dos sabemos que eso no va a pasar.

—También sabemos las diferencias abismales que hay entre nosotros dos y la distancia que nos separa —murmuré.

—Eso son detalles insignificantes. Por ahí no me vas a convencer...

—Qué raro.

—¿El qué?

—Acaban de llamar al timbre.

—¿Y eso es raro? Para eso está.

—Ya, pero no un sábado a las diez de la noche, cuando no tiene que venir nadie porque estoy sola aquí. Tus padres no cuentan, que a estas horas están en su casa.

—Ve a abrir, lo mismo se han equivocado. Me espero.

—Vale.

Me levanté del sofá y fui hacia la puerta. Descolgué el telefonillo y la pantalla se activó, pero no vi a nadie esperando.

—Aroa. —Al no obtener respuesta de ella insistí—. ¿Aroa?

Hice una mueca cuando me aparté el teléfono de la oreja, al darme cuenta de que la llamada se había cortado.

Pegué un brinco porque me sobresalté al estar al lado de la puerta. El timbre sonó de nuevo, pero esta vez arriba, directamente en mi piso.

Miré por la mirilla, con temor de que fuera mi padre. Tragué saliva al no ver a nadie. Di varios pasos hacia atrás, sin apartar la vista de la puerta. El timbre volvió a sonar y me entró de todo por el cuerpo. Corrí a la cocina y cogí el rodillo grande de amasar, de madera.

Con él, dispuesta a abrir para encarar a quién volvió a llamar, caminé ligera hasta ella.

—¿Qué...? —Jadeé.

Tuve que parpadear varias veces, rápido, porque no me creía lo que estaba viendo. De un lateral había salido una persona, pero no una cualquiera...

Volví a jadear al darme cuenta de que...

—¿Nathan? —Bajé despacio el rodillo, sin salir del asombro.

—Ho, ho, ho —Fue todo lo que dijo, dejándome noqueada por completo.

Capítulo 34



Nathan

Los primeros minutos temí que se desmayara, que se cayera al suelo desplomada. Se quedó tan desconcertada y asombrada por mi presencia...

Normal, ¿eh? No le había facilitado que fuese de otra forma. Permitidme que haga una pequeña aclaración sobre lo de mi presencia; la verdad es que me presenté de una manera bastante diferente a lo que solía ser habitual en mí.

No se me había ocurrido otra cosa que comprarme otro disfraz de Papá Noel y ponérmelo. Caracterizado de nuevo de él, así me estaba viendo y creo, por su última reacción, que enlazó todo lo que sucedió en el centro comercial, al reconocirme con estas pintas.

—Eras tú —susurró sin creérselo todavía.

—Era o soy. —Levanté una ceja.

—Las dos cosas, pero me he referido a que eras tú el Papá Noel con el que hablé en el centro comercial. Por eso cuando te vi me llamaron la atención tus ojos y tu aroma, los reconocí al sentarme en tus piernas y estar muy cerca.

—El mismo —sonreí de medio lado.

—¿Por qué? No lo entiendo, no te gusta nada la Navidad...

—¿Puedo pasar o me vas a dejar fuera?

—¿Eh? Perdón. —Se apartó para que entrara.

Lo hice con saco incluido, porque ya que me ponía, había comprado el kit completo. Ojo, que no me había paseado por la calle así; me había cambiado dentro del edificio. Cuando llegué a la dirección que me dio Aroa, lo tuve fácil para acceder al interior, justo en ese momento una mujer salía.

Una vez dentro, me disfracé y fue entonces cuando llamé al timbre, pero como no tenía que esperar a que me abriera, subí en el ascensor, para aprovechar el factor sorpresa. Y tanto que lo había aprovechado, todavía me miraba como si fuera el verdadero Papá Noel.

—El motivo por el que decidí vestirme igual aquel día tiene su propia historia. Quería llegar a ti, tener un acercamiento de forma más directa, sin prejuicios de por medio. Al no conocerme y si me relacionabas con la empresa en la que os trataron mal a Aroa y a ti... Y, para ser sincero, debo decirte que tu amiga me metió en ese lío. —Carraspeé.

—¿Cómo?

—Me dijo que era la mejor oportunidad que iba a tener.

—Madre mía, ¿y le hiciste caso? —Agrandó los ojos.

—Ya sabes que sí —sonreí de medio lado—. Pero, inesperadamente, lo disfruté y te conocí. Ya te contaré todos los detalles. Me he presentado así a propósito, sabía que unirías una cosa con la otra. Qué mejor aclaración que un impacto visual... ¿Cómo estás?

—Estás aquí... —susurró.

—Por supuesto, ¿dónde si no? —Me acerqué dando los pasos que nos separaban, hasta quedarme justo frente a ella—. La única finalidad de ponerme este disfraz era verte sonreír.

La abracé y lo que pretendía que fuera serio se convirtió en todo lo contrario. Terminamos riendo porque la barriga nos complicó el acercamiento.

—No puedo creer lo que hiciste, me he quedado... Y ahora...

—Cuando realmente deseas algo, se encuentran todos los motivos por los que hacer las cosas, Aura. Aquel día marcó un antes y un después en mi vida, fue la primera vez que sentí algo diferente por estas fechas. Tu entusiasmo y alegría despertaron algo en mí, algo que había estado dormido. Las que por cierto ahora son inexistentes —dije con semblante serio.

—Pensaba que estarías enfadado, no me has llamado ni escrito —susurró emocionada.

—Ven. —La agarré de la mano y la llevé hasta el sofá.

Ella se sentó primero, mientras que yo lo hice después de quitarme la barriga, la barba y el gorro.

—Aroa intentó contactar muchas veces conmigo ayer, al no conseguirlo, porque como te anticipé el jueves fue un día agotador en el trabajo y terminé muy tarde, se presentó en la empresa. Fue justo cuando me di cuenta de que tú también me habías llamado varias veces, durante todo el día me desentendí del teléfono.

»Quise hablar contigo, pero ella se anticipó y lo retrasé para atenderla. Lo sé todo, me ha

contado lo que te sucede, lo que has tenido que vivir. —Tragó saliva y asintió—. Ese es el motivo por el que intencionadamente no me he puesto en contacto contigo. Necesitaba aclarar y solucionar unas cosas, también preparar este viaje y teniendo en cuenta la duración del vuelo... Pues aquí estoy.

—Aroa no me ha dicho nada —dijo asombrada—. He hablado dos veces con ella, justo antes de que tocaras al timbre, estaba hablando con ella por teléfono. Cuando le he preguntado si sabía algo de ti, me ha insistido diciéndome que no.

—Porque se lo pedí yo. Está enterada de todo lo que he hecho y de mi viaje, pero le pedí por favor que me guardara el secreto. Mi intención era darte una sorpresa, y ella, sabiendo la ilusión que te haría, lo ha respetado.

—Nathan... —Le tembló la voz.

La agarré del brazo y la guie, sentándola encima de mis piernas.

—¿Pensabas que te iba a dejar? ¿Qué no haría nada para verte después de irte precipitadamente? ¿Creías que lo dejaría estar, como si lo nuestro no hubiera significado nada para mí?

—Sí, no sabía qué pensar —murmuró con los ojos más brillantes de lo normal.

—Un gran error en cada una de esas suposiciones porque ni por asomo es la realidad. Aura, me he enamorado de ti y te quiero en mi vida. ¿Lo entiendes? Me importa una mierda todo lo demás, solo quiero estar contigo, de la forma que tú quieras. Si necesitas tiempo para continuar con tu trabajo en el restaurante no pasa nada, lo entiendo, pero no voy a apartarme de ti.

Jadeó con las lágrimas resbalándole por las mejillas. Se las retiré con delicadeza, acariciándole la cara.

—No estás sola, nunca lo has estado, y ahora, como un extra, me tienes a mí a tu lado. ¿Me oyes? No estás sola —insistí.

Se abrazó a mi cuello y lloró. Me mantuve callado, acariciándole la espalda mientras dejaba que se desahogara e interiorizara la realidad.

—Cuando Aroa me contó por todo lo que has tenido que pasar y sigues haciéndolo... —Dejé salir el aire muy despacio—. He hecho algo que sé que te va a molestar, pero... Tienes toda la vida para reprochármelo o para pagármelo de unas formas muy gratificantes. Yo me decanto por la última opción.

—¿De qué hablas? —Se separó de golpe.

—No voy a permitir que sigas sufriendo. —Apreté la mandíbula—. Ya no más, se terminó el calvario.

—No entiendo, estoy muy nerviosa.

—Sobre la una del mediodía he hablado con tu asesor, David. —Agrandó los ojos de nuevo —. Aroa me facilitó el número —le aclaré—. No lo he hecho antes porque tenía que hablar con mis abogados, he esperado hasta tener la información que necesitaba.

—¿Qué has hecho Nathan?

—Cuidarte, quererte... así de simple. Cuando una persona ama a otra, dándole forma de familia, amistad o amor, el objetivo primordial es procurar la felicidad de esa persona, sin excepción. He hecho lo que tenía que hacer.

»Cuando he llamado a tu gestor le he explicado quién era, comentándole que necesitaba reunirme con él. Nada más aterrizar, me he dirigido a la dirección que me ha dado de su despacho. Me ha informado de la situación, al detalle y de todo lo que te preocupa. Lo que no te deja vivir en paz va a desaparecer en cuestión de horas, Aura. —Jadeó.

—No —habló sin creérselo.

—Ya te digo que sí. Me voy a hacer cargo de todas las deudas, a partir del lunes ya no existirá nada que te ate a tu padre.

—Nathan... —negó nerviosa—. No puedes hacerlo, ¿cuánto hace que nos conocemos? ¿Y si te arrepientes algún día?

—Toda una vida, Aura. Esa es mi percepción del tiempo que hace que nos conocemos, por la complicidad que tenemos desde el inicio. Puede que lo veas como una locura, pero es la más maravillosa que puedo arriesgarme a vivir. Te lo aseguro. Me da igual lo que digas o cómo te pongas.

»Los cuarenta mil euros no los vas a tocar para pagar algo que no te pertenece. Son tuyos, te los has ganado trabajando honradamente. Tu gestor ya sabe lo que tiene que hacer el lunes a primera hora, nos avisará cuando tus cuentas queden saneadas. Y no solo eso... —Carraspeó.

—¿Hay más? Me va a dar algo.

—También tiene la orden de hacer efectivo el pago del resto del dinero que falta por liquidar de la hipoteca de este piso.

—¿Qué has hecho?

—Ya te lo he dicho, cuidarte y lo voy a seguir haciendo porque me sale de las narices. Aura —le agarré la cara con las manos, retirándole las lágrimas—, dispongo de tanto dinero que no seré capaz de gastarlo en lo que me queda de vida, ten en cuenta que cada día se suma más. Sabes cual es el nivel de mi empresa, lo que factura no, pero te puedes aproximar a una cifra de muchos ceros. Puedo hacerlo y lo he hecho, no hay más.

»Tenía la opción en mis manos y la he utilizado, punto final. No vas a llorar más, ni a estar

triste, no voy a verte consumida por una injusticia detrás de otra. ¿De acuerdo? Te he dicho que me he enamorado de ti, sé a la persona que tengo ahora mismo delante y que estoy tocando. Solo quiero verte feliz, que vuelvas a sonreír como la primera vez que te vi y como días atrás. Nadie va a quitarte la alegría nunca más, si no pasa por encima de mí. —Hice una pausa larga, para que asimilara todo.

»Deudas de todo tipo eliminadas, piso de tu propiedad... Solo quedará que me digas, cuando te veas preparada para ello, que dejas el trabajo en el restaurante y te vienes a vivir conmigo a París. Aquí no te ata nada, ya no. Eres libre, y deseo que esa libertad tenga todo el significado que merece. Estoy dispuesto a esperarte el tiempo que haga falta, no me importa cuánto sea. Lo único que realmente me preocupa es la idea de alejarme de ti, algo que no puedo imaginar. —Lloró más por la emoción, mientras me acariciaba la cara.

—Es mucho dinero... —murmuró temblorosa.

—Del que por suerte dispongo y me sobra, ya te lo he comentado y eres consciente. El dinero pierde valor si no se aprovecha para una causa que realmente merece la pena. ¿De qué me sirve acumularlo en el banco? Y te aseguro que sigue acumulándose a cada segundo que pasa. Tengo la grandísima suerte de tener lo que tengo, me lo he ganado con esfuerzo, no me han regalado nada.

»Déjame compartirlo contigo, no me niegues el verte feliz porque me matas en vida. No lo soporto. Cuando has abierto la puerta y te he visto con los ojos rojos e hinchados de llorar y con el rodillo en alto, dispuesta a utilizarlo... —Apreté la mandíbula—. Nunca más, ¿lo entiendes? —asintió despacio, con la vista desenfocada por las lágrimas.

Me abrazó con fuerza y desesperación, sin poder expresar todas las emociones por lo que acababa de decirle. La apreté a mi cuerpo, con la necesidad de sentirla.

—Sabes... Un hombre barbudo me ha chivado en confianza que está preparando unos regalos muy especiales para una señorita que lo cautivó con su pasión por la Navidad y estas fiestas. Con la inocencia de una niña y el cuerpo de una mujer preciosa.

Sonreí cuando noté que su cuerpo temblaba sobre mí, pero esta vez porque estaba riendo silenciosa, conteniéndose.

—Dile a Papá Noel que no quiero nada, ya tengo más de lo que jamás podría haber imaginado —susurró en mi cuello.

—Ah, no, eso se lo dices tú; no vaya a ser que por hablar el que se quede sin regalos sea yo. Para un año que me da ilusión recibirlos, a ver si ahora lo voy a fastidiar.

Volvió a reír, pero en esta ocasión con sonido. Me encantó escuchar su risa de nuevo, fue un bálsamo que me tranquilizó porque menudas horas llevaba desde que Aroa vino a mi despacho la tarde anterior. Me había vuelto loco en muchos sentidos, pensando, organizando...

—Eso sí, Papá Noel me remarcó que la señorita en cuestión debe regresar a París para recibir

sus regalos. ¿Qué me dices? Yo de ti me lo pensaría si vas a decir que no, mira que como se enfade el año que viene ni aparece. Y para que lo sepas, tiene contacto directo con los Reyes Magos.

—¡No me lo puedo creer!

Su sorpresa se debía a cómo yo estaba refiriéndome a estas fechas y a la emoción e ilusión que le estaba poniendo. A pesar de saberlo...

—Ni yo, me he quedado loco al enterarme de que unos en el desierto y el otro en Finlandia, rodeado de nieve, van y se conocen. Es increíble —dije, fingiendo sorpresa, mientras ella soltaba una carcajada.

—Te amo —susurró sobre mis labios—. Y sí, voy a estar agradeciéndotelo el resto de mi vida y te aseguro que va a ser muy gratificante.

Oír lo que sentía por mí, por primera vez, calentó mi interior y me produjo una calma difícil de explicar.

—Te amo —repetí agarrándola de la nuca.

Y por fin la besé como llevaba queriendo hacer desde el día anterior.

Capítulo 35



Aura

Con una sonrisa tonta, así llevaba desde que me recompuse de la impresión la noche anterior. Ver a Nathan y para colmo disfrazado de Papá Noel... Me costó muchísimo reaccionar por el impacto visual. Fui de sorpresa en sorpresa, y todo gracias a él.

En ocasiones la vida asfixia, pero no ahoga. Muchas veces he escuchado esa frase y para mí mala suerte terminé interiorizándola porque lo había vivido. Nathan no me iba a dejar caer, me lo había repetido incontables veces: sentados en el sofá, cenando, haciendo el amor... Nunca unas caricias, unos besos y el sexo placentero me parecieron tan dulces y excitantes como la noche anterior.

Me sentía flotando en una nube. Me daba mucho vértigo, pero sabía que él estaba detrás de mí para ayudarme, al igual que las personas que me querían. De camino al trabajo había hablado con Aroa. La reprendí por mantener silencio, pero en tono de broma, porque era consciente del motivo por el que lo había hecho. Habíamos llorado de emoción las dos, lágrimas de felicidad.

Aún no me creía el giro que había dado mi vida, el no tener deudas a cuentas que pagar, el sentirme libre como me había pedido Nathan... No me hacía a la idea después de tantos años soportando lo mismo, pero era muy real porque Nathan en ese instante volvía a estar reunido con David, mi gestor, para terminar de arreglarlo todo. Si digo que me sentía pletórica es quedarme muy corta, no sé cómo expresarlo, pero creo que os hacéis una idea.

Por primera vez en mi vida podía respirar tranquila, tal cual. Sonreí hacia Darío, mi jefe, mientras caminaba hacia mí. Era lunes, me había incorporado al trabajo hacía una media hora.

—No tengo ni que preguntarte por cómo han ido las vacaciones —habló con diversión, después de que nos diéramos un abrazo.

—Geniales, maravillosas, llenas de descubrimientos, emocionantes, cautivadoras, excitantes, ...

—Vale, vale. —Levantó las manos. Reímos—. No sabes cómo me alegro, las necesitabas.

¿Qué tal está Aroa?

—Gracias. Muy bien, le va perfecto en París —asintió sonriente.

—¿A tope con el trabajo? —Se refirió a mí.

—Sí. —Bajé el tono de voz.

—No te he oído bien. —Se inclinó hacia mí, tocándose la oreja.

—Es que... —Bajé la mirada al suelo.

—¿Qué pasa, Aura?

—Que no quiero fallarte por nada del mundo. —Fruncí los labios y él el ceño.

—Tú nunca me has fallado en todos los años que nos conocemos y sé que no lo harás nunca —negó varias veces.

—Me estoy planteando algo que te perjudica y eso me preocupa mucho. —Hice una mueca.

—Has tardado demasiado en decidirme —sonrió de medio lado, mirándome con cariño.

—¿Qué quieres decir? —Agrandé los ojos.

—Desde el momento en el que supe que a Aroa le había salido bien la jugada de irse a París, porque había la posibilidad de que se arrepintiera o no se sintiera a gusto en el trabajo, he estado esperando esta situación e indecisión por tu parte.

—Darío... —Tragué saliva.

—Sé lo que representáis la una para la otra, sé que hay poquitas cosas te atan aquí, aparte de deudas. No he querido sacar el tema antes, era algo que tenía que salir de ti. Y sabía que en cuanto lo hicieras, sería definitivo porque me respetas y oye, con el tiempo que hace que estamos juntos, ¿me quieres un poquito?

—*Muchito* —rectifiqué provocando que en sus labios apareciera una gran sonrisa.

—Lo entiendo perfectamente, Aura. No seré yo quien te impida seguir tu camino, quien te frene en tu deseo de avanzar. Te lo mereces con creces y si crees que es la mejor opción, quiero que sepas que por mi parte lo tendrás fácil.

»Me jode, lo sabes bien, al igual que a ti te duele tener que hablar de esto y lo que te pide el corazón, pero no podemos hacer otra cosa que aceptar los giros que nos da la vida. Este paso que estás a punto de dar será, sin duda, algo muy positivo. Estoy convencido de ello; de lo contrario, te mantendría aquí de cualquier manera, solo para protegerte.

Me froté los ojos al tenerlos nublados por las lágrimas.

—En París he conocido el amor, me he enamorado —susurré.

—¡Acabáramos! —Levantó las dos manos y reí por las muecas que puso—. Entonces por mucho que me esfuerce en intentar retenerte tengo la batalla perdida de antemano. —Sacudió la cabeza, sin perder la sonrisa.

—Sí —confirmé nerviosa.

—Joder, voy a tener que ir a la ciudad del amor a encontrarlo también —habló pensativo.

—Puedes abrir horizontes en tu trabajo y expandir el negocio. Sería una pasada que abrieras un restaurante allí —dije emocionada.

—Bueno, bueno, poco a poco con los cambios. Pero no me niego a nada. —Me hizo un guiño.

Con la confianza que teníamos le hablé de Nathan y de todo lo que había sucedido entre nosotros en París, como también de lo que había hecho por mí y que llegó la noche anterior con un montón de novedades que eran mi salvación.

—Dios, es lo más maravilloso que han escuchado mis oídos en toda mi vida. Me da muchísima paz el saberlo. Enhorabuena, Aura. —Me abrazó con fuerza—. No veas con el parisino, ¿no? —Reímos.

—A pesar de lo que has dicho porque yo casi no he abierto la boca. —Carraspeé y volvimos a reír—. Aún no sé cuándo me iré.

—Cuando lo veas conveniente, pero ya te lo digo yo, no creo que tardes mucho. —Me acarició la cara—. Lo voy a dejar todo preparado para que no tengas que esperar por los papeles. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

—Gracias. —Tragué saliva—. Te voy a echar mucho de menos —susurré.

—Y yo —me sonrió con cariño—. Pero no te pienses que te vas a librar de mí. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

Nos abrazamos de nuevo, con mucho sentimiento. Darío había sido un pilar muy importante para mí, me había ayudado con mis problemas todo lo que había podido y más.

—Venga, ahora toca ponerse en marcha. —Me revolvió el pelo, haciéndome reír.

Me quedé mirando la puerta cerrada cuando se fue. Sentía tanta pena, pero se contrarrestaba con los nuevos cambios en mi vida. Muy inesperados, pero muy bien recibidos.

Desde siempre he sabido que Darío respetaría cualquier decisión que tomara, pero eso no

quitaba que yo lo pasara mal por el sentimiento que me recorría, el de fallarle y decepcionarle de alguna forma u otra.

Más tranquila, después de hablar con él y de aclarar lo que me preocupaba, terminé de colocarme el uniforme y salí a la zona de trabajo, animada y con energías renovadas.



—Señorita, perdone. ¿Sería tan amable de indicarme una mesa en la que sentarme?

Me giré de golpe encontrándome con Nathan. Parado al otro lado de la barra del restaurante, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, me miraba sonriente y con picardía.

—Por favor, que sea una de las mejores. Tengo mucho que celebrar. —Me hizo un guiño.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté antes de moverme para acercarme a él.

Rodeé la barra y llegué a su lado.

—Vengo a que me sirva la camarera más increíble, sensual, atractiva y excitante que he conocido en mi vida.

—No soy camarera. —Reí nerviosa.

—Lo sé, pero déjame soñar. ¿Puedo besarte o te echarán por exhibicionismo? Bah, qué más da, si te echan me hacen un favor. —Solté una carcajada mientras me rodeaba la cintura con un brazo, pegándome a su cuerpo—. Tenía muchas ganas de verte —susurró sobre mis labios, después de darnos un beso corto y rápido.

—Y yo, pero estoy trabajando.

—Ajá, no me había dado cuenta. —Levantó una ceja.

—¿De verdad vienes a comer?

—Son las dos y cuarto del mediodía, ¿tú qué crees? —sonreí.

—Ven —le pedí que me siguiera.

Lo llevé a una mesa, la que ocupó sin dejar de observarme.

—Me pone cachondo verte de uniforme. —Carraspeó.

—No empieces. —Agrandé los ojos, pero riendo nerviosa.

—Yo no tengo la culpa de que te quede perfecto y ajustado al cuerpo. —Levantó una ceja.

—¿Cómo ha ido con David? —Quise saber nerviosa.

—Estupendamente —sonrió de medio lado, recostando la espalda en la silla—. Cuando puedas te lo cuento, pero no tienes que preocuparte por nada. En unas horas sabremos de él y nos dará muy buenas noticias.

—Gracias —murmuré emocionada.

—Te dije anoche que dejaras de dárme las, prefiero que hagas otras cosas a las que no voy a negarme. —Levantó las dos cejas varias veces.

—No me tientes más. —Bufé.

—No estoy haciendo nada. —Rio al diferenciar mis nervios.

—¿Qué quieres beber?

—Una copa de vino —asentí.

—Ahora vuelvo.

Me alejé caminando ligera y me puse detrás de la barra para preparársela. No me pertenecía a mí hacerlo, pocas veces servía a los clientes a no ser que fuera necesario para ayudar a mis compañeros en momentos de mucho estrés, pero como entenderéis Nathan era una excepción, en todos los sentidos para mí.

—Aquí tienes. ¿Te gusta? —Me interesé cuando lo probó.

—Buenísima y exquisita. —Me ruboricé.

No se equivocó, con Nathan eso no sucedía. El «buenísima y exquisita» iba dirigido a mí, mientras recorría mi cuerpo con la vista.

—¿Sabes lo que vas a pedir para comer? —Me mordí el labio inferior.

—Lo tengo clarísimo, pero no está en la carta ni disponible en este momento —sonrió pícaro, antes de llevarse de nuevo la copa a los labios. No dejó de mirarme por encima de ella.

—Sea lo que sea, estará en su punto y jugoso.

—Joder, Aura. —Carraspeó.

—Has empezado tú. —Solté una carcajada.

—El cazador cazado. —Sacudió la cabeza—. No he mirado nada, me dejo aconsejar por ti.

—Vale —sonreí agarrándole la mano que tenía encima de la mesa.

Enseguida me la rodeó y me la acarició, calentándome el interior y otras partes del cuerpo que mejor me quitara de la mente en este instante.

—¿Tú crees que si nos perdemos en el baño alguien se dará cuenta? —Su voz me puso más a tono, por lo ronca que sonó.

—Sí, pero no me importaría. Aunqueee... —Lo frené porque ya estaba levantándose de la silla, decidido—. Hoy no es el mejor día, el restaurante está al completo.

—¡Maldita sea! —exclamó, dejándose caer con un suspiro de frustración—. Vas a tener que esforzarte un montón, ser constante y darle duro cuando nos vayamos de aquí, porque tengo una erección que va a ser un verdadero desafío calmar.

—Me encanta tenerte así —susurré cerca de sus labios, con la cabeza girada hacia la suya. Me había inclinado sobre la mesa, haciendo ver que estaba colocando los cubiertos bien—. No necesito tocarte ni palparte para saber cómo de duro, caliente y dispuesto está tu miembro. No sabes cómo voy a disfrutarlo.

—Te queda una hora para salir del trabajo, ¿no? —preguntó serio y con la mandíbula en tensión.

—Sí. Mmm... Estoy deseando que llegue.

—Aura... —mencionó mi nombre con voz profunda.

—Enseguida vuelvo con la comida, la mía personal la tendrás dentro de poco. —Le hice un guiño y me fui riendo, por el gruñido que soltó.

Capítulo 36



Nathan

—Sííí... —gruñí sujetándole la cabeza a Aura, con la mirada fija en cómo mi miembro le tensaba los labios y le llenaba la boca, desapareciendo en su interior.

Una y otra vez, incansablemente, de esa forma llevaba bastante tiempo manteniéndome en el límite. Me aparté saliendo de ella, se lamentó excitada al máximo. Se lamió los labios y se los acaricié por encima de mi humedad y la de su saliva.

No conforme con eso, me agarré la erección y le acaricié la cara con el glande, con todo el cuerpo en tensión. Se la humedecí de mis fluidos porque salían constantemente por lo excitado que estaba.

—Me encanta —volví a gruñir cuando le acaricié los labios con el glande—, podría estar todo el día de esta forma, llenándote la boca sin descanso. —La agarré del pelo, ejerciendo un poco de presión.

Jadeó cuando le levanté la cabeza. Nuestras miradas se encontraron mientras continuaba acariciándola con el glande, bajando hacia el cuello.

—Me vuelve loco verte mojada de mí. —Tensé más la mano y entreabrió los labios con un gemido.

—Y a mí estarlo, por todas partes.

Se tensó conteniendo la respiración cuando me incliné sobre ella. Le cubrí el sexo con la palma de la mano y de mi garganta salió un nuevo gruñido de satisfacción, por el exceso de humedad.

—Eres una delicia, Aura —siseé—. Estoy deseando eliminar todo esto con la lengua —recorrí su zona íntima de arriba abajo, arrastrando sus fluidos—, para volver a provocarte más. Así continuamente, hasta que no lo puedas soportar tanta intensidad y me grites desesperada.

—Nathan... —gimió fuerte al frotarle con energía el clítoris, agarrándose a mis hombros.

Busqué sus labios y la besé desesperado y con ansiedad, un beso que nos dejó a los dos sin respiración. No paré los movimientos de los dedos, mientras la punta de mi miembro le acariciaba los pezones, humedeciéndoselos.

Cuando me separé, dirigí de nuevo mi miembro a su boca y gemí por el placer de sentir el calor de su interior otra vez.

—Así... —hablé casi sin respiración, moviendo la cadera, impulsándome hacia ella.

Era una locura, nunca tenía bastante y me costaba horrores ponerle fin. Pero lo hice porque me urgíó pasar al siguiente nivel. La aparté con ayuda del pelo y mientras se relamía los labios, lo que provocó que mi erección diera una sacudida, la tumbé en la mesa.

Ni siquiera nos había dado tiempo a pasar del salón una vez cerramos la puerta de su piso. Entramos como un torbellino, despojándonos de nuestra ropa con la misma urgencia que sentíamos. Tiré de su cuerpo hacia abajo y lo atraje hacia mí, colocándome de manera precisa, y con un movimiento firme y certero, me adentré en su interior, alcanzando lo más profundo.

Entre gemidos, jadeos y gritos, la embestí a un ritmo frenético, mientras ella se removía desesperada. Era un deleite para la vista ver sus pechos balanceándose sin control. Dirigí la mirada hacia nuestra unión, tensando la mandíbula al ver cómo me acogía. Se sentía tan jodidamente bien...

Se corrió con un grito desesperado y al cabo de unos minutos, los que alargué todo lo que puede, a pesar de que me volví loco entrando y saliendo, la seguí corriéndome.

—Me debes muchos más —dije con la voz ronca por el deseo.

—Todos los que quieras —solté un suspiro, disfrutando del balanceo de mi cadera.

Me incliné sobre ella y busqué sus labios, esta vez más calmado y saciado.

—Vamos a prepararnos, no quiero llegar con retraso —susurré sobre ellos.

—No hay prisa. —Me acarició la nuca.

—La hay para regresar cuanto antes y continuar —sonreí de medio lado, incorporándome.

Habíamos quedado en ir a la casa de los padres de Aroa. Aura quería presentármelos, le hacía especial ilusión y yo estaba encantado porque fuera así.

Al ir al restaurante juntos en taxi, al inicio de su jornada, esperé a que terminara su turno en el trabajo para regresar de la misma forma. En los asientos traseros del taxi me explicó las intenciones que tenían los padres de Aroa para sorprender a su hija. En ese instante lo tuve claro, aunque no lo verbalizara. Quería regresar a París cuando ellos viajaran, lógicamente con Aura a mi lado.

En el restaurante había conocido a su jefe, Darío. Cuando el trabajo aflojó Aura pudo sentarse conmigo y él aprovechó para acercarse a nosotros. Después de las presentaciones iniciales y de una breve conversación, me agradeció emocionado lo que había hecho por Aura.

Quedó en evidencia la unión que tenían y el cariño que se devolvían, por lo que entendí que estaba al tanto de todo. Me agradó saber que Aura le había comentado que tenía intención de dejar el trabajo. Lo supe por un comentario de él y en ese instante ella se sonrojó porque para mí era la primera noticia, al dejarlo a su elección la noche anterior.

Todo iba encaminándose y faltaba muy poco para volver a la rutina en París, pero una nueva y muy esperada, junto a ella.

Después de ducharnos y de arreglarnos, reservamos un taxi para ir hacia la casa de los padres de Aroa: Elena y Daniel. Nos recibieron felices, con abrazos. Me quedó claro a quién pertenecía todo lo que había heredado Aroa, la mezcla de ambos era la viva imagen de la hija, tanto en presencia como en carácter.

En cuanto salió el tema del viaje sorpresa a París, aproveché para exponer la intención que tenía. Aura recibió la noticia impresionada, pero a la vez conmovida e ilusionada.

—No sabéis la alegría que nos produce el saber que vamos a estar todos juntos estas fiestas —comentó Daniel, más que satisfecho.

—Nathan, espero que la vida te devuelva todo lo bueno que has hecho por nuestra niña —dijo Elena, refiriéndose a Aura y sus deudas. Ella les había explicado todo.

—Ya ha sucedido, Elena. Tengo todo lo que necesito: a Aura. —Le dejé claro, provocándole una bonita sonrisa por mis palabras, de oreja a oreja.

Tres días después...

—¿Nerviosa? —le susurré al oído.

—Mucho. —Giró la cabeza hacia mí, para darme un beso rápido en los labios.

La agarré de mano cuando vi a Elena y Daniel acercándose a nosotros y caminamos los cuatro hacia la salida de la terminal. Acabábamos de aterrizar en París y ellos de recoger el equipaje que facturaron. Aura y yo íbamos ligeros de equipaje. No era problema, regresaríamos a España pasadas las fiestas para recoger todas sus pertenencias porque había llegado a París para quedarse.

El día anterior, se llevó a cabo una emotiva despedida en el trabajo, y aunque ella estaba visiblemente afectada, logré animarla con la ayuda de Darío. Juntos, conseguimos que su ánimo cambiara. En realidad, no fue una despedida definitiva, sino más bien un «hasta pronto» por parte de los tres, que se sintió como un nuevo comienzo. Disfrutamos de una comida juntos, ya que al día siguiente nos íbamos.

—¡Ay que me daaa...! Ay, ay... —Escuchamos los gritos de Aroa, fueron inconfundibles.

Al haber bastante gente esperando la salida de las personas, no la vimos al principio.

—¡Papá, mamá! —volvió a gritar, esta vez delante de nosotros, a unos cientos de metros de distancia.

Los padres y la hija corrieron cada uno hacia la dirección del otro, para darse encuentro. Emocionados, riendo y abrazándose, captaron la atención de muchas personas que sonreían al verlos. Aura se unió a ellos y las dos amigas terminaron dando saltos, abrazadas.

Sonreí hacia Travis y nos abrazamos, al igual que hice hacia Dennis y Jolie. Habían venido todos a recibirnos. Aroa presentó a sus padres, los que se quedaron asombrados porque fuéramos tantos. Solo esperaban a su hija en la llegada, en ningún momento les habíamos hablado del resto. Preferimos hacerlo así para que se llevaran una buena impresión desde el principio, de todos.

Nos despedimos en el parquin del aeropuerto, Travis llevó a Aroa y a sus padres al piso de ella. Mi amigo ya había conectado perfectamente con sus suegros, en tiempo récord. Normal por su carácter, no había otra opción. Intenté no reír por el pensamiento de los suegros, pero era una gran realidad, porque Travis era de ideas fijas y sabía que lo que había surgido con Aroa tendría sus frutos, más pronto que tarde.

Aura y yo nos fuimos en el coche de Dennis, con Jolie. Pudimos apreciar al verlos interactuar que la complicidad entre ellos había aumentado, lo que nos provocó satisfacción.

La idea era ir a los pisos, tanto al de Aroa como al mío, para dejar los equipajes y luego reunirnos en un restaurante en pleno centro de París, donde disfrutar de un buen almuerzo. Eran la dos y media del mediodía, el momento perfecto para saciar el hambre y seguir disfrutando de la grata compañía de todos.

Sobra decir que Daniel y Elena se adaptaron perfectamente, al igual que congeniaron con el grupo. Solo había que conocer a la hija para anticipar qué era lo que iba a suceder.

La alegría fue máxima y muy bien recibida, después de los malos momentos que habíamos pasado, exceptuando a Aura que fue la que se llevó la peor parte. Por suerte, todo había terminado, faltaba que David, el amigo gestor de Aura, me enviara la última documentación para darlo todo por zanjado. Ya estaba en proceso y era cuestión de tiempo. De todas las deudas que le dejó su padre, injustamente, hoy día solo quedaba una por solucionar los últimos trámites.

Después de comer con calma, disfrutando de la compañía, de la comida y del buen vino, caminamos por las calles iluminadas de París. Me encantó volver a ver a Aura con la misma energía que cuando la conocí, la que se le apagó por un breve espacio de tiempo.

Aroa y Jolie iban riendo detrás de ella, sacándole fotografías con cada figura, muñeco o árbol

que nos encontrábamos. No podía sentirme más feliz por su felicidad, la irradiaba.

—¿No vas a acercarte? —le susurré al oído, señalando a un hombre vestido de Papá Noel.

Estaba a solo unos pasos de nosotros, que habíamos hecho una parada en una crepería para pedirnos unas crepes y disfrutarlas mientras seguíamos paseando por las calles de París. Los padres de Aroa estaban encantados con cada rincón que iban descubriendo.

—No —respondió tajante.

—¿Y eso? —me preocupé porque ya no le apeteciera.

—Porque ya solo quiero a un Papá Noel, al mío personal. —Se giró hacia mí con una preciosa sonrisa, y la cogí en brazos cuando se impulsó para que la agarrara.

Pude respirar tranquilo al saber el motivo de su negativa, su explicación me encantó y calentó a partes iguales.

—Sí, ¿eh? —sonreí de medio lado, apretándole las nalgas. Me rodeaba la cintura con las piernas.

—Por supuesto, y quiero ir desnudándolo muy poco a poco —susurró sobre mis labios.

—¿Quieres pervertir a Papá Noel? —Agrandé los ojos, provocando que soltara una carcajada.

—Al mío sí... A cada minuto, a cada segundo, a cada instante... Durante el resto de mi vida, Nathan.

Capítulo 37



Aura

Yendo de un lado al otro, unas veces seguía a Adelyn y otras, ella iba detrás de mí. Estábamos ultimando todos los detalles, dentro de poco empezarían a llegar los invitados, nuestros amigos y familiares, para celebrar junto a nosotros la Nochebuena.

La fecha tan esperada finalmente había llegado y la verdad es que me invadía una mezcla de nervios y emoción. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve rodeada de tantas personas, a cada cual más importante. Desde que tengo uso de razón, siempre habíamos sido Aroa, sus padres y yo, se terminó.

Nathan estaba en la terraza, en la última planta, con Damien, el marido de Evelyn. Estaban decorándola para disfrutar de ella en algún momento de la noche. Me encantó la idea cuando me la comentó Nathan, al tener las vistas de una parte de la ciudad de París iluminada.

—¿Falta algo más? —pregunté observando lo bien que había quedado la mesa.

Era enorme, en línea con las medidas del dúplex de Nathan. Cuando vi el piso de Dennis no me equivoqué en mi suposición de cómo sería la vivienda de Nathan. Incluso me había quedado corta porque la primera vez que lo vi superó con creces a mi imaginación.

Las dos plantas habitables eran impresionantes y la tercera, donde estaba la gran terraza, no se quedaba atrás.

—Yo diría que no —contestó Adelyn.

Nos miramos y nos sonreímos, emocionadas porque quedaba muy poquito para que la fiesta empezara.

Desde que Nathan nos presentó, tuve un flechazo con Adelyn. Era adorable y muy madre, como decía en broma él. La conocí pocos días antes de irme precipitadamente de París, por el problema o problemón que tuve. Me encantaba estar en su compañía, por lo que Nathan muchas veces se echaba las manos a la cabeza porque éramos muy parecidas en caracteres. Lo hacía en

broma, exagerando, porque su expresión de satisfacción al vernos unidas y compenetradas hablaba por sí misma, dejándonos claro que le encantaba.

—Voy a vestirme. —Le di un beso en la mejilla.

—Sí, y descansa un poco —me pidió.

Subí las escaleras hasta la habitación de Nathan y me salió una sonrisa tonta cuando entré en el vestidor. Mis pertenencias ocupaban muy poco porque regresé a París con lo justo, provisionalmente, pero ahí estaban, en una parte del armario que Nathan había destinado para mí, para cuando trajéramos todo lo que tenía en mi piso de España.

Desde que regresamos, vivíamos juntos, ya que Aroa acogió a sus padres en su piso. Sin embargo, nuestra decisión no fue únicamente por ese motivo; lo que realmente queríamos era permanecer juntos, atesorando cada instante que la vida nos ofrecía. Durante el día, él tenía que trabajar, pero las noches se convertían en un refugio de calidez y complicidad, donde nos acurrucábamos en el sofá frente a la chimenea, o en la intimidad de nuestra cama, abrazados, disfrutando de esos momentos que dais por hecho. Cada uno de esos instantes eran un regalo de un valor incalculable que nos unían aún más.

Elegí el vestido de punto que me compré al poco de llegar a París y cogí los zapatos de tacón. Fui a la habitación y extendí el vestido en la cama, colocando los zapatos en el suelo. Entré un momento en el baño para arreglarme el pelo y no tardé en salir para cambiarme de ropa.

Antes de ponerme con Adelyn a preparar todo para la cena, me había duchado, adelantando ese tiempo que ahora me sobraba. Cuando estuve vestida me miré en el espejo de cuerpo entero, sonriendo. A Nathan le encantaba este vestido, la prenda de ropa había sido testigo de todas las veces que él había colado su mano por debajo de la falda.

Y a mí más me encantaba, por el resultado final que tenía y lo excitada que me dejaba hasta que se daba.

—Estás impresionante. —Me giré hacia él.

Apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, me observaba sonriente.

—Gracias. —Imité su gesto.

—Sabes lo que toca esta noche sentados a la mesa, ¿no? —dijo con picardía.

—Aquí no te atreverás. —Reí.

—¿Perdona? ¿En mi casa? Es donde más me atrevo porque puedo cargarte hasta la habitación y que el resto continúe con la fiesta. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—Hoy las manos quietas. —Lo señalé, pero me moría de ganas de que me contradijera.

Bien lo sabía él y lo iba a hacer, así que...

—Correcto, solo moveré los dedos y no te vas a quejar precisamente porque lo haga. —Se impulsó y caminó hacia mí—. Vas a excitarte tanto que vas a querer correrte en la misma silla, sin importarte estar rodeada de personas.

—No. —Reí nerviosa, sonrojada.

—Mmm... Mira cómo me has puesto —habló con la voz ronca por el deseo.

Agarró mi mano y la colocó sobre su erección. Me mordí el labio inferior, palpando su dureza.

—Ya te digo que va a suceder —susurró sobre mis labios, antes de dejarme sin respiración por la pasión con la que me besó.

Para mi consternación, gusto y placer lo llevó a cabo cuando finalizaba la cena. Me morí de ganas por dejarme llevar, pero evitó que lo hiciera.

La cena en familia, porque todos nos considerábamos como tal, fue maravillosamente bien. El ambiente fue festivo, lleno de alegría. Con Elena, Daniel, Aroa, Travis, Dennis, Jolie, Adelyn, Damien, Nathan y yo, brindando cada poco porque todos los motivos eran buenos en una noche que marcaría el inicio de muchas cosas.

Damien, el marido de Adelyn, era un hombre increíble. Educado, cariñoso, risueño, detallista... El amor que sentía por su mujer era palpable en el ambiente al verlos juntos, al igual que el de ella por él.

La mesa estuvo llena de entrantes de todo tipo, de comida exquisita preparada por Adelyn, acompañada por unos postres riquísimos y un vino que era una delicia para el paladar. Me sentí pletórica ante la experiencia, ilusionada al máximo.

—¿Bien? —me susurró al oído.

—Sí, emocionada. Nunca he vivido esto, me refiero a tantas personas —murmuré.

—Esta noche es el comienzo de muchas más, Aura. Vas a tener todo lo que algún día quisiste y te negaron.

Lo miré con los ojos nublados por las lágrimas y asentí sin poder pronunciar ninguna palabra. Me besó con cariño y delicadeza en la frente.

—Ha llegado la hora —habló hacia el resto, mirando el reloj de muñeca—. A abrir los regalos. —Se levantó ofreciéndome la mano.

No se la cogí. Soltó una carcajada cuando me levanté de un salto arrastrando la silla. Pasé por su lado para lanzarme al árbol. No fui la única, que conste.

Sí, Nathan tenía un árbol precioso de Navidad, lo fuimos a comprar juntos, con el resto de la decoración que había por las zonas principales del dúplex. Me dio el gusto porque sabía lo que significaba para mí.

Aroa, Jolie y yo nos sentamos alrededor del árbol riendo, cómplices. El resto ocupó el sofá y los sillones que quedaban frente a él, a nuestras espaldas.

Les habíamos cambiado un poquito la tradición de esta celebración, ya que no era como acostumbraban a hacerla, pero todos estuvieron encantados cuando Aroa y yo se lo propusimos.

Uno a uno, fuimos dando los regalos a la persona que le pertenecía. Los nombres destacaban en el papel de regalo, todos habían traído los suyos al llegar y los habían dejado debajo del árbol, por petición de Aroa y mía.

Por primera vez en mi vida y no sabéis lo que significó para mí... Como digo, por primera vez pude comprar regalos sin tener que estar pendiente de los precios y de si llegaba o no a todo lo que quería regalar. Me produjo una paz e ilusión tener varios para todos los presentes... Ese hecho me hacía más ilusión que abrir los míos propios, os lo puedo asegurar. Una ilusión inmensa porque hoy, la noche de este año, jamás se me iba a olvidar.

—Ohhh... —Me quedé sin palabras cuando abrí uno para mí—. Nathan... —Lo busqué con la mirada y me hizo un guiño como respuesta.

Tenía en las manos el vestido con el que grabé el anuncio en la joyería, era impresionante, increíble, de ensueño... Ha quedado claro que estaba enamorada de él, ¿verdad? Del vestido y del dueño, que quede claro. Me emocioné y me levanté corriendo para ir a abrazarlo con fuerza.

—Continúa, aún te queda bastante —susurró.

Volvió a reír cuando me lancé de nuevo al árbol.

Aparte del vestido, en el rincón destinado a mis regalos, acumulé una gran cantidad de ellos: una impresionante variedad de perfumes de la firma de Dennis, ropa, un abrigo, bufandas, pijamas, libros, dulces, chocolates, un reloj y lo que más me emocionó y me hizo llorar...

Busqué de nuevo la atención de Nathan, viéndolo borroso por las lágrimas. En mis manos tenía todos los papeles que David, mi amigo y gestor, le había enviado en algún momento. Había uno por cada deuda que tuve en un tiempo pasado, pero no muy lejano. En cada uno especificaba que todo estaba saldado, sellado con la fecha. Me los llevé al pecho y le dije gracias moviendo los labios, sin emitir sonido.

¿Una mirada puede transmitir tanto amor? Ya os digo que sí, porque es lo que recibí de la suya. Aroa y Jolie me abrazaron, mientras el resto sonreían emocionados, sabiendo lo que tenía en mi poder.

—No has terminado, aún te queda el más importante. —Carraspeó Nathan.

—No queda nada. —Miré a los pies del árbol, comprobándolo.

Todos teníamos nuestros regalos, sin excepción.

—Mira bien en el árbol —insistió.

Como una niña pequeña me puse a darle vueltas, hasta que encontré un pequeño sobre escondido en el interior. Ponía mi nombre en él.

—¿Qué es esto?

—Yo qué sé. —Se encogió de hombros—. Pídele cuentas a Papá Noel —sonrió con picardía.

Lo abrí nerviosa y leí la nota que había escrita...

«Mi querida Aura, espero que tu sonrisa sea constante en una noche como esta y que la alegría te desborde el corazón. Si has llegado a esta nota es porque es lo último que has encontrado. Hay un regalo más para ti, pero tienes que desplazarte hasta la Torre Eiffel para encontrarlo».

—¿A la Torre Eiffel a estas horas? —Jadeé.

—¿Eso pone? —continué haciendo ver que no sabía nada.

—Sí —susurré.

—Pues no hay más que hablar. —Se levantó del sofá con una sonrisa de medio lado—. Regresamos dentro de un rato —habló hacia el resto.

Las miradas cómplices se cruzaron en el salón. Yo no entendí nada, pero estaba deseando darle forma a lo que estaba sucediendo. Aroa vino hasta mí y me abrazó. No habló, solo me dio un beso en la mejilla antes de separarnos.

Nathan me pidió que lo acompañara. Fuimos al recibidor para ponernos los abrigos y las bufandas, y salimos del dúplex.

—¿No me vas a decir de qué se trata? ¿Qué hay en la Torre Eiffel? Nathan... —me quejé porque no abría la boca para lo que quería, solo para reír.

Condujo y pudo estacionar bastante cerca, una suerte o milagro porque por las horas que eran...

—¿Dónde hay que mirar? —Quise saber con la vista fija en lo preciosa que estaba la torre, iluminada.

—Aquí. —Me giré hacia él.

—No. —Jadeé, llevándome las manos al pecho.

—Este anillo provocó que nos encontráramos. Conectó nuestros destinos de una manera mágica y, como no puede ser de otra forma, es el símbolo que utilizo para unirme a ti de corazón y pedirte compromiso en un lugar que para ti es de ensueño.

La emoción pudo conmigo de nuevo y volví a llorar. Nathan sujetaba en sus manos una pequeña caja abierta en la que se mostraba el anillo del que me enamoré en la joyería, el que valía muchísimo dinero y que pertenecía a una colección de su empresa. El mismo que tuve el placer de volver a colocarme en el dedo cuando grabé el anuncio. Del que le hablé disfrazado de Papá Noel en el centro comercial.

—¿Qué me dices? ¿Quieres compartir el resto de tu vida conmigo?

Lo miré a los ojos, sin poder amar más a la persona que tenía delante de mí.

—Sí —susurré—, hasta el final. —Tragué saliva.

Con una gran sonrisa colocó el anillo en mi dedo y me besó, sellando sus palabras con la Torre Eiffel iluminada como testigo.

De repente, se escucharon vítores y aplausos, y nos giramos, yo totalmente sorprendida. La emoción me invadió al ver a todos reunidos a unos metros de distancia, mirándonos con atención.

Elena, Daniel y Aroa se abrazaban, Travis estaba al lado, frotándole la espalda a mi amiga. Dennis abrazaba a Jolie y Adelyn se secaba las lágrimas mientras Damien la reconfortaba.

Epílogo



Seis años más tarde...

Nathan

No podía apartar los ojos de ella, mi mujer. Estaba preciosa, con el pelo suelto y con un vestido que quitaba el sentido.

Y yo, un hombre enamorado hasta lo más profundo de mi ser, di gracias a la vida, como cada día, por haberla encontrado.

Estábamos en el dúplex, Aura reía junto a sus amigas, Aroa y Jolie. Acabábamos de terminar de cenar y hacíamos tiempo para despedir el año, con la ilusión de recibir el nuevo. Esperaba que como mínimo continuara la misma línea que el que dejábamos atrás, no necesitaba más.

—Toma. —Levanté la cabeza hacia Dennis.

Me ofreció una copa de champán y le sonreí como agradecimiento. Se sentó conmigo en el sofá. Travis todavía no se había levantado de la mesa, conversaba con sus suegros. Sí, Elena y Daniel también nos acompañaban esta noche, como Adelyn y Damien, que no podían faltar.

Tenía junto a mí a todos los que quería, ya podía venirse abajo el mundo que yo mantendría la sonrisa que tenía en los labios, siempre que continuaran a mi lado.

—Papi. —Giré la cabeza hacia la vocecilla de mi princesa, Léa.

—Cariño, ¿no te habías ido a la cama? —La cogí y la senté en mis piernas.

—Es que es muy aburrido y no tengo sueño —dijo haciendo una mueca. Dennis rio—. Tito, dile a papi que ya soy mayor para irme esta noche a dormir más tarde. —Balanceó las piernas.

Fruncí los labios, conteniendo la diversión.

—Tu papi lo sabe de sobra, otra cosa es que quiera asimilar que te haces mayor.

—He crecido un palmo desde el año pasado. —Nos dio su lógica, poniendo la mano encima de la cabeza, para dejarlo más claro.

—¡No puede ser! ¿Tanto? —Me hice el sorprendido.

—Jooo. —Hizo un puchero y me la comí a besos.

—Estás creciendo muy deprisa, cariño. —Le di un último beso en la cabeza.

—Mamá dice que es lo que toca, mientras vosotros encogéis. —Esta vez me uní a las risas de Dennis.

—Eso dice, ¿eh? —asintió varias veces— Mmm... —Me froté la barbilla—. Yo creo que por esta vez voy a hacer una excepción.

—¿Sí? —preguntó ilusionada.

—Por supuesto, vamos a recibir el año nuevo todos juntos. ¿Qué te parece?

—¡Guay! —Se levantó de mis piernas de un salto—. Voy a contárselo a Dean.

Salió corriendo mientras nosotros reíamos.

Dean era su hermano, pero cuidado que no es que fuera a responderle. Hacía cuatro meses que Aura dio a luz a nuestro segundo hijo. Estaba dormido plácidamente en la sala contigua a la que estábamos, lo controlábamos por la cámara de vigilancia.

—Es un bichito encantador —comentó Dennis.

Se le caía la baba con ella, pero ¿quién no se encontraba en su misma situación con mi hija? Era una mini Aura, en todos los sentidos. En ese instante busqué a mi mujer, tenía la atención puesta en mí. Le hice un guiño y se levantó del suelo, donde se había acomodado con sus amigas, sobre anchos cojines.

—Hola —susurró sentándose en mis piernas, sustituyendo a nuestra hija.

—Hola, cariño. —Le acaricié la espalda.

—Ya te ha liado, ¿no? —Quiso saber divertida.

—¿Al gran Nathan? —intervino Dennis— Puedes apostar que sí. —Soltó una carcajada a la que nos unimos.

—No puedo con las mujeres de la familia, me tienen ganado. —Le rodeé la cintura.

Me gané un buen beso, antes de que se levantara y regresara con sus amigas. Travis, Elena y

Daniel se unieron a Dennis y a mí en el sofá. Adelyn estaba en la cocina con Damien, se había empeñado en preparar unos cócteles que había visto en una revista. Ya iba por el segundo intento, el primero le salió fallido, según ella.

El hijo de Dennis y de Jolie tenía dos años y también estaba durmiendo plácidamente en una habitación. El cansancio y la emoción habían podido con él. Travis y Aroa iban a ser padres dentro de seis meses, por lo que ampliaríamos la familia.

Aura y yo nos casamos un año después de que aceptara comprometerse conmigo. No tuvimos prisa, compartíamos la vida juntos, por lo que lo retrasé porque quise darle una boda de ensueño, aunque fuéramos pocos los asistentes. No faltaron Darío, su exjefe del restaurante, ni David, su amigo gestor. En una fecha tan especial no nos olvidamos de María, la vecina de Aura en España. La trajimos encantada, para que disfrutara de nuestra felicidad junto a nosotros.

Hago un pequeño inciso para deciros que una vez saqué a Aura de España, su padre dejó de existir definitivamente en su vida. Nunca más supo de él, el piso de España lo vendió a través de una agencia, desprendiéndose de todo lo que la ataba a España. Sobre mi padre... Continuaba desaparecido viviendo su vida y con el tiempo que había pasado, sabía que no variaría.

Travis y Aroa contrajeron matrimonio cuatro meses después que nosotros. La historia de amor de ambos continuó forjándose, hasta hoy día que era una pareja enamorada y divertida, compenetrada al cien por cien. Los padres de Aroa se relajaron en cuanto supieron quién era Travis para su hija, fue como aportarles la serenidad que les faltaba al tenerla lejos de su hogar y estar sola en otra ciudad.

Jolie se lo complicó un poco más a Dennis, pero no por falta de ganas ni porque mi amigo no se lo currara. Todo lo contrario, él se esmeró en conseguirla y a la vista está que lo hizo, olvidándose de las aventuras pasajeras que no le aportaban nada más que placer por unos minutos, en encuentros casuales. Jolie llevaba consigo una historia que la marcó, la que fue superando gracias al cariño, la protección y el amor incondicional de Dennis. Además, su vínculo se consolidó con el matrimonio, uniendo sus vidas un año después de que Travis y Aroa dieran el mismo paso.

Mi querida Adelyn, continuaba tan activa como siempre y más dispuesta desde que Léa vino al mundo. Con Dean ya había sido el remate, tenía que echarla a empujones cariñosos por la puerta porque por ella no saldría del dúplex. Suerte de que Damien me ayudaba en el proceso.

—Hora de ir a la terraza —dije abrigando a Léa.

La cogí en brazos y subí las escaleras, seguido por todos.

—Quedan pocos minutos —avisó Travis una vez estuvimos arriba.

Desde que Aura entró a mi vida, varió un poco la tradición que teníamos para recibir el nuevo año. Anterior a ella, lo habitual, es que con una copa en la mano dijéramos en alto la cuenta atrás,

con cada campanada, y al finalizar brindáramos gritando «¡feliz Año Nuevo!» Como digo, había variado, continuábamos haciéndolo, pero añadiendo una uva con cada campanada y número. No eran pocas las veces que unos u otros nos habíamos atragantado queriendo llegar a todo. Os podéis imaginar las risas y a la mierda la cuenta y las uvas, pasábamos directamente a beber para recomponernos.

—¡Empieza! —gritó Jolie, emocionada.

Dennis rio cogiéndola en brazos y corrió con ella hasta donde nos habíamos agrupado, al lado del barandal.

Número, uva, número, uva... Así hasta que llegamos al final, este año sin interrupciones ni complicaciones. Brindamos felicitándonos el nuevo año y nos abrazamos.

—*Bonne année, mon amour* —le susurré a Aura que se derritió, literalmente.

Un punto a favor mío porque era lo que quería. La besé con todo el amor que sentía por ella, mientras nuestra hija Léa correteaba por la terraza, emocionada y feliz por estar con los mayores.

—Mira. —Giré el cuerpo de Aura y soltó un suspiro.

París, conocida también por la ciudad de luz, se iluminó con fuegos artificiales que marcaban el inicio del Año Nuevo. Los lanzaban desde los Campos Elíseos.

Lo de la ciudad de la luz se remonta a una época pasada. París recibió ese apelativo al convertirse en la primera localidad en utilizar lámparas de gas en el alumbrado público.

Los fuegos artificiales era un espectáculo digno de ver, uno que era tradición año tras año.

—Me encanta —susurró.

La abracé con fuerza por la espalda.

—Tú sí que me encantas a mí.

—Una vez mucho tiempo atrás, al poco de conocernos, más concretamente en la fiesta de tu empresa por las navidades, en el brindis que hiciste diste a entender a todos que fui yo la que te salvé de estas fechas y de lo que representan, porque no te gustaban con anterioridad... Dijiste que te aporté una nueva visión de ellas...

»Pero no es cierto, Nathan. Fuiste tú el que me salvaste a mí y continuas haciéndolo día a día. Me salvaste en todos los sentidos. Eres un ángel convertido en persona y un Papá Noel de lo más atractivo y sensual. El mío. Te amo.

Le giré la cabeza hacia a mí y la besé, la besé con las mismas ganas y pasión que la primera vez que lo hice.

—*Je t'aime.*

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: [relinks.me/CarlotaManzano](#)

Twitter: [@ChicasTribu](#)